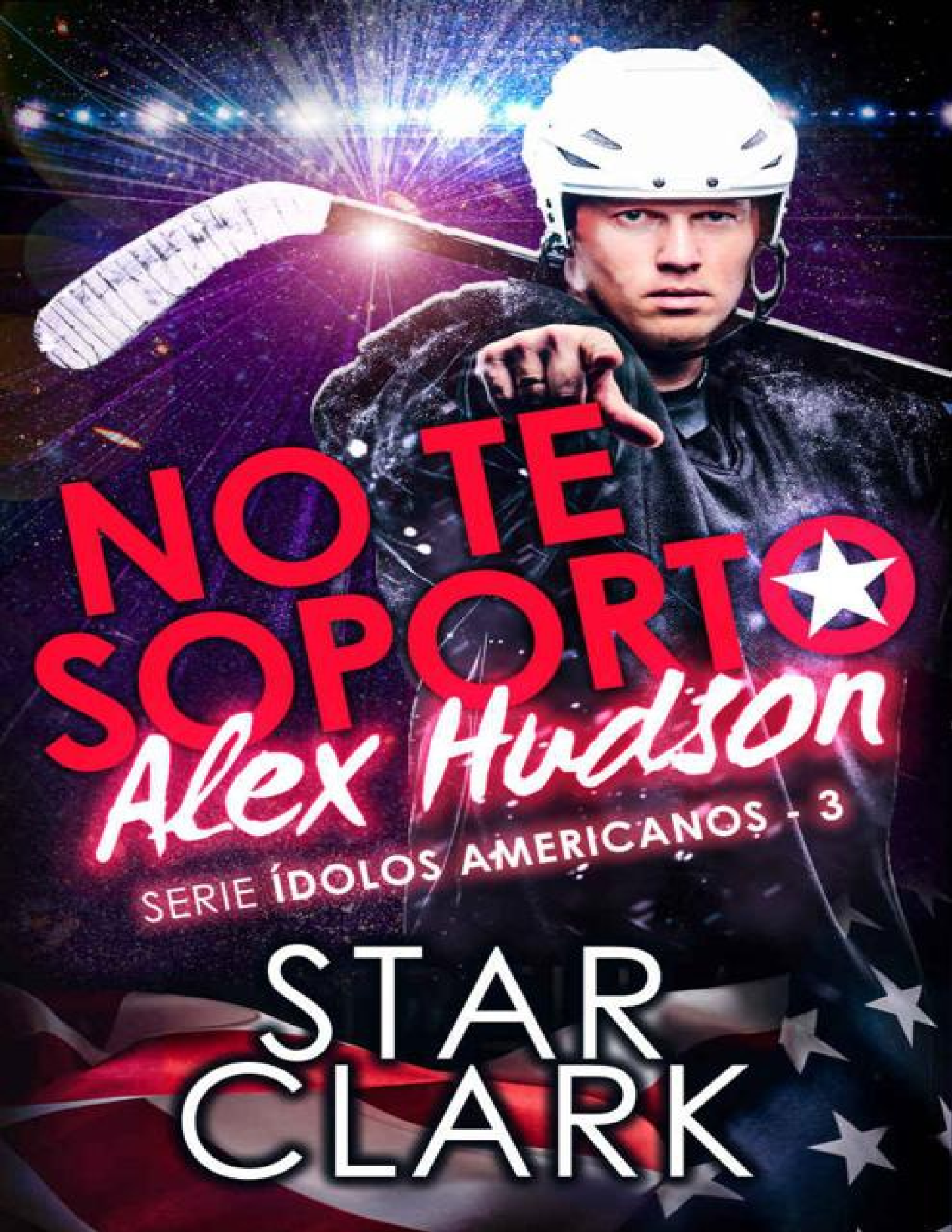

NO TE SOPORTO
Alex Hudson
SERIE ÍDOLOS AMERICANOS - 3
STAR CLARK

NO TE SOPORTO

Alex Hudson

SERIE ÍDOLOS AMERICANOS - 3

STAR CLARK

Copyright © 2024 Star Clark

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, julio 2024.

Título Original: No te soporto, Alex Hudson

Diseño y Portada: Amparo Tárrega

INTRODUCCIÓN

AMANDA

—Acabo de atender a Oliver Drake y a Alex Hudson —comenta Charlie, uno de los camareros, al entran en la cocina con cara atónita.

—La novia de Oliver es mi mejor amiga —explico entre fogones, sin detenerme—. Vamos, no te quedes ahí como pasmarote. No son los primeros famosos que nos visitan. Ya deberías estar acostumbrado y tenemos mucho trabajo.

—¿Famosos? Son los putos dioses del deporte de Norteamérica.

—No digas palabrotas en mi cocina.

—Lo siento. —Da un paso atrás—. Vuelvo a mis labores. —Coge la comanda ya impresa y me la da—. Esta es su comanda.

Salgo de la cocina una hora y media más tarde a saludar a los comensales que han visitado esta noche nuestro local, Eden, y me encamino hasta Ava y sus acompañantes.

—Buenas noches. ¿Todo bien por aquí? —pregunto.

—Bueno, los espaguetis estaban un poco pasados. Podrían mejorarse. Todo lo demás, perfecto.

Abro tanto los ojos que se me salen de las cuencas.

—¿Perdón? —cuestiono y me controlo para no darle dos guantazos al maleducado.

—Los has cocido demasiado.

—¿Eres experto en cocina? Creí que le dabas golpes a un disco con un palo. —Contraataco con un brazo en jarra.

—Hago más de una cosa bien.

Señalo la cubertería.

—Te has equivocado en el cubierto. Ese tenedor es el de la ensalada.

Hudson se levanta y se coloca frente a mí. ¿Cree que me da miedo?

Nos enfrentamos en silencio.

—Ami. —Ava tira de mi brazo—. No montes un espectáculo. Todos nos están mirando.

—¿Has escuchado lo que ha dicho? ¿Quién se cree que es?

—A mí tampoco me cae bien. James habla muy bien de él y no lo entiendo. —James es su hermano, James Black, otro con un ego desbordado.

—Dice que los espaguetis están muy cocidos. Están en su punto, candentes.

—No le des importancia. Se ha bebido ya tres cervezas —musita y trata de convencerme para que no lo mate y haga un guiso con su carne, prieta, por cierto.

—Mis espaguetis son los mejores de le ciudad, aunque los haya pedido sin gluten y queso sin lactosa, eso sí es un crimen. —Replico sin lograr detenerme.

Alex Hudson se aleja para atender una llamada y Oliver se acerca a nosotras.

—¿Todo bien?

—Sí… —responde su novia.

—Tu amigo no tiene paladar. —No me callo.

—No hablaba en serio. Discúlpalo.

—Los dos tienen un sentido del humor que no entiendo —informa mi amiga a la que deseo explicarle que ese tío es gilipollas, pero un camarero me llama y me largo.

Mejor, así no tengo que verle más la cara a ese pedazo de imbécil.

Dirijo a mi equipo con eficiencia para recoger la cocina mientras el ruido en la sala disminuye gradualmente. Superviso que todo quede en su lugar y les agradezco como cada día el gran trabajo realizado antes de marcharnos.

Coloco el delantal con el logo del restaurante en el cesto dispuesto para ello y me despido de mis compañeros con una sonrisa.

—Amanda, ¿te acerco? —Jeffrey, uno de los ayudantes de cocina, se preocupa por mí.

Miro hacia el salón principal y observo a Ava sentada en una silla y trasteando con el móvil.

—Gracias, pero mi amiga me espera. —Camino hasta ella—. ¿Qué haces aquí?

—Me apetece estar contigo. —Hace un puchero—. Te echo de menos.

—Y yo a ti. Con nuestras carreras y tu novio…

Salimos a la calle y mi silencio la alerta.

—¿Qué pasa? —pregunta con tono cansado.

—Ese Hudson no sabe de cocina. ¿De qué hablaba? Mi pasta está hecha con mimo y cariño, con la cocción perfecta, cronometrada, de la mejor calidad.

—Creo que le gustas y ha querido dejar huella en ti.

—La ha dejado, pero para mal. Me cae fatal. No seríamos amigos.

—¿Y enemigos?

—Mejor lejos.

—Seréis *enemies to lovers*.

—No seremos nada. —De repente, un pensamiento enorme se abre hueco en mi mente— ¿Y si lleva razón y por eso el restaurante no despega?

—¿Estás poniendo en duda tu cocina?

—No sé. —Encojo los hombros y giramos una esquina—. Debería revisar las recetas, hacer algún master, cursos, actualizarme. ¿Qué crees tú?

—Eh… Vamos a cortar por aquí. Me duelen los pies.

—¿Crees que debería cambiar de aires? ¿Dedicarme a otra cosa?

—¿Vas a hacer muebles de mimbre?

—¿Qué? —Pongo cara de horror.

—La cocina es tu vida. —Mira hacia atrás—. No digas tonterías. Tú eres mucho más fuerte que una mala crítica, además de un jugador de hockey al que con probabilidad le han cambiado la dentadura varias veces y está lleno de intolerancias y alergias.

Sale humo del alcantarillado y escuchamos un ruido a nuestro lado. Un gato salta de un cubo de basura a otro que cae al suelo con estruendo.

Chocamos con una persona que pasea a un perro y Ava da un grito y un respingo.

—Ava, solo es un perro. ¿Ahora te asustan los animales?

—No, no. Vámonos a casa.

Está muy rara, pero lo dejo pasar y no hago alusión al temblor de sus manos en el callejón.

1

AMANDA

—Ami, ¿por qué quieres pasar por esto? —me pregunta mi amiga caminando por las calles de Manhattan en una cálida noche de principios de verano. Acabamos de salir de un bar a escondidas, evitando a la prensa que la persigue desde que sale con Oliver Drake, The Hammer, el mejor jugador de béisbol de Estados Unidos y del que se enamoró locamente hace casi dos años.

—Porque necesito verlo con estos ojitos —respondo un poco mareada (un eufemismo de muy beoda por el alcohol que hemos consumido) y clavándome los dedos en las cuencas.

Yo, un espíritu libre y una personalidad enérgica, sucumbo a la pena cada vez que pienso en Eden y su catastrófico final, además de no entender cómo mi amiga quiere casarse y someterse a esa forma de… ¿cárcel matrimonial? Arrastro mi vestido de flores que se mueve con gracia al ritmo de mis pasos tambaleantes. Me sujeto a una farola y trato de mantener el equilibrio.

Ava Black habla, alias *Mi Pepito Grillo.*

—No me parece buena idea, tengo que decírtelo —farfulla y se entretiene sacando el tacón de sus sandalias del agujero de una rejilla en el suelo. Ella, más elegante que yo, la cubre un traje negro que resalta su figura esbelta. Ava es abogada y me recogió esta tarde directamente desde la oficina. El cabello le cae en cascada sobre los hombros y sus ojos brillan con una mezcla de diversión y preocupación—. Mira qué gatito. —Señala a un minino manchado de grasa que nos observa con penita.

—No te lo vas a llevar a casa. —El ruido de los coches y las conversaciones de la gente nos rodean.

Apoyo mi hombro en el de ella y comienzo a reír a carcajadas cuando se acerca al gato y este le da un zarpazo en la mano.

—Ay, me ha arañado —se queja—. No te rías. Duele, o… escuece —tartamudea.

—Los gatos callejeros nos persiguen. ¿Por qué sigues acercándote a ellos?

—La obsesión la tienen ellos conmigo.

—Qué extraña es la vida. Nunca sabemos qué nos depara el futuro —comento pensando en el mío, completamente negro en ese momento.

—Muchos altibajos, sí. Qué vas a contarme. Casi me matan, ¿recuerdas? A veces te encuentras en la cima disfrutando de las vistas y otras nos enfrentamos a bajadas vertiginosas.

—Tú estás en la cima, zorra. Oliver Drake es todo un hombretón.

—Oye, que la vida no se reduce a un hombre —replica y giramos en una esquina.

—¡Pero ayuda! ¡Y con uno apodado El Martillo…! —Le guiño un ojo y ella asiente con entusiasmo. Volvemos a romper en carcajadas y nos detenemos a esperar el cambio del semáforo.

Miro a la derecha y las luces me ciegan delante de los rascacielos.

—Todos luchamos. Yo luché mucho. ¿Por qué todo tiene que pasarme a mí? —lloriqueo.

—La enseñanza, quédate con la enseñanza —anuncia.

—¿Qué enseñanza? ¿Que a la gente no le gusta mi comida? —rumio y me quedo en modo contemplativo hasta que mi mejor amiga tira de mí para cruzar la avenida.

Escuchamos el pitido de un coche y… saltamos hacia delante.

—Eh… ¿no ves que el semáforo está en verde para los peatones? —le grito al conductor.

—Al final nos pegan —indica Ava.

Continuamos nuestro camino y estrechamos nuestro lazo de amistad gracias al alcohol, porque nos ponemos cariñosas y nos decimos cuánto nos queremos.

—Me alegra tanto que seas feliz —la abrazo.

Me doy cuenta de que estamos en la calle en la que se ubicaba el restaurante que abrimos con ilusión y nos detenemos delante de la fachada con el cartel de cerrado.

CERRADO.

—Ay… —gimo.

Las luces apagadas y las sillas vacías son un duro recordatorio de los tiempos felices que pasé y los difíciles que vivo para aceptar la derrota.

—Lo siento —dice con el rímel corrido y los labios mal pintados a la una de la madrugada.

Me abraza y mis lágrimas fluyen sin control ahogando mis sollozos sobre su hombro.

—Gracias por acompañarme hasta aquí.

—No me gusta verte llorar. —Me acaricia el pelo y se le enreda los dedos en él—. Pareces una loca.

—Y tú podrías ser familia directa de ese gato despeluchado. —Reímos—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Beber sola. —Sujeta mis hombros—. Ami, esto solo es un cambio. Lograrás triunfar. Estoy segura.

Poco a poco me calmo y mi respiración se vuelve más tranquila. Me separo lentamente de ella y le doy las gracias.

—Emborracharme sola no es lo mismo.

—Vámonos a casa. Es tarde. —El teléfono suena en su bolso. Lo coge y…

—Oh, oh, Drake tiene que estar enfadado.

—¿Qué hace levantado tan tarde? Mañana tiene partido.

—Se preocupa demasiado. —Lo atiende—. Dime, cariño.

—¿Ava? ¿Dónde demonios estás? —Le ladra. Estoy tan cerca de ella y él habla tan alto que escucho la conversación a la perfección.

—En la puerta de Eden.

—¿Qué haces ahí?

—Ami quería… ¿Qué quieres tú?

—Nada, cariño. —Se ablanda—. Me he despertado y no estabas. Quería asegurarme de que estabas bien.

—Ya vamos para casa. —Los dejo charlando y pego la cara al ventanal de lo que era el restaurante, aprieto la nariz contra el cristal y me despido de uno de mis sueños.

—Adiós, mesas; adiós, sillas; adiós, lámparas… Adiós, perro callejero que ahora vives ahí dentro. —Veo un perro junto a la barra llena de polvo cuando de pronto…—. ¡Ahhhhhh! —Un hombre de barba blanca y mal cortada, pelo largo y ropa vieja aparece ante mí, tras la ventana, a un centímetro.

Caigo de espaldas contra el suelo y me doy un culazo.

—¿Ami? ¿Qué haces? —Ava se agacha, preocupada.

—Un… un hombre… Hay un hombre ahí dentro y… me ha asustado.

Ella mira hacia el bar y me agarra de las manos para levantarme.

—Debe ser un indigente.

Vuelvo a llorar.

—Dime que todo mejorará.

—Todo saldrá bien —asegura.

2

ALEX

—Te comparan con Wayne Gretzky —me dice mi entrenador con varias revistas deportivas delante sobre la mesa de su despacho. Gretzky, considerado el mejor jugador de hockey en la historia. Durante su carrera profesional jugó en la Liga Nacional de Hockey (NHL) tanto para equipos canadienses como estadounidenses—. Tienes su misma habilidad para marcar goles. Estás a punto de establecer un nuevo récord, incluido el de puntos anotados en una carrera. Si te va bien mañana, superarás los anotados en una sola temporada.

Soy Alex Hudson, un líder en el hielo y un modelo a seguir para mis compañeros de equipo. Mi visión y habilidad para hacer pases precisos me valieron el apodo Ice Beam, El Rayo del Hielo, y mi manera de jugar y de ganar trascienden las fronteras de Canadá y Estados Unidos. La clave de mi éxito radica en mi enfoque táctico y mi facilidad para adaptarme a cualquier situación. Estrategias dinámicas y versátiles me permiten dominar tanto en la defensa como en el ataque. Velocidad, precisión y coordinación, estas son mis armas para conseguir abrumar a los jugadores del equipo contrario y sin oportunidad de respuesta.

Cojo uno de los periódicos y leo un artículo que lleva por título: *El equipo de Ice Beam es imparable y conquistará la liga.*

Y sigo: *Desde sus humildes comienzos, el equipo de Ice Beam ha demostrado una dedicación y pasión inigualables por el deporte. Con un entrenamiento riguroso y una mentalidad centrada en la excelencia, han trabajado arduamente para llegar a la cima de su disciplina. Cada jugador del equipo ha demostrado habilidades impresionantes y una sincronización perfecta en el campo, convirtiéndolos en un conjunto formidable.*

—Eres impecable y te adaptas a cualquier situación. —Stevenson se enorgullece de mí y yo, aun poseyendo una considerable envergadura corporal, me hago pequeñito con la noticia que tengo que darle—. ¿Qué te ocurre? Mañana será el último partido. —No sabe toda la razón que lleva en lo que dice.

Hasta ahora he jugado en los Vancouver Titans, sin embargo, me han ofrecido una oportunidad en la Gran Manzana y tras meditarlo con mi representante y familia, he decidido aceptarla.

Stevenson es un hombre estricto, pero justo, me comprenderá.

—Entrenador, tengo algo importante que decirle. He recibido una oferta para unirme al equipo de los New York Storms. Creo que es una oportunidad única en la vida y quisiera

aceptarla.

Él frunce el ceño tras su mesa de madera robusta y delante de las fotos de años de partidos y gloria.

—¿Qué estás diciendo, Ice? ¿Quieres abandonar a los Titans? No puedo creerlo. Te hemos entrenado y apoyado durante todos estos años.

Escucharlo me entristece.

—Lo siento. No es una decisión fácil para mí, pero siento que necesito explorar nuevas oportunidades y desafíos en mi carrera. Vancouver siempre será mi hogar, pero esta es una oportunidad que no puedo dejar pasar —insisto.

—Lo entiendo, pero me decepciona que hayas tomado esta decisión sin consultarme primero. Como tu entrenador, siempre he estado aquí para guiarte y apoyarte. Me hubiera gustado que me incluyeras en esta decisión.

—No fue mi intención herir sus sentimientos ni desvalorizar todo lo que ha hecho por mí. Aprecio su apoyo y enseñanzas. Sin embargo, necesito un cambio.

—Está bien. Si esto es lo que realmente deseas, no puedo detenerte. Solo espero que sepas lo que estás dejando atrás. Vancouver te extrañará.

Nos despedimos con un apretón de manos. Le molesta la decisión que he tomado, pero comprende que los jugadores debemos tomar decisiones que creemos que son lo mejor para nuestra carrera.

Subo a mi Land Rover Defender, un todoterreno de alta gama de color rojo fuego, y conduzco hasta la que hasta ahora ha sido mi casa, a las afuera de Vancouver, ubicada en los pintorescos bosques de San Telmo, nombre asignado debido a una confusión entre los santos patronos español e italiano de la navegación, San Pedro González y San Telmo, respectivamente.

Las casas en este barrio son verdaderamente impresionantes, con diseños arquitectónicos únicos y detalles meticulosos. Los jardines exuberantes y bien cuidados añaden un toque de elegancia a cada propiedad. Las mansiones están equipadas con todas las comodidades imaginables, desde piscinas y canchas de tenis hasta salas de cine y gimnasios obviamente privados.

Además de las impresionantes residencias, este barrio cuenta con una amplia gama de servicios exclusivos para sus residentes adinerados. Hay clubes privados, spas de lujo y campos de golf de clase mundial, donde los residentes pueden relajarse y disfrutar en los momentos de ocio. También hay *boutiques* de alta gama y restaurantes *gourmet* que ofrecen una experiencia culinaria inigualable.

—Voy a echar de menos esto —musito aparcando el coche frente a la mansión que compré para mi madre y con la que vivo.

—¿Todo bien, señor Hudson? —Un vigilante de seguridad sale a mi encuentro y se cerciora de que no se ha colado en la urbanización ningún paparazzi. Me hacen la vida imposible, me

buscan novias, me persiguen, se inventan amantes. Son un horror.

—¿Y mi madre?

—En la piscina, señor. Con la señora Pepeer.

Sé lo que voy a encontrarme al enterarme de la compañía. Las dos se lo pasan pipa cada vez que quedan, y no me quejo, me hace feliz verla feliz. La separación con mi padre hace cinco años la sumió en una profunda depresión durante muchos meses.

La casa, una imponente construcción de estilo colonial, goza de amplios salones, fuertes pilares y una fachada de color blanco que resalta su elegancia. Sus ventanas, adornadas con enrejados de hierro forjado, permiten que la luz natural inunde cada rincón.

Al entrar, te reciben espaciosas habitaciones con techos altos y suelos de mármol pulido. La decoración se la dejé a mi madre, Mary, con muebles de estilo clásico y detalles dorados que añaden un toque de lujo. Obras de arte decoran las paredes de los anchos pasillos y hermosas lámparas de cristal cuelgan de sus techos.

El jardín, rodeado por altos y frondosos árboles, ofrece opacidad al exterior, una privacidad total. En el centro se encuentra una impresionante piscina de base rectangular, cercada por un suelo de piedra natural y tumbonas blancas para relajarse al sol. En dos de estas la señora Pepeer y mi madre, la señora Geller, su apellido de soltera, se ponen morenas y beben vino. Cuento una botella vacía y otra por la mitad.

—Señoras… Siento interrumpirlas. —Me acerco a ellas.

—Oh, mi niño. ¿Qué tal ha ido todo?

—No tan bien como por aquí.

—No seas quejica. Somos dos mujeres libres que saben lo que quieren.

—¿Beber vino? —cuestiono con una ceja arqueada.

—¡Síííí! —gritan las dos y se parten de risa.

—Mamá, ¿podemos hablar a solas? Solo será un momento. Luego podréis seguir con vuestra fiesta.

—¿Fiesta? —dice Pepeer—. Fiestas las de los noventa. Eso sí que eran fiestas. Y hombres —canturrea.

Mi madre se levanta entre risitas y se tambalea. Se agarra a mi brazo y nos dirigimos a la sombra de la pérgola de madera.

—He hablado con Stevenson.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —Se sienta en un sillón de mimbre con funda muy acolchada, se hunde y se le cae la copa de vino que ha traído—. Uy. —Se seca la pierna mojada con la mano. Pongo los ojos en blanco y sigo:

—Como era de esperar, lo he decepcionado, pero se alegra por mí y me desea lo mejor.

—Es un buen hombre. ¿Sigue soltero? Podías concretarnos una cita.

—¡Mamá! —Me da repelús pensarla con un hombre.

—¿Qué quieres, hijo? Tu madre es humana y llevo mucho tiempo soltera. Este cuerpo necesita vida.

Buaggg, qué asco.

—No me digas eso…

—¿Sigue soltero o no?

—Le llevas quince años.

—¡El amor no tiene edad! —Ríe y yo la imito. Adoro verla contenta.

—Mamá, nos vamos a Nueva York en cuanto termine la temporada.

Se levanta.

—No, hijo. Tú te vas a Nueva York —asegura.

—¿De qué estás hablando? —Pongo un brazo en jarra.

—Esa es tu vida, tu trabajo, tu futuro. Yo iré a visitarte, pero me quedo aquí.

—¿Sola?

—Tienes a dos personas del servicio, un vigilante de seguridad y el jardinero. Además, tengo a Pepeer.

—No voy a dejarte aquí.

—Tengo cincuenta y cinco años, Alex. No puedes obligarme. —Se va con su amiga y me deja con la palabra en la boca.

Odio que haga eso.

3

AMANDA

Vivo en un piso tan pequeño que desde el sofá puedo tocar la cocina. Es diminuto. Ava lo definiría como una lata de anchoas muy acogedora e íntima, ella vivía encima, en uno igual, hasta que se mudó con Oliver, y nunca se quejó. Yo tampoco, ojo, pero hoy lo veo todo de un color muy negro y eso que me considero una persona positiva.

¿Cómo voy a pagarlo sin trabajo?

Recuerdo que mis ahorros se agotan mientras recorro con mis ojos la sala de estar, los muebles se abrazan unos a otros para encajar en el limitado espacio. Mi sofá, viejo y con cojines desgastados, apenas deja espacio para caminar alrededor de él.

Casi ni cabe la taza de café y el libro abierto entre mis manos. ¿Y la cocina? Está meticulosamente organizada para aprovechar al máximo cada centímetro. El fregadero carga un plato y se llena, y mi cama, apretada contra la pared, roza el armario con mi ropa.

Me duele la cabeza, consecuencia del alcohol que, acompañada por Ava, bebí anoche. Me tomo un analgésico y me tumbo para seguir leyendo cuando suena el timbre de la puerta.

—¡Está abierta! —grito.

Alguien la empuja y entra sin remilgos.

—Ami, por favor, ¿cómo dejas la puerta abierta? —Ava me regaña. Lleva un pantalón corto, una camisa abotonada, unas sandalias verdes muy bonitas y el pelo recogido en una coleta.

—¿Por desidia? ¿Qué haces aquí? Te imaginaba en Los Hampton con tu novio, pasando el día en la playa.

—Vengo a recogerte y a… darte una noticia.

—¡Estás embarazada! —grito y me levanto tan rápido que me mareo.

—¡Noooooo! —niega con rotundidad, con la mano en el pecho y bamboleando la cabeza.

—¡Tengo un trabajo para ti! —Alza los brazos.

—¡¿Quéééé?! ¡¿Hablas en serio?!

—¡Claro!

—¿Y de qué se trata?

—¡Vas a llevar el cáterin de mi boda!

—¿En serio? ¿Confías en mí para eso? ¡Va a ser la boda del año en Nueva York!

—Por supuesto que confío en ti. ¿Por qué no debería hacerlo?

—Porque mi restaurante se fue a la mierda. —Cambio el semblante a uno más serio.

—Un contratiempo. Eres una magnifica chef, la mejor, y yo quiero a la mejor para mi boda.

Comienzo a llorar tanto como anoche. Hasta hipo.

—¿Por qué lloras?

—De felicidad. —La abrazo y me la como a besos.

***

Nos adentramos en una elegante tienda de vestidos de novia en Manhattan, emocionadas por encontrar el perfecto para el gran día de Ava. El chófer de su prometido nos ha dejado en la puerta y en esta nos reciben con una cálida bienvenida.

—Saben el dineral que vas a gastarte —le digo a mi amiga al oído.

En un ambiente sofisticado y lleno de encanto, los exquisitos y súper caros vestidos lucen por todo el lugar.

La señora Black es tratada con especial deferencia ya que su opinión y aprobación son de suma importancia para la elección del vestido de su hija. Las que trabajan allí lo saben por experiencia.

Nos guían hasta una sección privada y nos ofrecen bebidas refrescantes y revistas con diferentes estilos y diseños de vestidos de novia. La variedad es impresionante, desde clásicos y elegantes, hasta opciones más modernas y atrevidas.

Los vestidos exhibidos han sido meticulosamente confeccionados, con detalles exquisitos y telas de alta calidad. Algunos tienen delicados encajes y bordados a mano, mientras que otros destacan por su simplicidad y líneas limpias. Cada uno, una obra de arte única, ha sido diseñado para realzar la belleza de la novia y hacerla sentir como una verdadera princesa en un día tan especial.

—Pruébatelos —le pido entusiasmada.

Los asesores de moda nos dan consejos y sugerencias personalizadas para resaltar los atributos y que deslumbre.

Me emociono al verla con un vestido de corte princesa.

A ver si estoy un día sin llorar.

—Estás impresionante —murmuro.

La señora Black también llora a mi lado.

Por lo menos no soy la única llorona de la tienda.

—Si tu padre te viera… —dice ella con las lágrimas rodando por sus mejillas, ahora también por las de Ava. Se dan la mano y recuerdan a su padre, fallecido años atrás.

Finalmente, después de mucho pensárselo y abundantes pruebas, mi amiga encuentra el vestido perfecto, aquel que hace que sus ojos brillen y su corazón se acelere. La rodeamos, emocionadas y conmovidas por el momento que vivirá dentro de un mes. La magna celebración del amor tendrá lugar en un sitio único y mágico.

—Sí, cariño, ya tengo el vestido —le comunica Ava a Oliver por teléfono los detalles de la maravillosa adquisición mientras el coche nos lleva a su mansión donde disfrutaremos el resto del día en la piscina.

—¿Y cómo es? —le pregunta.

—¡No puedes decírselo! —le advierte su madre al escucharlo.

—Lo verás el día de la boda —le asegura Ava.

—Estarás preciosa y te lo arrancaré en cuanto los invitados se marchen.

Sonrío.

—Mi madre te está escuchando.

—Disculpe, señora Black, pero se trata de una de tantas formas de expresar el profundo amor que siento por su hija. —Todas sonreímos.

Ya bajo el velador, junto a la piscina, y ante tazas de café, hacemos la lista de invitados. Ava quiere una boda íntima y sencilla, Oliver también, pero se ve obligado a invitar a demasiados compromisos.

—Entiendo que Hudson es tu amigo, pero ¿Rave? Ese tío no respeta a nadie —le replica la novia.

¿Hudson? ¿Alex Hudson? ¿Alex Hudson el gilipollas? ¿Hudson el sin papilas gustativas? ¿Ese Hudson?

—Es muy amigo de Hudson y solo pasaba un mal momento.

—Alex tampoco me cae bien —discuten.

—Cambiaste de opinión.

—Mi opinión sobre tus amigos mujeriegos van y vienen. Yo no me fiaría.

—Alex está soltero y le gustan las mujeres. ¿Lo criticas por eso?

¿Cuántas veces tengo que escuchar su nombre?

Amanda de mis amores, tendrás que aguantarlo en la boda, esto es lo de menos.

Vaya coñazo.

Hablo conmigo misma hasta que Ava me pregunta por el menú del evento e interrumpe mis pensamientos.

—Eh… Bien. Te los pasé al correo. Tienes que elegir uno, o… Hacemos una mezcla de los tres —le explico.

—Estupendo. —Suspira por el estrés que acumula gracias a la boda. Los noticieros la anuncian como el enlace del millón de dólares.

4

ALEX

Me acomodo en el sillón de la clase *business* ajustando los controles del asiento para encontrar la postura perfecta. La aerolínea no ha escatimado en comodidad. El suave murmullo de la cabina y la delicada fragancia del cuero nuevo contribuyen a crear una atmósfera de tranquilidad.

La azafata de curvas perfectas se acerca con una sonrisa impecable y me ofrece una copa de champagne. La miro un instante, *Joder, qué buena está,* pero de inmediato desvío la vista hacia la ventanilla.

El cielo despejado promete un vuelo sin contratiempos. Acepto la copa y brindo en silencio por esta nueva etapa de mi vida. El trayecto hacia Nueva York es más que un simple viaje, semeja un rito de paso: cierra un capítulo de mi vida e inicia otro.

En la pantalla frente a mí, un mapa interactivo muestra nuestro progreso hacia Manhattan, acercándonos a ese ático de lujo que ahora me pertenece. Mi mente repasa los últimos meses de preparación, la búsqueda del lugar perfecto y la colaboración con la agencia inmobiliaria que hizo todo esto posible. Reclino el asiento y estiro las piernas. Cierro los ojos y me imagino ya instalado en mi nuevo hogar, las vistas de Central Park extendiéndose ante mí. La ciudad que nunca duerme me espera con todas sus posibilidades y su energía inagotable.

La azafata vuelve hacia mí, su sonrisa tan radiante como el champagne en mi copa. Se inclina ligeramente, lo suficiente para que su perfume floral me envuelva y me muestre el canalillo de su generoso busto.

—¿Desea algo más, señor? —pregunta con una mirada sostenida un segundo más de lo necesario.

—Estoy bien, gracias —respondo y le devuelvo la sonrisa—. Aunque, si hay algo que me recomiende, estoy abierto a sugerencias.

Ella inclina la cabeza y me responde con un brillo travieso en los ojos.

—Bueno, tenemos una selección especial de postres que no debería perderse. El chef ha preparado una mousse de chocolate simplemente divina —su tono sugiere que la experiencia va más allá de la simple degustación.

—Suena tentador. Me convencería fácilmente —mis palabras están cargadas de un subtexto que ella no tarda en captar.

—Mi deber consiste en asegurarme de que su viaje sea inolvidable —dice acercándose un poco más—. ¿Algo más que pueda hacer por usted, señor Hudson?

—¿Cómo va eso del servicio personalizado? —le pregunto, mi voz baja y cómplice.

Ella ríe suavemente.

—Vamos más allá de lo que espera, si eso es lo que quiere saber —responde con una chispa en sus ojos—. Puede pedir lo que desee.

—En ese caso creo que empezaré con esa mousse de chocolate —digo disfrutando del juego —. Y quizá me tome un tiempo para pensar en algo más.

—Perfecto —responde su voz casi un susurro—. Volveré con su postre en un momento. No dude en llamarme si necesita algo más... en cualquier momento.

La veo alejarse, su andar elegante y seguro. Me recuesto de nuevo en el asiento y comienzo a saborear la anticipación del sexo con esa morena que aún me queda por delante.

Puede que la despidan si la pillan, pienso, aunque segundos después me doy cuenta de que ha sido ella la que se ha ofrecido y se me pasa la pena.

5

AMANDA

Ava y Oliver decidieron recortar bastante la lista de invitados y celebrar la boda en la cabaña que tiene la familia Drake en Greenwood. Un lugar con buenos y malos recuerdos, sin embargo, los buenos ganan y han decidido crear otros nuevos y bonitos.

Me como las uñas, muy nerviosa, a primera hora de la mañana en la gran cocina que hemos montado en el ala norte de la finca. Reviso cada detalle sin que se me escape nada, pero, a pesar de que sé de mi más que demostrada competencia, la presión para que salga a la perfección me tiene al borde de un precipicio del que no saldré viva, si caigo.

Corto verduras con manos temblorosas ayudando a los pinches. Se me agolpan los recuerdos de los momentos compartidos con mi mejor amiga en uno de sus días más especiales. Juegos, secretos, juergas, fiestas que terminaron muy mal, otras muy bien y las veces que nos hemos apoyado.

Vamos, Ami, demuestra lo que vales.

—Amanda, ¿dónde va esto? —Uno de los repartidores me pregunta con una caja de solomillos a hombros.

—Ahí, en ese frigorífico. —Lo señalo y limpio el sudor de mi frente con el dorso de la mano.

Llevo un delantal blanco sobre unas mayas y una camiseta. Hace calor y, en cuanto deje esto casi listo, me daré una ducha en la cabaña y me colocaré el vestido de dama de honor.

Una hora más tarde, a mediodía, el sonido de los platos chocando y el aroma delicioso de los ingredientes ya cocinándose llenan el ambiente, pero mi nerviosismo no me permite saborearlos y disfrutarlos. Mi mente se abruma con pensamientos negativos sobre si el menú será del agrado de todos, si los invitados quedarán satisfechos y si mi amiga estará orgullosa de mí. Algo me consuela que ella y la familia ya dieron el visto bueno tras la prueba de degustación.

No puedes defraudarla.

—Amanda, tienes que cambiarte —me indica Jess Olson, la cuñada de Ava, con un vestido muy bonito.

—No puedo, no puedo, no puedo. —Corto pollo a trocitos ya cocido para la ensalada.

—Amanda, la boda será dentro de una hora. No tenemos tiempo. ¿Has visto los pelos que llevas? —Busco mi reflejo en una cacerola grande y me horrorizo.

—Venga, jefa, márchate. Todo está controlado —me arenga mi mano derecha, Jeffrey, un chico que trabajó conmigo en Eden.

Salgo de la carpa, me alejo de los cocineros y…

—Dios mío… —musito con la mano en la boca y el corazón saltando dentro de mi pecho al encontrarme con un aura mágica.

Millones de lucecitas entre los árboles, como estrellas fugaces suspendidas en el aire, lo iluminan todo, delinean el entorno y la cabaña, crean un ambiente esplendoroso, cálido, acogedor, convirtiendo el lugar en un cuento de hadas.

Las flores, en su esplendor, abrazan la fachada. Rosas blancas y rojas, lirios y margaritas se entrelazan en cascadas de colores. De diferentes tamaños y formas, cubren cada rincón y producen un espectáculo maravilloso.

—Ha quedado muy bonito —comenta Jess.

Al final de un camino flanqueado por sillas blancas, se levanta un arco igualmente adornado con luces y flores, como una puerta a un mundo de ensueño.

—¿Cómo no lo vi esta mañana? —Vamos hasta la casa.

—Lo han terminado ahora y estabas muy estresada.

El suelo, una alfombra de pétalos rojos, refleja la sangre que recorre mis venas con demasiada rapidez. Va a darme un infarto.

¿Me parece que todo va mal? ¿Creo que esto terminará en desastre? Las cosas siempre pueden empeorar.

He aquí la prueba:

—Buenas tardes, señoritas. —Nos topamos con Hudson en la terraza de la cabaña con un traje de chaqueta que lo hace más imponente, hombros anchos y cuadrados.

Qué guapo es el jodido.

—Hola, Alex, no podemos pararnos. Llevamos mucha prisa —responde Jess.

—¿La empleada del hogar va a limpiar esto ahora? —Me mira con una ceja arqueada.

El silencio se hace ante todos.

—No soy la empleada del hogar. Soy la chef de la boda. —En realidad no puedo culparlo porque parezco una indigente—. Y la Dama de Honor.

—¿Y ese es tu vestido? —Me señala con una risa irónica—. No entiendo la moda.

Oliver, el novio ya preparado, cruza la puerta principal hasta nosotros.

—Es Amanda, la chef de Eden. La conociste hace un año.

—¿La de la pasta demasiado cocida?

Me convierto en el diablo y doy un paso hasta él para clavarle un dedo en el pecho.

—Mi pasta es perfecta. Eres tú el rarito. —Qué pecho más duro, casi me doblo una falange.

—La pasta estaba pasada —insiste con un deje de diversión.

Pongo los brazos en jarra y respiro. Se trata de la boda de mi mejor amiga que debe estar arriba ya con el vestido puesto. Por eso no voy a montar un numerito, así que me meto en la cabaña y voy a darme esa ducha.

Jess me ayuda con el pelo, el maquillaje y el vestido. Ella se ha encargado de parte de la organización y le doy la enhorabuena por lo espectacular que ha dejado el sitio. Lo que antes era una cabaña de setenta metros cuadrados, ahora es una construcción en base a la original de dos plantas, cuatro habitaciones y dos baños.

—Estoy acostumbrada a solucionar problemas con rapidez. —Incide, lo ha hecho en solo un par de meses, bueno, no ella, una empresa constructora que Ava y Jess contrataron para que hicieran el trabajo duro. Los tortolitos iban a casarse en Nueva York, en un hotel de lujo con setecientos invitados. Tras deliberaciones varias, decidieron hacerlo en la cabaña en la que los Drake pasaron su infancia—. Mírate, estás guapísima.

Mi reflejo en el espejo me deja anonadada. Ahora parezco una princesa, o la dama de honor de una reina. Ava entra en el dormitorio y las tres nos echamos a llorar de lo guapa que está con un vestido con falda de varias capas de seda y una corona de pequeñas flores silvestres sobre el pelo suelto y ondulado.

—Oh, Dios mío, eres la novia más guapa que he visto en mi vida —le digo.

—No lloréis. Se os va a estropear el maquillaje —avisa Jess, por más que ella también llora.

—Los invitados están llegando. —James Black, el hermano de Ava, abre la puerta y se asoma para avisarnos, pero la elegancia y sensualidad de su mujer llama su atención y se va hasta ella para plantarle un morreo que los deja sin resuello.

—El maquillaje —musito.

Jess sonríe y se retoca los labios.

—Tú estás maravillosa —comenta James a su hermana—. Odio al tío con el que vas a casarte, pero estás preciosa.

—No lo odias.

—Sí lo odio.

—Deja de decir eso.

—Como te haga daño, lo mataré.

—Vamos, no es lugar para tratar si el cuñado matará al novio o lo dejará vivo. Vamos a sobrevivir a este día y luego ya veremos —le regaña Jess a su Gigante Imbatible, el mejor jugador de la NHL de todos los tiempos.

—Yo voy a la cocina a echar un vistazo. —Me despido.

—Ami, eres la dama de honor. No te manches el vestido —me pide Ava.

—Tranquila. —Le tiro un beso en el aire y voy hasta la carpa donde los creps de verdura y miel se han quemado.

—Ay, ay, ay… —Hiperventilo—. Esto es el apocalipsis.

6

AMANDA

La boda ha sido simplemente preciosa. Desde el momento en que llegué, supe que iba a ser un día memorable, pero nada me ha preparado para lo que he llorado viendo a los sobrinos de Ava y Oliver, aún demasiado pequeños para caminar, llevados en sus carritos hasta el altar, tirados por sus abuelas que, con una sonrisa radiante y lágrimas de felicidad en los ojos, entregaron los anillos mientras todos los invitados suspirábamos de ternura.

James Junior, el hijo de James y Jess, mantiene viva la memoria familiar porque, por lo que me cuentan, se parece mucho físicamente a su abuelo paterno. La pequeña de Neil y Vanessa se llama Ava, en honor a mi mejor amiga y todo lo que hizo por ellos, porque no solo se afanó en ayudarlo profesionalmente, es abogada, una con una gran reputación, sino que se involucró emocionalmente y se jugó la vida por los Drake.

Todo lo ocurrido durante estos años hace que el momento se convierta en mágico, en algo que merecían, en un futuro con el final feliz que esperaban.

Los votos de los novios han sido sinceros y llenos de amor, cariño, ternura y un toque de humor. Han hablado sobre alegría y tristeza, sobre salud y enfermedad, cuidarse, apoyarse y acompañarse, sobre un camino para recorrer juntos, respeto y valor. Oliver ha prometido ser una roca, un confidente, un marido fiel en esta nueva aventura, ha jurado amarla y desafiar con ella al destino. Buenos y malos momentos.

Una mujer muy amable ha visto mis lágrimas esparcir el maquillaje por mis mejillas, se ha levantado y me ha ofrecido un paquete de pañuelos de papel. Le he dado las gracias y me he dejado llevar por todo lo bonito que aquí se ha respirado y se respira, ahora sentados en una mesa redonda, bajo los árboles y rodeados de flores, aunque preferiría que una de las personas que nos acompañan en la cena, pasara la velada sentada en otro lugar, alejado de mí.

Alex Hudson no me cae bien y esta noche solo voy a cerciorarme de ello. Ava dice que su carisma me sobrepasa. Lo que me sobrepasa es su prepotencia y su forma de tomárselo todo a broma sin sopesar los daños.

Es imbécil de remate.

Nos sirven los platos de solomillo y él, Hudson, hace preguntas sobre sus intolerancias alimenticias que, por lo visto, son innumerables. No sé si lo hace para dar la nota, o porque

verdaderamente teme que le afecten. Recuerdo que la noche que comió en Eden debí tener cuidado con su plato, la contaminación cruzada y la pasta sin gluten ¡y no estaba pasada!

—Tranquilo, puedes comerlo sin problemas —le indico y me coloco la servilleta blanca de lino en las pantorrillas.

Él, presumiendo de gracioso, se la coloca en forma de babero y James, sentado a su lado, se parte de la risa.

—Tío, eres un niño grande —comenta el jugador de fútbol americano.

Hudson corta la carne, la pincha con el tenedor y se la lleva a la boca. La mastica durante unos segundos, traga y…

—No está mal, pero las he probado mejores —suelta el mamarracho mirándome de soslayo.

Jess se lleva la mano a la frente y agacha el semblante. Se figura la batalla que allí puede librarse.

—¿Algún problema con la comida? —replico.

—Bueno… Está un poco dura.

—¿Dura? Está en su punto.

—Será que a mí me gusta la carne fresca… Poco hecha… Joven… —comenta.

¿Qué demonios está diciendo? ¿Habla con segundas? ¿Por qué a James le hace tanta gracia?

—Esto es una boda, no una crítica gastronómica que, viniendo de ti, no tiene ninguna validez —le respondo.

—A mí me gusta —intercede James, intentado aguantar la risa.

—Está exquisita, Amanda. Pasa de ellos, son idiotas, los hacen en cadena, se reproducen solos —apunta Jess—. ¿Podéis disfrutar de la comida y el momento sin hacer el gilipollas? —les regaña, mientras ellos le dan vueltas al plato hasta marearlo y cabrearme a mí.

—Calci mía, no te enfades conmigo; dame un beso —su marido tontea con ella, sin perder el humor, y ella se deja convencer por él.

Sé por qué la llama así, lo supongo. Jess Olson es relaciones públicas y quemó el pelo de George Clooney el día de su cumpleaños en el local en el que ella trabajaba. Los medios la llamaron La Calcinadora. Fueron crueles, creativos, pero crueles.

—¿Confeccionaste tú el menú? —Alex se dirige a mí.

—Sí, junto con Ava, ella tomó la decisión final. ¿También vas a ponerle pegas?

—Pero lo has cocinado tú.

—Yo y mi equipo, sí. —Qué cansino es—. También había pescado. Haber optado por el salmón.

—Soy más de carne, preciosa. — ¡Y el muy imbécil me hace un guiño! Juro que cogía el cuchillo y se lo clavaba en el ojo. Hasta lo imagino en mi mente, lo hago tangible, y lo veo con la cuenca vacía y la sangre chorreando por su cara, pero como es anormal, ni se daría cuenta y seguiría comiendo, porque, aunque critique mi comida, se la zamparía que da gusto, sin percatarse de que lo he dejado tuerto.

Arrrggg. Qué manía le estoy cogiendo.

—No me llames así, no nos conocemos.

—Podemos conocernos mejor cuando tú lo desees… —suelta.

Lo mato. Le arranco el ojo, las cejas y los pulmones.

—Chicos, basta. Estamos en una boda. —Jess suelta un suspiro.

—Solo hablamos. En las bodas se socializa… —comenta esto mirando a James y vuelven a reírse de algo que recuerdan y que me imagino. Qué asco, de verdad. Seguro que se tiró a una tía que ni conocía en los lavabos de un centro de celebraciones. Mi imaginación vuela alto, demasiado.

—Cerdo —musito y toso para esconder el insulto.

Tras la movidita cena, los novios salen al centro del jardín y se toman de las manos, listos para iniciar su primer baile como esposos. Una melodía romántica y envolvente comienza a sonar y carga el aire con notas dulces y emotivas que se funden con el entorno. Oliver y Ava se miran a los ojos con amor y complicidad, dejándose llevar por la música y el momento mágico que comparten.

Movimientos gráciles y elegantes los llevan por el césped en una danza lenta y armoniosa que refleja la conexión profunda que existe entre ellos. Sus risas y susurros se mezclan con la melodía y me pongo otra vez a llorar sin control. La misma mujer, la que me dio los pañuelos de papel durante la ceremonia, se acerca a mí y me ofrece uno de nuevo.

—Gracias —le digo, lo cojo y me sueno los mocos como si estuviera sola y no formando un círculo junto a los demás invitados.

—A mí también me emocionaban las bodas hasta que me divorcié y vi que el amor es una mentira —me insinúa la donante.

—Vaya… Lo siento.

—Oh, no lo sientas. Ahora me dedico al sexo —anuncia con una sonrisa picarona—. Pero no le digas nada a mi hijo. —No podría, aunque quisiera, no sé quién es—. Pero entiendo a los jóvenes, veis solo lo bonito de las relaciones y eso es bueno. Hay que disfrutar el momento. ¿Te has enamorado alguna vez? —Asiento—. ¿Y cómo terminó?

—Me engañó con una compañera de clase.

—A eso me refiero. —Hace una mueca y bebe de su copa de champán—. Los hombres mienten demasiado, engañan. Espero que mi hijo no sea así, lo he educado para que respete a las mujeres, a las personas en general, pero tiene una personalidad… Se toma las cosas muy a la ligera. Eso lo sacó de mí, pero él lo lleva hasta el extremo.

—No quiero saber nada de hombres. —Recuerdo la comida que me ha dado Hudson y me repele.

—Ya conocerás a alguien que te vuelva loca y no podrás evitarlo. Por cierto, soy Mary Geller, es mi apellido de soltera. Lo recuperé tras el divorcio.

—Amanda Harris.

—¿Eres la chef de la boda?

—Sí, yo… —Voy a disculparme por si no le ha gustado la comida.

—Menudo banquete, Amanda. Estaba todo exquisito. Te felicito.

—Eh… Gracias. —Me carga de orgullo y me alegra escucharla.

Los invitados se unen a los novios en el baile delante de nosotras.

—¿Bailamos? —Me invita. Yo dudo unos segundos—. No necesitamos a un hombre para nada, para bailar tampoco.

Le doy la mano y nos divertimos al ritmo de *Pum it* de los Black Eyed Peas.

7

ALEX

¿Qué hace mi madre bailando con Amanda?, me pregunto con James al lado y su hijo llorando en sus brazos. Está desesperado y me hace gracia que no sepa qué hacer para calmarlo, lo ha intentado todo.

—Venga, JJ, pónselo fácil a papi… Es la boda de tía Ava… —le ruega al bebé.

—No tendré hijos. Nunca. No está hecho para mí lo de ser padre. No sabría cómo hacerlo.

—Como todos. Probando, a tientas, preguntándole a tu mujer.

—Jajajaja. —Suelto una risotada—. ¿Mujer? ¿Yo? ¿Casarme? El matrimonio no está hecho para mí. Lo respeto, pero no. Soy un alma libre. —Se me ponen los vellos de punta con tan solo escucharlo.

—Cariño, ¿no lo hueles? —Jess llega hasta su marido y coge al niño—. Se ha hecho cacota. Hay que cambiarlo.

—Yo qué sé. Si lo cambiamos hace dos horas.

Jess pone los ojos en blanco y se lo lleva dentro.

—Tío, qué gran padre eres —ironizo—. No te das ni cuenta de que tu hijo se ha cagado encima.

—Tú tampoco lo has olido.

—Pero no es mi hijo. —Va tras su mujer y me deja solo. Observo a la gente reír, charlar y bailar y voy a por otra copa. No debería beber demasiado, pasado mañana tengo entrenamiento, pero… Qué cojones, es la boda de Drake.

Oh, oh, coincido con Amanda frente a la barra. Lo cierto es que está preciosa con su vestido de Dama de Honor, nada que ver con lo que llevaba cuando la vi, manchada de sopa de tomate y algo más, con el pelo revuelto y demacrada, seguro, por la falta de sueño.

Me la tiraría. Tiene un polvazo.

—Qué casualidad —canturreo para que me oiga.

Ella me observa de arriba abajo, vuelca los ojos y suspira.

—¿Casualidad? Estamos en el mismo evento, por desgracia, y no somos demasiados.

—¿Por qué te enfadas? Te invito a una copa y me cuentas por qué te caigo tan mal.

—Pones a caer de un burro mi comida cada vez que nos vemos…

—Nos hemos visto dos veces —lo paso pipa interrumpiéndola.

—Pues eso, dos veces, y te metes con mi trabajo y sin conocernos. ¿No conoces la vergüenza ni el recato? ¿La educación?

—Soy sincero. Puedo ayudarte a que mejores.

—¿Ahora sabes cocinar? —Rellena un plato con una variante de quesos.

—Mi padre es chef. Cocino con él desde que era un enano. —Se sorprende.

—¿Tu padre es chef? —Arruga el ceño.

—Robert Hudson.

—¿Robert Hudson es tu padre?

—El mismo.

—¡He ido a sus ponencias! ¡Es un gran profesional! ¡Lo admiro mucho! —se emociona y no controla su reacción.

—Se lo diré cuando lo vea. —Muy de vez en cuando.

Se recompone y respira.

—Señor, ¿usted quiere una muestra de quesos? —me pregunta el camarero que nos atiende y nos ha puesto dos copas.

—¿Tiene sin lactosa?

—Sí, señor. Se lo preparo enseguida.

—He visto que te has hecho amiga de mi madre —le indico.

—¿Tu madre?

—Has bailado con ella.

—¿Mary es tu madre? —Frunce la nariz.

—Una persona peculiar, ¿no crees?

—Muy diferente a ti, sí.

—¿No me crees especial?

—Sí, pero para mal.

Me aguanto la risa. El cabreo que tiene de nuevo.

—Aquí tiene, señor Hudson. Soy un gran admirador de usted. ¿Le importa firmarme un autógrafo? —El joven camarero me acerca un trozo de papel y un bolígrafo—. ¿Y una foto? Prometo no molestarle más.

—Por supuesto, hagamos esa foto.

Cuando me doy la vuelta, Amanda ha desaparecido y me lamento. Me lo paso bien metiéndome con ella, haciéndola rabiar y… me gusta su ceño fruncido, su pelo lacio color caramelo, su pequeña nariz y sus grandes ojos ámbar.

—Eh, tío, ¿te diviertes? —Oliver me sonríe.

—Está siendo una noche muy agradable.

—Te he visto hablando con Amanda. Por favor, deja de meterte con su comida. James me ha dicho que has vuelto a darle la cena.

—Me gusta escucharla. He de admitir que es buena.

—Eso es todo un halago viniendo de ti. Tu padre convirtió tu paladar en uno muy exigente. ¿Por qué no ha venido?

—¿Mi padre y mi madre en el mismo lugar? Esto hubiera salido ardiendo. —Nos reímos.

—Tu madre me cae bien.

Observo cómo Mary disfruta sin parar de bailar y eso me hace muy feliz.

—Gracias por invitarla.

Me da un golpe en el hombro y se marcha, besa a su recién estrenada esposa, la coge en brazos y da vueltas con ella encima.

¿Eso es el amor?

8

AMANDA

Al final de la noche, cuando casi no quedan invitados, me encuentro en una de las mesas junto a Mary, tomando una última copa. La música suave y las luces tenues crean un ambiente íntimo y relajado. Observo a Ava y a su recién estrenado marido, Oliver, bailando abrazados en la pista. No puedo evitar sonreír al contemplar la felicidad materializada en estos momentos de paz y de amor del bueno y auténtico.

James y Jess también están en la pista de baile. Finalmente se han quedado solos porque la abuela se ha llevado al pequeño JJ al hotel. Resulta raro verlos sin su pequeño torbellino, pero también demuestra que saben disfrutar el momento presente, abrazados, acaramelados. Claro como el agua cristalina, con sonrisas cómplices se susurran cositas dulces al oído.

—Qué noche tan increíble, ¿verdad? —dice Mary y levanta su copa hacia mí.

—Asombrosa —respondo y elevo mi copa también mientras suspiro —. Todo ha salido perfecto.

Nos quedamos en silencio un momento disfrutando de la paz que reina ahora que la fiesta está llegando a su fin. Miro alrededor, veo las mesas vacías y los pocos invitados que charlan tranquilamente. Caigo en la cuenta de que no hay ni rastro de Hudson.

¿Dónde estará ese cabrito?

—¿Sabes? Me alegra mucho haber estado aquí —dice Mary rompiendo el silencio—. Ha sido una boda preciosa y es evidente cuánto se aman Ava y Oliver.

—Sí, se merecen toda la felicidad del mundo. Han pasado por mucho y de los problemas han salido reforzados, muy fuertes —respondo.

Observamos a nuestros amigos bailar. Hay algo mágico en la manera en que se mueven juntos, una especie de armonía que solo se encuentra en las parejas que realmente se entienden y se aman. Reconozco que estoy un poco celosa, pero en el buen sentido.

Ami, reconoce que estás muy sola esta noche y no te gusta esta sensación.

—Vamos a brindar por ellos —propongo y alzo mi copa una vez más—. Por Ava y Oliver y

por todos nosotros.

—Por Ava y Oliver —repite Mary chocando su copa con la mía.

Miro a Mary y noto una chispa de curiosidad en sus ojos.

—Ami, ¿y tú? ¿No has visto ningún hombre guapo esta noche con el que bailar y disfrutar un poco? —pregunta con un gesto entre curioso y divertido.

Suelto una risa corta y sacudo la cabeza.

—Ni hombres a la vista ni trabajo —respondo encogiéndome de hombros—. Al parecer y sin parecer, estoy en una racha de soltería y desempleo.

La señora Geller arquea una ceja claramente sorprendida.

—Vaya, no lo hubiera imaginado. Eres una cocinera excelente y una chica preciosa.

—Pues ya ves. —Doy un sorbo a mi bebida.

—¿Y el trabajo? —insiste—. ¿Nada a la vista?

—Nada por ahora. —Chasqueo la lengua—. Pero estoy buscando y espero que surja algo pronto. Esta boda es el fin de los fogones para mí.

Ella asiente con una expresión comprensiva en su rostro.

—Sabes… quizá yo pueda hacer algo al respecto.

—¿Vas a hablar con tu exmarido y pedirle que me haga un hueco? —La cara se me ha debido iluminar como uno de estos farolillos que adornan la boda.

—Hace mucho que no hablo con ese idiota, más bien podrías trabajar para mí.

—¿Para ti? —La voz me sale un poco aguda.

—Sí, aborrezco cocinar, aunque amo comer bien, ambas cosas un efecto colateral del divorcio. Tú me has sorprendido con tus dotes en la cocina y me caes bien.

—Pero tengo entendido que vives en Vancouver.

—Oh, no, ya no, acabo de mudarme a Nueva York a un ático precioso con una cocina de ensueño a la que yo no voy a saber sacarle partido. Eres sin duda la candidata perfecta para el puesto.

—No sé qué decir… Pensaba que de una boda salía otra, no que fuera a sacarme de las filas del paro.

—Di que sí, ¿qué tienes que perder?

Omito que en mis planes no estaba cocinar para la madre de Alex Hudson, que, sin duda, irá a comer algunas veces con ella como hacen los buenos hijos en domingo.

—Tengo que pensarlo.

—Está bien, apunta mi número en tu móvil y llámame mañana. No es por presionarte, pero me urge el servicio de cocina.

—Te aseguro que la presión ya es parte de mi vida, te llamaré mañana con mi decisión —respondo tras guardar el móvil de nuevo en mi *clutch*.

—Está bien, espero que sea la respuesta que deseo. —Me ofrece una amplia sonrisa mientras me levanto dispuesta a ir al baño. Han habilitado unos aseos portátiles en el patio delantero, pero opto por entrar en la cabaña porque la higiene de los mismos a esta hora tiene que ser muy deficiente.

9

ALEX

Tras una larga celebración, me tiro sobre el sofá del salón de la cabaña, cansado y agotado por el largo día y el alcohol que he tomado; también un poco frustrado y… cachondo. No he pillado cacho en la boda, a pesar de haber puesto el ojo en un par de invitadas y ellas en mí; además, el último polvo fue de mala manera en el baño del personal del avión que me trajo a Nueva York y, honestamente, de memorable tuvo poco. Rápido y satisfactorio, punto.

La música de la boda suena de fondo y por la ventana veo a Ava y Oliver bailar en la pista, abrazados, acurrucándose, felices. Me alegra ser testigo de ello, sin embargo… ¿Qué es eso? ¿Envidia? ¿Celos?

No. Son ganas de follar, joder.

—Vaya mierda —masco. Necesito una experiencia sexual decente, no la pido de diez, aunque es lo que acostumbro, para sacarme esta sensación de encima y reafirmarme en que el amor es una atadura innecesaria y que follar sin compromiso gana a esa emoción de la que todos hablan y que no me interesa ni conocer.

Me impulso con los puños y voy hasta la cocina en busca de una copa para poner el broche final a la noche. Solo encuentro una botella con licor de melocotón.

—La suerte hoy no me acompaña —musito—, pero…

Decido servirme un vaso con hielo, aunque he de apuntar que el sabor dulce no me fascina. Sin embargo, me lo bebo de un trago y lo cargo de nuevo. Con el vaso en la mano, me dispongo a salir de allí.

De repente, choco con alguien y el contenido se derrama por todas partes.

—¡Mierda! —exclamo, observando el desastre.

Levanto la vista y veo a Amanda con su vestido empapado de licor de melocotón.

—Lo siento mucho —digo. Pero en realidad no lo siento en absoluto.

Ella se ríe, aunque su sonrisa tiene un matiz de sorpresa.

—Estoy segura de que sí, Hudson —ironiza.

—No lo he hecho a propósito, ni siquiera sabía que ibas a entrar aquí.

—Las alimañas como tú huelen a sus víctimas de lejos.

—¿Víctima? —me sorprende y noto cómo la frustración se convierte en un deseo de devolverle el golpe—. Si hubiera sabido que entrarías, habría escogido otro licor un poco más fuerte y que no huela a caramelo barato, más bien a güisqui picado, te va más ese tipo de aromas.

—Ah, claro. Porque tú siempre sabes escoger lo mejor, ¿verdad? Como cuando escogiste arruinarme la noche derramándome esta porquería encima, o unos insulsos espaguetis sin gluten.

—No he hecho nada que tú no hayas provocado antes con tus comentarios. Y el gluten no me sienta bien, no tengo otra opción.

—¿Mis comentarios? —el tono se vuelve más agudo—. ¡Eres tú el que siempre tiene que ir de listo y arrogante!

—¿Arrogante? —digo dando un paso hacia ella—. Al menos yo no voy por ahí fingiendo que soy mejor que los demás.

—¡No finjo nada! Simplemente no me rebajo a tu nivel.

Nos quedamos mirándonos fijamente, las palabras cargadas de una tensión eléctrica. Los ojos de Amanda chisporrotean con furia, pero hay algo más ahí, algo que me advierte de lo cerca que estamos el uno del otro.

—Si no quieres que se te quede pegado ese vestido de por vida, deberías quitártelo —indico con una sonrisa socarrona. Está nerviosa, se lo noto, mi cercanía la está poniendo cardiaca.

—¿Qué te hace pensar que voy a hacer lo que me dices? —Trata de mantener su compostura, aunque su voz tiembla ligeramente.

—Porque sé que te encanta este juego tanto como a mí —respondo en voz baja y me acerco aún más, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo y el liquido pegajoso atravesando mi camisa.

Ella me mira con desafío y con la respiración entrecortada. La tensión entre nosotros se vuelve casi insoportable.

—No sabes nada de lo que me gusta —susurra, pero hay algo en el tono que delata su curiosidad.

—Tal vez debería averiguarlo —murmuro y, antes de que pueda protestar, mis labios se encuentran con los suyos.

El beso es intenso, cargado de toda la frustración acumulada. Ella intenta resistirse al principio, pero pronto se rinde y responde con la misma pasión. Cuando nos separamos, los dos respiramos con dificultad. Ella me mira confusa y claramente excitada.

Soy irresistible…

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —susurra.

—Lo que ambos queremos —le contesto a la vez que deslizo mi mano por su espalda acercándola más a mí—. Admítelo. No nos gustamos, pero esto es pura necesidad. Y sé que lo sientes igual que yo. Las bodas me ponen… sentimental.

Sus ojos revelan una mezcla de odio y de ganas infinitas de arrancarme de un tirón todos los botones de la camisa. Finalmente susurra:

—Maldita sea, Hudson... tienes razón.

Y sin más palabras, volvemos a besarnos, nos perdemos en la intensidad del momento y dejamos que la pasión nos consuma en un baile de bocas, dientes, saliva, manos y licor de melocotón que une nuestra piel como si fuésemos dos cromos.

Mi boca desciende por su garganta enviando chispas a lo más recóndito de su cuerpo y mis papilas gustativas saborean la mezcla del licor y su piel.

Sus manos se deslizan por debajo de mi camisa y suben por mis costillas hasta que agarra con fuerza mi pectoral.

La empujo contra mí para que note lo dura que tengo ya la entrepierna y mi polla se hunde en su vientre.

Pasa la mano por mi cálida y dura longitud que ya pugna por escapar del pantalón.

—¿Más relajada?

—En absoluto —declara la muy pícara.

—¿Crees que los tortolitos aún tardarán en subir a su habitación? —pregunto intentando adivinar su nivel de perversión.

—Me niego a mancillar su cama en la noche de su boda. Vayamos a cualquier otra, hay cuatro y tres están vacías.

—¿A la de los padres de Oliver? —propongo.

Lo medita unos segundos.

—Joder, ¿por qué esto me pone tan cachonda?

Entiendo que eso es un sí, la cojo de la mano y tiro de ella para subir los escalones a la planta superior a trompicones.

10

AMANDA

¿Qué narices estoy haciendo? Aprieto la mano de Hudson mientras subimos los escalones de dos en dos con mi entrepierna dándome sacudidas, los pezones erectos como dos timbres de castillo y unas ganas tremendas de que me folle como un poseso.

La necesidad, Ami, es solo eso, sexo, instinto primario universal, ineludible, constante y apremiante…

Mi corazón late con fuerza cuando encontramos el dormitorio vacío, cierra la puerta de golpe y me quita de un tirón el vestido.

—¿Estás loco? Cuesta un dineral y …

—¿Vas a usarlo en cualquier otra ocasión?

—No, pero…

—Disfruta de Ice Beam, pequeña.

—Si vuelves a llamarme así, me largo.

—Tú misma, pero te perderás esto. —Con otro tirón, ahora a su camisa, deja al descubierto su torso. Me alegro de que la lámpara esté encendida para poder verlo iluminado como una escultura griega en un museo.

Es casi un dios, pero ni loca se lo pienso confesar, no quiero alimentar su ya de por sí elevado ego.

Seguro que follando es todo un espectáculo de potencia.

—Me quedo, pero procura no hablar mucho.

—Eres muy traviesa, Harris.

—Solo cuando tengo una necesidad, ¿recuerdas? Ataca de una vez y déjate de tonterías, Hudson.

—Voy a enseñarte una buena comida. —Separa mis muslos, acerca su boca a mi sexo y hace que moje el encaje de mis bragas. Después me las baja lentamente por las piernas y las deja a un lado.

Pasa su lengua por mi clítoris una y otra vez, una y otra vez, cuento unas mil repeticiones sin descanso, tiene una lengua prodigiosa y me lleva justo al borde de un clímax que deseo desesperadamente, pero se retira y me deja completamente expuesta a la súplica.

—Por favor… por favor, no pares —susurro.

—¿Crees que una chica mala como tú se lo merece? —pregunta hundiendo dos dedos dentro de mí.

—¡Sí! —ahogo un grito de placer.

Mis gemidos lo activan y me da lo que quiero con su boca, su mano y su lengua, y yo muevo mis caderas sobre él, desvergonzada, necesitada, dejándome llevar tan fuerte que estoy segura de que, si el resto de las habitaciones estuvieran ocupadas por alguien, podrían oírme gozar como una perra en celo.

Una sensación intensa comienza en mi vientre, un calor que se expande lentamente envolviendo cada parte de mi cuerpo. Mi respiración se acelera, cada vez más superficial, mientras mi piel se eriza y mis músculos se tensan. Un placer intenso va construyéndose y creciendo como una ola que se aproxima a la orilla. De repente, todo se concentra en un punto y estalla, una explosión de sensaciones que me atraviesa como un relámpago. Grito, incapaz de contener la intensidad del placer que me inunda. Mi cuerpo se sacude con espasmos incontrolables, flotando, perdida en un mar de éxtasis. El mundo desaparece, solo existo yo en este momento de pura delicia. Mis gemidos se apagan lentamente, mi cuerpo se relaja y funde en una calma placentera.

Es el mejor orgasmo que he tenido en la vida…

Cuando todo mi ser deja de palpitar, alejo su cabeza y retrocedo un poco. Estoy tan sensible que es casi doloroso.

—Para, para —gimo, totalmente sin aliento—. No puedo más.

—Oh, pero esto no ha terminado.

Alex se levanta y se quita los pantalones y el bóxer. Verlo desnudo y empalmado me excita tanto que se me encogen los dedos de los pies.

—Túmbate en la cama.

—Te gusta dar órdenes, ¿no es cierto? —cargo contra él y contra el maldito orgasmo que me acaba de producir este hombre que detesto.

—No es una orden, sino una propuesta anticipada a lo que viene a continuación.

—Voy a hacerte caso porque me permitirá darte una puntuación. Quizá tu espagueti también

esté pasado.

—Me gusta que reconozcas que los tuyos también lo estaban. Abre las piernas —ordena cuando ya estoy sobre la cama.

Antes de que pueda siquiera decir algo más, Alex me penetra a traición. La embestida me duele un poco a pesar de lo mojada que estoy. Entra y sale y retrocede su polla unos centímetros para hacerme sufrir. Impulso mi cuerpo hacia delante con tanta fuerza que me introduzco su erección hasta el fondo.

—Esperaba algo más de ti —le digo.

Él vuelve a retroceder y me la mete de nuevo con más fuerza.

—Aún me resulta demasiado naif para que te llamen Ice Beam —le provoco de nuevo.

—Cuidado con lo que deseas, los rayos pueden partirte en dos.

De pronto se vuelve un salvaje haciendo chocar nuestros cuerpos como los platillos de una banda Heavy en pleno concierto. Sexo puro y duro.

La cama se tambalea, nuestros cuerpos rompen el sudor como bestias en acción.

—Ábreme en canal, párteme en dos, jodido Alex Hudson.

—Eres mala, joder, y vas a hacer que me corra ya si sigues diciéndome esas cosas.

—Eres un cobarde —señalo, a pesar de que lo único que puede calmarme en este momento es un orgasmo tan fuerte que me haga estremecer.

Cuando me empieza a acariciar el clítoris, siento que todo mi cuerpo se electrocuta. Me contraigo alrededor de él y gimo tapándome la boca para amortiguar el sonido.

Él me embiste tres veces más, gruñe apoyando su frente con la mía y derramándose dentro de mí.

Definitivamente tengo que aceptar el trabajo que Mary me ha ofrecido... Acabo de sucumbir a la depresión y cometer una tontería. Es hora de enfocarme en lo que realmente necesito y dejar atrás las decisiones impulsivas. Trabajar será mi salvación.

—Quita —Lo echo de mala manera y este lo hace de inmediato.

—Tranquila, no pensaba quedarme contigo de conversación romántica.

—Mejor, porque de esto… —Lo miro fijamente apuntándolo con el dedo—… ni una palabra a nadie.

—Tranquila, a mí tampoco me interesa que nadie se entere de lo desesperado que estaba por echar un polvo cuando puedo elegir a la que quiera. Podría bajar mi buena reputación en buen gusto.

—Imbécil.

—Este imbécil te ha puesto los ojos en blanco, pequeña.

Gruño cabreada con él, conmigo, con el universo, con el alcohol y el cansancio que hacen estragos. Y con las malditas bodas que te recuerdan lo triste que es tu vida.

Me levanto de la cama y me doy cuenta de que mi vestido está empapado de licor y rasgado. Tomo conciencia de que no poseo una opción decente para salir de la cabaña. Con preocupación miro alrededor en busca de algo que pueda ponerme.

—¿Qué voy a hacer ahora? —pregunto y siento cómo la incomodidad crece dentro de mí.

—La señora Drake podría tener algo en su armario.

—Sí, claro, ¿y qué les digo a los nuevos señores Drake, que quería sentir el calor de una madre abrazando mi cuerpo y por eso me he puesto uno de sus chándales?

—Sonaría raro, pero convincente. Todo el mundo sabe que no estás muy cuerda, puede que cuele. —Ríe a carcajada limpia y me dan ganas de abofetearlo. Pero recuerdo con desaliento el vestido de esta mañana, manchado de salsa de tomate.

—Me voy a reservar lo que me parece tu comentario y a salir dignamente de aquí para buscar la ropa que traje esta mañana.

—¿Desnuda? —Abre los ojos y vuelve a carcajearse de mí.

—¿Me sugieres otra cosa?

—Que entres en la cama de nuevo y dejes que te quite a polvos ese carácter que te gastas.

—Ni en un millón de años, Hudson.

—Pues la follada de promoción bien que la has aceptado.

—Me has pillado de bajón, las bodas son un peligro y te has aprovechado de mí porque no ha picado contigo ninguna otra incauta.

—Entonces estamos empate, tú tampoco has ligado mucho que se diga y te has aprovechado de mi debilidad.

—Dame la colcha —le exijo.

—Cógela tú misma, solo tienes que tirar un poco y será toda tuya.

Gruño con rabia absoluta, tiro de la colcha y me llevo con ella también las sábanas dejando de nuevo el cuerpo desnudo de Alex a mi vista.

¿Sigue empalmado?

—Mis ojos están un poco más arriba —indica con sorna.

—Estaba comprobando dónde están mis bragas.

—Sí, claro… ¿Te refieres a esas que te has puesto hace unos minutos? Reconócelo, estás impresionada por mi potencia.

—Más bien por tu sadismo.

—Las chicas como tú me la ponen así de dura, es un cumplido, no te quejarás.

Pongo los ojos en blanco y no contesto. Me limito a envolverme con la colcha como si fuera un burrito y como alma que lleva el diablo salgo de esta habitación que rezuma soberbia por todos los lados.

Al salir al pasillo, desesperada por encontrar mi ropa, me topo con Mary.

Mierda.

Me mira de arriba a abajo, pero no hace ningún comentario sobre mi indumentaria, en cambio sonríe de medio lado.

—Oh, querida, ¿sabes dónde está mi hijo?, creo que es hora de marcharnos y no lo veo por ninguna parte.

Trato de mantener la compostura y le respondo con un toque de sarcasmo.

—¿Qué te hace pensar que yo sé dónde está?

Mary, sin inmutarse, me responde con calma.

—No lo pienso, solo pregunto si lo has visto.

—No, no lo he visto —le digo rápidamente—. Tengo que marcharme porque tengo una urgencia.

Mary arquea una ceja y suelta una risa breve.

—Claramente debes tenerla por cómo vas vestida.

Suspiro y trato de mantener la calma.

—He tenido un problema con el vestido de dama de honor y solo estoy tratando de saber dónde está la ropa que llevaba esta mañana.

—Pues suerte con eso, querida —responde poco convencida.

—Gracias —contesto y entro rápidamente en la habitación que hay enfrente, la de Oliver y Ava.

Cierro la puerta y me apoyo con la respiración acelerada.

Mary ha debido de sospechar algo. No es tonta.

Las palabras de Alex aún resuenan en mi cabeza: *Las chicas como tú me la ponen así de dura.*

De pronto siento cómo alguien intenta abrir la dichosa puerta. Me resisto un poco pensando que puedo ganar algo de tiempo, pero me golpea y caigo de boca sobre la cama del recién estrenado matrimonio.

—¡Pero ¡qué...! —exclamo intentando recomponerme.

Oliver y Ava me miran sorprendidos, sus caras, una mezcolanza de confusión y curiosidad. No puedo evitarlo; las lágrimas empiezan a brotar. Claro, son lágrimas de cocodrilo, pero cualquier cosa me vale para salvarme el culo, ese que ahora asoma por debajo de la colcha apuntando directamente hacia ellos.

—He estropeado el vestido y no tengo nada que ponerme —explico con la voz entrecortada por el falso llanto, esperando que comprendan mi actuación.

—Oliver, ¿nos dejas a solas un momento? —Amanda le pide a su maridito de una manera muy educada que se vaya.

—Claro, mi amor. —La besa dulcemente y se marcha cerrando tras de sí.

—Lo siento. —Empiezo con una disculpa—. Sé que es carísimo, pero he ido a la cocina a despedirme del personal y la he liado…

—Tranquila, solo es un vestido, todo irá bien —indica mi amiga. Debe creer que he perdido la cabeza completamente por la falta de trabajo y la desesperación que me ha invadido las últimas semanas (y no va mal encaminada)—. Te prestaré algo de ropa.

—Gracias, siento haberte estropeado la noche de bodas.

—La noche es muy larga y Oliver y yo tenemos toda una vida para disfrutar juntos.

11

AMANDA

—Ayyyyyy, ayyyyyy —me quejo del dolor de cabeza, tirada en el sofá de mi apartamento. Delante, sobre la mesita, me acompañan un plato de sopa de pollo precocinada y humeante y una botella de agua muy fría—. ¿Quién me mandaría a mí beber tanto?

He vomitado en el rellano, justo un instante antes de abrir la puerta para ir directamente al baño y echar la pota en el inodoro.

Anoche dormí mal y poco por culpa de un gilipollas, bueno, de dos, el primero Hudson, que me dio un buen meneo que deseo olvidar (o no); el segundo, por un saltamontes que se metió en la habitación del motel donde me hospedé tras la boda y que me asustó mientras trataba de dormir. Las paredes se ondulaban como las olas, la lámpara del techo se alargaba y se encogía, con el mareo propio de ir embarcada en una frágil barquichuela cruzando el mar tempestuoso.

¡Joder, qué mareo más grande!

Ahora no estoy mejor y cierro la cortina para que la luz del sol no acabe con mis ojos, convertidos en agujeros negros.

Que alguien tire mi móvil al río, pienso, al escucharlo sonar como si me hubiera traído el equipo de sonido de la boda a mi pequeñísimo hogar.

—Para, para, para. —Lo cojo y cuelgo, pero vuelven a llamar—. ¿Sí?

—¿Ami? ¿Todo bien?

—Ava, ¿y tu luna de miel?

—Vamos a subir al avión y me preguntaba cómo te encontrarías.

—Ah, bien, bien. —Me masajeo la sien, con los codos en las rodillas.

—¿Quién te llevó al motel?

—Me fui con uno de los camareros.

—Te noto la voz rara.

—Estoy de resaca. Disfruta. Voy a vomitar. —Tiro el teléfono y voy trastabillando hasta el baño.

No sé cuándo suena de nuevo el maldito cacharro que carga el diablo. ¿Por qué no se ha descargado? ¿De qué hacen las baterías? Noto cómo la baba me cae por la barbilla y la limpio con el puño mientras busco dónde lancé el móvil.

—Mierda —musito ante la pantalla rota—. ¿Diga? —Casi no veo el nombre del interlocutor.

—¿Amanda?

—¿Quién es?

—Soy Mary Geller, ¿no guardaste mi número? Me parece que sí. ¿Tan borrachas estábamos? —Ríe.

—Eh… Se ha roto la pantalla y casi no se ve. —Me guardo que me acabo de despertar a las cuatro de la tarde.

—¿Te lo has pensado? —insiste con soltura.

¿Pensado? ¿Qué? ¿Que su hijo y yo follamos en la habitación de los padres del novio? ¿Que me hizo disfrutar lo que no está en los escritos? ¿Que llevo todo el día vomitando y durmiendo?

—Eh…

—Te echaré una mano, querida. No hay nada que pensar. Y ahora necesitas un teléfono nuevo. Súmalo a la oferta.

Plantéatelo, Ami, por Dios.

Mary continúa hablando por mí.

—Vamos a hacer una cosa. Te vienes mañana por la mañana, te enseño la cocina y la alacena y tú sola te convencerás.

Lo medito un segundo, pero me digo a mí misma que no tengo nada que perder.

—De acuerdo.

—No hay de qué. La que va a salir ganando soy yo. Por cierto, tómate un analgésico y sigue durmiendo. Espero que encontraras tu ropa anoche y que no hayas llegado a Nueva York envuelta en una colcha de *patchwork*. —Pi, pi, pi.

Me quedo observando el destrozo del cristal que cubre el teléfono.

A esta mujer no se le escapa ni una.

***

Me levanto temprano, bastante dormí ayer, me doy una ducha y me preparo con calma,

aunque algo palpita en mi corazón, el amor por la cocina y la necesidad de trabajar para pagar mis gastos y no vivir debajo de un puente dentro de una caja de cartón. Hace calor, pero en invierno las temperaturas bajan hasta alfombrar de blanco el paisaje.

Me visto con un pantalón y una camisa impecable y me recojo el pelo en un elegante moño bajo para enfrentarme a mi nuevo desafío: trabajar para una mujer cuyo exmarido es uno de los mejores chefs de Estados Unidos.

Madre mía. Seguro que la conquistó cocinando. Esta mujer está acostumbrada a lo mejor. Voy a cagarla.

Le doy vueltas al coco ya subida en el taxi que me lleva hasta Central Park West. Me entusiasma la propuesta a pesar de la presión que me aprieta el pecho al pagar al conductor y bajar del coche.

Me quedo observando el edificio de cristales en los que me reflejo con el maletín colgando de mis dedos.

Cruzo el hall y el portero me pregunta a dónde voy. En cuanto digo el nombre de la señora Geller, sonríe y me indica el piso, el último.

El ascensor me eleva hacia las alturas. Solo existe una puerta frente a mí en el pasillo y se abre enseguida.

—Hola, Amanda —me saluda Mary con su característica sonrisa en el semblante.

—Buenos días, señora Geller.

—¿Señora Geller? Por favor, no me llames así. Soy Mary, hemos compartido unas cuantas copas ya para que me trates con formalismos.

Y casi un semidesnudo. Y me he follado a tu hijo.

—Lo sé, pero es defecto profesional.

—Bueno, aún no soy tu jefa. Pasa.

Me quedo maravillada al cruzar el refinado vestíbulo mientras sigo a Mary hasta la cocina.

Cuando llegamos, me quedo igual de alucinada.

—¿Qué te parece? —pregunta con los brazos extendidos.

—Que voy a mudarme a vivir aquí. Sobre esta encimera. —La acaricio. Es un santuario que me enamora al instante.

—Es de mármol pulido.

—Tienes muy buen gusto.

—¿Cuándo podrías empezar? —Directa y clara.

—Aún no he dicho que sí.

—Pero si acabas de decir que te quedarías a vivir aquí… —me parafrasea y sonreímos.

—¿Cuándo quieres que empiece?

—¿Ahora? En la alacena hay de todo y me gustaría un almuerzo que me llene porque… —Se detiene un segundo—. A mí el alcohol me da hambre y aún no me he recuperado. Sorpréndeme con algo delicioso, me ruge el estómago.

—Vale. —Entre los fogones y esa mujer tomo una decisión inmediata.

Pongo mi maletín sobre la mesa y lo abro.

—Veo que vienes preparada.

—No voy a ningún sitio sin mis cuchillos. —Los observamos, brillantes y afilados.

—Te dejo. Tengo que preparar el equi… el día. —Se corrige—. Hoy la agenda se presenta apretada. Llámame si necesitas algo.

Se marcha y empiezo con la función, confiada y sintiendo mi pasión por cada célula de mi piel. Mi labor es más que cocinar; es transmitir emociones, despertar sensaciones y crear experiencias únicas a través de la comida. Cada corte, cada mezcla, cada cocción es un acto de amor y dedicación hacia mi arte culinario.

Me muevo como un bailarín en escena. Mientras termino un risotto de champiñones y trufas, escucho pasos acercarse.

—¡Huele de maravilla! —apunta y yo sigo removiendo la salsa de nata.

—Estará listo en cinco minutos. —Mary asiente amable, se acomoda en una silla y observa con curiosidad mi laboriosa tarea.

El aroma embriagador del arroz cocido en caldo perfumado con trufas se propaga por la estancia despertando su interés.

—¿Qué es? —me pregunta con genuino interés.

—Un risotto de champiñones y trufas, una de mis especialidades —respondo con orgullo ofreciéndole una sonrisa cómplice.

Termino con una lluvia de queso parmesano recién rallado y lo presento con elegancia en un plato blanco, decorado con hojas de perejil fresco.

—Pruébalo. Estoy segura de que te encantará —le digo y le sirvo una porción generosa.

Ella toma el tenedor con delicadeza y expectante lleva un bocado a sus labios. Su expresión se ilumina al saborear la combinación perfecta de aromas y texturas que he creado con sumo cuidado.

—¡Oh, Amanda! Esto es increíble. ¡Me encanta! El arroz está en su punto —exclama con una chispa de emoción en sus ojos.

Su elogio resuena en mi corazón con la fuerza de mil aplausos que validan mi arte culinario y mi pasión por la cocina. Me siento realizada al saber que he logrado conquistar su paladar exigente y sorprenderla con mi talento.

Chúpate esa, Alex Hudson.

—Gracias, todo un placer cocinar para ti. Espero que disfrutes cada bocado tanto como yo disfruté al prepararlo —expreso con humildad, agradecida por la oportunidad.

—Qué pena tener que marcharme… —musita y no la escucho muy bien, o no sé a qué se refiere, me pilla despistada, fuera de juego.

—¿Te vas? Creía que necesitabas que empezara hoy, aún no hemos hablado de los menús que necesitas al día, de si hay algunos alimentos que no puedes comer o no te gustan, el horario, sueldo… Mi contrato.

—Tengo que marcharme a Vancouver, pero he dejado redactado el contrato y lo he firmado ya, solo faltas tú. En él hay adjunto un documento con las intolerancias alimenticias, el horario, los menús más apropiados para la semana y el sueldo.

—Pero…

—¿Confías en mí?

—No veo la razón para no hacerlo, pero esperaba…

Mary hace un aspaviento con las manos y me corta.

—Voy a por el documento, puedes quedarte aquí el tiempo que necesites para leerlo y meditarlo.

Asiento sin saber que más decir y ella vuelve poco después con un dossier, un teléfono móvil nuevo última generación y la maleta.

—Aquí tienes todo lo que necesitas por ahora, el taxi me está esperando abajo —me dice entregándome la carpeta con los documentos.

—Espero que te sientas cómoda en esta casa, cualquier problema que tengas házmelo saber, soy yo la que te contrata.

Mary se encamina hasta la salida y la sigo para despedirme de ella.

—Está bien, gracias por todo, Mary, espero que tengas un buen viaje y me avises de cuando vuelves para empezar a trabajar.

Mary entra en el ascensor con su maleta, me mira con una sonrisa.

—Empiezas hoy, solo voy a resolver unos asuntos, vuelvo mañana. Deja las comidas hechas

y guárdalas en la nevera, puede que ande algo ocupada y no coincidamos. Ah, y prepara para hoy una buena cena, quizá pase la noche aquí un buen amigo que está en la ciudad de paso. Prefiero que no encienda él mismo los fogones si quiero conservar sana y salva la casa.

—¿Quién…qué?

—Suerte en tu nuevo trabajo, querida —me dice antes de que las puertas se cierren y la pierda de vista.

Me quedo sola en el ático de lujo, mirando alrededor, algo abrumada por la opulencia del lugar. Sin embargo, me siento alentada porque Mary no va a ser una jefa que esté pisándome los talones. Eso es un gran plus a tener en cuenta a la hora de firmar el contrato.

Me dirijo a la cocina y me siento en la isla, abro el dosier que Mary me ha dejado. Reviso las tareas y el horario, y veo que tengo que confeccionar los menús completos del día: almuerzo, merienda y cena, excepto los desayunos, a menos que me los pidan previamente.

Echo un vistazo a la lista de intolerancias y noto que incluyen gluten y lácteos en general, excepto los fermentados. Pienso que por eso Mary ha comido el risotto. Me doy cuenta de que comparte con su hijo la celiaquía. Además, tampoco tolera ciertas frutas como el kiwi, melocotón, sandía y melón.

Suspiro sabiendo que tengo que ser creativa con los menús. Pero al mismo tiempo me siento un poco emocionada. Este podría ser el comienzo de algo nuevo y positivo. Saco un bolígrafo que siempre llevo en el bolso y firmo el contrato sin más.

12

ALEX

Nueva York siempre tiene un encanto especial en las primeras horas del día. El sol se abre paso entre los edificios altos iluminando las calles casi desiertas de Manhattan.

Me levanto, me estiro frente al gran ventanal de mi habitación y contemplo las vistas de la *city*.

Luego reviso mi teléfono y veo que voy bien de tiempo para ir a los entrenamientos.

El vuelo de mi madre sale a mediodía y tengo que pasar a recogerla después de la revisión médica que mi nuevo equipo me quiere hacer.

A mi mente viene el último polvo que eché hace un par de días…

Amanda.

Ella, envuelta en una colcha de *patchwork* floral, parecía un capullo hermoso y gigante…

Suelto una risita.

Esa loca folla de escándalo y tiene una belleza de la que creo que no es consciente la muy cabrona.

Tras una ducha en la que me desahogo rememorando algunos momentos de ese día con la desquiciada de Amanda, me lleno de energía para enfrentar el día en la pista de hielo.

***

El sonido de los patines deslizándose sobre el hielo llena mis oídos mientras nos preparamos para el entrenamiento. El entrenador nos exige lo mejor en cada ejercicio, así nos empuja más allá de nuestros límites físicos y mentales. Cada golpe de la pastilla, cada derrape, cada disparo a gol, una oportunidad para mejorar y demostrar nuestro compromiso con el deporte.

Se palpa la camaradería entre mis compañeros de equipo, un lazo indestructible que nos une en la búsqueda de la perfección en cada juego. Nos apoyamos mutuamente, celebramos juntos los éxitos y nos animamos en los momentos de dificultad. Somos, más que un grupo de jugadores, una familia a la que une la pasión por el hockey.

Cada entrenamiento representa un desafío, una nueva ocasión para crecer y superarnos a nosotros mismos. El sudor se mezcla con la adrenalina, la determinación se refleja en nuestros rostros mientras nos esforzamos por alcanzar la excelencia en cada sesión. En la pista de hielo somos, más que jugadores de hockey, guerreros listos para luchar con valentía por el triunfo y el honor de nuestra ciudad, por nuestro equipo, sus seguidores y por nosotros mismos.

***

A las doce en punto mi madre ya está esperándome en la puerta del edificio, vamos con el tiempo justo.

—Como siempre tan previsora —le digo en cuanto salgo para meter su equipaje en el maletero de mi coche.

—El tiempo es oro, hijo mío.

Me encantaría decir que mi madre y yo compartimos un silencio cómodo dentro del coche, pero ella no calla ni debajo del agua de camino al aeropuerto, allí cogerá un avión que la devuelva a Vancouver. La voy a echar de menos. Mary Geller es como una caja de música, unas maracas o un niño jugando a la pelota, o… todo junto.

Me ha comentado que ha contratado un chef para que me mantenga bien alimentado durante su ausencia, no sabe cuándo podrá venir a verme de nuevo, y mi alma se aprieta un poquito al dejarla sola tan lejos, pero no lo reconoceré ante ella ni ante nadie porque he de guardar a buen recaudo mi fama de tipo duro.

—No hacía falta que contrataras a un cocinero. Sé cuidarme —le regaño entre las calles de Manhattan cuyas aglomeraciones a estas horas nos ralentizan un poco.

—¿Por qué crees que eres quién eres? El entrenamiento no lo es todo, la alimentación es muy importante. Tu padre te lo enseñó, a mí también, además de otras cosas… —Sonríe con malicia —. ¿Cómo está su novia adolescente?

—Mamá, tiene treinta años.

—Un treintañero necesitaría yo…

—Deja de hablar sobre eso delante de mí —me quejo—. ¿Cuándo comienza el chef?

—Hoy. No lo has conocido porque te has ido muy temprano. Pero puede que te lo encuentres allí a la hora de cenar. Le he dado un horario flexible para que prepare las comidas al momento, o las prepare y te las deje en la nevera.

—Tengo un par de asuntos que resolver hoy, pero intentaré llegar pronto esta noche para conocerlo.

Bufo.

—No tenías que hacerlo, puedo apañármelas yo solito.

—Hazlo por mí, por tu madre, estaré más tranquila así.

—De acuerdo, pero… puedo despedirlo y buscar otro si no me cae bien, o no me… gusta.

—Claro que sí, hijo mío. Haz lo que siempre has hecho, lo que te da la gana… Pero a esta persona la he contratado yo, así que tendrás que avisarme antes de hacer nada.

—Mamá, me has contratado un cocinero sin consultarme. ¿A quién he salido? —Reímos.

En el aeropuerto nos dirigimos al área de facturación y salidas. Mary Geller, a pesar de su hiperactividad, sabe serenarse cuando lo necesita y me tranquiliza a mí.

—No te preocupes, cariño. Estaré bien. Y prometo llamarte todos los días. —Esto último lo dice con retintín.

Nos abrazamos con fuerza antes de que se dirija hacia la seguridad.

—Mamá, por favor, no montes fiestas en casa y cierra bien las puertas.

Pone los ojos en blanco y se despide con un beso antes de desaparecer entre la multitud.

***

Llego de noche.

Algunos miembros de mi nuevo equipo me han citado a media tarde en casa del entrenador y me ha preparado una pequeña fiesta de bienvenida. No tengo hambre por los canapés servidos por una empresa de cáterin, sin embargo, me sorprende un delicioso aroma al cruzar la puerta del vestíbulo. El olor llama mi atención y decido acercarme a la cocina e investigar.

La mesa me espera engalanada, con una exquisita cena dispuesta sobre ella. Una caricia de manjar para los sentidos y la vista, un festín de sabores y colores que me invitan a deleitarme. Dejada caer sobre una copa, una hoja de papel escrita a mano me da la bienvenida:

«En el plato principal encontrará un filete de res con una reducción de vino tinto y hierbas, acompañado de puré de papas y espárragos a la parrilla. De postre, hay un pastel de chocolate decadente en la nevera y una copa de vino tinto para maridar. Disfrute de la cena. Hasta mañana».

—Vaya con el chef… —musito ante el detalle y el cuidado con el que ha preparado la cena.

Me siento y cierro los ojos para saborear cada bocado con mi apetito completamente abierto por el deseo y la gula.

Esto está exquisito.

¿A quién quiero engañar? Mi madre tiene razón, si quiero comer bien, necesito a alguien que se ocupe de hacerlo por mí.

En Vancouver era ella quien se ocupaba de llenarme la barriga como a un rey, y ahora que no puede hacerlo, ha optado por la mejor opción con su preocupación de madre.

***

Me levanto a la mañana siguiente con ganas de conocer al que preparó la exquisita cena de anoche, sin embargo, aunque de nuevo huele de muerte, no la encuentro por ninguna parte. Leo otra nota al lado del plato de fresas con naranja y huevos revueltos dispuesto para dos comensales:

«Buenos días, he tenido que salir a hacer unas compras al supermercado. Faltan ingredientes para el almuerzo y la cena. Vuelvo enseguida. El desayuno está preparado. Disfrutadlo mucho, tú y tu amigo».

La cojo y la observo de cerca. Tiene una letra perfecta. Releo: *Disfrutadlo mucho, tú y tu amigo.*

¿Qué amigo? ¿El chef cree que soy gay, o mi madre le ha insinuado algo? Vaya mujer insistente en eso de que encuentre a una mujer con la que compartir mi vida, otra de sus preocupaciones maternales.

¿Será que mi negativa a tener una relación formal con una mujer la ha inducido a pensar que me gustan los hombres?

13

AMANDA

El ático de lujo está en silencio cuando llego a las ocho de la mañana. Veo una camiseta de hombre sobre el respaldo del sofá y sonrío para mí. Mary ha debido volver temprano para encontrarse con ese *amigo* que me aseguró estaba de paso en la ciudad.

—Mary, ¿tienes acompañante? —musito, pero nadie me contesta. Deben estar dormidos, encamados o vete tú a saber. Menos mal que no soy la mujer de la limpieza, me moriría de vergüenza deambular por la casa y encontrarme con una escena dantesca.

Voy hasta la cocina, la considero zona segura, con cuidado de no alarmarlos. Preparando el desayuno, me percato de que faltan muchas cosas para cocinar el almuerzo y la cena que he planteado. Hago una lista de provisiones que abastezca completando la despensa. Me quito el delantal que me he colocado hace media hora y salgo rumbo al mercado local, a dos manzanas de distancia, pero antes dejo una nota:

«Buenos días, he tenido que salir a hacer unas compras al supermercado. Faltan ingredientes para el almuerzo y la cena. Vuelvo enseguida. El desayuno está preparado. Disfrutadlo mucho, tú y tu amigo».

Recorro puestos de frutas, verduras, carnes, pescados y condimentos en busca de lo mejor para la señora Geller. El aroma a especias me envuelve y se me ocurre comprar curry para hacer un plato muy especial.

Recuerda las intolerancias de ella, iguales que las de su hijo.

Converso con los vendedores para asegurarme de que mi amiga Mary no termina en un hospital y les pido consejo sobre unos azafranes.

Regreso al ático cargada con varias bolsas y la mente repleta de ideas, ansiosa por seguir impresionándola. El portero del edificio me ayuda en cuanto me ve y deja la compra en el ascensor.

—Gracias, señor Zaldívar.

—A usted, señorita Harris. —Nos presentamos oficialmente ayer. Le conté que trabajaría para Mary Geller y él no hizo ninguna alusión a ello, muy profesional, sin cotilleos.

—Mmm… —Observo que ya ha desayunado y dejado en el fregadero la vajilla.

Asomo la cabeza por el vano de la puerta e investigo si andan por el apartamento. Yo sí que soy un poco cotilla y me gustaría saber con quién se ha acostado. A lo mejor de verdad se trata solo de un amigo que duerme en la otra habitación.

Mal pensada.

Comienzo a organizarme y veo una nota colgando del frigorífico.

«El desayuno estaba muy bueno, igual que la cena, inmejorable. Gracias».

¡Le ha gustado!

Soy la puta ama de la cocina.

Y estoy sola aquí, cosa que me alivia y satisface.

Me sumerjo en el proceso de preparación muy animada. Corto, cuezo, frío, evaporo… Estoy en mi elemento, esto me llena de vida y de contento. Pienso superarme a mí misma y sorprender más si cabe a Mary, lista para servir y ver las caras de felicidad de ella y su amante.

—¿Diga? —Mi teléfono roto suena y lo busco dentro del bolso.

—Señorita Harris, se está saliendo el agua de nuevo —informa la voz de mi vecina de abajo en Inwood, el barrio en el que vivo.

—El técnico lo arregló ayer —le digo. Tuve que salir corriendo el primer día de mi nuevo trabajo, retrasada por un problema en las tuberías del edificio que le afecta a ella.

—¿Y le ha pagado? Porque si le ha pagado…

—Eh… Sí —respondo. Le he pagado y me he quedado casi sin ahorros. No puedo irme hoy de nuevo y arriesgarme a que me despidan.

—El fontanero no lo ha hecho bien. Mi techo sigue empapado.

Cuelgo después de una regañina por parte de la señora del quinto piso, como si yo supiera de fontanería y además mojara su techo a conciencia.

Llamo al técnico, hablo con él y… Tengo que ir a mi apartamento, darle acceso y quedarme allí hasta que finalice y compruebe la efectividad del trabajo.

Tendría que dejarle a Mary una nota explicativa del problema, pero mejor la llamo, me parece poco profesional largarme otra vez.

—¡Amanda! Eh… Hola. —La noto rara, con la voz dubitativa, vacilante. ¿Estará enfadada porque me largué ayer?

—Hola, Mary. Tengo que… Oh, lo siento. Tengo que marcharme hoy otra vez, pero he dejado el almuerzo y la cena preparada. No sé si podré volver.

—Eh… De acuerdo. ¿Todo bien?

—Un problema de tuberías. Me alegra que os haya gustado la cena y el desayuno.

—Oh, sí, sí… Pero… Entonces, ¿todo bien? —¿No me ha escuchado?

—Mi vecina de abajo tiene un problema de humedades y trato de arreglarlo. Yo no, el fontanero, claro, yo no tengo ni idea de fontanería —le explico.

—*Ok, Ok.* No te preocupes. Llámame cuando… Cuando quieras —la noto sofocada y cuelga sin más.

¿Qué narices está haciendo esta mujer? ¿Una maratón de sexo con su amigo al aire libre?

***

—Qué harta estoy de las fugas, y no de Alcatraz —le aseguro al nuevo fontanero que ha enviado la empresa, que se afana por cortar el agua sin mucho éxito.

—El problema es la antigüedad de… esto. —Tira fuerte y saca un trozo roto de algo metálico.

Es guapo…

Un hombre joven y atractivo con caja de herramientas, seguro que sabe hacer de todo. Me río sola y me siento atraída por él, por su apariencia y actitud, juguetona y simpática.

—Debería pedir al propietario que hiciera una reforma del edificio en general —indica con las manos manchadas de…

No lo pienses, Ami, qué asco.

—No sé ni quién es.

—¿Vive en una casa sin conocer al dueño?

—La alquilé mediante un contacto. No creo que el millonetis venga a hacer de guía por los apartamentos.

Él sigue a lo suyo, agachado bajo el mueble del fregadero de la cocina.

Mmm… Qué buen culito… Redondito…

Sigo observando al joven fontanero arreglar la tubería en la posición del perrito y decido seguir conversando.

—Entonces… ¿cómo va todo ahí abajo? —Se escucha un ruido raro, no sé definirlo, como si alguien gritara pidiendo auxilio.

—Bien… —Se sienta en el suelo y me enseña otro artefacto que ha sacado.

—¿Qué es eso?

—Parece… un juguete sexual. —Sonríe.

—¿Qué? —chillo—. No puede ser. —Me acerco y lo compruebo—. Es un cocedor de huevo.

—Tranquila, me encuentro de todo en las cañerías.

—Supongo, pero eso es un cocedor de huevo. ¿Y qué te has encontrado en las tuberías?

—Una vez salió un pato.

—De goma. —Di por supuesto.

—No, no. Un pato. Vivo. —Abrí los ojos de manera repentina.

—¿Un pato? ¿Vivo? Eso sí que no lo hubiera imaginado nunca.

—Así es. A veces encuentro cosas extrañas, pero hace mi trabajo más interesante y divertido ¿Y usted? ¿Qué hace aparte de tener problemas con la tubería?

—Soy chef. Tuve un restaurante. Ahora trabajo en Central Park, para una familia adinerada.

—¿Cocina bien? —Asiento—. Le caería bien a mi madre. —Se levanta y lava sus manos bajo el grifo—. ¿Tiene unas servilletas de papel?

—Claro. —Las saco de un armario y se las doy. Él se seca y las tira a la basura.

—Estoy seguro de que no volverá a tener problemas. —Agarra su maletín y lo acompaño a la puerta, dos pasos más allá.

—Gracias por arreglarme las tuberías —digo y no sé por qué ambos comenzamos a reírnos.

—No voy a ser soez, así que se lo diré de manera educada. ¿Podría llamarla para algo personal?

—¿Me está pidiendo una cita?

—Sí.

Alzo las cejas y…

Estás en racha, amiga.

—Vale, no veo por qué no. —Hago mi mejor caidita de pestañas al guapo fontanero y este me sonríe complacido.

Si las cañerías de este edificio son difíciles de arreglar, habrá que comprobar de lo que es capaz con las mías, aunque dudo que pueda superar el polvo que me echó el maldito de Alex Hudson.

Cancela el pensamiento y olvida a ese cretino.

14

AMANDA

«La cena estaba exquisita. Inmejorable el salmón ahumado, inmejorable el toque de jengibre, inmejorable los boniatos asados. Un trabajo impecable. Buenos días».

«Esta noche necesito una cena para dos, algo ligero. Con el mejor vino. Pescado y verduras, al vapor, por favor».

Leo dos notas al entrar en la cocina y ambas me alegran. ¡A Mary le ha encantado de nuevo mi cocina! ¡Y esta noche tiene otra cita! O… Espera… Cambio el peso del pie.

¿Algo ligero? ¿Pescado y verdura al vapor?
Quizá Hudson se pase por aquí para pasar la velada con su madre.

Este pensamiento no consigue hundirme porque tengo trabajo, cocino bien, Mary lo valora y tengo una cita con Berwin, el fontanero simpático y cañón. No puedo pedir más.

Vaporeo el bambú en una olla grande con una rejilla. La clave de esta técnica consiste en conservar la frescura y nutrientes de los ingredientes en un ambiente húmedo y suave.

Me entretengo con el pescado fresco que he salido a comprar, salmón, lubina y bacalao. Que ellos elijan entre los tres. Los limpio de escamas y espinas y corto en un tamaño adecuado para servir.

Los sazono al gusto con una combinación de sal marina, pimienta, jugo de limón y hierbas frescas como el eneldo y el perejil. Dejo que los sabores se mezclen durante unos minutos y vuelvo con las verduras.

En ese momento suena mi teléfono.

—¡Hola, Ava! ¿Y esa luna de miel?

—Muy bien. Oliver se está comportando como nunca y está siendo increíble.

—¡Oh, me alegro mucho! Cuéntame, ¿dónde estáis ahora? —Selecciono las verduras: zanahorias tiernas, espárragos frescos, brócoli, coliflor, las lavo y las corto a trocitos uniformes para asegurar su cocción pareja.

—En las playas de Bora Bora. El agua cristalina y las arenas blancas son simplemente impresionantes. Pasamos días relajados bajo el sol y disfrutando de la tranquilidad.

—Tiene que ser increíble. —Coloco una capa de agua en la base de la vaporera y pongo el fuego medio-alto hasta que hierva.

—¿Y cómo estás tú? —Caigo en la cuenta de que no le he hablado sobre mi nuevo trabajo.

—Muy bien. No te lo he dicho con todo esto, pero… ¡he encontrado trabajo! —Cubro con la tapa y dejo que se cocinen al vapor durante aproximadamente ocho o diez minutos, o hasta que el pescado esté tierno y se desmenuce fácilmente con un tenedor. Aprovecho para preparar una salsa de limón y mantequilla derretida (sin lactosa) para rociar el pescado con ella.

—¿Cómo? ¡Cuánto me alegro? Sabía yo que una chef como tú no podía estar en paro mucho tiempo.

—Bueno… No es que los restaurantes de la ciudad se hayan peleado por mí, pero me siento bien con… —Suspiro—. Trabajo para Mary Geller.

—No te entiendo. ¿Te has mudado a Vancouver y no me los has dicho?

—No, no. Ella está en Nueva York. Creo que va y viene cuando le place y… soy su cocinera. —Un silencio me recibe tras la línea—. ¿Ava?

—Estoy aquí.

—Creí que se había cortado.

—Oliver no me ha comentado nada. Me parece extraño.

—Estáis de luna de miel. ¿Qué más da dónde trabaje yo? De todas formas, no se lo digas. A lo mejor Hudson no lo sabe y si se entera, podría convencer a su madre para que me despida.

—Esa mujer no se deja convencer por nadie. Es de armas tomar.

—Ni que lo digas. —Reímos.

—Tengo que dejarte. Oliver… Oliver se ha enredado con algo. Míralo, parece un niño en un parque de atracciones. —Ríe.

Nos despedimos y sigo con mi trabajo. Sofrío ajo y cebolla para añadir un toque adicional a las verduras, pero lo dejaré en un cuenco a repartir al gusto de los comensales, como la salsa.

Se me pasa la mañana volando y me dispongo a dar un paseo y volver para servir la cena. Me he ausentado estos días, así que echaré algunas horas y me convertiré en camarera, además de chef, esta noche.

Encuentro un momento de paz y tranquilidad en medio del bullicio de la gran ciudad en Central Park. Camino por un sendero rodeado de árboles que me protegen de los rayos del sol del verano. Tomo asiento bajo un roble de grandes ramas y me recuesto contra su tronco rugoso.

Huele a hierba recién cortada y a flores. Respiro con profundidad y cierro los ojos. Los sonidos se desvanecen poco a poco y me concentro en el susurro de las hojas movidas por una brisa suave.

La vibración de mi móvil me saca del universo en el que me he adentrado unos minutos.

Berwin: Hola, chica chef.
¿Cómo va el día?

Yo: Hola, chico de las tuberías.
Muy productivo.
Ahora estoy descansando un rato.
¿Y el tuyo?

Berwin: Encontrando cosas raras en inodoros.
Me preguntaba si quieres cenar esta noche.

Yo: Hoy no puedo.
Tengo que trabajar.

Berwin: ¿También por la noche?
Una forma muy educada de rechazarme.

Yo: No, no. En serio.
Tengo que trabajar.
Pero mañana estoy libre.

Berwin: Me alegra escuchar eso.
¿Te llamo mañana y concretamos?

Yo: De acuerdo.

15

AMANDA

Tras el descanso, vuelvo al *loft* con una sonrisa en los labios por la corta conversación con Berwin; un chico muy simpático con el que seguro me lo pasaré requetebién. La cocina sigue sorprendiéndome, impecablemente diseñada, y esto me empuja a seguir con mi dedicación y pasión en la elaboración de cada plato.

La sorpresa que va a llevarse Mary cuando me vea. No sé si debería avisarla. Combino sabores y texturas mientras lo pienso. Al final opto por comentárselo, aunque imagino que le parecerá acertado que alguien les sirva y los atienda. Se lo debo.

No me coge el teléfono, así que le envió un mensaje:

Yo: Hola, Mary.
Esta noche me quedaré a servirte la cena, si te parece bien.
Para recompensarte por estos días ausentes.
Avísame si deseas que me vaya y os deje solos.

El fuego chisporrotea y me centro en los detalles; ajusto la temperatura del horno, verifico la cocción de los pescados y… preparo la presentación de los platos con elegancia, como si fueran obras de arte.

Mary no me ha respondido al mensaje, así que prefiere que me quede. Esto va a ser genial

Observo la mesa con una sonrisa de satisfacción y suspiro. Me coloco un delantal limpio y me ajusto el cabello en un elegante moño en el cuarto de baño principal en el que me aseo un poco y me doy colorete.

Hay mucha crema para hombre dentro de un armario que he abierto por inercia, lo prometo, no pretendía cotillear, ha sido un lapsus, como si estuviera en mi casa. En mi defensa diré que lo he cerrado de golpe, pero tengo memoria fotográfica y la mayoría de los productos son sin duda para hombres. También hay una caja de condones.

Me alegra que seas precavida, Mary.

Escucho la puerta del vestíbulo abrirse y cerrarse, o eso me parece, y unos pasos y voces, uno

de hombre y otro de mujer. Me recompongo, compruebo frente al espejo que todo está en su sitio y salgo al salón. Me quedo boquiabierta al encontrarme con… ¡Ese ogro!

Qué bueno está el jodido ogro.

La cara de Hudson no difiere mucho de la mía.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunta junto a una mujer casi igual de alta que él, un vestido negro muy estrecho, el pelo rubio y largo y tacones de infarto.

—¿Qué haces tú? Yo estoy trabajando. —Intento ocultar mi asombro, tarde, muy tarde, y me yergo—. ¿Y tú?

—Tengo una cita.

—¿Y tu madre lo sabe?

—¿Mi madre? —Me observa ahora con una mezcla de diversión y extrañeza—. Ya no tengo trece años.

—¿Con trece años tenías citas?

La mujer se disculpa y le pregunta a Alex dónde está el baño. Este se le indica y nos dejas solos.

—¿Puedes decirme qué cojones haces en mi casa? —ladra.

Vaya, su educación se ha ido con la chica.

—Es la casa de Mary, trabajo para ella. Soy su chef.

Cierra los ojos e hincha el pecho de aire.

—Maldita Mary Sury Geller —musita. Se frota la frente y vuelve a mí—. Esta es mi casa. Mi madre está en Vancouver. Y te ha contratado para mí.

—¿Qué? —Las cejas me llegan al techo—. Pero ¿cómo es posible?

—No la conoces, siempre consigue lo que quiere como la gran manipuladora que es. —Da un paso en mi dirección—. ¿Has sido tú quien ha preparado la comida estos días?

—Y parece que te ha encantado. Ni carne demasiado hecha ni macarrones pasados. —Cruzo los brazos.

Hudson sonríe de lado y se dispone a hablar, sin embargo, su acompañante nos interrumpe.

—Dana, ¿todo bien?

—Sí —responde la mujer acariciándole el brazo.

¿Qué es eso que siento? ¿Celos?

—Creo que será mejor que os deje solos, la cena está lista y no dudo de que sabrás servirla tú solito, todo un caballero.

—Creo que será mejor que nos sirvas tú. Le he prometido una cena especial.

—Insisto en que…

—Yo también insisto, Amanda, por favor. —Me dedica una sonrisa falsa y altanera e intento mantener la compostura.

—Está bien, el jefe manda. —Estoy molesta, lo reconozco, pero la profesional que llevo dentro y fuera les propone con suma y sincera amabilidad (nada y todo con ironía) que tomen asiento para cenar.

Va a ser una noche interesante…

16

AMANDA

Estoy terminando de preparar el plato principal en la cocina de su lujoso ático, pero esta vez hay un matiz de tensión en el aire. Alex me ha pedido específicamente que sirva la cena a él y a su invitada, una mujer llamada Dana, y no puedo evitar sentir que lo ha hecho solo para fastidiarme.

Sirvo la entrada: verduras al vapor con una ligera vinagreta de limón. Camino hacia el comedor sin mirar demasiado a Alex y Dana mientras coloco los platos. Dana es una mujer impresionante, lleva un vestido que realza su figura y una sonrisa radiante que exuda confianza. Alex, por su parte, está impecablemente vestido y parece estar disfrutando de la compañía y del servicio.

—Amanda, estas verduras están perfectamente cocidas —dice Alex y me mira con una expresión que mezcla admiración y burla.

—Gracias, señor Hudson —respondo en tono complaciente, aunque por dentro hiervo de rabia.

—Oh, Amanda, ¿puedo llamarte Amanda? —interviene Dana con un tono encantador—. Alex no me ha hablado de ti, pero parece que eres una chef extraordinaria.

Siento un nudo en el estómago, pero logro esbozar una sonrisa de cortesía.

Estos dos deben conocerse desde hace tiempo, no es una cita fugaz con una desconocida.

—Gracias, un placer conocerla, Dana. Espero que disfrute de la cena.

Mientras regreso a la cocina, la sensación de celos y naufragio me invade. La forma en que Alex y Dana se miran, la manera en que ríen juntos, todo me está poniendo nerviosa. Preparo el plato principal con manos temblorosas, una lubina al horno con hierbas y cilantro.

Cuando regreso al comedor, Alex hace un comentario que me sorprende.

—Amanda, ¿podrías concedernos un momento? Dana estaba preguntando por el secreto de tu

salsa vinagreta. ¿Podrías explicárselo?

Me quedo allí, atrapada entre la obligación profesional y el deseo de desaparecer. Comienzo a explicar la receta con el sentimiento de contemplarme espectadora en mi propia vida.

—El secreto está en la proporción perfecta de limón y hierbas... —Dana me escucha atentamente, pero hay algo en la forma en que Alex me mira que me hace sentir expuesta. Como si disfrutara de mi incomodidad.

—Amanda, siempre me sorprendes con tus habilidades culinarias —dice Alex sin apartar la vista de mí—. Deberías quedarte a cenar con nosotros alguna vez.

La invitación, aunque parece amable, tiene un tinte que no puedo descifrar. Dana ríe suavemente, pero noto una ligera frialdad en sus ojos.

—Sería un placer, señor Hudson, pero no quiero interrumpir la velada con su novia.

—No interrumpirías en absoluto —responde Dana con una sonrisa—. Me encantaría conocerte mejor, Amanda.

Sí, bonita, pero si me paso con el vino podría soltarte que me he tirado a tu novio.

Siento que la situación se vuelve más tensa con cada palabra y pensamiento maligno que se me cruza por la mente.

Tengo un maletín repleto de cuchillos muy afilados.

Finalmente regreso a la cocina para preparar el postre, una compota de frutas con helado de vainilla. Mientras trabajo, mis pensamientos giran en torno a Alex y Dana, confundida y celosa; me refiero a mí, no a Dana.

Fuiste la otra, asúmelo.

Al regresar con el postre, encuentro a Alex inclinado hacia Dana. Le susurra algo al oído que la hace reír. Siento una punzada de dolor y, en un arranque de atrevimiento, dejo caer una cuchara justo al lado del plato de Dana.

—Oh, lo siento —digo, aunque no con sinceridad, con las manos cubriendo mi boca.

—No te preocupes, Amanda —indica Alex y se levanta para recoger la cuchara—. Todos cometemos errores —enfatiza la última palabra y, cuando nuestras miradas se cruzan, veo un destello de satisfacción en sus ojos.

¿Lo está haciendo a propósito para provocarme?

Dana, por su parte, parece disfrutar del espectáculo, ajena a todo. Termino de servir el postre y me retiro nuevamente a la cocina. Me quedo allí y escucho malhumorada las risas y palabrería procedentes del comedor. Presiento que cada sonido confirma mi sospecha, Alex está jugando conmigo.

Al cabo de un buen rato escucho los pasos de Alex que se acerca a la cocina. Me giro para enfrentarme a él.

—Amanda, quería agradecerte la cena. Todo estuvo perfecto, como siempre —dice, sus ojos clavados en los míos.

—Gracias, señor Hudson —respondo manteniendo la formalidad —. Le felicito por su bonita y sincera relación con Dana —aquí pierdo un poco el tono formal, lo admito. Yo también sé hablar con segundas.

—Y, Amanda... —añade con voz susurrante—, no dejes que esto te afecte. Lo nuestro solo fue un polvo y esto no es más que una cena con una amiga especial.

Asiento sin saber realmente qué responder mientras él se aleja de nuevo hacia el comedor.

Me ha ganado la partida el muy cabrito y me ha dejado muda.

Me quedo allí, pasmada y sola. Percibo que la cena ha sido un juego del que no sé las reglas.

Te ha metido un puck en la boca, Ami, quítatelo antes de que te ahogues.

Alex Hudson está logrando lo que quiere: mantenerme siempre en vilo con respecto a él y, aunque odio admitirlo, una parte de mí sabe que es fácil caer en su trampa.

17

ALEX

—¿Puedes decirme cómo se te ocurre contratar a Amanda Harris sin consultarme? —grito a mi madre a través del teléfono, dentro del coche, conduciendo de camino al entrenamiento.

—Querido Alex. Te lo advertí que había contratado a un chef para que te alimentara bien.

—Pero no dijiste de quién se trataba. —Giro en una esquina y freno ante un paso de peatones por el que cruza una mujer mayor con toda una camada de perritos.

—¿Acaso importaba? ¿No te cae bien Amanda? Es una mujer maravillosa.

—Mamá… —Masco—. Odio que hagas esas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Tratar de que la comida en Nueva York no afecte a tu rendimiento en el deporte? —comenta con un deje pesaroso en la voz.

—Te encanta hacer de Celestina y excusarte con que solo lo haces por mi bien.

—Es que lo hago por tu bien. Eres mi hijo y… no me gusta tenerte tan lejos. —Lloriquea, incluso suelta un quejido.

Pongo los ojos en blanco ante su descarado dramatismo y falta de delicadeza.

—Ya hablaremos. Esto no va a quedar así —amenazo antes de colgar—. Maldita madre entrometida —musito.

Media hora más tarde me adentro con los patines en la luminosa y fría pista de entrenamiento y me detengo en medio de mis compañeros, todos igual de bien equipados.

El entrenador, un hombre de mirada severa, me señala y chilla:

—¡Hoy vamos a seguir el ritmo de Hudson! Si queremos ganar, tenemos que ser como él.

Las miradas se dirigen hacia mí con respeto y admiración, todas menos la de Jared, al que le he robado, según su punto de vista, su *pole position* en el equipo.

Controlo ágilmente el puck con táctica e inteligencia y mis compañeros tratan de imitar mi

destreza en cada golpe de *stick.* Hemos conseguido una camaradería excelente en poco tiempo y nos motivamos con palabras de aliento, corrijo errores con paciencia y celebro cada logro como si fuera una victoria de todo el equipo.

En medio del estruendo de los patines, noto la tensión en Jared. Cada minuto se hace más palpable y yerra en algunos movimientos. Jared viene hacia mí tras un fuerte golpe y me encara con una discusión acalorada que amenaza con dividir a la escuadra.

—¡Jared! ¿Qué cojones te pasa?

—¡No puedo creer que no veas lo obvio! —me espeta con los puños apretados y la mandíbula tensa.

—Tu juego hoy ha sido un desastre. —Le aseguro—. ¡Estás descentrando a todo el equipo con tus errores!

A Jared le chispean los ojos de furia contenida.

—¿Qué te crees, que eres perfecto?

—Soy mejor que tú —escupo haciendo alarde de mi arrogancia.

Él se quita los guantes, dispuesto a venir hacia mí y partirme la cara. Yo me deshago del casco para darle a entender que pega como un niño de ocho años. La confrontación se intensifica y el entrenador decide intervenir antes de que pase a mayores.

—¡Basta! ¡Esto es un equipo, no un concurso de egos! —exclama el entrenador con voz firme y autoritaria—. Ambos necesitáis calma y recordar que pertenecéis al mismo bando. Todos cometemos errores, pero cómo corregirlos define nuestro juego como equipo.

Jared y yo nos miramos a los ojos, respiramos profundamente y pausamos el conflicto, más personal que laboral, aunque esto no lo sabe nadie, y seguimos con el entrenamiento en un ambiente de compromiso y colaboración.

La relación que tuve con Sarah durante mi adolescencia, la hermana de Jared, dejó más heridas que recuerdos felices.

Jared y yo éramos grandes amigos, dos jóvenes promesas del hockey, casi como hermanos, hasta que Sarah y yo comenzamos a salir.

Conocí a Sarah en el veinte cumpleaños de Jared, yo tengo dos menos que él. Ella era magnética, con una sonrisa que podía derretir al más frío. Empezamos a salir, al principio todo perfecto. Sarah era feliz, Jared parecía estar conforme con nuestra relación y yo flotaba entre las nubes. Pero pronto las cosas empezaron a cambiar.

Al principio las peleas eran pequeñas discusiones, malentendidos tontos. Pero con el tiempo, esas discusiones se convirtieron en verdaderas batallas. Sarah y yo teníamos diferencias irreconciliables que no podíamos ignorar. Ella era apasionada y emocional, mientras que yo era más reservado y pragmático. Nuestras personalidades chocaban constantemente y la relación comenzó a volverse tóxica.

Hubo noches en las que Sarah llegaba llorando y yo no sabía cómo consolarla. Otras veces era yo quien terminaba gritando, atrapado en una espiral de conflictos sin solución. Traté de hablar con Jared, buscar ayuda, consejo, pero él siempre se mantenía al margen. Se disculpaba alegando que el problema era entre Sarah y yo.

La situación empeoró hasta que un día, después de una discusión algo intensa, Sarah decidió terminar la relación. Sentí un alivio inmediato, pero me convencí de que las cosas nunca volverían a ser iguales entre Jared y yo. Comprensible que Jared se pusiera del lado de su hermana y nuestra amistad se rompió.

Desde entonces, Jared me la tiene jurada. Cada vez que nos vemos, se palpa la tensión, brota una especie de resentimiento que nunca se expresa en palabras, pero siempre está presente. La sombra de mi relación con Sarah permanece, un recordatorio constante de que las heridas del pasado pueden persistir, incluso cuando intentamos sanarlas y seguir adelante. Y así la bomba de relojería entre Jared y yo sigue avanzando minuto a minuto, a la espera del momento en el que finalmente explote.

***

—Eh, Hudson. —El entrenador me detiene justo cuando estoy subiendo a mi coche en el aparcamiento. Salgo y cierro la puerta—. Tenemos que hablar.

—No hace falta que me eches la charlita.

—¿Charlita? ¿Crees que esto es un colegio mayor? Es la jodida liga y tú eres un referente para todo el equipo. Lo que ha ocurrido ahí dentro —señala el edificio—, no puede volver a pasar.

—Lo entiendo.

—No me vale con que lo entiendas. Dame tu palabra de que no volverá a ocurrir —insiste.

—Por supuesto, jefe.

—Me da igual lo que haya entre vosotros. Dentro de la pista, todos vais a una.

Asiento y me marcho. Tengo ganas de llegar a casa temprano porque… Vale, voy a admitirlo, desde ayer no pienso en otra cosa que no sea Amanda en mi cocina, con ese moño de señorita muy sexi.

Esta mañana tuve que salir muy temprano y no la vi. Le dejé una nota para que no me hiciera el desayuno; me tomé un café y un batido de frutas y me largué, aunque me hubiera gustado verla.

Verla, esto me incita a acelerar y salir rápido del complejo, sin embargo, una decena de seguidores me esperan en la calle y me obligo a detenerme, lo normal, los atiendo, nos hacemos fotos y les firmo autógrafos.

Al entrar en mi piso, me detengo en seco al escuchar risas provenientes de la cocina. Con pasos seguros me dirijo hacia el sonido y me encuentro con ella. La veo, por fin. Ahí está la

mujer que me ha robado el aliento desde que me la follé, pero no lo reconozco.

Radiante, concentrada, moviéndose con gracia, emitiendo fragancias tentadoras. Tarda unos segundos en percatarse de mi presencia, levanta la mirada y tuerce el gesto en una sonrisa.

—Ya estás aquí —dice.

—Sí, esta es mi casa.

—Lo sé muy bien. —Suelta un trapo que tiene en la mano y lo lleva al cuarto de la lavadora —. ¿Te sirvo algo de beber?

—¿Ahora eres amable conmigo? —Alzo una ceja.

—Eres mi jefe y yo tu empleada. Solo hago mi trabajo.

—No eres mi asistenta.

—En eso llevas razón. —Agarra su móvil, sobre la encimera, y se dispone a salir de la cocina.

Me atrapa su encanto y sus gestos decididos.

—¿Puedo ayudarte en algo? —inquiero con una mirada determinada.

Ella me mira sorprendida, luego niega y va hasta el salón, donde la sigo y advierto que introduce el teléfono en su bolso y se lo cuelga.

—¿Te marchas? ¿Hoy no me sirves la cena?

—Está preparada en la platería.

18

AMANDA

—Mary, deberías haberme dicho que trabajaría para tu hijo. ¿Cómo se te ocurre? —le reprocho por teléfono terminando de preparar la cena para Hudson.

Para el imbécil ese, léase con desprecio.

—Hablas igual que Alex. Sois tal para cual.

—¡Y él no estaba al tanto! —Levanto una mano con una pala de madera y salpico la pared. Saco un trapo y lo limpio.

—No sé qué ocurre entre vosotros. ¿Por qué os ha molestado tanto? —comenta.

¿Le ha molestado que sea su chef o que no se lo haya dicho? Me cae mal, no puedo negarlo, aunque esté muy bueno y nos hayamos acostado. Pero el sexo es sexo, en mí y en ese momento, más urgente y apremiante de lo normal, pero no tenemos por qué ser amigos.

—Me gusta saber para quién trabajo, Mary. Reconoce que es lo corriente.

—Pero yo no lo soy, ya te habrás dado cuenta.

—Sí… —Suspiro—. Te dejo. He de terminar esto. Tengo una cita.

—¿Una cita? ¿Con quién?

—Se llama Berwin. Es fontanero.

—Ummm… Tuve un amante fontanero. Saben lo que se hacen. —Reímos.

Alex llega demasiado temprano y me sorprende recogiendo la cocina para dejarla impoluta. Su cuerpo y su rostro bajo el vano del arco me cogen desprevenida.

—Ya estás aquí —digo, sin cortarme un pelo, como si me molestara, porque me molesta.

—Sí, esta es mi casa. —No le pasa desapercibido mi tono, pero como siempre, le hace gracia.

Lo odio.

—Lo sé muy bien. —Suelto el trapo con el que secaba los muebles y lo llevo al cesto de la ropa sucia—. ¿Te sirvo algo de beber? —Voy a ser cordial. Él no se lo merece, pero Mary sí. Bueno, Mary tampoco, después de lo que ha hecho, pero yo soy una profesional y necesito este trabajo.

—¿Ahora eres amable conmigo? —Alza una ceja.

Te cortaría los huevos y los freiría.

—Eres mi jefe y yo tu empleada. Solo hago mi trabajo. —Incido en esto último. A ver si va a pensar que es por él, que me gusta y quiero que el polvo se repita.

Quieres y lo sabes, Ami bonita.

De eso nada, monada.

—No eres mi asistenta.

—En eso llevas razón. —Agarro mi móvil, sobre la encimera, y me dirijo al salón, lista para marcharme con Berwin.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Me sigue.

¿Me ofrece su ayuda? ¿Este viene de entrenar o de una fiesta en la que se han repartido estupefacientes como golosinas?

—¿Te marchas? ¿Hoy no me sirves la cena? —pregunta.

—Está preparada en la platería. Solo tienes que sacarla. Estoy segura de que podrás hacerlo solito. —Doy varios pasos hasta la puerta y él me sostiene del brazo sin hacer fuerza.

—Pero prefiero que lo hagas tú. Es más divertido.

—¿Soy tu payaso particular? —Me suelto sin tirar, solo me rozaba con los dedos y obvio que el minúsculo gesto me ha puesto cachonda.

Estupendo. Voy a una primera cita caliente perdida. El sueño de toda madre para una hija.

—Por lo visto, eres mi cocinera, pero… el contrato siempre puede revisarse…

¿Me está tirando la caña?

—Está bien tal y como está, gracias, a no ser que quieras subirme el sueldo, en eso sí podemos negociar; en nada más. —Le guiño un ojo y voy hasta la puerta.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—No te interesa.

—Venga, Amanda, estoy cansado, solo quiero que hablemos un rato.

—Tengo una cita. —Me hace gracia la cara que pone, las cejas arqueadas y la mandíbula

apretada. ¿Le molesta? —. Con un hombre increíble y unas manos de mago que hacen maravillas. —Pues toma tres tazas.

—¿Tan grandes como estás? —Las levanta.

—El secreto no está en el tamaño, sino en cómo se manejan.

—¿La tiene como el tamaño de una nuez?

¿Está hablando de su pene?

Sí, Ami, sí, habla de su pene.

—Aún no te has acostado con él —argumenta.

—Eso tampoco te importa.

—Llevas razón. No me importa. Llamaré a Dana, seguro que es mucho más complaciente conmigo. —Se da media vuelta y se marcha.

Te ha metido un gol por toda la escuadra y te ha escocido.

Yo también me voy y no con el rabo entre las piernas; el rabo lo tendrá Berwin guardadito. ¿Pensará utilizarlo? ¿Creerá que vamos a acostarnos? ¿Por qué estoy dándole vueltas a esto mientras bajo en el ascensor? Mejor me como una piruleta y… Vaya, el chuparla solo hace que la imagen del rabo de Hudson, digo de Berwin (mierda) se dibuje frente a mí, en el espejo.

19

AMANDA

Subo las escaleras porque el ascensor se ha estropeado y paso de largo el quinto piso para no encontrarme con mi vecina y me dé la chapa con su nueva propuesta: pintarle el techo y la pared que se había mojado. El seguro no lo cubre y me veo dando brochazos en mis ratos libres.

Me doy una ducha y me pongo un vestido sexi para impresionar a Berwin porque la única vez que me ha visto fue con el moño del trabajo, aunque así le gusté.

Me empodero al mirarme en el espejo.

Eres muy guapa, Ami, por mucho que el gilipollas de Hudson no lo vea.

¿Qué hago pensando de nuevo en él? Además, lo importante es lo inteligente, trabajadora, constante, honesta y educada que soy. Toma ya.

***

Camino por las bulliciosas calles de Manhattan con el sonido de los cláxones y las voces de la gente que resuenan alrededor. Me detengo en una esquina y levanto la mano para detener un taxi amarillo que se acerca. La puerta se abre con un chirrido, subo con determinación e indico al conductor la dirección del restaurante donde he quedado con el fontanero para nuestra primera cita.

El taxi avanza entre la iluminación y los rascacielos mientras yo admiro el paisaje urbanita a través de la ventana, perdida en mis pensamientos y expectativas para la velada que me espera con ese chico tan simpático y agradable.

El coche se detiene frente a un glamuroso restaurante con luces que se filtran desde el interior, adornado como si estuviéramos en Navidad. Pago el viaje y me bajo con un hormigueo en mi interior.

Al entrar, busco con la mirada a Berwin y lo encuentro de pie junto a la barra; él se da cuenta de mi presencia y me responde con una sonrisa amable en el rostro. Nos acercamos el uno al otro con un velo de timidez, pero listos para disfrutar de una primera cita que promete mucho, o eso espero, porque Nueva York es mágica y todo puede pasar en la Gran Manzana. Todo, no olvides

esto.

—Hola. —Me da un beso en la mejilla—. Estás… preciosa.

—Gracias, tú también estás precioso. —Bromeo de aquellas maneras por mi nerviosismo y falta de cordura.

Reímos y un camarero nos acompaña a la mesa reservada por él. Habla con acento francés y Berwin me explica que el restaurante está especializado en comida francesa.

—Espero no haberme equivocado y te guste la pasta. —También bromea y me gusta, sin embargo, su comentario me lleva a: *Esta pasta está demasiado cocida* y tuerzo la boca en una fina línea—. ¿He dicho algo inoportuno?

—No, no. Me encanta la cocina francesa. Hice un curso de un mes en Versalles.

—¿Has estado en Versalles?

—¿Lo conoces?

—Me gustaría, pero no. Me gusta la historia y fue el centro del poder político en el siglo quince, además, su castillo se convirtió en la residencia permanente del rey de Francia.

—¿Fuiste a la universidad?

—Solo un año. Tuve que dejar mis estudios y ponerme a trabajar. Mi padre enfermó y tengo cuatro hermanos.

—Vaya…

—¿Tú tienes hermanos?

—Soy hija única. Ha debido ser muy divertido crecer tan acompañado.

—No te creas, hacían y hacen demasiado ruido. —Volvemos a reír. Berwin cada vez me gusta más—. Pero, háblame de ti. Eres chef, seguro que una muy buena. ¿Dónde trabajas?

—Bueno… Ahora estoy en una casa. Ya sabes… Una de esos de ricos que no tienen tiempo para freírse los huevos.

—¿Puedo saber para quién? O… ¿te obligaron a firmar un contrato de confidencialidad? —Sonríe.

—Oh, sí. No sé si lo conocerás. Un jugador de hockey que se ha trasladado desde Vancouver.

—¡¿Trabajas para Ice Bean?! ¡¿Alex Hudson?! ¡¿El mejor jugador de la NHL?! —Abre los ojos y los convierte en dos globos que se hinchan.

—Pues sí que lo conoces… —murmuro, sorprendida y no gratamente por la efusividad de su comentario.

—He seguido su carrera de cerca. Lo comparan con Wayne Gretzky y confío en que llegue a ser incluso mejor. ¿Lo conoces en persona?

—Algo… —La conversación ha dejado de entusiasmarme.

—¡Qué suerte tienes! Este fin de semana hay partido, podríamos ir a verlo.

—¿Aún no hemos cenado y ya me estás pidiendo otra cita? —Eso me anima.

—No necesito más tiempo para saber que eres la mujer perfecta. —Alza su copa de vino que nos acaban de servir y me invita a que brinde con él. Lo hago y bebemos.

Todo va bien, no volvemos a mencionar a Hudson, versamos sobre otros temas. Su padre era fontanero y su madre se dedica a la venta de cosméticos a domicilio. Él siguió la estela de su progenitor cuando enfermó.

—Pero me hubiera gustado ser arqueólogo. —Me sorprende con su revelación.

—La fontanería no es tan diferente a la arqueología. También encuentras artilugios antiguos, pero en tuberías. —Lo hago sonreír.

—Me gusta tu forma de verlo. Muy positiva.

Nos carcajeamos cuando el camarero confunde el *Boeuf Bourguignon*, un estofado de carne de res cocinado a fuego lento en vino tinto con zanahorias, cebolla, champiñones y hierbas aromáticas y nos sirve una hamburguesa doble con patatas fritas y *bacon* ahumado que provoca risas incómodas pero cómplices.

—¿Qué es esto? —pregunto señalando el plato.

—La comida americana por excelencia. —Alza las cejas.

—¿Nos la comemos o le hacemos partícipe del error?

—Me encantan las hamburguesas. —La coge y la da un bocado—. Te hubiera llevado a Blubees. —Habla de una hamburguesería muy famosa—. Pero quería quedar bien.

—A mí también me gustan. —Lo imito.

El chef pasa a saludar a los comensales al final de la velada y comienza a hablar en francés, Berwin se lanza y trata de responderle en el mismo idioma y todos los que le escuchan comienzan a reírse.

—¿Qué has dicho? —le pregunto.

—Lo único que sé. *Voulez-vuos coucher avec moi ce soir*.

Suelto unas carcajadas.

—Creo que acabas de pedirle sexo. —No paro de reír.

—¿Y alguien ha dicho que sí?

Hasta lloro de la risa y salimos de allí entre vítores y aplausos, recordando la hamburguesa y las patatas fritas, además del camarero que se ha puesto a bailar claqué cuando nos ha traído la cuenta.

—Está siendo una noche muy divertida —señalo frente a la entrada de un parque rodeado de vegetación y luces.

—Me alegra que pienses eso. —Da con la punta de uno de sus dedos un toque en mi nariz—. ¿Un paseo? —Me ofrece su brazo. Lo rodeo y nos adentramos en el parque por un camino repleto de flores bajo la calidez de la temperatura veraniega.

Pero la magia no termina allí, nos encontramos con un perro que lleva puestas unas gafas de sol y una corbata junto a un banco y se nos queda mirando como si nos conociera.

—Parece humano —comento.

—Es extraterrestre —dice la voz de un hombre a su lado y que no habíamos visto hasta ahora. Un excéntrico anciano que nos habla de teorías extraterrestres y que termina con—: Ya están entre nosotros, pero la NASA no quiere que lo sepamos.

Tiro de Berwin con disimulo y corremos entre matorrales para alejarnos de allí.

—Ha sido perfecto —aseguro a dos metros del portal de mi apartamento, bajo las estrellas lejanas en un cielo demasiado iluminado.

Poco a poco el ambiente se vuelve más serio e íntimo y nos acercamos el uno al otro, compartiendo una mirada cómplice que revela lo que los dos, sin duda, deseamos. El sonido de los pasos sobre la acera se desvanece y deja espacio a la pasión.

Nuestras manos se buscan y las respiraciones aceleradas se entrelazan, así como los labios, los suyos y los míos, que se rozan delicadamente hasta que terminamos gimiendo en medio de una calle de Inwood.

A pocos metros del portal de mi apartamento, bajo un cielo demasiado iluminado por las luces de la ciudad, me detengo y respiro hondo.

—Ha sido perfecto —aseguro y siento la adrenalina corriendo todavía por mis venas.

20

AMANDA

La luz de la mañana entra tímidamente por las cortinas de mi apartamento y bañan la habitación con un suave resplandor. Berwin y yo estamos tumbados en la cama, los recuerdos de la noche anterior aún vivos en mi mente, aunque ya difuminados por la neblina del sueño y el placer.

Berwin se levanta con una sonrisa pícara y se estira, sus músculos marcándose bajo la piel. Me mira y bromea.

—Tengo que ir a arreglar unas tuberías. —Su tono es juguetón y no puedo evitar reírme.

—¿De verdad? —le respondo levantando una ceja.

—Soy el Indiana Jones de las cañerías, ¿recuerdas? No sé qué tesoros encontraré hoy.

—Está bien, mantenme al corriente de lo que encuentres, puede que valga una fortuna.

—¿Sigue en pie lo del sábado?

—¿Ver a mi odioso jefe partirse los piños? Sí, creo que me apunto.

Me mira con ternura antes de inclinarse y besarme cariñosamente en la frente.

—Tengo que irme, pero ha sido una noche increíble —me dice suavemente.

—Sí, lo ha sido —respondo devolviéndole la sonrisa.

Berwin se viste rápidamente y, con una última mirada y una sonrisa encantadora, sale por la puerta. Él se va, pero yo me quedo en la cama envuelta en las sábanas y con sumo placer rememoro los momentos de la noche anterior.

El sexo con Berwin ha sido apasionado y tierno, sus caricias seguras y su entrega total. Fue cuidadoso y atento, asegurándose de que cada momento fuera perfecto para ambos. Pero mientras repaso los detalles, no puedo evitar que mi mente divague hacia otro polvo, otro hombre: Alex Hudson.

Con Alex, el sexo tuvo una intensidad y una conexión que no podía comparar con nada. Nuestros cuerpos parecían estar hechos el uno para el otro, nuestras respiraciones sincronizadas y

cada caricia encendía un fuego imposible de apagar. Incluso en nuestros momentos más tensos, hay una chispa innegable entre nosotros que hacía que cada encuentro sea… electrizante.

Más bien desquiciante.

Mientras reflexiono, me doy cuenta de que, aunque Berwin tiene todas las papeletas para ser un novio excelente —atento, cariñoso y apasionado—, no puede competir con la química y la pasión cruda que compartí con Alex.

Suspiro y me levanto de la cama. Me visto lentamente y pienso en lo complicado que se ha vuelto todo. Berwin es maravilloso y podría ser una pareja perfecta, pero la sombra de Alex y lo que tuvimos está ahí.

Olvídalo, es idiota y tiene a Dana.

21

AMANDA

Alex me recibe en la puerta de su casa, torso desnudo y pantalón de pijama de cuadros muy masculino. Imposible obviar la cantidad ingente de músculos de ese tronco, esculpido sobre mármol, duro pero suave. Su cabello revuelto revela que acaba de levantase, o eso parece. Está más guapo que nunca y mi mente, ya débil tras una mañana de comparaciones, vacila aún más.

—Hey, ¿cómo estás? —dice con una sonrisa que hace que mi corazón se acelere.

—Hola, estoy... bien —respondo. Dudo si miento o no.

Mientras entro en su apartamento, no puedo evitar que mi mirada recorra su cuerpo. Todo en él exuda una confianza relajada que me vuelve loca. Me recuerda por qué, a pesar de todo, Alex tiene un hueco en mis pensamientos.

Entro en la cocina y me siento un momento en uno de los taburetes de la isla para hacer un escandallo y él se sienta a mi lado, tan cerca que puedo sentir el calor de su piel.

—¿Cómo fue la cita? —pregunta, tono normal, casual, en apariencia, pero hay un matiz de celos en su voz.

—Fue... interesante —respondo finalmente a sabiendas de que no puedo decirle toda la verdad.

Alex asiente y el silencio que se instala entre nosotros dice más que cualquier palabra.

Siento la incomodidad crecer mientras él parece escudriñar dentro de mis ojos en busca de respuestas que no estoy dispuesta a dar en absoluto.

—Te conozco, ¿sabes? —comenta de repente, su tono ahora más serio—. Sé que has estado comparando.

Su declaración me deja sin aliento. ¿Cómo puede saberlo? Trago saliva antes de negar con la cabeza.

—No sé de qué me estás hablando, Alex —miento en un vano intento de mantenerme impasible ante sus provocaciones—. No me conoces de nada.

—Vamos, Ami —insiste, su mirada intensa clavada en la mía—. Sé que lo has hecho.

El peso de su mirada me hace sentir vulnerable, como si mi alma estuviera desnuda frente a él.

—Es... complicado —balbuceo. Busco una salida que no nos lastime a ninguno de los dos.

—¿Complicado? —replica, su tono cargado de frustración—. No debería ser complicado. ¿Te lo has tirado y ahora me comparas?

—El polvo que echamos está más que olvidado. ¿Por qué debería haber estado comparando nada? —mi voz se eleva ligeramente. Obvio, trato de mantener mi propia dignidad.

—Porque yo soy mejor en ese campo y lo sabes —dice con un atisbo de arrogancia en su tono.

—No se trata de competir, Alex —alego con firmeza levantando la cabeza para enfrentarlo —. Berwin es estupendo. ¿Acaso tú me has comparado con Dana?

—Por supuesto que lo he hecho.

—¿Y quién ha ganado según tú? —Mi mirada desafiante busca una respuesta que sé que no dará fácilmente.

—Te lo diré si me lo dices tú a mí. ¿Quién la tiene más grande? —contraataca, pero intentando desviar la conversación hacia el absurdo.

—Si te refieres al ego, tú lo triplicas en puntos. —Su expresión revela una mezcla de frustración y diversión.

—¡La tiene pequeña! —exclama con una risa sarcástica.

—Berwin la tiene normal —le respondo, decidida a no dejar que su actitud arrogante me afecte. —¿Por qué estamos hablando de esto? He venido a hacerte la comida del día, no a contarte detalles de mi vida sexual —mi paciencia se agota rápidamente.

—Estaba seguro de que te encontrabas en ayuno sexual hasta que te follé en la boda de Ava y Oliver. —Tuerce el gesto en una sonrisa socarrona.

—¿Acaso te pareció que fuera virgen? —respondo con una mueca de incredulidad.

—No, más bien que hacía tiempo que alguien no te ponía los ojos en blanco —bromea con ese odioso tono lleno de arrogancia.

—Tienes un don innato para hacerlo sin necesidad de sexo. ¿Lo ves? —Levanto la mirada en hastío máximo.

—En ese caso, hoy tomaré huevos y salchichas —se burla.

—No está en tu dieta ese tipo de desayunos. —Intento mantenerme serena.

—Tampoco tirarme a una mujer histérica como tú, pero de vez en cuando me salto el régimen —me provoca disfrutando de su propio juego.

—¿Lo sabe Dana? —pregunto queriendo darle una muestra de su propia medicina.

—No necesita saberlo, nuestra relación se basa en reglas no convencionales. Supongo que ella también disfruta de vez en cuando de otras buenas… comidas —declara con calma, como si no le importara revelar detalles de su vida personal.

Nos miramos un momento más. Ambos reconocemos sin verbalizarlo la complejidad de nuestra conexión y la dificultad de mantener cualquier tipo de normalidad entre nosotros.

—Entonces no sé por qué te molesta que yo me acueste con quien me dé la gana. Soy tu cocinera personal, no tu putita.

—Jamás he dicho tal cosa, Amanda —parece enfadado.

—No, pero con tu forma de tratarme lo sugieres. No estoy tan desesperada, Alex, no me afectas tanto como crees.

—Me alegro por ti. —Se levanta del taburete de un brinco—. Ahora te dejo que hagas lo que has venido a hacer aquí, cocinar. Cuanto antes termines, antes podrás irte a disfrutar con ese tal Berwin.

—Mi vida no se basa en satisfacer a ningún hombre cuando tengo tiempo libre.

—Menos en las bodas…

—Para echar un polvo hacen falta dos personas, Hudson. Hablas como si me hubieras hecho el favor de mi vida.

—Soy un buen samaritano que ha aceptado que trabajes para mí.

—¿Y eso te da derecho a humillarme?

—No, me da derecho a pedirte el desayuno. Bajaré en veinte minutos —me corta, se levanta con un gesto despreocupado y se va.

Pero ¿de qué va? Primero me provoca y ahora se hace el ofendido.

Después de que Alex se marcha, decido enfocarme en lo que he venido a hacer y me levanto del taburete decidida a preparar el desayuno. Conozco bien la dieta que sigue durante los entrenamientos de temporada, así que opto por preparar algo saludable y nutritivo.

Rápidamente reúno los ingredientes necesarios y comienzo a cocinar. Preparo un desayuno con claras de huevo revueltas con espinacas y champiñones, acompañadas de una porción de avena cocida con frutos rojos y una taza de café negro.

Mientras la comida se cocina, dejo una nota sobre la encimera para Alex:

Por favor, mándame un mensaje con lo que deseas para comer y cenar hoy, estaré aquí para

dejarlo todo listo antes de que vuelvas a casa después de los entrenamientos.

Amanda.

Termino de preparar el desayuno a toda velocidad y dejo todo listo para cuando Alex baje de la planta superior.

Salgo de su apartamento con el corazón acelerado. Presiento que la brecha entre nosotros se ha ensanchado aún más. A ver cómo camino sobre ella sin perderme a mí misma en el proceso.

22

ALEX

—Es tu momento, Hudson —me digo mirándome las manos en los vestuarios.

Hoy juego mi primer partido con el equipo y la adrenalina bombea por mis venas mientras me preparo junto a mis compañeros. Los nervios recorren mi cuerpo a una velocidad de vértigo y olvido que Jared apenas me dirige la palabra desde que llegué porque todas mis fuerzas están centradas en darlo todo durante la tarde. Pero la tensión entre nosotros es palpable y, aunque trato de darle la importancia que tiene, su actitud me afecta más de lo que admito.

—¿Estáis preparados? ¡A ganar! —grita el entrenador frente a la puerta.

Corremos por el pasillo y salimos al campo. El estruendo del público gritando mi apodo resuena en mis oídos.

—Ice Beam, Ice Beam, Ice Beam…

Me anuncian por los altavoces como el nuevo fichaje Estrella de los New York Rangers y los vellos se me erizan. Sí, no soy de piedra, aunque Amanda crea que sí. Sueño con este momento desde que era un niño y ahora… ¡está sucediendo! ¡Sucede! He luchado mucho para llegar hasta aquí, la emoción y la presión se mezclan en mi pecho.

No voy a defraudaros.

Me deslizo por la pista de hielo ante los aplausos y gritos de los fanáticos. El recibimiento me gratifica y me impulsa la autoconfianza, como si todo el trabajo duro y la dedicación finalmente estuvieran dando frutos.

El árbitro hace sonar el silbato y comienza el partido. Me concentro en mi posición y trato de bloquear las distracciones externas. Pero en algún momento del primer periodo, mis ojos se desvían hacia las gradas.

Entre la multitud veo a Amanda y Berwin.

Él la abraza por la cintura.

Ella apoya su cabeza en el hombro de él.

Él le besa la frente y ella sonríe.

Un nudo se forma en mi estómago y me oprime cada vez que mis ojos se posan en ella y ese hombre juntos.

Esos gestos inocentes, las miradas que comparten, ese maldito contacto físico con Amanda despierta una sensación de malestar en mí, casi algo contradictorio viniendo de un tío como yo.

Una punzada de inseguridad, una preocupación irracional de que tal vez no soy suficiente para ella, de que alguien más podría ofrecerle algo que yo no poseo y, por otro lado, una frustración profunda, resentimiento hacia el otro hombre que comparte esos momentos con ella.

Mierda.

Mi concentración se ve interrumpida.

Un jugador rival me provoca y, sin pensarlo dos veces, me enredo en una pelea con él, como si atacase al mismísimo Berwin.

Intercambiamos golpes, gritos, fuerza desmedida y, en el tumulto, entre vítores y abucheos, recibo un fuerte impacto que me hace perder el equilibrio.

Cuando caigo al hielo, siento un intenso dolor y la sensación de algo caliente en mi boca. Me incorporo sangrando y por instinto miro hacia las gradas en su busca, algo tira de mí y de mi cuerpo hacia ella, pero ha desaparecido.

Se han puesto cachondos y Amanda y ese tío se han ido a echar un polvo.

Mi rabia aumenta ante ese pensamiento y escupo. Una mancha roja resalta sobre el blanco del suelo.

Me levanto y vuelvo a arremeter contra ese imbécil de Paper.

El árbitro termina con la pelea y el juego se detiene momentáneamente.

Me llevo una mano a la boca y la sangre me empapa. Alguien me grita desde el banquillo y me sacan de la pista de hielo para recibir atención médica.

Mientras me curan, la frustración y la ira se apoderan de mí. Mi mente retrocede a Amanda y Berwin en las gradas…

Mis pensamientos se vuelven oscuros, llenos de preguntas que surgen en mi mente sin cesar.

¿Qué significaba esa sonrisa que le dedicaba ella? ¿Qué hay entre ellos que no sé?

Es como luchar contra una corriente poderosa que amenaza con arrastrarme hacia abajo.

Amanda Harris.

La distracción, la necesidad de impresionar al público, mis malditos celos…, todo eso me ha costado caro.

¿Por qué cojones ha venido a ver el partido con ese tío?

Me duele físicamente, pero aún más emocionalmente, saber que mi falta de concentración podría haber afectado al equipo y a mi propio desempeño.

Jamás me lo perdonaré.

23

AMANDA

—Pagarás caro esto —le aseguro a Berwin. Me ha convencido para entrar en los vestuarios y presentarle a Hudson después de ir a un puesto a comprar perritos.

—Te devolveré el favor, te lo aseguro. Lo haré de todas formas. Tendrás quien te desatasque las tuberías toda la vida —incide, parados ante unas escaleras que bajan al sótano y rodeados de algunas personas que vienen y van.

—¿A qué tuberías te refieres? —Alzo una ceja.

—A las de tu edificio. —Me da un pellizco en el brazo.

—¡Ay! —Me revuelvo y río—. No sé si me dejarán entrar. Solo soy su cocinera.

—Di que tienes que llevarle la comida a Ice Beam, te abrirán las puertas del cielo.

—Vale, pero no prometo nada.

Bajamos los escalones y un miembro de la seguridad nos detiene y nos observa como si fuéramos dos hormigas contra un rinoceronte.

—Acreditaciones.

—Buenas tardes, señor. Soy la cocinera privada de Alex Hudson y me gustaría pasar y hablar con él.

—Y yo soy el padre de Britney Spears.

—¿En serio? Me encanta Britney. ¿Podría presentármela? ¿Está aquí? —Dramatizo.

—Ami… —Mi acompañante tira de mí—. Es ironía… —musita sobre mi hombro.

—Lo sé… Mire, señor. —Pongo los brazos en jarra—. Soy Amanda Harris, cocinera de Ice Beam y tengo que verlo inmediatamente porque su estricta dieta lo precisa.

—¿Amanda Harris? —Un hombre que pasa por nuestro lado escucha mi nombre y se dirige a mí—. ¿Eres Amanda?

—Sí. Esa soy yo. Amanda. —Alzo el mentón y me hago la digna ante el miembro idiota de la seguridad, que por otro lado solo hace bien su trabajo.

—Vengan conmigo. Alex me ha hablado de ti —comenta.

¿Le ha hablado de mí?

Lo seguimos hasta una antesala de lo que supongo será el vestuario por la gente que sale y entra y por el barullo que se escucha. Nos pide que esperemos allí, un lugar de paredes blancas y fotos de grandes jugadores del hockey. Berwin se entretiene mirándolas.

—¡Esto es increíble! El equipo con Obama. Recuerdo este partido. —Señala una de ellas.

Hudson aparece con una camiseta negra de mangas negras que se le pega al cuerpo y un pantalón de chándal gris. Me clava la mirada y pasa de Berwin que viene hasta nosotros en cuanto lo ve.

—Os he visto en las gradas —suelta con un tono duro y seco que llama mi atención porque no cuadra con el resultado del partido: han ganado.

—Enhorabuena por el estreno.

—Podía haber salido mejor.

—¿Qué te ha pasado en la boca? —Arrugo el ceño.

Él se la toca y tuerce el gesto.

—Gajes del oficio.

—Hola, señor Hudson. —Berwin le ofrece la mano—. Soy Berwin Mirren y es un placer conocerlo. Sigo su carrera desde que comenzó.

Alex vacila, pero al final se la estrecha de manera educada.

—Encantado, Berwin.

—¡Ha sido una pasada cómo has llevado la primera parte! —La vimos completa, los veinte minutos.

—Gracias. —Se instala entre los tres un silencio muy tenso—. Tengo que marcharme, pero antes… ¿podrías dejarme con Amanda a solas un segundo? Tengo que hablar con ella.

—Claro, claro. —Me da un beso en la mejilla—. Te espero fuera. —Se marcha.

—¿Por qué has venido a ver el partido con ese tío? —ladra casi en mi boca.

—¿Qué? —No salgo de mi inesperado asombro.

—Ya me has oído.

—¿Eso es lo que querías hablar conmigo?

—Me he jodido la encía por tu culpa. ¿Por qué has venido?

—Berwin me invitó y me pareció buena idea. Es un tío muy divertido. ¿Te vale con esa explicación, señor Hudson? ¡Ice Beam, rey del universo!

—Lo cierto es que no. —Da un paso hacia delante, envuelve mi cuello con sus dedos y me besa en los labios, pero no es un beso sencillo, sino de esos complicados, de los que las emociones se enredan con la saliva y chocan con los dientes, ese que te pilla con las defensas bajas y dejas entrar hasta dentro a las emociones y a la lengua, ahí, todos reunidos. Por eso, aunque mi estupefacción me deja de piedra, después le sigo el arrebato besucón durante unos segundos. Pronto mi raciocinio hace acto de presencia (estaría comiendo perritos y tomando un refresco aún), pongo las manos en su pecho y lo aparto hacia atrás.

—¿Qué haces?

—Besarte.

—¿Por qué?

—Porque me apetecía y porque quiero que cuando beses a ese idiota recuerdes mis besos y mi sabor.

—Sabes a crema de afeitar.

—Es antibiótico y lo he tenido que tomar por tu culpa. Recuerda que me han partido la boca por tu presencia en las gradas. ¡Me has desconcentrado!

—Te creía mejor jugador, uno profesional, no de esos que pierden los estribos porque la mujer que le saca de quicio esté presente en un partido.

—Soy el mejor y lo seguiré siendo, aunque no pueda dejar de pensar en ti.

Muerta me deja su comentario. Muerta y *remuerta*. Cierro el pico, doy un paso atrás y voy en busca de Berwin que se hace fotos con el móvil con uno de los jugadores.

24

AMANDA

Una semana ha pasado desde que el gilipollas de Hudson me besó en los vestuarios del estadio. Y sí, no he dejado de pensar en ese beso mientras he seguido besando a Berwin, al menos, los dos días que hemos quedado. Pocos, pero intensos; con él todo son risas y charlas de todo tipo. Me gusta ese chico.

Bajo y me dirijo a un bar del Soho que me encanta, de esos de suelo de madera desgastada y espejos en las paredes que ponen unos entrantes de cocina fusión para chuparse los dedos. Mi cita de hoy no es con Berwin, sino con mi amiga Ava que ha llegado de su luna de miel y quiere enseñarme fotos y contarme anécdotas. Lo que ella no sabe es que yo sí que tengo que soltar por esta lengua que Dios me dio.

Entro con nerviosismo porque ignoro cómo va a reaccionar ante mi pérdida de conciencia cuando le cuente que me he liado con dos tíos y que uno de ellos se llama Alex Hudson.

La busco con la mirada entre las personas que llenan el local, pero no la veo. Me acerco a la barra, pido una cerveza para calmar la sed y me acomodo en una silla al fondo para esperarla.

Miro el reloj de mi muñeca, los mensajes del móvil, Instagram… Hasta que Ava entra con elegancia por la puerta principal. Luce una sonrisa radiante y siento alivio al verla, como si fuera a darme el secreto de la felicidad y decirme con acierto qué debo hacer ante tal desaguisado. Me levanto para recibirla y nos damos un abrazo.

—¡Qué morena estás! —le lanzo como piropo familiar.

—Y tú guapísima. —Nos sentamos frente a frente, listas para hablar sobre lo que nos ha estado haciendo feliz y atormentando, porque nos lo contamos todo, aunque a veces tarde y mal.

Reímos durante un rato y me cuenta lo que han hecho en la luna de miel.

—Ha sido fantástico, lástima que tenga que descender ya de las nubes y enfrentarme a la dura realidad. —Nos carcajeamos—. —Pedimos otra cerveza y croquetas de salmón—. Y tú qué tal, ¿cómo va ese trabajo? —Convierte los ojos en una fina línea.

—Pues… Trabajo para Alex, no para su madre. —Ni se inmuta—. ¿Tú lo sabías?

—Le pregunté a Oliver y él a Hudson. Ya me extrañaba a mí que Mary estuviera en Nueva York.

—Fue idea de su madre. Mary me contrató, me refiero. Quiere que su hijo esté bien alimentado.

—¿Y cómo va?

—Es idiota, pero bien… No es eso lo que quería contarte. —Me escondo tras la jarra cargada de espuma—. Sino… Otra cosilla sin importancia…

Aparta el cristal de mi morro y me obliga a que cante, y no por Britney Spears.

—¿Recuerdas tu boda? ¡Qué tontería! Empiezo mal. —Me da ansiedad recordarlo.

Y me pongo cachonda.

—¿De qué hablas? ¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Me acosté con Alex la noche de tu boda. En la cama de sus padres

—Jajaja. Jajaja. Jajaja. —Se parte de la risa—. ¿Qué?

—Pues eso. —Cruzo los labios, atónita ante su reacción.

—Jajaja. Jajaja. Jajaja. —Le falta el aire y se abanica—. Lo siento. Es que eres… ¡una zorra!

—Eh… ¡No te pases! —Me recoloco el pelo—. Bueno, sí, lo soy. Y aún no sabes nada.

—Espera —me pide levantando la mano—Voy al baño. Mi vejiga ya no aguanta tanto líquido. —Se levanta, se tambalea y se agarra al filo de la mesa.

—Ni tu vejiga ni tu estómago. ¿Desde cuándo no bebes alcohol?

—Desde hace un par de minutos. —Se gira y da dos pasos.

—¡Ava! —La sigo con una servilleta en la mano y le cubro el culo—. Llevas el pantalón manchado. ¿Te ha bajado la regla?

—Ya estoy en los últimos días. —Trata de vérselo y tropieza—. ¡Ay, que me mato! —Casi da con los piños en el suelo.

—Venga, ve al baño y te limpias.

—¿Y qué hago ahora con esto? —Se señala el trasero.

—Toma, ponte mi chaqueta vaquera en la cintura. —La veo alejarse y… caigo yo con mi culo sobre la silla.

Madre mía.

Me pongo a hacer cuentas con el dedo para al final sacar la aplicación del teléfono y

comprobar cuándo tiene que bajarme a mí la regla.

Suelo coincidir con Ava.

Aquí está. Me debería haber bajado el periodo hace tres días, no llevo tanto retraso.

¡Retraso! Grito en mi interior y doy tal salto que mis rodillas impactan contra la mesa y lógicamente el impacto llama la atención de un par de hombres sentados en la de al lado.

Se me acelera el corazón y recuerdo con detalle las últimas semanas. Tengo que pensar y repensar para identificar si ha ocurrido alguna situación, traspiés, que pudiera resultar en embarazo.

—Oh, Dios mío… —musito.

El sonido de la música de fondo y las risas de la gente se desvanecen, casi me desvanezco yo, pero me bebo mi cerveza y la que queda de Ava.

¿Y si estoy embarazada? ¿Estoy emborrachando al bebé?

No lo estás, será un retraso por los nervios y el estrés.

—No digas tonterías… —Me recrimino a mí misma.

Trato de alejar la incertidumbre y la posibilidad de tener que enfrentar una situación tan crucial sin ninguna preparación. ¿Qué hablo de preparación? No tengo ni puta idea. ¡Ni ganas! ¡Ni medios para ser madre!

La espera se hace cada vez más angustiosa a medida que Ava tarda y sigue en el baño. ¿Se habrá colado por el inodoro? Berwin podría venir a sacarla…

—¡Berwin! —el grito llama de nuevo la atención de los hombres de la mesa contigua. Me observan, ahora ya como si estuviera loca y no van mal desencaminados.

Hudson y Berwin…

Embarazada…

—No, no, Ami, imposible. No te pongas nerviosa… —Hablo sola cuando Ava llega y se sienta.

—¿Has visto un fantasma? ¿A ti también te sienta fatal el alcohol? Debe ser la edad —suelta.

Intento mantener la calma y disimular mi preocupación. Pero en mi mirada se refleja el brillo de la ansiedad que me recorre mientras trato de encontrar las palabras adecuadas para abordar el tema con mi amiga.

—Ava… —La llamo.

—Una ronda, por favor —pide al camarero que pasa por nuestro lado.

—No, no. Yo quiero algo más de comer. Y una botella de agua. Muy fría —puntualizo.

—Y una cerveza para mí. —Reitera y me mira—. ¿Qué pasa? Pero si tú bebes más que yo.

—Ava… Acabo de darme cuenta de que tengo un retraso…

—¿Mental? Eso ya lo sabíamos.

—Tía, que hablo en serio.

Ella ríe y ríe, bastante borrachina.

—A ver… ¿Tienes un retraso?

—La regla debería haberme bajado hace tres días.

—Claro, dos o tres días después que a mí.

—Pues no ha venido a visitarme.

—Será un desajuste tonto. No te preocupes. Los condones no fallan. —Me muerdo los labios con los dientes—. Porque utilizaste condón, ¿no?

—Si te digo que no me acuerdo, ¿te lo crees? —Niega—. Bien hecho, porque sí me acuerdo y no utilicé.

—¡Tía! ¡Pero ¿cómo se te ocurre?! —Da un golpe en la mesa. Somos el punto de atención de todo el bar.

—Eso no es lo peor —resuello.

—¡¡Tienes candidiasis vaginal!!

—¡Tía! —Me agacho hasta casi esconderme bajo la silla—. ¿Se te va la pinza? —la regaño.

—A ti sí que se te ha ido. ¿No aprendiste nada en clase de educación sexual?

Ante eso no tengo qué responderle porque sí aprendí, pero me quedé dormida viendo el vídeo que nos pusieron en el proyector, sin embargo, me enteré de todo porque mis padres también me hablaron sobre el tema.

—Ava, si lo estuviera… Si estuviera embarazada, no sabría quién es el padre.

A mi amiga se le suben tanto las cejas que se le pegan al techo y los ojos se salen de las cuencas, la mandíbula le llega al suelo y los mofletes se le inflan como si fuera un hámster.

25

AMANDA

Mi apartamento se sume en un silencio tenso, roto únicamente por el tic-tac del reloj de la cocina que se integra prácticamente en el saloncito de mi lata de sardinas. Hemos salido del bar como alma que lleva al diablo a buscar una farmacia.

Ava y yo intercambiamos miradas nerviosas acomodadas en mi sofá. El pequeño estuche de plástico que contiene la prueba de embarazo descansa sobre la mesa de centro, como una bomba de efecto retardado a punto de estallar y destrozar el edificio entero.

Adiós, problemas de tuberías de mi vecina del quinto.

—Tienes que mear en el palito —intenta sonar calmada, pero falla estrepitosamente.

—No sé si atinaré —respondo con una risa histérica—. Mejor dame un táper para orinar e introducirlo ahí. Total, con todo lo que hemos bebido, lo lleno hasta arriba seguro.

Suelta una carcajada a pesar de la angustia, sé que mi amiga vive este momento totalmente sincronizada conmigo. Se levanta para buscar un recipiente en la cocina y vuelve con un pequeño táper de plástico y me lo entrega. Lo cojo con manos temblorosas.

—Vale, vamos a hacerlo. Bueno, tú, pero ya sabes a qué me refiero —dice Ava respirando hondo.

Nos dirigimos juntas al baño, un espacio reducido que amplifica la tensión en el aire. Ava cierra la puerta detrás de nosotras, no sé para qué porque estamos solas, y me mira con ojos asustados.

—No mires —le pido a Ava.

—Te he visto mil veces orinar, por no decir otra cosa… Solías contarme cotilleos con la puerta abierta mientras hacías caca.

—Lo sé, pero esto es diferente. Esta orina contiene carga genética y aún no te he presentado a Berwin. —Mi amiga pone los ojos en blanco.

—Menuda tontería, ¿crees que va a salir la cara del padre en la espuma de la orina, o qué? Eso que va a salir de tu vejiga es más cerveza que otra cosa. —Se vuelve de espaldas para darme

algo de privacidad.

—Me da igual lo que me digas. Y deja de hablar que me desconcentro.

Hago un esfuerzo y el sonido del pis cayendo en el rectángulo de plástico llena el silencio. Luego, un suspiro de alivio.

—Listo, ya está —susurro y coloco con cuidado el palito de la prueba en el recipiente.

Nos quedamos mirando el pequeño dispositivo a la espera de que el resultado aparezca. Cada segundo se alarga eternamente, el silencio se vuelve más y más opresivo.

—No puedo mirarlo —el pánico me sube por la garganta.

—Yo lo haré —determina Ava y coge la prueba con sus manos.

Cierro los ojos, el corazón me late con fuerza, con tanta que casi se me sube a la garganta y me ahogo. Un millón de recuerdos se agolpan en mi mente.

Uno… El primer beso con un chico y una noche sin dormir hasta que me dijeron que no era suficiente para quedarte en cinta.

Dos… La primera vez que me acosté con alguien y lo mal que salió, el condón se rompió y el segundo se me quedó dentro de la vagina.

Tres… Una pesadilla que tuve en la universidad sobre quedarme embarazada y los mellizos que tuve y por los que tuve que dejar de estudiar. Todo en un sueño, eso sí.

Cuatro… Un caramelo que me regaló un tío y que tiré porque pensé que quería drogarme. Este no sé a qué viene, pero no le busco explicación.

Me da un infarto…

Cinco… El polvazo con Hudson.

Me da otro infarto…

Seis… Las tres veces que me he acostado con Berwin en los últimos diez días.

Siete… Me muero.

Mi cuenta termina al escuchar el jadeo de mi mejor amiga, como si estuviera viendo una película de terror y el guapo protagonista acabara de morir en una horca.

Abro los ojos de golpe y me percato de que la expresión de Ava no augura nada bueno. No es que traer niños al mundo sea algo malo, pero en mi caso, no es la mejor de las ideas.

¡Es la peor de todas!

—No me jodas, Ava, dime algo por tu padre que está en el cielo. —Mi cara debe ser un cuadro abstracto en blanco y negro.

Ava se muerde el labio, mira la prueba otra vez, supongo que, para cerciorarse, y me devuelve la mirada.

—¡Es positivo! —exclama y me muestra el resultado.

Siento que el suelo se mueve bajo mis pies y, antes de poder procesar la noticia, me desplomo sobre las baldosas del baño, completamente aturdida. Ava se arrodilla rápidamente a mi lado y me coge de la mano.

—Amanda, respira. Todo estará bien —comenta tratando de calmarme.

Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos como si fuera una fuente de chocolate fundido, la misma que pusimos en su boda para que la gente mojara fruta fresca. La misma que tuvo la culpa de que perdiera los estribos y me encamara con el idiota de Alex. Fresas y cacao, una combinación afrodisiaca desastrosa.

—No sé si puedo hacer esto, Ava. ¿Qué voy a hacer? —pregunto entre sollozos.

—No estás sola. Yo estoy aquí contigo, siempre. Decidas lo que decidas —responde Ava y me abraza con fuerza.

—Me he tirado a dos tíos y ahora no sé cuál de los dos es el padre.

—¿Eso significa que quieres tenerlo?

—No lo sé, yo…. —Me falta el aire, tengo un nudo gigante en la garganta y en el estómago. Tal vez sea el cigoto tratando de salir de mí por la vía rápida, debe notar que seré una madre patética.

—No tienes que decidirlo ahora, pero sí pensar en la posibilidad de… ya sabes. Abortar —le cuesta decir eso último.

—No soy antiabortista, pero jamás me había planteado que yo fuera a hacerlo. Pensaba que cuando fuera madre sería por amor, algo deseado, y enterarme de que voy a serlo cambia un poco la visión de las cosas. No sé si estoy lista para ser madre, pero tampoco sé si podría vivir con la culpa de no darle una oportunidad a esta vida que está creciendo dentro de mí.

—Es normal sentirte así. Pero, Ami, lo que decidas, será la decisión correcta para ti. No tienes que hacer esto sola, estoy aquí contigo, pase lo que pase.

—Gracias, Ava. Es solo que… —me interrumpo para controlar las lágrimas que amenazan con brotar de nuevo—. Nunca imaginé estar en esta situación. Siempre pensé que la maternidad sería algo bonito, algo planeado. No una sorpresa que me deja sin saber qué hacer.

—Lo sé. La vida no siempre sigue nuestros planes. Pero eres fuerte, Ami. Y, sin importar lo que decidas, sé que saldrás adelante. Tómate tu tiempo, escucha a tu corazón y no te presiones. Tienes tiempo para decidir.

—Necesito pensar. Necesito… —respiro hondo, a ver cómo se calman mis pensamientos—. Necesito saber que pase lo que pase, no voy a estar sola.

—Nunca estarás sola. No mientras yo esté aquí. ¿Cuánto hace que te acostaste con Berwin?

—Hace una semana, creo…

—Es fácil saber de quién puedes estar embarazada si calculamos las fechas. Es poco probable que un test dé positivo una semana después de haber mantenido relaciones.

—¿Qué quieres decir? —Abro mucho los ojos.

—Que lo más probable es que sea de Hudson.

26

HUDSON

Hace días que no veo a Amanda aparecer por el ático, pero sí su comida perfectamente guardada en el frigo, incluso los desayunos. Aun así, esperaba poder hablar con ella después de lo que pasó en los vestuarios tras el partido. Pero nuestra comunicación ha vuelto a la dinámica del principio, dejarnos notas insulsas y algo impersonales. Sé que está tratando de evitarme.

Anoche Dana se quedó a dormir. Normalmente, el sexo con ella es un escape, una manera de olvidarme del mundo por un rato, pero esta vez fue diferente. No disfruté como solía hacerlo. Algo dentro de mí estaba apagado.

—Alex, te noto raro —me dice Dana mientras desayunamos en la cocina lo que Ami dejó hecho ayer, a saber cuándo. Su tono es serio, sus ojos buscan respuestas—. Estás distante. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Un poco cansado después del partido y los entrenamientos de estos días —le respondo con la intención de sonar convincente. —Ella frunce el ceño, no parece convencida.

—No sé, te noto con la mente en otra parte.

—Está todo bien, de verdad —le insisto, fuerzo una sonrisa y le doy un beso en la mejilla.

Dana me mira por un momento más, busca algo en mis ojos, pero finalmente suspira y asiente. Sé de sobra que no la he convencido del todo. Y, con honestidad, ni siquiera yo estoy convencido.

Amanda sigue en mi mente y no puedo evitar preguntarme dónde está, qué está haciendo, y por qué ese beso sigue rondando en mi cabeza como una canción pegajosa de la que no puedo librarme.

Dana se pone de pie y empieza a recoger sus cosas.

—Alex, tengo que marcharme —dice mientras se ajusta la blusa—. Llámame para volver a quedar, ¿vale?

Asiento y la acompaño hasta la puerta. Le doy un beso rápido, pero noto una indudable desconexión que no puedo explicar.

—Claro, te llamo luego —respondo, aunque ambos sabemos que ese *luego* es indefinido.

Cuando se va y cierro la puerta detrás de ella, miro la hora. Ya debería estar camino de los entrenamientos, pero hay algo más que necesito hacer primero.

Me dirijo a la cocina, agarro un bolígrafo y una hoja de papel y me siento en la isla de la cocina. Me tomo un momento para pensar en las palabras adecuadas antes de empezar a escribir.

Amanda,

Los desayunos recalentados no son lo mío. Preferiría tomarlos recién hechos, contigo aquí. Siento haberte incomodado con aquel beso.

Alex

Doblo la nota cuidadosamente y la dejo sobre la encimera, en un lugar donde sé que ella la encontrará.

27

AMANDA

Dos días después de recibir la noticia, finalmente decido visitar a un ginecólogo para asegurarme de cuántas semanas estoy. Ava no puede acompañarme porque tiene una visita importante, así que me armo de valor y voy sola.

Esos dos días han sido un intento constante de evitar a Hudson en su ático. Preparo los menús a toda prisa y dejo notas para él como habíamos hecho antes. Cada vez que veo una de sus respuestas, se me ponen los vellos de punta.

Sobre todo, por la última de esta mañana que decía:

Amanda,

Los desayunos recalentados no son lo mío. Preferiría tomarlos recién hechos, contigo aquí. Siento haberte incomodado con aquel beso.

Alex.

¿Cómo voy a decirle lo que está pasando sin estar segura de lo que quiero? ¿Y si no es el padre y resulta que me he quedado embarazada por algún pollo enviado por un ser superior? ¿Por qué tiene que ser de un animal con alas?

¿Qué chorradas estás pensando, Ami?

Deben ser las hormonas.

En la sala de espera hay demasiada gente, sin embargo, me siento muy sola.

Debería de haber cambiado la cita para otro momento. Uno en el que Ava hubiera podido acompañarme.

Hay una chica muy joven con la que parece su madre.

Quizá tenga un embarazo no deseado.

Como el tuyo, Ami.

La cabeza me explota. El murmullo de las conversaciones y el sonido lejano del hilo de música no logran calmar mi ansiedad que, visto lo visto, me fríen lentamente el cerebro.

Cada segundo que pasa parece una eternidad. Finalmente, escucho mi nombre.

—Amanda Harris.

Me levanto y trato de mantener la calma mientras me dirijo a la puerta. El ginecólogo, un hombre mayor de semblante amable, me recibe con una sonrisa.

—Buenos días, Amanda. ¿Cómo te encuentras?

—Nerviosa —admito sin poder ocultar la verdad.

—Es completamente normal. Vamos a hacer una ecografía para ver cómo está todo. —Cuando pedí la cita, tuve que comentar cual era el motivo de mi consulta, así que el doctor va directo al grano.

Me acuesto en la camilla y me levanto la camisa. El médico aplica gel en mi abdomen y comienza a mover el transductor. Miro la pantalla con el corazón en un puño.

—Ahí está —dice el ginecólogo y señala la pequeña forma en la pantalla—. Esa es tu pequeña habichuela.

Mis ojos se llenan de lágrimas al ver la diminuta figura. Pero al escuchar el latido de su corazón, rápido y constante, algo dentro de mí se remueve profundamente. Las lágrimas comienzan a caer libremente.

—Es increíble —susurro.

—Es uno de los sonidos más maravillosos del mundo —indica el médico con una sonrisa—. Estás de poco tiempo, Amanda. Aproximadamente cuatro semanas.

—¿Cuatro semanas? —pregunto a la vez que trato de procesar la información—. ¿Podría ser de una semana?

El médico se ríe suavemente.

—No, eso es poco probable. La implantación debió ocurrir hace por lo menos un mes desde tu última regla.

Mi mente empieza a girar. Cuatro semanas. Eso significa que el bebé es de Hudson. No hay ninguna duda.

El ginecólogo me da algunas indicaciones y me entrega una copia de la ecografía. Salgo de la clínica con miedo, alegría, confusión.

Mientras camino de regreso a mi apartamento, la imagen de la pequeña habichuela en la ecografía me quema en el bolsillo. Quiero llegar cuanto antes y mirarla de nuevo, con lupa, en aumento y ver si tiene algunos rasgos definidos de su carita, manos y pies. Sé que no es posible aún, pero quiero admirar la ecografía y abrazar la maternidad porque no me queda otra.

Sé que mi vida está a punto de cambiar para siempre y que no voy a poder abandonar a esta pequeña legumbre que ha encontrado un lugar cálido en mi vientre para crecer y llamarme mamá.

Lo único que queda por saber es cómo voy a manejarlo todo.

Sé que tengo que hablar con Hudson, pero no tengo ni idea de cómo empezar esa conversación.

¿Cómo le dices al hombre con el que has tenido una relación tan complicada que vas a tener un bebé suyo?

Y lo peor… ¿Cómo le digo a Brewin que tenemos que dejar de vernos porque estoy embarazada de otro hombre?

Ni más ni menos que de Ice Beam, mi jefe.

28

AMANDA

Decírselo a Hudson, no decírselo.

Decírselo a Berwin, no decírselo.

¿Qué estoy pensando? ¡Claro que tengo que decírselo! ¡A los dos! Hudson va a ser padre, bueno, dudo que quiera implicarse, sin embargo, debo hacerlo partícipe de la noticia. Berwin tiene derecho a saberlo porque quizá se esté enamorando de una mujer embarazada de otro hombre.

Esto parece una telenovela.

Con total seguridad y de cualquier forma arderá Troya. Dándole vueltas a lo que va a cambiar y a lo que no, lo que será y lo que no, a lo que tendré que enfrentarme y de las maneras que va a quemarse el mundo a mi alrededor…, así llego a la casa de Alex.

Miro a todos lados y me cercioro de que Ice Beam, papi de mi habichuelita, no anda por allí y voy hasta la cocina. Bien, voy a centrarme en mi trabajo que casi he abandonado de alguna manera. Preparo almuerzo y cena escuchando un poco de música en mi móvil hasta que deja de sonar porque entra una llamada.

—¡Ami! ¿Qué tal ha ido todo? —Ava se oye visiblemente preocupada.

—No sé qué decirte… —respondo, con sinceridad. Saber quién es el padre solo termina con una cuestión; la otra, que estoy embarazada y no tengo ni idea de cómo sobrellevarlo y hacerlo, sigue pendiente.

—Primero: ¿te has asegurado de que estás embarazada?

—Sí, sí.

—¿Y?

—El padre es Alex. Estoy de cuatro semanas. Imposible que sea de Berwin —lo verbalizo en voz alta para creérmelo. Si lo repito cien veces al día, tal vez deje de parecer un sueño.

Una pesadilla.

Eso.

—Eso es bueno, ¿no?

—¡No! —Lo maduro unos segundos. Si Berwin fuera el padre, todo sería más fácil, estoy segura, por su forma de ser, de vivir y ver la vida más parecida a la mía.

—¿Por qué?

—No hay nada bueno en que esté embarazada. —Tomo asiento en una banqueta y suelto el cuchillo que tengo en la mano para quitarme el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Me refiero a que ya sabes quién es el padre.

Qué calor.

Y todo, y digo todo, se cae sobre mí de repente. Me hago cargo de que estoy embarazada y de que en ocho meses tendré un bebé de unos tres o cuatro kilos en mis brazos. ¿Cómo voy a cocinar con un bebé en los brazos? Todo se me viene encima. El miedo, la incertidumbre, la ansiedad, la preocupación… ¿Cómo voy a enfrentar esta etapa? ¿Qué etapa? Se es madre para siempre.

Me agarro al filo de la encimera de la isla y bufo.

—Ami, Ami… ¿Estás ahí?

—Sí, sí… Aunque me gustaría desaparecer.

—No digas tonterías. Respira.

—Un bebé, Ava, un bebé… Una gran responsabilidad… Esto me ha pillado de improviso… ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —Hipo.

—De momento, tranquilizarte. Te está dando un ataque de ansiedad y no es bueno para el feto.

Me siento sola, como en la consulta del ginecólogo, vulnerable, como en aquel centro comercial de pequeña donde me perdí.

—Estoy soltera, Ava, y el padre de mi bebé me odia. Seguro que seré la peor madre del universo, me lo dejaré en alguna tienda de verduras y le daré de comer mucho chocolate. El chocolate está muy bueno, y más si es fundido. ¿Qué voy a hacer, Ava? Berwin no querrá saber nada de mí, me gusta Berwin y… estamos saliendo y en un buen momento…

—Ava, frena, ve paso a paso.

—Paso a paso… —murmuro—. ¿Y cuál viene ahora? —grito.

—Asimilarlo. Darte un tiempo. No tienes que hablar con ellos ahora mismo. ¿Dónde estás?

—En casa de Alex, pero él debe estar entrenando. Me marcharé antes de que llegue. Le estoy

haciendo también la cena.

—Después voy a tu piso y llevo algo de comida.

—Tu marido va a odiarme.

—Me da mi espacio. Estar casada no significa estar atada a alguien.

—Ya… Supongo… Yo voy a estar atada a un hijo toda la vida.

Me anima durante unos segundos más hasta que escucho un ruido detrás de mí y me llevo un susto de muerte. Me llevo el teléfono al corazón y… Hudson me observa bajo el arco de la pared.

—¡Ahhh! —chillo.

—¿He interrumpido algo? —pregunta el señor Ice Beam, con el ceño levemente fruncido.

—Ami, ¡Ami! ¡Ami! —escucho a Ava justo antes de colgar y dejar el móvil junto al fuego.

—Eh… No, no, claro que no. Estaba hablando con… —Tropiezo con mis palabras.

Voy a llenar un vaso de agua y me lo bebo de un trago. La boca sigue reseca y la garganta me pica mucho. Toso y toso.

—¿Estás bien? ¿Has cocinado algo picante? Me sienta fatal.

—No, no. Todo correcto. Picantes cero. Intolerancias controladas. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Hemos terminado antes. —Suelta las llaves y la cartera y las deja en una mesita en el salón. ¿Debo seguirlo? Lo hago de todas formas. ¿Debo decírselo? Lo hago o… No lo hago… ¿Debo comprar cianuro y tragarlo? ¿Venden cianuro en alguna parte?

—He hecho carne para almorzar y pescado para la cena. La dorada está en el horno. Si no necesitas nada más, recojo y me marcho —informo con rapidez.

—Prefiero que te quedes y lo sirvas, si no es mucha molestia. Estoy muy cansado.

Un mal momento como otro cualquiera para hablar con él y soltarle la bomba.

29

HUDSON

Llevo dos días dando esquinazo a Dana y no me siento bien por ello, no obstante, tampoco quiero mentirle y no lo he hecho.

Le dije que la llamaría y la llamé, pero no hemos vuelto a quedar porque otro nombre ronda mi mente. El entrenamiento se ha dado por finalizado por una de mis discusiones con Jared y en ella se ha visto implicado medio equipo. De vuelta a casa en mi coche me ha sonado el teléfono y lo descuelgo. Es Dana. Ella no se merece que haga el idiota y lo sea, por supuesto.

—Hola, Dana.

—Hola, Alex. ¿Te apetece una copa? Mañana me marcho a Múnich un mes.

—Eh… No puedo. Lo siento. Tengo una reunión dentro de media hora.

—Puedes llamarme cuando acabes.

—Se alargará. Hay muchos temas que tratar. —No le miento. La reunión será con mi cocinera y el tema central: pedirle disculpas por haberla besado sin su consentimiento.

Soy un animal, joder.

—Como quieras. —¿Se molesta? —. Adiós, Alex. Espero que volvamos a vernos a mi vuelta.

—Seguro. —Cuelga y acelero en la autopista para no perder ni un segundo. Amanda puede irse en cualquier momento, tiene permiso para ello, aunque le sugerí que hiciera la cena in situ. Me da igual la comida recalentada, lo que deseo es verla a ella. Tengo esa necesidad, una muy urgente y me da rabia que así sea.

Mierda.

Amanda habla por teléfono con alguien en la cocina, no espero interrumpirla, pero lo hago y casi se le cae el teléfono al suelo. ¿Por qué está tan nerviosa? ¿Conversará con ese tío? ¿Berran? ¿Bergan? ¿Berwin?

¡Qué cojones me importa!

Le pido que se quede y me sirva la cena y acepta con reticencias. Le tiemblan las manos cuando coge los platos del mueble y los coloca sobre la mesa. Me acerco a ella y le ayudo. Me encargo de los cubiertos y los vasos.

—Cenarás conmigo. Estás famélica —le informo y cojo las servilletas.

La observo marear la dorada y la batata en salsa de tomate natural. Noto de inmediato que Amanda está especialmente callada y decaída, lo que me hace sospechar que algo le preocupa. Quizá esté enfadada conmigo.

—Amanda… Entiendo que creas que soy un ogro. Siento lo que pasó.

Ella levanta la mirada y por fin la separa del pescado.

—¿Eh? —Sigue ausente.

—Lamento haberte besado. Quiero decir… me encantó besarte, pero no de esa manera.

—Ah, sí… —Vuelve la vista hacia su comida.

Sus gestos y expresiones revelan una mezcla de tristeza y ansiedad que me inquietan más y más. Eso hace que mi preocupación aumente y llegue al límite.

—Dime qué tengo que hacer para que me perdones —ruego.

—Acepto tus disculpas, pero…

—¿Vas a dimitir? No quiero que lo hagas. Tu comida es perfecta, ni mi madre cocina tan bien como tú, pero no se lo digas, o me utilizará cómo saco.

Sonríe de lado y el corazón me da un vuelco.

—No voy a marcharme. Necesito este trabajo. —Suspira—. Ahora más que nunca… —murmura.

—¿Por qué? ¿Tienes algún problema? ¿Problemas económicos?

—Sí, no… Puede…

—Eso es una respuesta muy confusa.

Intento mantener una conversación amena y ligera o, al menos, simplemente mantenerla, pero es evidente que ella ha viajado a otro mundo y su falta de interacción verbal revela el peso que le aplasta los hombros. ¿Por qué siento esa necesidad imperante de comprender qué la aflige?

—Puedes contarme lo que quieras. No somos amigos, pero podemos serlo. —Me lanzo porque algo me pega a ella, tira de mí, me empuja en su dirección.

—Ava es mi amiga, una muy buena. No me dejará sola.

—¿De qué estás hablando?

Se levanta y se limpia las manos con una servilleta.

—Voy a recoger y me marcho. Tengo que… —Vuelven a temblarle las manos. La imito y se las cojo para calmarla.

—Amanda, por favor, dime qué ocurre. Te ayudaré. Puedo dejarte dinero, ya me lo devolverás. Te subiré el sueldo. —Caigo en la cuenta y doy un paso hacia atrás—. ¿Ese Berwan te ha hecho algo?

—¿Berwin? —Abre los ojos—. ¡No! Berwin es un buen chico. —Le sale voz de pito.

Intento ser empático, lo prometo, y le muestro mi apoyo de la mejor manera que sé, pero pensar en ese tío me crispa, me pone de mala leche y mi objetivo se aleja a otro universo, lejos del de ella también.

Respira, Ice Beam, como si te jugaras el título.

—Vale, está bien. —Me froto el pelo—. Dime qué pasa y lo solucionaremos. ¿Tu familia está bien? —Asiente—. ¿Has discutido con Ava? —Niega— ¿Entonces?

—Estoy embarazada. Y tú eres el padre, por cierto.

30

AMANDA

—Estoy embarazada. Y tú eres el padre, por cierto —suelto como si nada. *Ea*, ahí va la bomba. Bomba vaaaaaa. Explota y esparce nuestros sesos por las paredes.

No pensaba decírselo, no hoy. Iba a tomarme mi tiempo, tal y como Ava me ha aconsejado, pero ¿para qué esperar más? La habichuela no va a desaparecer, o eso espero. Me siento fatal por desear comprar cianuro y tomarlo, porque no quiero matarlo, es más, un fuerte y nuevo impulso de mantener a salvo a mi bebé me invade.

La tensión se palpa en el ambiente, él ni se inmuta, se ha congelado. ¿Si le doy un toque con una cuchara, se partirá en mil trozos como el hielo? Algo se acumula en mis venas, no estaba preparada para esta conversación y él tampoco.

Quiero reírme.

Quiero llorar.

—¿No querías saber lo que me ocurre? —insisto.

Él sigue en una nube, una muy negra y cargada de agua, cuya tormenta caerá sobre nuestras cabezas de un momento a otro. El color de su rostro cambia de blanco a negro por segundos y un pánico horrible al rechazo me inunda por dentro.

Por instinto, me llevo la mano al vientre, como si mi dolor pudiera llegarle al feto y afectarle.

Ante la compresible reacción inicial de incredulidad y sorpresa, cojo aire e intento explicarme.

—He ido al ginecólogo. Estoy de cuatro semanas, casi un mes. Fue cuando nos acostamos en la boda. Claro, es que ha sido la única vez. No utilizamos medios anticonceptivos. Los dos sabíamos que esto podía ocurrir —me tiro el farol. ¡Yo no sabía una mierda! No pensé en nada en aquel momento.

Él sigue en Narnia y yo voy a por un vaso de agua. Se lo ofrezco, pero ni hace por cogerlo y me lo bebo yo que también lo necesito.

—Alex, no tienes que hacerte cargo, solo tenías que saberlo, pero no te pido nada, ni lo más

mínimo, y no hablo de dinero, hablo de implicación. Voy a tenerlo. Me he planteado el aborto, pero solo durante unos segundos. No tienes que ser padre, no voy a obligarte. —Cojo mi bolso y me lo cuelgo.

Lo miro por última vez y… me marcho. Cierro la puerta mientras él sigue dentro como una estatua. ¿Respirará? Se hubiera puesto morado si no fuera así y a ese color no ha llegado.

Piso la calle, ondeo la mano para detener un taxi que se acerca y el conductor frena de golpe, como si la vida le fuera en llevarme o no. Entro con una sonrisa amistosa y me acomodo en el asiento trasero.

—Buenas tardes. A Inwood. —Le doy la dirección de mi piso.

Avanzamos por las bulliciosas calles de Nueva York a primera hora de la tarde y sin evitarlo me sumerjo de nuevo en una marea de pensamientos. Supongo que es normal darle vueltas al coco en estas circunstancias.

Vale, la noticia ha sido inesperada y abrumadora, tanto para mí como para Hudson, yo también necesité unas horas (o días) para asimilarla, así que no me extraña tanto lo que le ha ocurrido: quedarse petrificado. Pero yo decido apartar lo negativo y enfocarme en lo positivo e imagino el futuro en positivo, visualizo ratitos felices en compañía de mi hijo, porque jamás volveré a estar sola, paseo por Central Park, tardes de juegos en la lata de anchoas, su primera sonrisa, su primera palabra.

Me prometo a mí misma que haré lo posible por darle a mi habichuela una vida llena de amor, alegría y felicidad, y cuando pregunte por su padre a una edad que logre entenderlo, le explicaré lo ocurrido sin segundas ni medias verdades.

Pago la carrera y bajo del coche en medio del intenso calor del verano en una ciudad de acero y hormigón. Cruzo la calle con paso decidido, consciente de que un segundo corazón late en mi interior. Los pensamientos me saben a bonito por todo lo que viene.

Me persiguen sin embargo los hados del sobresalto. Al llegar al otro lado de la calle me encuentro con Berwin que sale del portal cargado con una caja de herramientas y su mono de trabajo. Uno de los dos corazones de mi cuerpo, el que vive más arriba, en mi pecho, se detiene unas milésimas de segundo.

—Hola… ¿Qué haces tú aquí?

—Tu vecina del quinto me ha llamado por una avería. Lástima que sea tan mayor. Sigue siendo muy guapa. Le hubiera desatascado otra tubería…. —Amplía la sonrisa, bromeando, y me da un beso en la mejilla.

Nota mi sonrisa más nerviosa, menos casual que la suya, y me pregunta qué ocurre.

—¿Estás bien? ¿A Ice Beam se le han atragantado los espaguetis? ¿No te habrás molestado por lo que he dicho de tu vecina? Solo era una broma—sigue a su rollo, reír y pasarlo bien.

Los espaguetis, no. Una habichuela

Trago con dificultad y respiro; el aire caliente me abrasa por dentro y mi imaginación ve a la habichuelita hirviendo en mi útero. Reúno todo el valor para contarle lo que acontece, eso que tanto he meditado, pero…

—Le ha encantado la comida.

—Has terminado antes.

—Sí, me ha dado el resto del día libre.

—¡Eso es estupendo! Tengo un plan al que no podrás negarte.

Dudo, cambio el peso del pie, me muerdo los carrillos y…

—Vale, subo un momento y me cambio.

31

AMANDA

Seguí las indicaciones de mi amigo y me puse un vestido azul suelto y por las rodillas, un bikini, gorra y gafas de sol. Fuimos en metro hasta State Island, en concreto a una casa con una elegante piscina, un oasis de tranquilidad en medio de la ciudad.

La belleza del lugar me maravilla y eso que estoy acostumbrada a la casa de Oliver Drake y Ava, pero esta tiene palmeras que se mecen al viento y me quedo observándolas mientras Berwin saluda a sus amigos que me presenta un minuto más tarde.

—Amanda, vamos. —Me llama y respiro.

Estoy embarazada de otro hombre y aquí estoy, conociendo a sus amigos, pero él es mi amigo, nos acostamos, pero no hemos hablado de nada más.

Nos quitamos los zapatos y sumergimos los pies en el agua fresca, junto al resto de personas, tres chicos y dos chicas.

—Berwin nos ha dicho que eres chef y que trabajas para un famoso —comenta uno de ellos, el más moreno y cuyo nombre se me ha olvidado.

—Sí…

—¿Para un famoso? ¿Podemos saber quién es? —pregunta la chica pelirroja.

—¿Has firmado un contrato de confidencialidad? —parlotea la rubia, Ariel, creo recordar.

—Eh… No. Todo ha sido muy normal. —No me importa revelarlo, lo que me cuesta es decir su nombre. *Venga, Ami, que tú puedes*—. Para Alex Hudson.

Todos se quedan atónitos, no sabría decir si más los chicos que las chicas porque a todos les parece increíble, pero por razones diferentes.

He aquí las razones.

—Wow, ese tío ha ganado todos los títulos antes de los treinta años. Va a ser el mejor jugador de la NHL de toda la historia de Estados Unidos y Canadá —recita el de pelo castaño claro y un lunar a tener en cuenta en medio de la mejilla que le hace muy atractivo.

—¿Puedes conseguir entradas para los partidos? ¡Tráelo a casa cuando quieras! ¡Será bienvenido! —El moreno es el dueño de todo esto.

—Ice Beam, el tío con más músculos del planeta. ¿Sabes si tiene novia? ¿Podrías concertarnos una cita? —observa la rubia.

Novia no, pero sí una cocinera embarazada de uno de sus espermatozoides.

—¡Yo quiero su número de teléfono! —pide la otra.

—Chicos, dejadla tranquila —solicita Berwin y me acaricia la mano.

—Por eso el otro día te vimos tan flipado. ¿Conociste a Hudson? —le preguntan.

—No estaba seguro de si podía decíroslo.

—Qué suerte.

—Yo quiero una cita —insiste la chica.

Por fin cambiamos de tema, aunque cuesta horrores porque se han quedado anonadados, y nos refrescamos en la piscina, la mejor forma de evitar el calor intenso.

Sacan bebidas frescas y bocadillos. Yo trato de relajarme, pero aún no lo he logrado; complicado con las llamadas ausentes de Hudson. ¿Esperaba otra reacción? Quizá. No podemos controlar los actos de otras personas, ni esperar que respondan como creemos. Ni nosotros nos conocemos, aunque creamos que sí.

—¿Cerveza? —Ariel me ofrece una.

—No, gracias. —La rechazo y opto por una Coca-Cola con hielo picado, convertida en sorbete.

El sol se oculta tras unos jirones de pequeñas nubes. Contemplando sus tonos anaranjados y grises me pregunto si Berwin se plantearía quedarse a mi lado cuando se entere de mi embarazo, se convertirá en estatua, o saldrá corriendo.

Disfruto del atardecer y doy gracias por la oportunidad de vivir esta tarde tan relajante, después de la convulsa mañana. Berwin me mira con complicidad.

Tienes que decírselo, merece saberlo.

—Necesito hablar contigo… Es importante. —Los últimos rayos de sol nos bañan y el bochorno va desapareciendo para darle paso a una noche húmeda. Le he expresado esa necesidad en un susurro, rodeados por sus amigos, pero inocentes ante mi intención.

Su semblante muta a uno serio y tenso en cuanto escucha mis palabras, ¿o ha sido por mi tono? Frunce las cejas levemente y una sombra de preocupación pasea por sus pupilas. Aprieta los labios y demuestra una ligera tensión en la mandíbula.

—¿Tengo que preocuparme?

Encojo los hombros y chapoteo con los pies sentada en el borde de la piscina de fondo azul y agua muy limpia y clara.

El temor también cruza por sus ojos, se pasea, se asoma, como si intuyera qué voy a decirle. Ni se lo imagina ni mucho menos. Su rostro, por regla general jovial y sonriente, se torna en una máscara de agobio y desazón.

Cree que quiero dejar la relación, sea la que sea.

Mantengo el tipo, pero ese gesto tan serio por su parte me afecta y me aflige, porque no es lo que piensa, es peor, mucho peor.

—Cuando estemos a solas.

Él se prepara para lo peor, pero sigue perdido. Su semblante sombrío lo acompaña el resto de la velada y sus amigos se percatan de ello, por lo que le hacen preguntas inapropiadas. Berwin se defiende a la perfección ante los ataques sin malas intenciones.

Ya a la vuelta, caminamos un par de manzanas hasta mi casa desde la estación de tren y me pide que tomemos asiento en un banco. Su mirada, llena de curiosidad y recelo, espera escuchar mis palabras.

Me armo de coraje y…

La tensión del ambiente puede cortarse con un cuchillo, así como su estado ansioso, y el mío, por cierto. Con un profundo suspiro, comienzo y me detengo.

—Yo… Yo…

32

AMANDA

Me encuentro en medio de un parque en Inwood, a punto de decirle a uno de los mejores chicos que he conocido que estoy embarazada de otro hombre, de uno de sus ídolos. Espero que no salga corriendo porque me gusta mucho. Aunque el padre biológico de mi habichuela también me gusta, menos, pero algo; no sé si esto que acabo de contar es verdad o mentira, porque me atrae, aunque sea un necio. El amor no entiende de razones, solo de sentimientos, y resulta imposible controlarlos.

¿Amor? ¿Por quién? ¿Estoy perdiendo la cabeza con mi embarazo?

—Amanda, estamos bien, no lo digas —ruega—. Me gustas mucho.

—Tú también me gustas a mí…

—¿Entonces? ¿Qué es eso tan importante que quieres decirme?

De nuevo, respiro, cargo mis pulmones oxígeno y de una energía que no se refleja en el resto de mi cuerpo ni en mi ánimo, sin embargo, debo hacerlo.

—Berwin… Yo… Estoy embarazada. —Revelo.

Él… se queda petrificado. ¿Será una reacción innata en los hombres? Y eso que aún no tiene ni idea.

Piensa que mi habichuela es suya.

Ami, acláralo del todo.

Sus ojos se abren desmesuradamente, en *shock*. Reflejan la incredulidad y sorpresa que le invaden y ahogan.

—No puede ser.

—Sí, yo también dije eso, pero… —Trato de darle la noticia completa, pero él me corta.

—No puede ser —repite como un loro beodo—. No puede ser.

—Si lo dices diez veces, llueve. —Intento relajar el ambiente, no obstante, él no tiene ganas de bromear.

No logra articular ninguna otra frase coherente, conturbado, confuso.

—Vale, está bien. Procesa la información, pero te falta una parte de la historia. ¿Quieres conocerla? —Traga con dificultad—. No es tuyo, tranquilo. —Respira un segundo—. Es de… Esto no puedes decírselo a nadie. Tienes que prometerlo. Promételo. —Asiente—. Dilo.

—¿El hijo no es mío? —Tartamudea—. ¿Te acuestas con otro?

—No y… No.

—No lo entiendo…

—Me acosté con él antes de conocerte. Ha sido todo muy rápido.

—No lo conozco, supongo.

—Sí y no. Sería complicado si aún no conoces a ninguno de mis amigos, pero da la casualidad de que… —Frunce el ceño—. Promete que no lo comentarás con nadie. Ni con tus amigos.

—No les había contado que eres la chef de Ice Beam, así que creo que queda claro que puedes confiar en mí.

—Ok, voy a ello —me arengo y froto mis manos contra mis pantorrillas tostadas por el sol —. Es él.

—¿Quién es él? —Continúa asombrado, perplejo, como si lo hubiera enviado de una patada a la luna.

—Alex Hudson es el padre de la criatura.

El silencio se apodera del parque, hasta los grillos dejan de escucharse, y solo el susurro del viento entre las copas de los árboles ponen algo de música al momento, una muy tétrica dada las circunstancias.

Espero y espero, pero nada. Berwin sí que ha viajado a la luna y allí se ha quedado, en la cara oscura, lo raptan unos extraterrestres y se lo llevan a su planeta, igual que el nuestro, pero menos contaminado porque son más inteligentes que nosotros, los seres (in)humanos.

—¿Vas a tener un hijo de Ice Beam? —Habla por fin.

—Sí. Pero no estamos saliendo. Fue un error el acostarnos, una noche con demasiado alcohol y muchos problemas —vomito palabras que no le interesan.

—Joder… —masca y se frota el pelo.

—Ahora eres tú el que no quiere que nos veamos más. Lo entiendo. —Me levanto—. Es comprensible. —Doy un paso hacia atrás. Él sigue sentado.

Si se levanta, cae redondo al suelo. Mejor así.

—No te vayas sola. Es tarde.

—Mi casa está a la vuelta de la esquina.

Y fin. Berwin se queda allí, como si formara parte del jardín, como un arbusto más, una ardilla o una piedra, una ardilla muerta, claro.

Pero ahí no terminan las sorpresas del día.

En esta vida siempre pasa lo que no esperas y esperas lo que no pasa.

33

AMANDA

Adoro caminar por Manhattan, también de noche, me siento segura en Inwood, un barrio tranquilo donde nunca hay incidentes, o casi nunca… porque algo está a punto de suceder.

Vacilo de vez en cuando por el peso de la revelación que acabo de hacer a Berwin y la reacción que he obtenido, normal si se piensa bien, con sensatez.

Estoy embarazada de otro tío. Ah, por cierto, el padre de mi bebé es Alex Hudson. Sí, el mismo, Ice Beam, el mejor jugador de la NHL.

Adoro las luces de esta ciudad y cómo brillan sobre el asfalto. Como si te indicaran hacia dónde tienes que ir, te dirigen al lugar en el debes de terminar. O así me lo parece.

Amo el bullicio y el silencio, la mezcla inaudita de una ciudad que duerme despierta.

Y lo que no adoro ni amo son las sorpresas, las malas sorpresas, los sustos y las personas con cuerpo de escándalo, pero mente de niños caprichosos, y estas también forman parte de esta urbe y rondan la oscuridad.

Veo a Alex de pie sobre la acera en la puerta de mi edificio con una expresión tensa en el rostro. Sé que tengo que afrontarlo. El miedo no me paraliza y voy hasta él.

Incapaz de retroceder, pero con el corazón en un puño, no me hago preguntas sobre la conversación que va a tener lugar bajo una luna llena alucinante, sin embargo, la vida cambia, muta con nosotros.

Vamos por partes.

—¿Dónde has estado? —ladra como un perro rabioso.

—Buenas noches para ti también. —Me detengo frente a él—. ¿Qué haces aquí tan tarde?

—Llevo todo el día buscándote.

—Pues ya me has encontrado. —Saco el móvil por inercia y observo la pantalla—. No me has llamado.

—Lo que tenemos que hablar es mejor hacerlo en persona.

—Alex… —Suspiro—. No voy a obligarte a que…

—No lo digas. —Mira hacia todos lados—. Pueden escucharnos.

Lo imito y observo alrededor.

—¿Quién?

—La prensa suele seguirme. Y no quiero que sepan…

Doy un paso hasta él y susurro cerca de su oído.

—Que tu cocinera está embarazada de ti.

Él aprieta la mandíbula y me clava la mirada.

—¿Podemos hablar en tu casa? —propone.

—Supongo que sí —le anuncio después de meditarlo medio segundo.

Hudson entra detrás de mí y va hasta el ascensor.

—Está estropeado —anoto con un pie en el primer escalón.

No me he percatado del estado de las escaleras hasta que el mismísimo Ice Beam me ha acompañado al rellano de mi caja de anchoas. La madera emite un crujido inquietante cada vez que la pisamos. Él se queda embobado en las paredes desconchadas y con humedades.

—¿Aquí vives?

—Desde hace tiempo.

—Es… Hay que hacerle mejoras.

—No me quejo. En Manhattan todo es muy caro.

—Huele a humedad y a polvo.

Hincho el pecho.

—Estoy acostumbrada. —Cuando llegamos arriba, abro la puerta y le pido que pase.

Él sigue con la inspección y encuentra un espacio muy reducido, pero cuidado y ordenado. Pintura desgastada, ventanas rotas por algunas esquinas y signos de desgaste y abandono en el techo.

—Puede caérsete sobre la cabeza en cualquier momento. —Alza el mentón y lo mira.

Suelto el bolso en una silla y saco dos refrescos del pequeño frigorífico. Le ofrezco uno.

—Gracias. —Abre la lata y le da un trago mientras sigue haciendo una inspección de mi lata de sardinas, o de anchoas, qué más da—. Esto es claustrofóbico.

—A mí me gusta. ¿Vienes a poner pegas a mi humilde hogar? —Me cabreo.

Se frota la sien y respira hondo.

—Quiero pedirte disculpas.

—Te pasas la vida disculpándote.

—Y a decirte que me haré cargo del bebé. En este lío nos metimos los dos.

—¿Lío? Es un ser humano —replico malhumorada, aunque yo también crea eso mismo, que es un jodidísimo lío.

—Joder, Amanda, me sacas de quicio —lamenta, incómodo y nervioso, como un tigre en una jaula de medio metro cuadrado, atrapado y asustado.

—A veces pasa, no tienes que hacerte el héroe, sé que no estás preparado para ser padre.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué lo sabes? —Cruza los brazos.

—Porque… Porque ni yo misma lo estoy —musito y él se ablanda.

Da un paso hacia mí.

—Amanda, quiero ayudarte. Soy un buen hombre y me gustaría conocer a mi hijo y ser parte de su vida —suelta con seguridad, o eso parece.

Me quedo atónita. ¿Está de broma? ¿Esto es un sueño y me despertaré en mi cama? ¿Estoy lista para hacerlo partícipe de esto? Mi relación con él existirá siempre si seguimos adelante con esto.

Ahora soy yo la que se hunde ante temores y dudas de nuevo, esto viene y va, como una marea y me pregunto si estoy preparada para dar un paso tan importante, especialmente por el contexto en el que nos encontramos.

Pero a mí me gusta rizar el rizo y esto no termina aquí.

Después de una pausa reflexiva por parte de los dos y la sinceridad que irradian sus ojos, algo cambia en mi interior, mezcla de valentía y esperanza.

34

HUDSON

La observo allí parada, en medio de ese penoso piso con paredes llenas de humedad y suelo roto. Se me hace un nudo en la garganta, pero el miedo a abordar el tema ha desaparecido. Doy un suspiro y la tomo de las manos con cuidado.

—Hay más. Creo que este lugar no es el adecuado para que crezca el bebé ni para ti —empiezo diciendo con voz suave, preocupado y tratando de no asustarla a ella con lo que estoy a punto de proponerle.

Ella frunce el ceño, confundida por mis palabras.

—¿A qué te refieres?

—Quiero que te vengas a vivir conmigo hasta que encontremos algo más adecuado.

—¿Qué estás sugiriendo? —grita.

—Lo que has escuchado.

—No te he escuchado bien, o… —Cambia el peso del pie y me señala— ¿Quieres que vivamos juntos? —pregunta con incredulidad.

—Este lugar está en muy malas condiciones…

—Deja de meterte con mi casa —me corta.

Paciencia, máquina.

—No es el entorno más adecuado para el bebé. Necesita un lugar sano y seguro.

—Está en un lugar sano y seguro. —Se abraza el vientre.

—No me refiero a eso. Esto… —alza las manos—… Seguro que hay moho dentro de las paredes, y ratas. —No lo niega—. Amanda, vamos, piénsalo al menos. Ahora tienes que dejar de pensar en ti y pensar en él.

—Lo que más me sorprende es que esta mañana no querías saber nada de nosotros y unas

horas más tarde me pides que seamos una familia feliz.

—Esta mañana no dije eso. No me esperaba que estuvieras embarazada; perdona si mi reacción no fue la adecuada. Y esta noche no te pido que nos casemos, solo que compartamos mi casa. Es grande. Tendrás tu propio espacio. Cuando nazca el bebé, buscaremos un lugar en el que crezca feliz.

Se muerde el labio, suspira, mueve las manos y los pies, suspira, se toca el cabello, suspira…

—¿Cómo podríamos hacerlo?

—Te lo acabo de explicar.

—La teoría se ve fácil. Bueno, tampoco, será complicado. ¿Tú y yo viviendo juntos?

—Te pasas la mayor parte del día en mi casa y yo estoy siempre fuera. Casi ni nos veremos.

—No lo sé, Alex, es una decisión…

—Yo sí lo sé. Tienes que hacerlo. Tenemos que hacerlo. Por él, no por nosotros. Los dos tendremos que poner de nuestra parte para que salga bien.

—Te refieres a no matarnos. —Asiento y ella sonríe.

—Tengo que pensarlo.

—Es comprensible. —Doy un paso hacia atrás—. Me marcho. Mañana entreno muy temprano.

—Espera, ¿qué pasa con Dana?

—¿A qué te refirieres? —Frunzo el ceño, pero sé exactamente qué quiere decir. Yo mismo la induje a pensar que esa mujer y yo tenemos algo serio.

—Es tu… tu novia, ¿no?

—Salimos de vez en cuando. ¿Qué pasa con Berwin? —me obligo a preguntar yo también.

—Ya no salimos. La gente no está dispuesta a asumir responsabilidades que no le corresponden. No lo culpo, es comprensible.

—No, sobre todo porque yo no consentiría que fuera el padre de un hijo mío. —Aprieto los puños hasta que los nudillos se me vuelven blanquecinos.

—Deja que me lo piense.

—¿El qué, que busques un remplazo a mi paternidad? —La miro algo confuso.

—No, lo de compartir casa. Es una decisión importante en mi vida y, aunque suene un poco egoísta, soy yo la que estoy embarazada. Es mi cuerpo y mi vida.

—Será tu cuerpo, pero eso que llevas dentro es la vida de los dos. Medítalo esta noche,

mañana en el desayuno quiero una respuesta.

—¿Y si no lo tengo claro para entonces?

—Cuidaré de los dos igualmente y, me aseguraré de que tú, el bebé y tu cuerpo estén en las mejores condiciones.

35

AMANDA

He tomado asiento en la mesa de la cocina de mi miniapartamento y miro fijamente la taza de té.

Mi vida ha dado un giro inesperado, uno que no vi venir.

Ava, frente a mí, me observa con la preocupación que solo una amiga verdadera puede compartir. No he dejado de pensar en lo que me sugirió Alex Hudson, el mejor jugador de la NHL, mi jefe... y ahora el padre del bebé que llevo dentro.

—Ava, no sé qué hacer. —Ella parpadea claramente sorprendida.

—¿El Hudson que se queja si el soufflé está un milímetro fuera de lugar y con el que tuviste una noche loca en mi boda? A buenas horas te preguntas eso. —Asiento y me dejo caer hacia adelante, apoyo los codos en la mesa y sostengo mi cabeza entre las manos.

—Sí, ese mismo. No sé si debería hacerlo. Nos llevamos como el perro y el gato, y la situación es... complicada.

Mi amiga se inclina hacia atrás, cruza los brazos mientras me mira con una ceja levantada y una sonrisa pícara estampada en la cara.

—Recuerda lo que pasó cuando Jess se fue a vivir con mi hermano —dice finalmente con un tono reflexivo—. Terminaron enamorándose y se casaron.

Dejo escapar un bufido, exasperada.

—Eso es imposible que ocurra aquí, Ava. Jess y tu hermano ya tuvieron una historia preciosa de amor en el pasado. Había una base sólida sobre la que reconstruir. Esto es diferente. Hudson y yo... mezcla de aceite con agua. —Ava sonríe de nuevo, pero hay seriedad en su mirada.

—Lo sé, pero piénsalo. Tendrás un lugar seguro para ti y para el bebé. Tal vez las cosas cambien. A veces, las personas que más discuten son las que más se importan mutuamente. —Sacudo la cabeza.

—No, Ava. Alex no se preocupa por mí. Solo le importa el bebé. Quiere asegurarse de que esté bien y que nazca sano. Para él, soy solo una incubadora, no alguien importante en su vida. Lo sé porque nunca ha mostrado ningún interés en mí como persona.

Te besó en los vestuarios, celoso perdido.

Solo estaba marcando el terreno como un perro en celo, no te engañes.

Ava suspira, me toma de la mano y la aprieta con fuerza.

—Amanda, escúchame. El hecho de que Alex esté preocupado por el bebé es algo significativo. El vínculo que compartís a través de ese niño es poderoso, más de lo que te imaginas. Si realmente quieres el bienestar de tu bebé, deberías aceptar la oferta de Hudson y dejarte cuidar por una vez en la vida. No siempre tienes que ser la fuerte, la que lo hace todo sola. Deja que alguien te ayude.

—Es difícil. No quiero depender de alguien que no me ve como nada más que la madre de su hijo. Quiero que me vean por lo que soy, no solo por lo que represento. —Ava sonríe con ternura.

—Y lo hará. Pero primero, necesitas dejar entrar a las personas. Dale una oportunidad a Alex. Tal vez descubras que es capaz de mucho más de lo que crees. Y recuerda, no estás haciendo esto solo por ti. Estás haciendo esto por tu bebé y, quiero que seas honesta conmigo —dice con la mirada fija, ¿qué pasa? —respondo con una ligera inquietud.

—Todas tus reticencias con Alex... ¿no será que estás coladita por él? —me pregunta con una media sonrisa.

Me río de manera nerviosa y niego con la cabeza.

—No, Ava, eso es ridículo. Alex solo está preocupado por el bebé. No me importa lo más mínimo ni tampoco yo a él. Solo quiere asegurarse de que su hijo esté bien. Nada más.

Ava frunce el ceño, pero no insiste. Sin embargo, sé que no está del todo convencida. Y lo peor es que yo tampoco lo estoy. Porque en el fondo, sé que he mentido.

El beso de Hudson todavía me quema en los labios y cada vez que lo veo mi corazón late un poco más rápido. Intento ignorarlo, convencerme de que solo es atracción física, algo pasajero. Pero el miedo de que Alex solo me vea como la madre de su hijo y no como algo más me acongoja.

El pensamiento de pasar los próximos meses cerca de él, sintiendo esta atracción y sabiendo que probablemente nunca será correspondida, me da miedo. Miedo de que al final, esto termine rompiéndome.

Tienes que mantener las apariencias, por el bien del bebé y por tu propia cordura. Aunque la verdad sea otra, una que solo tú conoces.

Sus palabras se quedan en mi mente mucho después de que Ava se haya ido. No es solo mi bienestar lo que está en juego, sino también el del bebé. Necesito tomar la decisión correcta.

36

AMANDA

—Eres una lata de anchoas —le digo a mi pisito, ese que me ha visto crecer durante algunos años y al que le tengo mucho cariño.

Rodeada de sombras y luces, medito sobre el peso de las decisiones que debo tomar. En mi vientre crece la semilla de un ser que pronto llegará a este mundo, una personita que dependerá de mí por completo para sobrevivir y prosperar.

Y es entonces, en ese instante, cuando comprendo la magnitud de la responsabilidad que tengo sobre mis hombros y tomo asiento en el sofá para no caer de rodillas al suelo.

Mi vida giraba en torno a mis propios deseos y necesidades, a mis metas y a mis sueños personales. Pero todo eso ha cambiado en el momento en que he sabido que una nueva vida crece dentro de mí.

—Tú eres lo más importante —aseguro a mi habichuela con los ojos sobre mi vientre.

Un hijo no solo lleva nuestra sangre, sino también nuestro amor y esperanzas. Esto me dijo mi madre una vez, cuando le anuncié que perseguiría mi sueño de ser chef y ella me animó.

Y un fantasma se convierte en carne y hueso sobre la alfombra, se trata de la certeza de que mis decisiones a partir de ahora las tomaré asegurando su felicidad y futuro, incluso si eso implica sacrificios o renuncias por mi parte.

En silencio, solo interrumpido por el programa por televisión por cable que ve mi vecina del quinto y que se filtra por las paredes, tomo la firme decisión de ser la mejor versión de mí misma, de dejar atrás egos y caprichos para dar paso a la fuerza inquebrantable del amor de madre.

Me levanto, pongo los brazos en jarra, respiro hondo y me armo de valor para llamar a Hudson.

Me niego a esperar al desayuno y que mi mente siga dando vueltas a algo que sé que es lo correcto.

Un tono.

Dos tonos.

Tres…

—He decidido mudarme contigo —suelto como una gramola, intentando no sonar dubitativa en cuanto le oigo decir *hola* al otro lado.

Hay un silencio en la línea antes de que responda, su voz suena más suave de lo que esperaba.

—Entendido. Te prepararé la zona de invitados. Tendrás tu propio espacio y todo lo que necesites. No quiero que te sientas incómoda.

—Perfecto, dame un par de días para que organice la mudanza y arregle algunos asuntos con el casero.

—Bien. Y quiero que sepas que has tomado la decisión correcta.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pared.

¿He tomado la decisión correcta? No lo sé. No puedo evitar pensar que acabo de saltar al vacío sin red de seguridad.

Te abres la crisma, Ami.

37

ALEX

Dos días comiendo precocinados y lo que ella dejó en el congelador. Dos días de insomnio y de nervios. Dos días de soledad y echándola de menos.

La espero frente a la puerta de mi ático con un nudo en el estómago. Amanda ha aceptado mudarse aquí y, aunque me alegra tenerla cerca para asegurarme del cuidado del bebé, también experimento una combinación de emociones extrañas.

Te pone a mil pensar que esa mujer que te saca de tus casillas cargue con tu ADN nueve meses.

Cuando abro la puerta, veo a Amanda con las mejillas sonrosadas y más morena, como si hubiera tomado el sol. La acompaña el portero que ha dejado las maletas a sus pies.

Como tú le pondrías el mundo, susurra una vocecita en mi oído.

—Bienvenida al edificio señorita Harris. ¿Necesitan algo más?

—Gracias, señor Zaldívar, ya me encargo yo de meter las maletas. —Le doy una buena propina que él agradece.

—Como guste, señor Hudson. —El portero se despide con un ademán de cabeza y nos quedamos solos frente a frente.

Ha llegado el momento, Ice Beam, no la cagues mucho.

¿Será por el embarazo, o siempre ha sido la mujer más guapa que he visto en la vida?

Ya la estás cagando.

—Hola. Entra por favor.

Parece nerviosa y me pregunto qué estará pensando.

—Gracias por darme permiso —ironiza.

Ya sabes lo que está pensando, que eres un maldito cretino.

—Tienes razón, ésta ahora también es tu casa —aseguro mientras mira alrededor con expresión crítica.

Ella responde de manera directa, como siempre hace, desafiante y sarcástica:

—Bueno, técnicamente no lo es. Es la tuya y la de tu hijo.

Intento mantener la calma y continuar con la conversación sin que las tensiones aumenten.

—Nuestro hijo, no he alquilado tu útero ni nada parecido —la rectifico.

—Espero que no, pero no sé por qué te veo capaz de aprovecharte de una mujer borracha y desolada en una boda para esparcir tu semilla por el mundo. —Sus palabras las carga la acusación.

—Eso también podría pensarlo yo —contesto manteniendo la calma.

—¿Me estás llamando aprovechada? —pregunta y clava sus ojos en los míos.

—No, eso lo has dicho tú solita. Y, por cierto, de momento no le he comentado nada de esto a mi madre —respondo con una sonrisa forzada.

—Mejor, me contrató para que te asara pollos y pescados en el horno, no para fabricar bebés —comenta con sátira dejando claro cuál es su posición.

La observo mientras camina hacia el área de invitados. Ya no intento leer sus expresiones, es fácil deducirlas por cómo me habla. La conduzco por el pequeño pasillo hasta la habitación que he preparado para ella; sencilla pero cómoda, con una gran cama, una pequeña sala de estar y una cocina equipada con lo esencial.

—Aquí tendrás intimidad —le aseguro tratando de ofrecerle un espacio acogedor, pero por su gesto sospecho que no le gusta lo que ve.

—¿Has montado todo esto en tiempo récord para no tener que exhibirme ante tus invitados? ¿No crees que sea digna de prepararme mi propia comida en tu enorme cocina? —apunta con desdén.

—Te equivocas. Lo he hecho para que sientas que estás en tu propio apartamento y hagas aquí lo que gustes sin tener que verme la cara. Y por tu forma de dirigirte a mí desde que has llegado, creo que nos vendrá muy bien a los dos algo de privacidad. Sé que esta situación es difícil para ambos, pero es importante establecer límites claros y respetarnos mutuamente si queremos que esto funcione.

—Lo entiendo. Créeme que tengo más que claro que tú y yo no somos nada más que empleada y jefe, y un pequeño error en mi vientre. —Se señala la parte baja del abdomen y se deja caer en el borde de la cama.

—Preferiría que no llamaras *error* a ese bebé que vamos a traer al mundo. No es de muy buena madre recordarle desde tan pequeño que sus padres se detestan y no fue concebido con amor.

—Disculpa si todo esto no me parece la situación ideal que me vendieron las películas de Disney.

—Esta habitación es más lujosa que todo tu apartamento, así que no has salido mal parada.

Ambos no miramos fijamente unos segundos hasta que Amanda se levanta de la cama con furia. Veo la rabia en sus ojos. La habitación parece más pequeña de repente, como si estuviera encogiéndose a nuestro alrededor, y me encuentro sin palabras mientras ella declara:

—Lo siento, pero me largo de aquí. Esto no ha sido una buena idea y no toleraré esas faltas de respeto a mi estatus social. No soy ninguna marginal que te has encontrado por la calle ni tú un héroe que salva almas perdidas.

Camina decidida hasta la puerta, pero instintivamente la alcanzo justo cuando está a punto de cruzarla. Siento el calor de su muñeca bajo mi mano y me doy cuenta de lo cerca que estamos… El olor a miel y frutas de su pelo inunda mis sentidos y noto las pecas diminutas que adornan su nariz y mejillas, como pequeñas constelaciones en su piel.

Joder, no puedes estar pensando en follártela para calmaros.

Sí, sí lo estoy pensando, pero no debo.

—Amanda, lo siento. No debería haber dicho eso. —Mis palabras salen cargadas de remordimiento. La última cosa que quiero es que se vaya.

Ella se queda quieta y la suelto suavemente. Sus ojos buscan los míos, como si estuviera evaluando si puede confiar en mí nuevamente.

—No podemos seguir así, Alex. Necesitamos establecer límites claros si vamos a compartir este espacio —enuncia con una firmeza que me deja claro que está dispuesta a defenderse.

Asiento lentamente, consciente de que debo hacerlo mejor. No quiero perder esta oportunidad.

Nunca pensé en ser padre. Siempre he estado enfocado en mi carrera, en el deporte, tratando de mantener mi vida lo más estable posible. Pero ahora que sé que voy a serlo, algo dentro de mí ha cambiado.

Recuerdo mi infancia, mis padres. Ellos me dieron todo lo material, pero nunca supe si realmente se querían. Había una distancia emocional entre ellos que nunca entendí del todo. Ahora, enfrentándome a la posibilidad de ser padre, siento la urgencia de hacer las cosas de manera diferente. Quiero darle a este niño más que cosas materiales; quiero darle amor, atención, quiero estar presente en cada etapa de su vida.

Y, con Amanda, aunque tengamos nuestros roces y diferencias, parece que solo soy necesario por las circunstancias. Pero al menos quiero ser un buen amigo para ella. Quiero apoyarla y asumir las mismas responsabilidades que ella con respecto a la criatura.

Ella no siente lo mismo por mí, eso está claro.

Aun así, quiero cuidar de ella…

—Lo entiendo. Intentaré ser más consciente de mis palabras. Por favor, dame otra oportunidad, Amanda —le pido con toda la sinceridad que puedo expresar.

Hay un momento de silencio tenso entre nosotros antes de que finalmente asienta, una señal de que tal vez, solo tal vez, haya espacio para el perdón.

Mientras ella se instala, me quedo parado en el umbral, reflexionando sobre la situación. Ambos estamos intentando mantener una distancia prudente, enfocándonos en nuestros roles definidos: ella como mi cocinera personal y yo como el futuro padre del bebé que lleva en su vientre.

Pero sé que hay más debajo de la superficie.

38

AMANDA

Los días transcurren y nos vamos adaptando a la convivencia bajo el mismo techo. Al principio, la situación era tensa, pero con el tiempo hemos establecido una especie de rutina. Me dedico de lleno a mis labores como cocinera y, por su parte, él intenta estar presente cuando surgen asuntos relacionados con el embarazo, o cualquier otra necesidad que pueda tener. La mayor parte del día lo pasa fuera de casa, sobre todo tiempo dedicado al entrenamiento y reuniones con la gente del equipo y el entrenador.

Una tarde, mientras preparo la cena en la cocina, decido dar el paso y hablar con Alex. Me acerco a su despacho y, con un poco de cautela, llamo a la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunto aguardando a que no esté demasiado ocupado.

—Claro, adelante —responde desde dentro y levanta la mirada hacia mí.

Qué guapo es el jodido.

Son las hormonas las que hablan, Ami.

Entro y me siento en la silla frente a su escritorio. Sé que esta conversación es necesaria, aunque también algo incómoda.

—Alex, voy a salir esta noche —anuncio tratando de mantener la calma y la neutralidad en mi voz. Él arquea una ceja, interesado en los detalles.

—¿Con Ava o alguna otra amiga? —Niego con la cabeza antes de responder—. Creía que era un tío incapaz de cargar con la responsabilidad de otro —su tono ligeramente sarcástico da en el clavo. Salgo con Berwin.

—Por lo visto me equivoqué. Quiere que hablemos y tal vez arreglar las cosas —replico.

—Es un cerdo al que le deben poner a mil las embarazadas.

—¿De qué vas? Tú y yo no somos nada. Que seas el padre de mi hijo no te da derecho a opinar sobre mi vida sentimental —respondo con la tensión aumentando entre nosotros.

—Creo que sí me da derecho a preocuparme por tu integridad y por la del bebé —insiste Alex con una mirada intensa que podría afectarme y bajarme todas las defensas que he adquirido contra él. Pero no lo consigue, no esta vez.

—¿Integridad? Berwin es una buena persona, más de lo que demuestras ser tú hablando de él de esa forma —contraataco con el calor que sube por mi cuello como si fuera el conducto de una chimenea.

—Solo intento que ningún intruso se cuele por el agujero por el que va a salir mi hijo —afirma.

Burdo.

—Voy a pensar que no hablas en serio y que no estás diciendo esas cosas para fastidiarme y joderme la cita. Es tu maldito ego masculino el que habla. —Mi voz tiembla un poco por la frustración que siento.

—Soy yo el que está hablando, no mi ego, y el que se preocupa por ti desde el principio cuando ese tío te dejó tirada al enterarse de que vas a ser madre —responde Alex con una intensidad que me hace dudar por un momento.

Solo intenta mantenerte aquí encerrada.

No lo escuches, él tampoco reaccionó bien al principio.

—Si a ti te di una oportunidad, no veo por qué él no se la merece. Berwin me gusta y pienso salir con él, te guste o no —declaro decidida a no dejarme intimidar.

Alex se queda en silencio por un momento, sus ojos buscan los míos como si intentara entender mis palabras y mis sentimientos.

—Amanda, no quiero que te hagan daño. No puedo evitar preocuparme por ti y por el bebé, solo eso.

—Entiendo tu preocupación, pero necesito vivir mi vida y tomar mis propias decisiones. Berwin es alguien especial para mí y merece una oportunidad, al igual que tú la tuviste.

—Está bien. Sal con él. Pero evita contarme los detalles de tu maravillosa cita.

—No pensaba hacerlo, no son de tu incumbencia, al igual que las dos noches de esta semana que llegaste a altas horas de la madrugada no son de la mía. Y tampoco he venido a pedirte permiso.

Me levanto con valor, no quiero prolongar más esta conversación incómoda, pero antes de irme, necesito asegurarme de que todo está claro.

—La cena ya está preparada. Solo tienes que… —le informo para evitar cualquier malentendido. Antes de que pueda terminar mi frase, Alex me interrumpe con un gesto tranquilo pero firme.

—Lo sé. Solo tengo que calentarla. —Asiento lentamente y advierto que la tensión disminuye entre nosotros.

—Espero que te guste —añado.

—Siempre disfruto de tus comidas.

No puedo evitar preguntarme si hay algo más detrás de ese comentario aparentemente inocente. ¿Lo dijo con segundas intenciones, o solo fue un cumplido casual? ¿Se refiere a otro tipo de comidas?

Mientras me alejo de su despacho, el eco de sus palabras resuena en mi mente: ¿Está Alex celoso porque realmente le gusto, o marca su territorio de nuevo, como si yo y todo mi ser fueran de su propiedad?

Céntrate en la cita y en lo que tiene que decirte Berwin. Él te gusta de verdad.

¿No?

Sí.

Claro que sí, mi subconsciente en plena batalla dialéctica consigo mismo.

39

AMANDA

Después de la tensa conversación con Alex, me tomo un momento para calmar mis nervios y prepararme.

Decido darme una ducha para relajarme y dejo que el agua caliente corra por mi cuerpo, que se despeje mi mente. Sin embargo, no dejo de pensar en cómo se ha comportado Alex cuando le he dicho que iba a salir con Berwin.

La manera en que se ha puesto celoso, su irritación y molestia… No entiendo qué es lo que realmente le molesta.

El agua sigue corriendo y, mientras me lavo el cabello, repaso la conversación una y otra vez. La forma en que sus ojos se han oscurecido, la tensión en su voz…

Me seco con la toalla y me pongo un vestido sencillo pero bonito, algo que me haga sentir cómoda y segura, todavía sumida en mis pensamientos. La imagen de Alex preocupado y molesto no se borra fácilmente.

Me miro en el espejo, ajusto mi cabello y me doy una última ojeada de aprobación antes de salir. He quedado con Berwin en un lugar previamente acordado y he llamado un taxi para que me lleve hasta allí.

Cuando salgo al pasillo, noto que la casa está en silencio. No veo a Alex por ningún lado. Probablemente sigue encerrado en su despacho, evita encontrarse conmigo de nuevo. Parte de mí se siente aliviada por no tener que enfrentar otra conversación tensa antes de mi cita.

Es que, si te pide que te quedes esa noche con él, no vas a poder resistirte a hacerlo.

Camino hacia la entrada y cierro la puerta suavemente detrás de mí.

La brisa de la noche me envuelve mientras me dirijo al taxi que ya está esperando. Me subo y le doy la dirección al conductor. El taxi me aleja y yo lo imito espantando los pensamientos intrusivos. Mi último encuentro con Álex ha dejado un dolorcito en mi pecho que pretendo dar de lado.

El viaje es corto y pronto llego al restaurante donde Berwin y yo hemos quedado. Bajo del

taxi y pago al conductor.

Mis ojos topan con los suyos, con los del chico simpático que sonríe el verme, y me acerco a él, nerviosa.

—Hola, Amanda —dice con su voz cálida—. Me alegra verte de nuevo.

—Hola, Berwin —respondo devolviéndole la sonrisa—. Yo también me alegro de verte.

Entramos al restaurante y nos sentamos en una mesa apartada, en un rincón tranquilo. La conversación fluye fácilmente al principio. Hablamos de cosas triviales poniéndonos al día sobre nuestras vidas. Pero pronto la cosa se torna más seria.

—Amanda, he estado pensando mucho desde que … ya sabes —empieza él con una mirada intensa, noto que le cuesta nombrar el hecho de que esté embarazada—. No quiero dejar de vernos, de conocernos. Sé que es una situación rara, pero quiero seguir adelante.

—Berwin, eso significa mucho para mí —digo con sinceridad—. Yo también quiero seguir conociéndote.

—Fui un idiota al no reaccionar y quedarme hecho una estatua en el banco. Yo…

—Tranquilo —sonrío para aliviar su cargo de conciencia—. Entiendo perfectamente que fuera impactante para ti. Para mí tampoco fue fácil decírtelo.

Nos quedamos en silencio por un momento mirándonos a los ojos. Entonces él se inclina hacia adelante y me coge la mano.

—Amanda, sé que no será fácil. Pero estoy dispuesto a intentarlo —dice, su voz baja y sincera—. Quiero estar aquí para ti, para conocerte y apoyarte.

—Gracias, Berwin —le digo aún sosteniendo su mano.

—A ti también por ser sincera conmigo —responde él y me la aprieta suavemente.

—¿Qué tal si pedimos? Me muero de hambre y ahora tengo que comer por dos —bromeo y noto que el chascarrillo hace que a él se le tuerza el gesto, pero no digo nada.

—Claro, pidamos.

La cena continúa y la tensión que sentí al principio de la noche se disipa, reemplazada por una sensación de seguridad. Berwin parece ser el mismo de siempre, con sus bromas y esa manera de tratarme que tanto me gusta de él.

Después de la cena, caminamos juntos hasta mi apartamento en Inwood, ha insistido en acompañarme hasta aquí e incluso ofrecerse como mula de carga si a medio camino me dolían los pies. Cosa que no ha sucedido. Tampoco le he contado que ya no vivo aquí y que mi nuevo compañero de piso se llama Alex Hudson.

Nos detenemos junto a la puerta y Berwin me abraza.

—Buenas noches, Amanda —dice amistosamente—. Nos vemos pronto.

—Buenas noches, Berwin —respondo sonriendo.

—¿Puedo besarte?

—Sería una decepción que no lo hicieras —observo.

Me acerco a él y sin decir una palabra más nuestros labios se encuentran en un beso suave y dulce. El beso es corto, pero suficiente para saber que a este hombre le importo un poquito. Nos separamos lentamente, ambos sonriendo.

—Te escribo un mensaje en cuanto llegue a casa —comenta.

—Descuida, que descanses.

Él se queda esperando bajo las escaleras de la entrada mientras yo busco las llaves en mi bolso.

Llaves inexistentes, boba.

Empiezo a sudar, nerviosa, porque no sé cómo explicarle a Berwin que ya no vivo allí. No quiero soltarle la noticia tan pronto; los impactos, mejor dosificarlos y darlos de uno en uno.

—¿Necesitas ayuda con las llaves? —pregunta notando mi incomodidad.

—Eh... no, creo que las dejé en el trabajo —miento rápidamente—. Tendré que llamar a mi compañera para que me las traiga.

—¿Hudson tiene dos cocineras?

—No, una asistenta que limpia y ordena el piso… es, interna.

Berwin asiente, aparentemente comprensivo, pero yo siento que la situación se vuelve cada vez más incómoda.

—Está bien, puedo esperar contigo hasta que llegue —dice mostrando su habitual amabilidad.

—No, no te preocupes —respondo con una sonrisa forzada—. Yo me las arreglo, no es la primera vez que me pasa.

—¿Seguro que estarás bien? —insiste.

Joder, Berwin, lárgate de una vez.

—Sí, de verdad —respondo segura de que mi tono suena convincente—. Gracias por la cena, ha sido una noche maravillosa.

—Para mí también —dice, sonríe, me da un último abrazo y se aleja.

Lo veo irse y respiro aliviada. Miro alrededor y empiezo a caminar como la que va a hacer

una llamada. Disimulo hasta que él desaparece de mi vista. Solo entonces me detengo y llamo a un taxi para regresar al ático de Alex. Mientras espero, pienso en lo complicado que se ha vuelto todo y en cómo manejar esta situación con Berwin sin causarle más confusión.

Finalmente, el taxi llega, subo, le doy la dirección del ático de Álex y en el camino mi mente da vueltas. La próxima vez tendré que ser honesta con Berwin sin asustarlo con la verdad. Pero por ahora, solo necesito llegar a casa y dejar que la noche termine en paz.

Llego a casa y entro en silencio con el deseo de no despertar a Alex. Pero para mi sorpresa, lo encuentro despierto en la sala. Hojea un libro.

¿Este troglodita lee?

Levanta la vista al verme entrar.

—¿Cómo te ha ido? —pregunta en un tono más neutral de lo que esperaba.

—Bien. Fue una buena noche.

Él asiente, en apariencia satisfecho con mi respuesta.

—Me alegra saberlo.

Nos quedamos muy callados los dos y luego, con un ligero gesto de la cabeza, me despido y me dirijo a mi habitación. Al cerrar la puerta detrás de mí, me pregunto qué piensa realmente Alex sobre todo esto. Pero poco después me estoy desmaquillando para ponerme el pijama y unos nudillos, los de Alex, a menos que la asistente imaginaria haya cobrado vida, tocan la puerta.

A todo esto, ¿quién limpia esta casa?

—Pasa, aún estoy vestida.

Hudson abre la puerta y se queda mirándome parado desde el umbral.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que te haga la recena porque te has quedado con hambre?

—¿Vas a volver a quedar con él? —pregunta en el tono más frío que pueda figurarse.

Vaya nochecita ha pasado el pobre sin mí.

—Sí, hemos arreglado las cosas. Berwin está dispuesto a darle una oportunidad a nuestra relación, a pesar de las circunstancias.

Alex se tensa visiblemente, sus ojos se oscurecen y noto cómo sus puños se aprietan ligeramente.

—No quiero que salgas con él, Amanda —dice de repente, su voz dura y cortante—. Lo he estado pensando y no quiero que otro hombre ocupe mi lugar.

Su declaración me sorprende y lo miro achinando los ojos para tratar de entender lo que me

está diciendo.

—¿Qué lugar, Alex? —pregunto y me cruzo de brazos—. Tú y yo no tenemos ningún vínculo más allá de esta paternidad forzada. No tienes derecho a decirme con quién puedo o no puedo salir.

Él se acerca a mí con una expresión de frustración y algo que parece... ¿dolor?

—Tengo derecho a preocuparme. No quiero que Berwin, o cualquier otro hombre, esté cerca de ti o de nuestro hijo. Quiero ser yo quien esté ahí.

—Esto no cambia nada —respondo con ira y una especie de confusión que burbujea dentro de mí—. Que salga con Berwin o con cualquier otro, no te quita a ti tu rol de progenitor. No tienes ningún derecho a controlar mi vida.

—¿No lo ves? —su voz un poco más suave pero aún tensa—. No quiero que otro hombre esté en tu vida porque... porque me importa. Me importas tú.

Sus palabras me golpean como un balde de agua fría.

—Alex, ¿no podemos simplemente ignorar todo lo que ha pasado entre nosotros? Solo somos dos personas atrapadas en una situación inesperada. No puedes pretender ahora que todo sea diferente de repente.

—No estoy pretendiendo nada. —Se acerca más hasta que apenas hay espacio entre nosotros —. Estoy diciéndote lo que siento. Estoy diciendo que quiero intentar algo más, que quiero estar aquí para ti y para nuestro hijo de una manera que no he estado dispuesto a admitir antes.

Siento mi corazón latir con fuerza, como todas las veces que lo he sentido demasiado cerca de mí.

Su olor, una mezcla de jabón fresco y algo que emana puramente de él, la cercanía de su boca, su cuello, los fuertes brazos de Alex en tensión, todo él tan próximo a mí, me perturba sobremanera. Todo lo que puedo pensar ahora es en anclarme a él y besarlo, cometer una última locura. El calor de su cuerpo parece irradiar hacia mí, como si una chispa pudiera encenderse en cualquier momento y consumirnos a ambos. La frustración en sus ojos, la manera en que su mandíbula se tensa cada vez que hablamos de Berwin, todo me dice que esto es más complicado de lo que cualquiera de los dos quiere admitir. Cada fibra de mi ser grita que me acerque más y cierre la distancia.

¿A qué estás esperando?, me dice una voz en mi mente.

Solo hazlo, una vez más, deja que todo salga a la superficie.

Quiero dejar de lado toda la lógica, toda la razón, y simplemente seguir lo que mi corazón y mi cuerpo me piden a gritos.

No, Ami, no.

La realidad me golpea de nuevo. Las consecuencias de un impulso pueden ser devastadoras,

y no solo para mí.

Respiro hondo, aparto esos pensamientos y me centro en lo que realmente importa.

No te engañes, te está intentando engatusar para controlar la situación.

—No sé si puedo confiar en que realmente sientes eso, o si solo estás asustado por lo que podría significar que otro hombre esté en mi vida.

—Lo que te estoy diciendo es que no quiero que Berwin se interponga entre nosotros. No quiero que él esté en tu vida ni en la de nuestro hijo.

—¿Por qué lo odias tanto? ¿Qué te ha podido hacer él para que lo quieras lejos de mí y nuestro hijo?

—La responsabilidad y el hecho de que ese tío no me gusta para ti. —Eleva la voz más de lo necesario.

—Já, ¿Ahora eres mi padre para decirme lo que me conviene o no? No puedo aceptar todo lo que estás diciendo sin más. Necesito tiempo para entender lo que realmente quiero y lo que es mejor para mi hijo.

—Tómate el tiempo que necesites. Solo quiero que sepas que estoy aquí, y que no voy a rendirme fácilmente. Y quiero que me des las mismas oportunidades que a ese tío. —De repente da media vuelta y cruza la habitación hasta la puerta.

—¿Qué oportunidades quieres más allá de haber aceptado vivir bajo el mismo techo cuando a las claras no nos soportamos?

—Una cita, Ami, joder. Quiero que me conozcas de verdad y sepas quién va a ser el padre de tu hijo. —Abre la puerta y la cierra cuando sale con un portazo tan fuerte que me hace dar un respingo.

El sonido resuena en el silencio de la casa.

Me froto las sienes para poner en orden mis pensamientos. Alex no solo está molesto, está herido.

Las palabras de Ava vuelven a mi mente: «A veces las personas que más discuten son las que más se importan mutuamente».

El portazo de Alex todavía resuena en mi mente, un recordatorio de que la vida rara vez es sencilla, es compleja.

—Una cita, Ami, joder. Quiero que me conozcas de verdad y sepas quién va a ser el padre de tu hijo.

Ya conozco al padre de mi hijo, es Alex Hudson y me vuelve loca en todos los sentidos, aunque se necesita un poco de locura para vivir una terrible realidad.

40

ALEX

Entro en la cocina y veo a Amanda de espaldas, ocupada preparando el desayuno. Me acerco despacio, el olor de los huevos y el tocino llena el aire, hay días que me doy estos caprichos y precisamente ahora lo necesito. Me detengo justo detrás de ella para captar su atención sin asustarla. Observo que prepara poca comida, para un solo comensal.

—¿No te quedas para desayunar juntos? —

Ella se gira lo suficiente para que vea su expresión seria.

—Será mejor que lo haga sola en mi zona de cautiverio —responde con un tono cortante.

Cruzo los brazos y me apoyo en la encimera.

—No pretendo tenerte allí encerrada sin poder salir. De hecho, anoche te pedí una cita y aún no me has dado una respuesta.

Ella deja de cocinar y se vuelve hacia mí con las manos en las caderas y una mirada provocadora.

—Agradezco que el señor feudal quiera sacar a la nodriza a dar un paseo, pero prefiero pasear sola, o en compañía de Berwin —dice con sarcasmo—. No voy a jugar a dos bandas, Alex. Entiendo perfectamente la relación que tienes con Dana, pero yo no soy así.

—¿Relación? Dana y yo no tenemos nada serio, Amanda. Ya te lo he dicho antes.

Ella resopla y vuelve su atención a la sartén.

—Lo que tengas con ella no me importa. Lo que me importa es que parece que estás intentando controlarme. No soy una de tus conquistas ni una pieza de ajedrez que puedas mover a tu antojo.

Doy un paso adelante, acorto la distancia entre nosotros, pero ella se mantiene firme.

—No estoy intentando controlarte. Solo quiero que estés bien, que estés segura. Lo de anoche no fue solo un impulso, realmente quiero pasar tiempo contigo, conocerte más allá de... esto.

—Señor Hudson, esto no es una novela de amor donde el chico rico y problemático se redime gracias a la chica humilde y buena. Estoy embarazada de ti y eso no va a cambiar. Pero no voy a dejar que tal circunstancia determine mi vida ni que *tú* la determines. —Hace especial hincapié en el pronombre.

—Lo que pasó con Berwin...

—Él me quiere, Alex, y está dispuesto a darme una oportunidad a pesar de todo. No me va a usar como tú piensas, ni va a aprovecharse de la situación. ¿Por qué te cuesta tanto aceptarlo? ¿Acaso estás celoso?

Porque sería el padrastro del hijo de Ice Beam, y eso es un gran beneficio.

No me jodas, Alex, eso no es lo que te preocupa.

Suéltalo, díselo, sé sincero con ella.

—Sí, estoy celoso. Me molesta pensar en ti con otro hombre estando embarazada.

—Eso es lo que tú sientes, pero no puedes imponer tus sentimientos sobre mí. —El silencio que sigue es pesado, lleno de todo lo que ninguno de los dos se atreve a decir. Finalmente, ella da un paso atrás, decidiendo poner fin a la conversación.

—No puedo seguir viviendo en este tira y afloja constante. Termina tu desayuno. Tengo cosas que hacer.

Me quedo allí viendo cómo vuelve a su tarea. No sé cómo arreglar esto, no quiero perderla. De alguna manera, tengo que encontrar una forma de demostrarle que realmente me importa.

41

ALEX

Que soy un cretino lo he dejado claro, a mí y a todos. Mi madre dice que crecí con demasiadas oportunidades y que mi padre era muy permisivo, me convirtió en un niño mimado y caprichoso.

Amanda rechazó mi propuesta de cita hace tres días y, acostumbrado a salirme con la mía, no he dejado de idear cómo acercarme a ella y romper esa barrera invisible que nos separa miles de kilómetros.

Tuve un plan, no sé si erróneo o acertado, pero, como antídoto ante la desesperación, lo puse en acción.

Plan: llevar a Dana a casa con la esperanza de despertar algo en Amanda y hacerla reaccionar.

¿Una locura? Quizá, pero a estas alturas mi cabeza y corazón han colapsado. Vale, también mi ego y hombría.

He ido a recogerla a su casa, como todo un caballero, en una noche calurosa y, aunque a Dana le gusta salir a cenar a restaurantes caros, ha accedido a venir a mi humilde hogar en el que sospecha sin duda que se encontrará con mi cocinera.

—Pasa —le digo con mi mano en la hoja de la puerta abierta y una sonrisa torcida en el rostro.

Cruzamos el vestíbulo y el pasillo que da al salón, dejamos la cocina a un lado y allí noto la mirada furtiva de la chef hacia nosotros.

—Siéntate y ponte cómoda. Vuelvo enseguida, princesa —la piropeo y le doy un beso en la mejilla con el rabillo del ojo puesto en la otra sala.

—Gracias, Alex —contesta con una sonrisa coqueta—. Me encanta tu casa, ya lo sabes, es muy... tú.

—Y tú luces muy bien en ella —recalco antes de marcharme.

Ami aguarda el menaje cuidadosamente de espaldas, aunque la escucho rezar algo por lo bajo.

—¿Amanda?

—¿Qué quieres, Alex? —voz cantarina con forzada apariencia.

—Necesito que abras una botella de buen vino y nos lo sirvas a Dana y a mí en el salón. —Hago una pausa convencido de que mi siguiente petición no será bien recibida—. Y también prepara algo que maride bien con él.

Hay un silencio tenso antes de que ella responda.

—¿En serio? —pregunta, su voz teñida de incredulidad—. ¿Quieres que sea tu sirvienta ahora también?

—Amanda, solo te pido este favor. Y ser mi cocinera personal implica que cocines dentro de un horario prudente.

—¿Qué vino quieres? —pregunta al fin, aunque claramente a regañadientes.

—El Cabernet Sauvignon del 2015. Y algo simple pero elegante para acompañarlo.

—Entendido —dice ella con una frialdad que casi puede cortarse con un cuchillo—. Estará listo en unos minutos.

Vuelvo al salón y me siento en el sofá junto a Dana. Charlamos y reímos. Intento actuar con normalidad, pero estoy pendiente de cada movimiento de Amanda en la cocina. Ella finge no darse por enterada de nuestras risas y conversaciones.

Esto marcha, eres un crack.

O un estúpido, según se mire.

Me incorporo ligeramente en el sofá al escuchar los pasos de mi compañera de piso acercándose al salón. Ella entra con elegancia, trae la botella de vino y dos copas. Su presencia inmediatamente cambia la dinámica del ambiente.

—Aquí tiene el vino que pidió, señor Hudson. En seguida traigo la tabla de *antipast*o. —Hay una ligera tensión en su expresión.

—Gracias, Ami. No, esto es perfecto. ¿Podrías servirnos un poco? —respondo manteniendo una sonrisa amistosa.

Ella asiente sin decir una palabra y se dispone a servir el vino en las copas con la destreza de siempre. Sus movimientos son precisos y elegantes, pero al verter el vino sus ojos se desvían ocasionalmente hacia Dana y hacia mí, como evaluando la situación. Coloca la botella de vino sobre la mesa, se queda de pie frente a nosotros por un momento, sus labios se tensan ligeramente y finalmente se retira discretamente.

—Disfrutad del vino. Si necesitan algo más, estaré en la cocina —expresa Amanda con tono profesional, aunque noto frialdad en su voz. Asiento, pero estoy algo incómodo por la situación que he creado.

Miro a Dana que sonríe ajena al conflicto. Mientras levantamos las copas para brindar, empiezo a sentirme realmente mal porque me doy cuenta de que las decisiones que he tomado han causado más malestar del que pretendía.

—Aquí tienen algo para acompañar el vino —interrumpe de nuevo Ami y deja una tabla de embutidos, queso y encurtidos sobre la mesa baja con una fuerte sonoridad.

Ninguno de nosotros responde de inmediato. Dana y yo intercambiamos una breve mirada, comprobación evidente de lo incómodo de la situación. Amanda sigue evitando nuestros ojos, como si no quisiera prolongar más de lo necesario su presencia en la habitación.

—Gracias, Ami. Esto se ve delicioso —respondo finalmente con el fin expreso de romper la tensión a través de un gesto y unas palabras amables.

Amanda asiente sin decir una palabra y se retira no sin dejar tras sí una estela de silencio incómodo. Cierro los ojos por un momento y me culpabilizo por haberla puesto en esta situación.

¿Ves cómo eres estúpido?

Una hora después, Ami no ha terminado de organizar la cocina, casualmente. Y Dana parece desesperada por llevarme a la cama.

—Deberíamos ir ya a tu habitación, he pasado mucha hambre en Alemania estos días y he pensado mucho en ti —ronronea como una gata en celo, me acaricia y se acerca peligrosa a mi boca.

—Vamos a mi dormitorio —le digo un poco más alto de lo necesario, no por otro motivo que para que Amanda se entere.

¿Por qué sigues con el plan? Ya la has jodido bastante.

Dana me sigue y subimos las escaleras hasta mi habitación. Cierro la puerta tras nosotros, pero en lugar de avanzar hacia la cama, me siento en una silla y la miro.

—Dana, necesito hablar contigo. —Trato de sonar lo más serio que puedo.

Ella me mira confundida, pero se sienta en la cama y me interroga molesta.

—¿Qué pasa, Alex?

42

ALEX

Respiro hondo, sé que no será fácil mi discurso, uno muy difícil. La miro fijamente dentro del lujoso dormitorio con vistas a Central Park, ansioso por contarle una verdad que he escondido como un gañán, una verdad incómoda que cambiará nuestra relación y quizá le haga daño. No lo deseo, al fin y al cabo, no me considero mala persona.

Observo el reflejo de la ciudad en las ventanas y me entretengo unos segundos buscando las palabras adecuadas. Ella guarda silencio y escucha con atención. La sorpresa se asoma en su rostro y trata de asimilar lo que le digo.

—Amanda está embarazada y el hijo es mío. No estaba aquí para servirnos el vino ni preparar una cena improvisada, vive aquí conmigo.

Shock y curiosidad, no entiende del todo lo que trato de evidenciar. A pesar de la incomodidad del momento, un atisbo de liberación y alivio me recorre de pies a cabeza cuando por fin suelto lo que le oculto, a ella y a mí.

Finalmente, suspira, me mira y habla:

—¿Estás diciendo que Ami no solo es tu cocinera, sino que también es la mujer que has dejado embarazada y que ahora vive contigo? —Sigue en pausa, tragando lo que allí se ha hablado.

—Así es. Y entiendo que esto cambia las cosas entre nosotros —prosigo después de un momento de mutismo.

—Mucha información para procesar… —musita—. Alex, eres un buen tipo, pero no quiero salir con alguien que está atrapado en una situación tan complicada. Soy demasiado joven para hipotecarme en una relación así, mientras tú crías a un hijo con otra mujer.

—Lo siento. No quería involucrarte en esto.

—Lo nuestro era algo relajado y sin compromisos, pero algo me dice que tu cocinera te gusta mucho y mi presencia aquí no es algo casual.

—Tu instinto te asesora bien. Te he utilizado para darle celos y soy un cretino por ello —la

sinceridad conmigo mismo y con Dana me llena de satisfacción.

—Gracias por decirme la verdad —responde y se levanta de la cama con parsimonia—, pero creo que mi estancia en esta casa ha llegado a su fin. —Asiento con comprensión y la dejo ir, no hay mucho más que añadir.

La acompaño hasta la puerta principal y me despido de ella.

—Gracias por lo de esta noche, eres un tío fantástico y ha sido un placer compartir tiempo contigo —me dice Dana, ya subida en el ascensor que la hará desaparecer de mi vida para siempre.

—Lo mismo digo, hablamos pronto, quiero seguir sabiendo de ti.

—Descuida, te llamaré. Suerte, Alex, te lo mereces. —Se inclina para besarme por última vez, pero lo hace en la mejilla.

Me doy cuenta de que Amanda está en la cocina y, seguramente, nos ha escuchado despedirnos.

Cuando cierro la puerta, me giro y veo a Amanda de pie en el umbral de la cocina, con un vaso de agua en la mano. Nos miramos por un momento y una parte de mí quiere explicarse, pero otra parte sabe que cualquier cosa que diga ahora podría empeorar las cosas.

—¿Todo bien? —pregunto tratando de sonar casual.

—Perfectamente, —responde ella, su voz fría como el hielo—. Solo vine por un vaso de agua. Las embarazadas necesitamos hidratarnos más a menudo.

—Tienes una cocina en tu área personal. Eres malísima mintiendo. ¿Me espiabas? —Se aparta y entro en la cocina seguido de ella.

—Bueno, quizá me guste ser tan falsa como tú para estar en igualdad de condiciones.

—Entonces que nos quiten todos los puntos de carné de padres de golpe porque vamos a ser nefastos —rio y me siento en el taburete de la isla, abro una botella de agua y me la llevo a la boca.

—Habla por ti.

No digo nada, me limito a mirarla unos segundos, sé que eso la pone nerviosa y, cuando la tengo como un corderillo asustado, suelto:

—No he hecho nada con Dana, si es lo que te preocupa.

—Entonces, ¿por qué lo has fingido? No ha sido agradable para mí.

—Solo lo he hecho para demostrarte lo que se siente cuando alguien con el que vas a traer un hijo al mundo, besa y folla con otra persona. Espero que hayas aprendido la lección —afirmo como un idiota, que es lo que soy.

—¿Y es necesario que juegues con esa mujer para demostrármelo? No es justo lo que haces, Alex, los sentimientos sinceros no van de herir a las personas que quieres para dar lecciones.

—Entonces reconoce que a ti también te duele verme con otras. —Aprieto la botella y paro en cuanto me percato de que estoy a punto de hacerla estallar y llenar todo de agua.

—Me duele que tengas que llegar a eso en vez de decirme abiertamente que sientes algo por mí, como haría un ser humano normal.

—¿Insinúas que tú sales con Berwin para sonsacarme esas palabras?

—No soy tan rastrera como tú, prefiero que esas cosas salgan del corazón de la gente.

—Yo tengo corazón, Ami, aunque te empeñes en afirmar que estoy hueco por dentro.

—Sí, uno tan frío como la pista en la que te enfrentas a cada partido.

—Te equivocas, no eres consciente de lo caliente que está ahora, de lo mucho que me irritas porque me importas, de lo dura que la tengo al verte sofocada y mordiéndote el labio. De la rabia que me da que ese tío haya podido besarte más veces de las que he podido hacerlo yo.

—¿Necesitas un beso mío para calmar tu ego masculino?

—Al igual que tú, no te estoy pidiendo algo que no te nace de dentro —Ella, impulsada por algo que no parece ser de este mundo, me agarra la cara con sus manos y me planta un beso neutro que termina en un estallido de mil protones.

Es un beso de esos a destiempo, sin piedad, de los que frena el tiempo y te hacen creer en lo que sientes por la otra persona. Como un secreto que no hace falta decir al oído y se dice directamente en la boca.

La ropa no tarda en salir volando por los aires para caer en un caos olvidado sobre el suelo de la cocina. Mis manos se mueven con urgencia, me despojo de la última prenda mientras ella hace lo mismo. El frío del aire en mi piel contrasta con el calor que emana de nuestros cuerpos.

Nos quedamos expuestos y nuestras miradas se encuentran a la par que una fuerte corriente eléctrica cruza el aire.

Sé exactamente lo que va a pasar a continuación y lo que veo reflejado en sus ojos me confirma que ella también lo sabe.

Que vais a echar otro polvazo del libro de los récords.

Mis manos se posan en su cintura, la acerco aún más a mí, su respiración se acelera y se mezcla con la mía.

Qué indecente se vuelve Amanda en las manos adecuadas…

Las tuyas, campeón.

La anticipación resulta casi insoportable, cada segundo se alarga mientras nuestros cuerpos

se preparan para lo inevitable. El latido de su corazón resuena en el mío, todo converge en este punto, en esta unión que hemos estado evitando y deseando a partes iguales.

Todo en ella rezuma sensualidad y un erotismo exagerado, roza lo obsceno. Sus preciosa tetas, sus poderosos muslos, firmes a cada paso que da, el movimiento exagerado de sus caderas, su pelo suelto, el culo redondo, carnoso, con sus glúteos bien definidos…

—¿Quieres follarme?, eh, ¿eso es lo que quieres?

—Sí, joder, es lo que quiero…

Y tanto que quiero, me va a estallar la polla.

Ella apoya el culo en la isla y de un salto sube y se recuesta sobre ella abriéndose de piernas, yo me dejo llevar aproximándome a su cuerpo.

Rozo con mi capullo sus labios vaginales y ella emite un ligero ronroneo que me vuelve loco. Se inclina hacia delante para besarme de nuevo. Me mira ansiosa, jadeante, y me suelta un gemido demasiado excitante en el centro de la cara. Rodea con su lengua mis labios y lame el contorno, para terminar, besando mi cuello, antes de volver a la misma posición.

Ella me lo ofrece y yo me quedo mirándolo.

Beso la cara interna de sus muslos y ella gime, entremezcla sus dedos en mi cabello, acerco mi polla a su coño, decidido, y ella se la restriega varias veces por la entrada.

—No puedo esperar ni un segundo más a tenerla dentro, Ice Beam.

Me inclino hacia delante y apoyo las manos en el mármol, tiemblo, nervioso, con un nudo en el estómago.

—¿Le haremos daño al bebé?

—No, tranquilo, el sexo es muy recomendable durante el embarazo. La habichuelita está en un lugar seguro.

¿La habichuelita? Joder, qué tierna manera de llamar a nuestro hijo.

—¡Hazlo, no te cortes…! —insiste.

—¿Qué haga el qué…?

—Lo que estás deseando.

Yo obedezco.

Es mi rendición final.

La meto poco a poco hasta que encuentro la posición que nos da el máximo de penetración. Nos movemos lentamente, ella muerde sus labios para aguantar los gemidos, pero nadie puede escucharnos. Acelero el ritmo, chocamos tan rápido que parece que nos estamos

aplaudiendo.

Quiero más. Más de ella.

La bajo de la isla y le doy la vuelta. Su espalda es mía y esta vez soy yo quien busca su sexo desde atrás. Entra de una sola vez, sin obstáculos, sin freno. Y los movimientos se repiten. Cojo sus caderas para no perderla mientras sus pechos se apoyan en el frío mármol.

Salgo de ella unos segundos y vuelvo a entrar.

Sus gemidos van a más y mi ritmo también.

Llega mi momento, yo estoy ya cerca de correrme y se lo hago saber.

—No puedo más Ami, no puedo más… —gruño.

—Yo tampoco, Dios mío, Alex, voy a estallar.

Entro y salgo.

Entro y salgo.

Me hundo un par de veces más y nos corremos, cada uno convulsionando en su propio orgasmo. Después se hace el silencio, nuestras miradas sonrientes, como si jamás hubiéramos sido enemigos.

Si me pregunta alguien en este momento a qué sabe el vicio, diría sin dudarlo que, a mujer, pero no una cualquiera.

Joder, si me lo preguntaran, respondería: sabe a Amanda Harris.

43

AMANDA

—Anoche me acosté con Hudson —susurro a Ava. Me escondo en el cuarto de baño de la suite de Alex, la mano cubriendo el auricular y sentada en el inodoro. Miro a la pared como si me hubiera castigado la profesora de álgebra porque hablaba demasiado con mi compañera de aquella época, se llamaba Lindsay y no sé qué fue de ella, por cierto, perdimos el contacto cuando se mudó a Minnesota.

—¿Qué? No te escucho —grita demasiado para mí, que ando escondida del gato, yo el ratón.

—Que me he vuelto a acostar con Alex —repito y miro hacia la puerta cerrada.

—Espera un segundo. —Se escucha ruido—. Ami, tengo un juicio dentro de media hora y voy en el coche, la cobertura no es buena, tienes que hablar más alto.

—Yo te escucho a la perfección.

—Eso sí lo he escuchado.

—Ami, que anoche Hudson y yo follamos.

—Vaya sorpresa. ¿Tienes miedo de haberte quedado embarazada? —escupe con ironía.

—¿Eso es lo único que vas a decir?

—Eso y… ¡Te lo advertí!

Bufo.

—Necesito el apoyo de una amiga.

—¿Dónde está Ice?

—En la cama, roncando. Estará cansado. Anoche se empleó a fondo.

Suelta unas carcajadas.

—Ese está acostumbrado a…

—¿Follar?

—A hacer deporte, pero a eso también. Tengo que dejarte. Recuerda la barbacoa de hoy.

—¿Qué barbacoa?

—¡Ami! —me regaña.

—Perdona que se me haya olvidado con lo bien que me va la vida. Estaré allí. No te preocupes.

—¡Podéis venir los dos a cenar! —bromea.

—Muy graciosa.

Colgamos y… ¿qué hago? He vuelto a caer en la tentación, en la dulce tentación, sin embargo, no puedo eludir tampoco esta responsabilidad, esto es culpa de dos.

Abro la puerta con cuidado y me apoyo en la pared del dormitorio.

Míralo, si parece que jamás haya roto un plato.

Regulo la respiración y las hormonas, porque me lanzaba sobre él y lo besaría hasta despertarlo y que me follara de buena mañana.

Se está moviendo…

Busco desesperada una solución a mis urgencias sin que el miedo me paralice. Total, vamos a vernos dentro de una media hora porque soy su chef y tengo que hacer el desayuno.

Mierda, imposible encontrar un remedio eficaz a esto.

Juro que se me pasa por la cabeza saltar por una ventana hasta otro piso y hacerme la muerta en el salón del vecino, pero esta idea también desaparece por inútil. Estoy loca, me estoy volviendo completamente loca con el polvazo que me echó ayer. Uno, dos, tres…, ¿quién los cuenta? Fue uno muy largo y muy efectivo, tres en uno, como el limpia muebles. Muchos orgasmos encadenados.

Ahora eres multiorgásmica, Ami.

—Buenos días. —Corto *bacon* en tiras cuando el dueño de mis fantasías eróticas me saca de ellas. Lo imaginaba con la boca entre mis piernas cuando freía los huevos.

Se ha duchado y colocado la ropa para entrenar. Una camiseta y pantalón de chándal gris que se le pega a esos músculos…

Ñam…

Céntrate, Ami, por Dios.

—Se está quemando algo —avisa ante el humo que crece a mi espalda.

Voy hasta la crema de verduras y apago el fuego.

¿Y quién apaga las llamas de mi interior?

—¿Qué vas a hacer hoy? —¿Se interesa por mi día?

—Trabajar.

—¿Y después? Me gustaría invitarte a cenar.

—He quedado. —Arruga el ceño—. He quedado con Ava —especifico y la rugosidad se desdibuja al instante de la frente.

Me acuerdo de Mary Geller y su gran idea de ofrecerme este trabajo.

Ay, Mary, que, si yo quisiera y él se dejara, podrías ser mi suegra.

Alex prepara la mesa para dos y tomo asiento frente a él cuando la sirvo.

Un cara a cara que va más allá de lo físico.

44

ALEX

Si esto fuera una novela romántica, se escribiría algo así como… En una cocina de lujo bañada por la suave luz de la mañana, Amanda y yo nos preparamos para disfrutar de un desayuno especial juntos tras haber hecho el amor durante toda la noche. La mesa está elegantemente decorada con servilletas azules y delicadas flores frescas en un jarrón de cristal. El aroma tentador del café recién hecho flota en el ambiente, mezclándose con el dulce olor a pan recién horneado. Pero esta es mi vida, una comedia romántica cuya trama debiera revisarse porque a ver qué final feliz me espera.

Vas a ser padre.

Ser padre está muy bien, pero yo paso de la luz que entra por la ventana e ilumina la sala, de la mirada cómplice de Amanda, de los platos exquisitos y solo pienso en…

Joder, me la follaría otra vez, sobre esta mesa, le abriría las piernas y…

—Si vamos a hablar de lo de anoche, vamos a hacerlo ya. —Ella siempre directa.

—¿Te gustó? —Yo también.

Cojo uno de los panes artesanales con pepitas cortados a rebanadas y recién tostado y me hago un barquito con un trocito de *bacon*. Hoy también necesito grasas porcinas y, no, no es canibalismo.

—Bueno… No estuvo mal. —Da un sorbo al zumo de naranja.

Sonrío de lado.

—Podemos repetirlo. Dicen que la práctica hace al maestro. —Disfruto del bocado, pero realmente deseo dar un mordisco a sus labios.

—¿Por eso tú lo haces tan bien? —Respiro hondo porque ha caído en mi trampa y ella se percata y sigue—: ¿Con cuántas mujeres has estado?

—¿De verdad te importa eso? ¿Qué más da? Jamás se me ocurriría hacerte esa pregunta.

—Ahora vas de digno y eres un celoso compulsivo. —Vuelca los ojos con el tenedor en la

mano.

Le doy un sorbo al café caliente y nuestras miradas se encuentran en medio de la explosión de una bomba atómica.

—Defiendo lo que es mío.

—Yo no soy tuya.

—Lo que llevas dentro sí. ¿Vamos a volver a discutir sobre eso?

—Te encanta discutir conmigo.

—Me pone cachondo, sí.

Amanda se levanta al escuchar la alarma del horno y va a sacar el pastel de manzana que había metido. Mi yo más irracional la persigue por la cocina y la atrapa entre el electrodoméstico y mi cuerpo.

Al escuchar mi respiración agitada, ella se gira muy despacio antes de abrir la puerta de cristal. Nuestros ojos se encuentran de nuevo, esta vez demasiado cerca.

Respiraciones aceleradas, corazón al galope, sangre que hierve por las venas. Mi boca anhela la suya, sus mejillas arden, su piel me llama a gritos, mi polla palpita con furia desenfrenada.

—¡Holaaaa! ¡Buenos días, chicos! —Interrumpe mi madre, mi jodida madre, con voz de pito, alegre. Sonríe tirando de dos maletas color rojo, insufrible y metiche, como ella.

Doy un paso hacia atrás y me remuevo el pelo con los dedos.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

—Visitar a mi hijo. ¿Acaso tengo que pedir permiso? —Se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Hola, Amanda, me alegra verte… aquí. —Le guiña un ojo—. ¿Habéis terminado? Tengo hambre y mucho sueño. —Va hasta la mesa y se sirve un café—. No he desayunado. La comida del avión es para gatos, sabe a cartón. —Se unta una tostada con mantequilla y le da un mordisco —. ¿Has horneado el pan tú? —Se dirige a la chef.

—Y amasado.

—Ummm… —Cierra los ojos—. Está buenísimo —habla mientras mastica—. Vosotros seguid a lo vuestro, como si yo no estuviera.

—Yo tengo que marcharme. —Miro el reloj. Llegar tarde comienza a pesarme si no estoy follando con Amanda. Si estuviéramos follando, otro gallo cantaría—. Después hablamos —digo… a las dos.

Mi madre me mata. Está deseando ser abuela, pero no de esta forma ni con este fondo. La charla que va a darme sobre el uso de profilácticos y otros medios anticonceptivos va a parecerse

a la que tuve que aguantar con trece años. Casi muero de la vergüenza. Esta vez también moriré, pero de otra manera.

45

AMANDA

Mary solo tuvo que escuchar la palabra *barbacoa* para apuntarse a la fiesta en casa de Ava y Oliver. Le hice una invitación oficial después de comentárselo a mi amiga, a la que le encantó la idea.

—Será estupendo ver a Mary. Y es divertidísima —dijo Ava a través de la línea de teléfono.

El evento en el jardín de los Drake se encuentra en pleno apogeo a media tarde de un día cálido, de esos en los que el sol tiene la costumbre de abrazarte fuerte y no soltarte, como los abrazos de una madre. Las hojas de los árboles apenas se mueven y el aire rezuma un aroma dulzón, mezcla de césped recién cortado, frutas cortadas y carbón encendido.

Los participantes, algunos amigos de la famosa pareja, ríen y charlan de manera muy animada entre la terraza y la piscina, creando un mosaico de voces y rostros bronceados por el sol. Las cervezas pasan de mano en mano y el chisporroteo de las parrillas compite con la música de fondo.

Apenas cruzamos el umbral noto que algunos de los compañeros de equipo de Oliver nos lanzan miradas curiosas.

—Todos somos cotillas; los hombres también, aunque no lo reconozcan —comenta Mary—. Ese es guapo. Le pediré una cita. —Me hace reír.

Saludamos en general y abrazo a Ava que aprovecho para preguntarme cómo estoy.

—Bien —musito.

No pasa mucho tiempo antes de que uno de ellos, un tipo alto y de sonrisa deslumbrante, se acerque con una copa en la mano. Me dirige unas cuantas palabras amables, evidente que ensaya un intento de flirteo con la elegancia de quien ha practicado demasiado frente al espejo. Sonrío, agradecida por su atención, pero mantengo mi posición junto a Mary.

—¿Por qué no le has dado tu número de teléfono? Está de toma pan y moja —interviene ella cuando el chico se marcha, no sé si decepcionado, pero sí con mi negativa.

—No creo que esté en el mejor momento para ir aceptando citas.

Se inclina hacia mí con una expresión más seria de lo habitual.

—Amanda, deja de disimular —me dice en voz baja pero firme. —Sé perfectamente que te alojas en casa de mi hijo. Desconozco los motivos porque nadie me ha informado de ello, pero la habitación que iba a ocupar yo estaba llena con tus cosas, incluso con una mini cocina instalada. —Me siento incómoda, intentando mantener la calma. Pero Mary no ha terminado—. También me ha parecido raro que no te marcharas a tu casa tras el desayuno —añade con sus ojos fijos en los míos, buscando respuestas que ni siquiera sé si puedo darle.

Siento cómo el calor del día parece intensificarse de repente. No puedo evitar tragar saliva buscando las palabras adecuadas.

—Mary, yo... no sabía que ibas a venir tan pronto. Fue todo un poco improvisado, y... —Me doy cuenta de que no puedo seguir esquivando el tema. Respiro hondo y me preparo para dar explicaciones, sabedora de que esta conversación podría cambiarlo todo. —Verás, Mary, en…

—¡Mamá! —Escuchamos y ambas nos damos la vuelta. Hudson se acerca.

—Hola, hijo, menos mal que Amanda me ha avisado de la barbacoa; si llega a ser por ti, me pierdo todos estos cuerpos musculosos en bañador.

—Mamá, no empieces. —Vuelca los ojos.

—Qué aburrido eres.

—Me ha llamado Oliver en cuanto he terminado los entrenamientos. Hola, Ami. —Se acerca a mí y me da un casto beso en la mejilla.

Está especialmente guapo bajo los rayos del sol, como si todo el frío de la pista de hielo que siempre lo acompaña se hubiera derretido, sacando a flote su belleza más tropical. Su piel brilla ligeramente y su cabello parece más dorado bajo la luz. Como si el sol revelara una parte de él, oculta habitualmente tras la fachada de atleta siempre concentrado y serio.

—Voy a por una cerveza y a saludar a un par de personas, ¿me esperáis aquí? —continúa Alex.

—¿No podemos movernos? —bromea la madre—. Hijo, nosotras también vamos a socializar. A Amanda no paran de lloverle ofertas de citas y quisiera asesorarla bien para que elija al adecuado. Quizá yo también ligue, aún estoy de muy bien ver. —Me da que la señora Geller, una lianta de mucho cuidado, sabe más de lo que cuenta.

Hudson se tensa visiblemente y su mirada se endurece un ápice, sin embargo, conserva la calidez bajo el sol.

Pero, qué atractivo eres.

—Amanda sabe lo que quiere y lo que le conviene —responde con firmeza—. Es una mujer capaz de tomar sus propias decisiones. —Ahí deja caer eso, se da la vuelta, se aleja y nos deja en una incómoda burbuja de silencio.

Mary me mira con los ojos achinados y preparados para lanzar pregunta tras pregunta.

—¿Qué me he perdido? Noto algo raro entre vosotros. ¿Te han echado de tu apartamento y tienes que soportar al capullo de mi hijo todos los días por falta de solvencia económica?

—Mary…

—Podemos pagarte más. Eres muy buena…

—Mary…

—No es caridad. Quiero que te quedes, te lo mereces…

—Estoy embarazada.

—¡¿Cómo?! —grita, y se lleva las manos a la cara, sorprendida.

—Shh… —Le ruego que baje la voz—. No creo que haga falta que te explique el modo…

—Estás embarazada. —Focaliza la vista en mi vientre y me siento ridícula.

—Sí.

—Pero… ¿Por qué? —Frunzo la boca y rectifica—. Quiero decir que… Es una noticia maravillosa, inesperada, muy inesperada, pero maravillosa. ¿Sales con alguien?

—Sí, pero… Él no es el padre.

Los ojos van a salírsele de las cuencas a pesar de su manera de vivir, libre y sin tapujos, con una mente abierta a todas las posibilidades.

—No pienses mal de mí. No es lo que piensas.

—Preciosa —dice con tono amable y cariñoso—. No soy nadie para pensar nada de ti. Tu vida es tuya y de nadie más. Vívela como te plazca.

Por un momento me pierdo en la visión de Alex. Hay algo hipnótico en cómo se mueve, en cómo ríe con los demás, en cómo llena el espacio con su presencia…

—No-me-jo-das —escucho deletrear a Mary, a la que es la primera vez que oigo decir palabrotas—. ¿Estás embarazada de mi hijo? —Asiento intentando tragar saliva y me llevo el vaso que tengo en la mano y que me ha traído el chico que antes intentaba ligar conmigo. Lo escupo de inmediato, lleva alcohol. —¿Voy… voy a ser abuela? —la madre de Alex eleva la voz emocionada.

—Sí, pero no alces la voz, no se lo hemos dicho a casi nadie.

—Voy a matar a mi hijo. Debería haberme informado antes.

—Y él me va a matar a mí por haberme adelantado y haberte dado la noticia.

—Que se fastidie, le diremos que lo he deducido yo solita. ¿Cuándo pasó? —intento decir

algo, pero ella habla como una ametralladora y se contesta a sí misma—No me lo digas, en la boda de Ava y Oliver Drake.

—Has vuelto a adivinarlo.

—Querida, lo tuyo no es el disimulo. Cuando te vi en el pasillo, envuelta como un rollito de pita, nerviosa y sofocada, supe que mi hijo estaba al otro lado de esa habitación frente a la que estabas parada.

—¿Y me contrataste?

—Mi instinto de madre sabía que eres la mujer perfecta para mi Alex. Es un buen chico, pero necesita a alguien que lo centre un poco en la vida y tú has dado en el clavo. Un nieto, madre mía, mi primer nieto e hijo de una chef de prestigio, es como si la saga continuara.

—Creía que odiabas a tu exmarido —no puedo evitar reirme.

—¿Odiarlo? Cocinaba como los ángeles y hacía el amor como los dioses, pero no encajamos bien al final de nuestro matrimonio, quizá nunca lo hicimos, pero trajimos al mundo a un hijo estupendo y le guardo un poco de amor por eso.

—No creo que Alex y yo estemos en ese punto.

—¿No hacéis el amor? —Mary ladea la cabeza y me mira con curiosidad haciendo que me ponga roja como un tomate.

—Digamos que solo cocino como los ángeles para él —miento, aún siento las pulsiones de mi sexo tras la sesión de anoche.

Alex regresa con rostro serio y decidido.

Salvada por la campana.

—Madre, ¿puedo hablar con Amanda un momento? — pregunta con voz suave pero autoritaria.

Mary lo mira con su poca habilidad para disimular sus emociones y responde con un tono que casi suena a desafío.

—Adelante, hijo mío. Es toda tuya.

La tensión se intensifica entre los dos. Nos miramos, él me hace un gesto de cabeza para que lo siga y yo lo hago, porque sé que no hay otra opción. ¿Me llevaría a rastras? Me gustaría comprobarlo, sin embargo, no creo que sea el momento ni el lugar para ponerlo a prueba.

Respiro hondo y me preparo mentalmente para la conversación que se avecina, entre otras cosas a Hudson no le va a hacer gracia que haya revelado yo nuestro secreto a su propia madre.

46

ALEX

—¿Un mal entrenamiento? —me pregunta Oliver—. ¿O estás estreñido?

—Muy gracioso —suelto con una lata de cerveza en la mano.

—Si aprietas más fuerte, la estallas. —Él la mira.

Niego con la cabeza un par de veces y abro las piernas unos centímetros bajo un sol abrasador donde llueven las risas y las charlas a las que no presto atención.

—No sabía que Mary estuviera en Nueva York.

—Ya somos dos. Llegó esta mañana, sin avisar, como lo hace todo siempre. —No puedo dejar de observarlas, algo se cuece entre ellas.

Doy dos pasos en la dirección de mi queridísima madre y de Amanda, mi… no sabría definirlo, la madre de mi hijo no nato.

—¿Adónde vas? Deja que se diviertan. —Drake intenta detenerme, pero ni un regimiento lo haría porque no soporto quedarme al margen de algo que me importa, y ellas dos me preocupan.

Mamá me vigila con esa mirada felina y escrutadora que la caracteriza hasta que llego y le pido educadamente que se marche y deje de, con seguridad, meter la pata.

—Madre, ¿puedo hablar con Amanda un momento? — pregunto con aparente voz calmada.

Mary Geller me mira con las emociones claramente escritas en su rostro.

—Adelante, hijo mío. Es toda tuya —dice con un tono que me hace sentir aún más inquieto.

Llevo a Amanda a una zona apartada del jardín en la que las risas y el bullicio quedan en murmullo distante.

—¿Qué le pasa a mi madre?

Amanda suspira, mira al suelo por un momento y levanta la vista hacia mí.

—Lo sabe, sabe que estoy embarazada —su voz tiembla ligeramente y me quedo helado a

pesar del calor.

—¿Cómo lo ha sabido?

Encoge los hombros, resignada.

—Tu madre no es tonta, Alex. Ha sumado dos más dos. Se ha dado cuenta de que estamos viviendo juntos y de que no he probado el alcohol en toda la tarde. Además, la habitación que iba a ocupar ella está llena de mis cosas, no es difícil para ella unir las piezas.

La miro y veo la preocupación en sus ojos. Este no era el plan. Quería que todo fuera perfecto antes de que la noticia saliera a la luz. Pero ahora las cosas se desmoronan más rápido de lo que puedo controlar.

—Está bien —digo finalmente, tomo la mano de Amanda y la aprieto suavemente—. Vamos a resolver esto. Juntos.

—¿Qué vas a hacer? —Abre mucho los ojos al ver mis intenciones.

—¿Confías en mí?

—Estoy gestando un feto tuyo por confiar en que hicieras la marcha atrás, ¿responde eso a tu pregunta?

—Entonces tengo que tratar de convencerte de que lo hagas. —Lo expreso con la firmeza de una cuerda tensa que amenaza con romperse en cualquier momento. No puedo esperar más. Me acerco a ella, mis ojos fijos en los suyos y la respiración acelerada.

Nuestros labios se encuentran con una urgencia que no controlo. La beso con intensidad, como si todo lo que he sentido y reprimido durante tanto tiempo se liberara en ese instante. Mi mano se desliza por su cuello notando el calor de su piel, la otra la enredo en su cabello y la acerco aún más a mí. Su sabor, su fragancia, todo me envuelve y me pierdo en la sensación. El beso proclama todo lo que las palabras no pueden expresar.

No quiero que este momento termine, desearía que fuera eterno. Nuestras bocas se mueven al unísono, se exploran y descubren una vez más.

El calor del sol parece haberse trasladado a nuestros labios, pero de repente, la voz de Oliver nos saca de nuestra burbuja.

—¿Qué narices estáis haciendo? —pregunta Oliver, sorprendido al encontrarnos agazapados en ese rincón apartado del jardín. —Me separo ligeramente de Amanda y lo miro.

—¿No es obvio? —respondo con una sonrisa —Nos estamos besando. —Oliver frunce el ceño, pero luego su expresión se suaviza.

—No me refería a eso. Aunque no tenía ni idea de que estuvierais juntos.

—¿Te molesta? —levanto inquisitivo una ceja, él niega con la cabeza y suelta una risa.

—¡Claro que no! Me alegro por vosotros, pero ha sido toda una sorpresa.

—Entonces espera a ver el anuncio que voy a hacer en cuanto volvamos con el resto.

—Espera, ¿qué? —interviene Amanda aún con los labios hinchados.

—Es absurdo esperar más, la prensa se hará eco de la noticia en cuanto se te note el embarazo. —Drake nos sigue con la mirada.

—Disculpa, ¿has preñado a la mejor amiga de mi mujer...? ¿Cuándo? —pregunta una vez que procesa la información.

—En tu boda.

—¿Pero si no parasteis de chincharos en la mesa? —exclama claramente sorprendido—. Jess y James me dijeron que os odiabais a muerte.

No olvidaré ese día, cada detalle, cada mirada cruzada, cada palabra. Observo a Amanda en busca de su apoyo silencioso. Ella da un paso adelante, su expresión decidida, pero con un matiz de culpa.

—Sí, en la boda. —El desconcierto de Oliver es evidente. Su mirada se fija en Amanda.

—¿Ava lo sabe? —Amanda suspira y siento la pesada carga de su respuesta incluso antes de que la pronuncie.

—¿Tú qué crees?

—Que soy el último pardillo en enterarse de todo.

47

AMANDA

Un asistente en la barbacoa, quizá emocionado por la novedad, se dejó llevar, compartió la noticia con otros y se liberó una reacción en cadena, imparable…

Obvio, Berwin se enteró de inmediato. Unos días después de la barbacoa, me llamó para que nos viéramos y, aunque tengo un presentimiento de que esto no va a acabar bien, he decidido aceptar y quedar con él esta tarde.

Me miro en el espejo, ajustando el vestido por enésima vez.

No necesitas estar maravillosa, sabes de sobra que lo mejor será cortar con él, en persona.

Alex ha estado entrenando todo el día y apenas lo he visto desde el desayuno. No me he atrevido a decirle nada sobre mi quedada con Berwin. Él tampoco ha estado muy comunicativo estos días. Supongo que los medios deben estar acosándolo y el equipo probablemente le habrá dicho algo sobre cómo ha convertido el estadio y los entrenamientos en un circo mediático que nada tiene que ver con el deporte.

Reviso mi bolso una última vez y, cuando estoy lista para salir, escucho la puerta principal abrirse.

Camino hacia el pasillo y justo cuando me dispongo a salir, él aparece. Sus ojos se fijan en mi vestido y en el bolso colgado de mi hombro.

—¿Dónde vas? —pregunta con una ceja arqueada.

Titubeo, mi corazón galopa como si fuera un potro salvaje. Finalmente, respiro hondo y respondo.

—Berwin me ha llamado. He quedado con él.

La expresión de Alex cambia, se endurece. Veo contrariedad en su rostro, los celos más bien.

—Esperaba que después de hacer público el embarazo y lo que pasó entre nosotros hace un par de noches, hubieras decidido cortar con él —su voz, como casi siempre que algo no encaja en su cerebro, está cargada de reproche. No quiero discutir, pero tampoco voy a dejar las cosas en el aire.

—Es lo que pienso hacer —respondo tratando de mantener la calma. Alex se cruza de brazos y me mira.

—Haz lo que te dé la gana, Amanda. No voy a ser yo quien te diga lo que tienes que hacer. Pero esperaba que ese tío hubiera desaparecido ya de tu vida.

Sus palabras me golpean y por un momento siento la tentación de cancelarlo todo y quedarme en casa para soportar su cara de enfado lo que queda de día. Pero sé que necesito cerrar este capítulo con Berwin.

—No es tan sencillo. Necesito hacerlo de la manera correcta.

—La manera correcta —repite con sarcasmo—. Espero que eso incluya no dejarlo *jugar* más contigo.

—No voy a acostarme con él ni fingir que lo he hecho para ponerte celoso, ese tipo de cosas te pegan más a ti—le digo y noto cómo la tensión aumenta entre nosotros al hacer referencia al numerito que montó con Dana.

Él me observa en silencio un momento y luego asiente con la cabeza.

—Está bien, vete entonces. Pero ten cuidado.

—Siempre lo tengo, excepto contigo y eso que eres el más peligroso de todos —le respondo con la pretensión de sonar más segura de lo que realmente me siento—. Y no tengo por qué esperar a que me des permiso.

—Yo jamás te he hecho nada malo.

—Eso lo veremos el día del parto. Como este bebé tenga la cabeza tan gorda y dura como tú, mi suelo pélvico va a sufrir daños irreparables.

—Primero, no soy cabezón en el más estricto sentido de la palabra y, segundo, tu suelo pélvico está encantado de haberme conocido. —Decido no contestarle y me dirijo hacia la salida.

Siento sus ojos clavados en mi espalda, pero no debo detenerme ahora. Si me quedo un segundo más, sé que se me irá la cabeza y acabaré rendida a sus pies y suplicándole que me borre la boca a besos. Porque tiene razón, algo en mi interior cobra vida propia cuando lo veo cabreado, celoso y posesivo. Mi entrepierna se enciende con una intensidad que me asusta.

Cierro la puerta detrás de mí, respiro profundamente e intento calmarme.

No puedo seguir así, atrapada entre mis sentimientos por Alex y mi intento de mantener una vida normal con cualquier otro hombre que no sea él. Hoy, al menos, debo cerrar una puerta antes de considerar abrir otra.

48

ALEX

Si Amanda piensa que la voy a dejar ir sola a esa cita con Berwin, solo prueba que aún no me conoce del todo. No sabe hasta qué punto estoy dispuesto a llegar para proteger lo que es mío.

Ella no es de tu propiedad, animal.

Llamo al señor Zaldívar, necesito su ayuda mientas bajo hasta el garaje.

Te estás comportando como lo hacía Sarah, tóxico y un poco psicótico.

Oh, subconsciente, cállate. Mi instinto me dice que la siga y es lo que voy a hacer.

—Señor Zaldivar. Necesito que entretenga a la señorita Harris antes de que se suba al taxi. Voy a sacar mi coche del garaje, es muy importante que lo haga. Es por un tema con la prensa, usted ya me entiende.

—Descuide, señor Hudson. Lo haré, pero la señorita Harris es algo terca, no sé cuánto tiempo podré retenerla —responde con su acostumbrada eficiencia.

—Confío en que se le ocurrirá algo.

Cuelgo y me desespero por lo lento que va el ascensor en momentos como este.

¡Por fin!

Mientras saco el coche del garaje, veo por el retrovisor que Zaldívar ha interceptado a Amanda en la entrada. Ella parece confundida, pero el portero maneja la situación con la calma y con la precisión de siempre. Sé que tengo pocos minutos antes de que la chef empiece a sospechar algo.

Conduzco despacio, asegurándome de mantener una distancia prudente. No quiero que ella me vea, pero tampoco perderla de vista. La observo mientras se sube al taxi y le da la dirección al conductor. La adrenalina corre por mis venas, es una misión personal.

Sigo al taxi a una distancia segura gracias a que el tráfico no es demasiado denso.

Pensamientos intrusivos en tres, dos, uno:

¿Qué espera encontrar con Berwin? ¿Por qué no puede ver que lo único que quiero es protegerla?

Llegamos a Crimson Bistro, un restaurante en el barrio de Williamsburg, Brooklyn. El lugar ha ganado una fama inexplicable. Tiene demasiada publicidad, pero su calidad es mediocre, seguramente como el tipo que va a disfrutar de la compañía de Amanda esa noche. No entiendo qué ve en él. El restaurante está decorado con luces tenues y muebles modernos, pero la comida ni se acerca a la altura de lo que promete.

Amanda baja del taxi.

Berwin la espera allí con una sonrisa.

La furia se enciende dentro de mí al verlo. Quiero salir del coche y arrancarle esa sonrisa de la cara, pero me contengo. No voy a arruinar mi plan. Necesito saber exactamente cómo acaba la jodida cita entre ellos.

Encuentro un lugar discreto para aparcar y me acomodo en el asiento, listo para esperar. La noche se avecina larga, pero no me importa.

El diablo y el ángel que tengo sentados en cada hombro no paran de hablar:

Berwin no es un asesino en serie, hoy pareces tú el más loco de los dos.

Alex es parte de su vida, le guste a Ami o no, y tiene que asegurarse de que está a salvo, cueste lo que cueste.

Sigo en mis trece. Observo esperando el momento adecuado para intervenir si es necesario. No permitiré que Amanda se quede atrapada en una situación que no le conviene. No mientras yo tenga algo que decir al respecto.

***

Una hora después los veo salir del restaurante.

Berwin le dice algo y ella asiente con la cabeza. Luego, comienzan a andar juntos, pero manteniendo una distancia prudencial entre ellos.

Algo no va bien.

Decido tomar acción. Me pongo una sudadera y cubro mi cabeza con la capucha. Luego me coloco unas gafas de sol, reconociendo lo ridículo que debo parecer. Quizá llame más la atención por llevar gafas cuando ya está oscureciendo, pero toda precaución es poca. No tengo ningún periódico con agujeros a mano, así que esto tendrá que servir.

¿Desde cuándo se te va tanto la olla por una mujer?

Desde que ella entró en mi vida y no es como ninguna otra persona que haya conocido.

Los sigo hasta un parque cercano y me escondo detrás de un seto que me proporciona algo de privacidad. Desde aquí puedo escuchar bien lo que están hablando. Me quedo quieto, contengo la

respiración a la espera de captar cada palabra que intercambien.

—Has quedado conmigo para dejarme, ¿verdad? —Berwin mira a Amanda con una expresión de frustración—. Te he notado rara en el restaurante. Apenas has comido nada y no has intervenido en la conversación.

—Tenemos que hablar de muchas cosas. Yo… me he mudado con Alex, a su ático… —responde mi chef intentando mantener la calma.

—¿Hablar de qué? —Berwin alza la voz, su tono se vuelve más agresivo—. ¿De cómo estás embarazada de otro hombre y ahora vives con él? ¿De eso tenemos que hablar?

—Sí, de eso precisamente. Necesito que entiendas la situación. No quiero hacerte daño, pero...

—Pero ¡qué! —la interrumpe Berwin—. ¿Qué esperabas que pasara después de ver cómo tu amiguito anunciaba vuestro embarazo? ¿Que aceptara todo esto como si nada? Pues mira, estaba dispuesto, pero creo que me ocultas algo más y que no tienes narices de decírmelo.

—No, claro que no, no hay nada más —afirma Amanda procurando ser razonable—. Sé que es complicado, pero también es importante para mí ser honesta contigo. No quiero que pienses que te estoy utilizando.

¿Así que no hay nada más entre yo y ella?

Eso te ha dolido, campeón.

—¡Vaya, gracias por tu honestidad! —exclama con evidente ironía—. Y mientras tanto, ¿qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Esperar a que decidas si quieres estar con el padre de tu hijo o conmigo? Te has acostado con él, es eso, ¿no? ¿Te folla mejor que yo? —grita y juro que estoy a punto de salir de mi escondite y arrancarle la cabeza. Tengo los nudillos casi translúcidos de la tensión que se me está acumulando en los puños.

—No es una competición entre tú y él. Esto va de lo que es mejor para mí y para el bebé —trata de explicar Amanda.

—Claro, las decisiones sobre el futuro y la maternidad se toman metiéndote de forma alterna dos pollas. —Berwin se ríe amargamente y empiezo a notar un tic importante en el ojo derecho, síntoma inequívoco de que me está entrando una mala hostia importante—. No voy a ser el segundo plato de nadie, tú como cocinera debes conocer este argot a la perfección.

—No estoy pidiendo que lo seas, es más, la forma en la que me estás hablando es repugnante. Alex tenía razón, no eres de fiar.

—No soy yo el que va preñando a zorras como tú, tal vez sea él quien debería pensar cuál de los tres es menos fiable.

¿La ha llamado zorra? Ofender a una mujer de esa forma para sentirte un hombre, simboliza el paso más rápido y fácil para dejar de serlo.

Lo mato.

Juro que lo voy a matar.

Sal de una vez y cárgate a ese tío a puñetazos.

Hago caso a mi voz interior y salgo del seto para encararme con ese malnacido.

—¡Eh! —grito y me acerco rápidamente—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Berwin se da la vuelta, sorprendido sin duda por mi aparición repentina.

Quítate las gafas y que te mire directamente a los ojos para que vea lo dispuesto que estás a partirle la crisma.

—¿Y tú quién demonios te crees que eres? —responde con tono desafiante.

—Soy el padre del bebé que Amanda está esperando —digo y me planto firme entre Berwin y Amanda—. Y no voy a permitir que le hables así. Si tienes algún problema, lo resuelves conmigo, no con ella.

—Ah, claro, el gran Ice Beam viene a rescatar a la damisela en apuros. —Berwin se burla, pero puedo ver el miedo en sus ojos—. Esto no tiene nada que ver contigo, Hudson. Esto es entre Amanda y yo.

—Tiene todo que ver conmigo —insisto, mi voz firme—. Así que, si no puedes comportarte como un adulto, mejor desaparece de su vida ahora mismo.

Amanda, aún conmocionada por la confrontación, da un paso adelante dispuesta para intervenir.

—Alex, por favor, no lo empeores —pide con voz temblorosa—. Berwin, solo quiero que entiendas...

—No le debes ninguna explicación después de cómo te ha tratado —suelto, extiendo un brazo para crear una barrera y que pare de justificarse con este impresentable.

—Tu *amiguito* tiene razón, ya he entendido suficiente —interrumpe Berwin mirando a Amanda—. Este tipo y tú os pensáis que el resto del mundo somos idiotas. No solo no me arrepiento de haberte llamado zorra, lo reitero. —La rabia hierve dentro de mí como la lava de un volcán tras escuchar las palabras venenosas de Berwin. Y erupciono.

Universo, lo he intentado, pero le voy a partir la cara a este gilipollas.

Con toda la fuerza que tengo, le doy un puñetazo en la cara. Siento el impacto recorrer mi brazo en una onda caliente y veo cómo se tambalea hacia atrás.

—¿Qué demonios te pasa? —Berwin se lleva una mano a la mejilla y, antes de que pueda reaccionar, me lanzo hacia él de nuevo.

—¡No vuelvas a hablarle así! —le grito a la vez que le doy un fuerte empujón y lo hace caer

al suelo. Berwin intenta levantarse, pero no se lo permito. Lo agarro por el cuello de la camisa, le doy un puñetazo en el estómago y dejo casi sin aliento—. ¿Te crees muy valiente para insultar a una mujer, pero no para enfrentarte a mí? Eso demuestra lo poco hombre que eres.

—Mírate tú, perdiendo lo papeles por una mujer que no te tiene ningún respeto. ¿De verdad vas a confiar en ella después de haber jugado con los dos estando preñada? —El muy imbécil apenas puede respirar, pero tiene agallas para seguir hablando. Lo golpeo de nuevo, ahora en la mandíbula para que se calle de una maldita vez si sabe lo que le conviene.

—¡Basta! —grita Amanda, pero su voz sale débil y entrecortada —¡Alex, por favor! Para ya…

Me detengo, respirando con dificultad. Me inclino sobre Berwin, que está medio inconsciente en el suelo.

—Podría destrozarte ahora mismo. Pero te voy a perdonar la vida, aunque te juro que haré lo imposible para que no vuelvas a acercarte a Amanda. ¿Entendido? —No responde, está demasiado aturdido. Me levanto y me giro hacia Amanda. Mis ojos aún brillan de ira.

—Vámonos —asevero con voz firme y ella asiente, aunque le echa un último vistazo a Berwin antes de comenzar a andar para salir del parque—. Lo siento. No quería que esto pasara.

—Lo sé —responde—. Pero gracias por estar ahí.

Subimos al coche en silencio.

—¿Estás bien? —le pregunto girándome hacia ella, mientras se pone el cinturón de seguridad.

—No lo sé.

—No podía quedarme ahí sin hacer nada. No después de cómo te estaba tratando. —Amanda suspira.

—Gracias por intervenir, Alex. Pero necesitamos hablar de esto. No podemos seguir así.

—Sí, tenemos que hablar. Pero ahora, vamos a casa. Necesitas descansar.

—Te está sangrando la mano —apunta cuando me ve bajar el freno de mano.

—No es nada, me ha dolido mucho más que ese gilipollas te tratara como a una cualquiera.

—Me has seguido… —La veo sonreír levemente—. Estás loco, Hudson, pero que muy loco.

Sí, pero por ti, resuena en mi cabeza, aunque no me atrevo a verbalizarlo.

49

AMANDA

Dos meses después…

Como predijo Alex, la noticia de nuestro embarazo se propagó más rápido de lo esperado.

Pronto, los medios de comunicación se hicieron eco del anuncio y convirtieron nuestra privacidad en un tema de interés público. Resultan muy complicadas nuestras entradas y salidas del ático. Los fotógrafos acechan en cada esquina, esperan capturar cualquier detalle de nuestra vida privada para venderla como primicia

—Cuéntame, ¿Alex y tú ya sois una pareja de verdad? —Ava deja el cóctel que se ha pedido sobre la mesa y yo me resigno a beber agua con gas con una rodajita de pepino. Me ha insistido para salir un rato, aunque a estas alturas del embarazo ya empiezo a notarme bastante cansada. Estamos sentadas en una terraza de un bar de Inwood al que solíamos ir cuando éramos vecinas, cada una en su latita de sardinas.

Cómo nos ha cambiado la vida a ambas…

—Si te refieres a una como Oliver y tú, la respuesta es no.

—¿Qué os diferencia del resto de mortales? Sé que te pone los ojos en blanco de vez en cuando. —Imita el gesto y la reprendo con la mano.

—A eso nos vamos a limitar básicamente porque todavía no hemos hablado de ello.

—¿Y hace falta? Me refiero a que las personas llegan a un punto donde sobran las palabras y cuentan más los hechos.

—En eso tienes razón, últimamente está demasiado pesado con cuidarme como si estuviera enferma.

—Es lógico, eres el recipiente que lleva dentro a su primogénito.

—Eso es lo que me preocupa, que me vea solo como eso y no como una mujer completa en todos los sentidos.

—Vamos, Ami, se nota que bebe los vientos por ti. Lo que dijo en la barbacoa fue muy tierno

viniendo de un tío como él. —Ava se atusa el pelo.

Alex se puso de pie frente a todos, conmigo a su lado, sosteniendo suavemente mi mano. El murmullo de la conversación se apagó gradualmente y todos dirigieron su atención hacia él.

—Queremos compartir algo muy especial con todos vosotros —comenzó Alex—. Amanda y yo queremos anunciar que estamos esperando un bebé. —Hubo un instante de silencio, seguido por un estallido de sorpresas y alegría entre los presentes. Compartimos una mirada llena de complicidad y felicidad mientras los aplausos y las felicitaciones inundaban el jardín.

—Lo sé, a ti tampoco te cayó muy bien al principio.

—Pero no es a mí a la que tiene que convencer de que sus intenciones contigo son sinceras. ¿Crees que está enamorado de ti?

—No, no lo creo —afirmo categóricamente.

—¿Y tú de él?

—No, ni muchos menos —digo con la boca pequeña.

—Yo creo que sois dos niñatos que no se atreven a expresar sus sentimientos. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Apenas nos conocemos, no estamos en ese punto.

—¿Ahora vas a darme el discursito de Ross en *Friends*? Vais a tener un hijo, ¿qué otra cosa hay que pueda uniros de manera irremediable para el resto de vuestras vidas?

—Que compartamos una paternidad no significa que tengamos que ser una pareja al uso.

—Compartís casa, fluidos, un futuro bebé, polvos que no son coloretes, ¿qué más pruebas necesitas para coger el toro por los cuernos y formalizar lo vuestro de alguna forma? Puedo entender que no estéis enamorados profundamente, pero os gustáis mucho, eso no me lo niegues.

—Supongo que estoy esperando a que él dé el primer paso.

—Ajá, así que te estás dejando convencer por tu propio orgullo. Pues querida amiga, te digo por experiencia que la vanidad no es buena consejera y que las cosas siempre acaban cayendo por su propio peso.

—Entonces me temo que la próxima en caer seré yo, ya he engordado cinco kilos —intento desviar el tema, pero no lo consigo.

—Más bien me refería a Hudson hincando la rodilla por ti.

—¿Crees que Ice Beam tiene madera de casadero? Estás loca si piensas eso.

—Oliver podría convencerlo de que lo hiciera.

—No quiero que haga eso por obligación, el amor no se puede forzar. ¿Te gustaría a ti enterarte de que Oliver te pidió matrimonio inducido por otra persona?

—No. —La negativa la refuerza moviendo la cabeza de lado a lado.

—Pues no me desees tanto amor impostado a mí.

—Solo me preocupo por lo que pasará cuando nazca el bebé y no hayáis establecido una base sólida a vuestra relación. ¿Qué pasaría si él deja de prestarte tanta atención y empieza a salir con otras?

—Que yo tendría algo más de espacio y que lo nuestro no iba a funcionar de todos modos. Te lo juro que a veces me da miedo estornudar o toser porque corre hasta mí pensando que estoy muriendo de sífilis.

—Si piensas así, ¿me puedes decir qué haces encamándote con él?

—Tener orgasmos satisfactorios para sobrellevar mi estado de gestación, gracias.

—Te conozco, Ami, para ti es imposible tener sexo sin más con alguien y no involucrarte sentimentalmente. Tú estás enamorada de Hudson y te niegas a admitírmelo.

—No estoy enamorada de él. Son las hormonas, que me tienen loca.

Suena mi teléfono que reposa en la mesa de madera y cristal y consigue que no le dé vueltas a la afirmación que acabo de hacer.

Ambiente tranquilo, buenas vistas de Nueva York, confidencias compartidas y en mi móvil se dibuja el nombre de Alex.

—Es él —advierto.

—Cógelo, estará preocupado.

—Siempre lo está. —Descuelgo y la expresión de mi rostro cambia sutilmente, revelando cierta tensión cuando dice:

—¿Dónde cojones estás? Es tarde. Tienes que descansar.

—Es media tarde.

—He llegado del entrenamiento y… El doctor dijo que te mantuvieras tranquila. ¿Has visto a la prensa?

—Ava sabe lidiar con ella.

—¿Quieres que pase a recogerte?

—No, Alex. Ava me acercará, no te preocupes.

Lo escucho suspirar. Le cuesta aceptarlo.

—De acuerdo. Llámame si necesitas algo. —Cuelgo y doy un sorbo a mi vaso con hielo picado.

—Te controla. Típico de egos tan grandes. Tranquila, aprenderá que a una gata salvaje no se doma.

—Has bebido demasiado. —Me masajeo la sien, agobiada—. Quiere venir a buscarme.

—No sabe dónde estamos.

—Me preocupa tanto control. Hudson no entiende de límites ni quiere hablar de ellos. Cree que me ayuda, pero esto no es saludable. Anteayer le gritó al ginecólogo porque no conseguía que su carita se viera en la ecografía; como si fuera su culpa que la habichuela se cubriera con las manitas. También discutió con un periodista que se acercó demasiado a mí y me hizo tropezar. Y discutir es un eufemismo de: casi se lo come.

—Cambiará. Tiene que aprender aún muchas cosas.

—¿Aprender? ¿Ice Beam? Es complicado aprender cuando no quieres hacerlo porque piensas que ya lo sabes todo y que eres dueño de la razón más absoluta.

Ava suelta una risilla.

—Acabas de definir a los deportistas de élite. A todos —apunta—. Entonces, ¿fue bien la ecografía? —cambia de tema. Me apiado de ella porque tiene que lidiar con egos enormes en casa, su hermano y su marido.

—Juraría que a Alex se le escapó alguna lagrimilla cuando escuchó su corazón.

—¡¿En serio?! —grita—. ¡Me hubiese gustado verlo! A mí y a toda Nueva York.

El recuerdo de la visita al ginecólogo para comprobar el progreso del embarazo y asegurarnos de que todo está bien me hace compañía durante un rato. Hace dos mañanas, en la consulta, rodeados de paneles informativos y el sonido reconfortante del latido del corazón de mi bebé, Alex me agarró de la mano y cuando *Habichuelita* apareció en la pantalla sus ojos se entrecerraron ante la imagen borrosa que comenzaba a tomar forma. Fue en ese preciso instante, con la mirada fija en el monitor, que Hudson apartó su rostro unos centímetros hacia otro lado. Juraría que vi una lágrima esquiva recorrer su mejilla, un destello de vulnerabilidad que intentó ocultar tras una sonrisa forzada cuando el doctor confirmó lo que esperábamos, que todo discurría por los cauces de la más absoluta normalidad en los embarazos.

50

ALEX

No consigo concentrarme en los entrenamientos como es debido porque no dejo de pensar en Amanda. Inquieto y preocupado por el desarrollo del embarazo y el bienestar de ella y del bebé.

Mierda, jamás me había pasado esto.

—Eh, Hudson, ¿estás aquí? —me grita un compañero que ha pasado volando por mi lado sobre el hielo y ni me he percatado.

A pesar de mi dedicación al deporte y el enfoque necesario durante las duras jornadas, mi mente divaga constantemente hacia la salud y felicidad de mi chef.

¿Es solo tu chef?

Joder, es la madre de mi hijo.

¿Y nada más?

Me deslizo por la pista con la mirada perdida, reflejo de la inquietud que me embarga, algo me aprieta el pecho, como si fuera a pasar algo malo, ansiedad, pensamientos negativos, anticipación… Y el sonido de los patines queda difuminado por la tormenta en mi cabeza. Cada golpe de paleta contra el disco evoca la imagen de Amanda cayendo por unas escaleras, resbalando por el piso, quemándose en la cocina, atropellada por un vehículo al cruzar la calle.

Lo reconozco, soy controlador, y siempre he controlado lo que ocurre a nuestro alrededor, al menos cerca, y esto se escapa a mi poder. Me gustaría meterla en una burbuja alejada de todo mal.

—Hudson, tenemos que hablar —indica el entrenador en uno de los descansos.

—Ok. —Lo sigo hasta uno de los pasillos con el equipamiento completo.

—¿Hay algo que te desconcentra?

—No.

—Mientes. Entiendo que la paternidad puede asustarnos…

—¿De qué cojones me hablas? —ladro y lo corto.

Da un paso hacia mí y me señala.

—Eres Alex Hudson, Ice Beam, no una persona cualquiera. Lo siento, pero yo, el equipo, los seguidores y la ciudad de Nueva York esperamos mucho de ti. No trabajas en una ferretería ni en una hamburguesería. Eres un referente para muchas personas y no puedes defraudarlos. Los problemas los dejas ahí fuera, en la calle, aquí eres el puto Dios de la NHL —zanja y se marcha.

Lleva razón, lo de convertirme en padre me tiene nervioso, pero desconocer qué va a pasar cuando ese niño nazca me desquicia. ¿Amanda se mudará? ¿Veré a mi hijo solo de vez en cuando?

No quiero que Amanda se vaya.

Regreso a casa exhausto con el deseo de encontrar un respiro después de un día agitado. Piso el acelerador y dejo atrás las calles de Manhattan una a una, como si fueran un millón.

Abro la puerta y me encuentro un escenario inusual: Amanda no está en la cocina, la comida no está preparada y las cacerolas se amontonan sobre la encimera.

El corazón comienza a galopar dentro de mi pecho.

—¿Amanda?

No la escucho responder. Cojo el teléfono para llamarla, pero lo suelto al verla. Yace en el sofá con gestos de malestar en el rostro, con una mano en su vientre y la otra extendida en busca de ayuda.

—Amanda ¿estás bien? —Me arrodillo a su lado muerto de miedo.

—No… No me encuentro bien… —musita.

Miro hacia abajo y veo una pequeña mancha de sangre entre sus piernas.

Dios mío…

Mi corazón deja de latir y da un vuelco ante esto. De nuevo me siento vulnerable.

—Vamos al hospital. —La cojo en brazos—. No te preocupes. Los doctores sabrán qué hacer.

Trato de transmitirle seguridad y apoyo en ese momento de angustia, pero el pánico se apodera de mí. Si le pasara algo… No quiero vivir sin ella, no, no quiero.

Sin perder un segundo, la bajo en el ascensor sin evitar cuestionarme sobre lo que ese dolor y esas pérdidas podrían significar para el bebé y para Amanda. Nuestro pasado, presente y futuro se dibujan en mis pupilas y entiendo que no lograré cambiar el pasado, pero me gustaría otro presente y futuro para nosotros, uno en el que estemos los tres.

Tres…

Aguantad, por favor…

Vuelvo a acelerar por el asfalto de Nueva York y las ruedas derrapan y chirrían, aferrado a la esperanza de que solo sea un susto sin importancia y que todo salga bien. Me prometo a mí mismo que las cosas cambiarán entre nosotros después de esto.

La culpa es tuya, sabías que tanto sexo no podía ser bueno.

—Vas a matarnos —comenta ella al girar en una esquina a gran velocidad.

—No permitiré que eso ocurra. —Y no hablo de este instante, de este lugar, sino de mucho más.

Todo se desmorona.

51

ALEX

—Voy a sacarte —aviso a Amanda tras dejar el coche en cualquier sitio en la puerta de urgencias, me bajo y le abro la puerta. Ella asiente—. Rodéame los hombros con el brazo.

—Alex… —suelta mi nombre como pidiendo mi ayuda. Ruega, suplica junto a mi oído, como si yo tuviera el poder de sanarla.

—Todo estará bien —repito.

La premura en mis movimientos refleja la gravedad de la situación y la llevo para que reciba atención médica lo antes posible. Al entrar en la sala de emergencias, el personal sanitario reacciona con celeridad al ver la angustiosa escena que se presenta ante sus ojos.

—Está embarazada de tres meses —informo a los profesionales mientras la recuestan en una camilla. Transmito con mi mirada desesperación y esperanza en ellos, ansioso por saber que recibirá la atención adecuada y que el bebé estará a salvo.

—Tranquilo. Sabemos lo que hacemos —asegura un doctor pelirrojo con bata blanca que la ausculta enseguida con un estetoscopio.

La rodean por completo y trabajan con diligencia para estabilizarla y brindarle los cuidados necesarios. Permanezco a su lado, le sostengo la mano con firmeza hasta que otro de ellos me pide que me aleje.

—Señor, déjenos hacer nuestro trabajo.

Se la llevan tras una puerta y observo lo que hacen a través de una ventana de ojo de buey. El ruido de los equipos médicos y el murmullo del personal de salud se funden en mis oídos y rezo en silencio para que todo esté bien.

Todo saldrá bien. El bebé es fuerte como sus padres.

—Señor Hudson, tiene que salir fuera. Espere en la sala de color azul —me indica una enfermera.

Doy dos pasos hacia atrás.

—Me conoce —anuncio.

—Todos mis hermanos son seguidores suyos. Están un poco cabreados por el último partido. Le prometo que lo mantendré al tanto del estado de la señorita Harris. —Se va igual que ha venido.

Una sala azul, como un cielo sin final, como el tiempo que se detiene. Huele a cítricos, como si alguien se hubiera molestado en ocultar el olor a temor por familiares y amigos. Tomo asiento en uno de los sillones después de quince intensos y largos minutos de tensión.

Impotencia, una inmensa impotencia ante la situación en una sala iluminada con luces fluorescentes que emiten un brillo frío y desolador. Sillas y mesas blancas y conversaciones en voz baja que crean un ambiente opresivo.

Me aferro al borde del asiento, con la mirada perdida en el pasillo y mi mente cargada de un dolor infinito. Los minutos, eternos, y cada segundo que pasa aumenta mi angustia.

Observo a las demás personas de la sala, cada una con su propia historia. Familias preocupadas, médicos apresurados y enfermeros que van y vienen. Todos testigos de la fragilidad de la vida y la incertidumbre que se respira en el aire.

Siento un nudo en el estómago. La sala se convierte en un reflejo de mis propias emociones: tristeza, miedo, esperanza y desesperación se entrelazan en mi interior. Cada vez que una puerta se abre, la sangre se acelera en mis venas, esperando escuchar buenas noticias.

Suena un timbre conocido, pero tardo en reaccionar.

—¿Mamá? —Descuelgo mi teléfono móvil.

—¿Va todo bien?

—Eh…

—Se ha caído el jarrón que me regaló tu padre en nuestro décimo aniversario de boda y cada vez que se cae es que algo malo ocurre, o está a punto de ocurrir. Por eso lo pego cuando se rompe y no lo tiro, porque me avisa de las desgracias —suelta del tirón.

Nunca he creído en supersticiones ni en esa historia que ahora me pone los vellos de punta.

—Estoy en el hospital. Amanda… Amanda… —Trago con dificultad.

—¿Ami está bien? —Se alerta.

—No… —Respiro—. No lo sé… Cuando llegué a casa tenía un dolor muy fuerte en el vientre y… sangraba. Mamá, sangraba. —Casi lloro. Sigo siendo ese niño pequeño que se asusta y pide ayuda a su madre.

—¿Has hablado con el médico?

—Dicen que harán lo posible por ayudarla. Mi bebé…

—Estarán bien. —Me consume el silencio—. Alex, Alex…

—Joder… —masco.

—Cojo el primer avisón a Nueva York. Mantenme informada. ¿En qué hospital estás?

Respondo a sus preguntas de manera automática y nos despedimos.

Cada instante me acerca más a la respuesta que tanto anhelo. Que todo está bien, controlado. Pensamientos positivos, nada malo va a ocurrir, ni a ella ni al bebé. La sala azul se convierte en un símbolo de espera y trato de no desbordarme y comenzar a llorar porque además los chicos de la esquina cuchichean y me observan, sin duda, reconociéndome.

—Señor Hudson, ¿podemos hablar un momento? —La enfermera seguidora de los New York Storms se acerca a mí y comienzo a temblar.

Me levanto y caminamos hasta el pasillo.

—¿Cómo está Amanda? ¿Y el bebé?

52

ALEX

No tengo paciencia, me gustan que las cosas se hagan en el momento y esperar a que la enfermera hable me pone enfermo. La sanitaria ha irrumpido en la sala de espera con una expresión de preocupación que ha elevado mis niveles de ansiedad a estadios astronómicos. La tengo frente a mí, con el rostro serio y los labios demasiado blancos. Me atormenta pensar que al bebé y a Amanda les haya ocurrido algo malo.

La incertidumbre me aprieta hasta el alma.

—Dígame que están bien —suplico.

—Los doctores siguen atendiéndola. Quiero decirle que la prensa está fuera. No sé cómo se han enterado.

—¿Cómo dice?

—Hay dos docenas de periodistas y fotógrafos en la puerta, también cámaras de video, uno de ellos es un reconocido presentador de la BCN. Han debido descubrir que usted y su… y la señorita Harris os encontráis aquí.

—¿Cómo diablos lo saben? —bramo.

Ella agacha el semblante, temerosa por mi reacción, y sigue:

—No lo sé, señor…

—Yo sí lo sé. Alguien del hospital los ha llamado e informado. ¡Les demandaré!

A veces mi fama y lo que me rodea se convierte en carne de cañón para los periodistas, ávidos de noticias, les da igual cuáles sean y a quién salpiquen con ellas ni sus consecuencias. Temo por la privacidad de Amanda y la mía propia, invadidas en un día y situación tan delicadas.

—Lo lamento, señor Hudson.

—El hospital lo lamentará —amenazo, en realidad, muerto de miedo—. Tenemos derecho a que respeten un momento tan íntimo y personal.

—¿Es usted el padre del bebé?

—Sí, pensaba que a estas alturas ya lo sabría todo el jodido Manhattan.

—Algo había oído, pero nos obligan a cerciorarnos que usted es familiar directo de la paciente. Entiendo que son pareja.

No sé qué somos. No sé si somos una pareja, si estamos juntos, o si hay algo más que esta atracción innegable y la responsabilidad compartida de un hijo en camino. Lo único que sé con certeza es que Amanda me importa. Mucho más de lo que jamás habría imaginado.

—No, no lo somos en el más estricto sentido de la palabra. Es… mi amiga, mi mejor amiga en estos momentos.

—Encontraremos al culpable, señor Hudson —La enfermera se hace cargo de mis palabras.

—Puede estar segura.

Me muevo de lado a lado en un pequeño patio desde el cual puede verse la sala de espera a través de los cristales. Necesito respirar aire fresco, pero el calor me asfixia. Mis manos juguetean con las arrugas de mi camiseta y cuento las baldosas del suelo, cuadradas y diminutas.

Un minuto.

Dos minutos.

Tres minutos.

Cada segundo que pasa sin noticias me parece una eternidad, una vida o dos, vidas que pasan por delante de mis ojos recreando qué puede pasar o qué podía haber sido de nosotros si nos hubiéramos conocido en otro momento.

El tic-tac de mi reloj de muñeca resuena en mis oídos y se cuela por mi piel. La decepción me abrasa cuando veo a un médico y no se dirige a mí.

Mis ojos vagan de una esquina a otra sin dejar de preguntarme si alguna de las personas con bata blanca posee la información que tanto ansío. Escucho piar un pájaro que se ha colado por el tragaluz y sobrevuela mi cabeza.

—¡Alex! —Ava corre hacia mí seguida por Oliver—. ¿Cómo está Ami?

—¿Cómo os habéis enterado? —Nos damos un pequeño abrazo.

—La prensa, tío. Casi no podemos ni entrar —informa Oliver—. ¿Qué ha ocurrido?

Les cuento la última hora y media y tomamos asiento en unas sillas de la sala.

Voy a odiar el azul.

Si es niño le compraremos todo verde o rosa.

Me siento un náufrago a la deriva, perdido en medio de un océano, sin tabla salvavidas, esperando contra toda esperanza un final feliz. Sumido en una oscuridad tenebrosa, escucho los pasos en el pasillo.

—Amanda es muy fuerte —comenta Ava.

—Lo sé… —musito ansiando desesperadamente información sobre ella.

Finalmente, la puerta se abre y el doctor viene a mi encuentro con rostro impávido.

Nuestros ojos se encuentran y en este instante… casi colapso.

—La señorita Harris está bien, al igual que el bebé. Fueron contracciones de Braxton Hicks y un leve sangrado que no representan ninguna amenaza. Pero es importante que mantenga reposo y sigan las indicaciones médicas para garantizar su bienestar.

Sus palabras son como un bálsamo para quemaduras.

Respiro tras dos horas de ahogo.

—No se preocupe, doctor. Reposará y descansará.

No se moverá ni para ir al baño.

—Solo hagan lo que les compete como futuros padres y cuídense mutuamente.

—¿Podemos verla? —Es casi una protesta.

—Dentro de un rato. Está descansando. —Se marcha y no me desplomo al suelo de milagro.

53

AMANDA

Han pasado tres días desde el susto del hospital y, aunque me tranquiliza que todo esté bien con el bebé, la manera en que Alex ha reaccionado me vuelve loca.

Desde que llegamos a casa, parece estar más obsesionado que nunca con mi reposo y seguridad. Al principio me pareció encantadora su preocupación, pero ahora se está pasando de la raya.

Cada vez que intento levantarme del sofá, él aparece de la nada para ayudarme. Si quiero salir a dar un paseo, insiste en que me quede en casa y descanse. Incluso me ha hecho una lista de cosas que debo evitar comer, como si no supiera ya lo que puedo y no puedo ingerir durante el embarazo. Su nivel de sobreprotección me oprime, me acogota, me ahoga.

Hoy, mientras trato de leer un libro en el salón, Alex entra con una bandeja de frutas cortadas.

—¿Te apetecen unas frutas frescas? —pregunta y pone la bandeja frente a mí antes de que pueda responder.

Suspiro y dejo el libro a un lado.

—Alex, ya comí hace una hora. Estoy bien.

—Pero estas son frescas, llenas de vitaminas. Es bueno para el bebé. —Intento no dejarme llevar por la frustración, sé que a él todo esto le ha sobrepasado también.

—Sé que lo haces con la mejor intención, pero necesito un poco de espacio. No soy una inválida, solo estoy embarazada.

—Lo sé, es solo que... quiero asegurarme de que estás bien. Que el bebé está bien.

—Y estoy bien, de verdad. Pero tienes que dejarme respirar un poco. —Decido que necesito un poco de aire fresco. Me levanto del sofá y me dirijo hacia la terraza.

—¿Adónde vas? —pregunta Alex.

—Voy a la terraza, la vitamina D también es importante, la del sol y el aire, las únicas que no

has incluido en tu absurda lista —respondo perdiendo un poquito los nervios.

—¿Quieres que te acompañe? Puedo llevarte una silla para que te sientes cómodamente.

—No, Alex. Quiero ir sola, por favor. Necesito un momento para mí y estar de pie. No soy la sirenita.

Se queda en silencio en clara lucha con su impulso por seguirme, pero finalmente asiente. Salgo a la gran terraza jardín y respiro profundamente.

Imposible no apreciar lo mucho que se preocupa por mí, pero su nivel de sobreprotección me está abrumando. Necesito encontrar una manera de hacerle entender que, aunque su apoyo es importante para mí, también necesito independencia.

Después de un rato, vuelvo a entrar y lo encuentro en la cocina. Incansable, prepara otra de sus *comidas saludables*. Me acerco a él y toco su brazo suavemente.

—Alex, sé que todo esto es nuevo para ti. Y para mí también. Pero necesito que confíes en que puedo manejarlo. No puedes estar encima de mí todo el tiempo. —Él se gira para mirarme y puedo ver el cansancio en sus ojos.

—Solo quiero lo mejor para ti y el bebé.

—Y lo aprecio. Pero parte de eso consiste también en dejarme ser yo misma. Tú necesitas descansar tanto o más que yo, tienes ojeras.

—¿Qué puedo decirle que no suene ridículo o forzado?

—¿A qué te refieres?

—No sé lo que somos. Sé que me importas. Sé que hay algo entre nosotros, pero no sé qué es exactamente. No sé si somos pareja, si estamos juntos en esto de alguna manera más allá del bebé —su confesión me pilla desprevenida.

—Yo tampoco lo sé, Alex. Pero creo que ya tendremos tiempo para averiguarlo. No tenemos que decidirlo todo ahora mismo.

—Echo de menos besarte y tocarte, sentirte mía de alguna forma y que yo a ti también te importo.

En el fondo es un blandito.

—Sabes de sobra que yo también me preocupo por ti, acabo de decirte que necesitas descansar. No estás concentrado en tu trabajo, apenas duermes… Sé que entras en mi habitación varias veces por la noche para comprobar que sigo respirando. No es sano lo que haces, ni para ti ni para mí.

Durante las últimas tres noches, he sentido a Alex entrar a hurtadillas en mi habitación varias veces. Al principio pensaba que solo eran imaginaciones mías, pero cuando lo escuché abrir la puerta en plena madrugada, supe que era él. Se acercaba a la cama con pasos suaves, casi

silenciosos, y se inclinaba sobre mí, como si estuviera asegurándose de que seguía respirando.

La primera noche lo atribuí a su preocupación por el bebé y por mí después del susto en el hospital. Pero la segunda noche, cuando volví a sentir su presencia tres veces, empecé a pensar que quizá su preocupación estaba yendo demasiado lejos. Me quedé inmóvil, fingiendo estar profundamente dormida, sintiendo su aliento cercano y su mirada fija en mi rostro.

La tercera noche, no solo se inclinó sobre mí, sino que sentí que me tocaba la frente con suavidad, como si buscara fiebre o alguna señal de que algo andaba mal. Estuve a punto de abrir los ojos y decirle que todo estaba bien, pero decidí seguir con la farsa y mantenerme quieta. Fue difícil no reaccionar, especialmente cuando noté algo frío y metálico tocarme la nariz y, aunque estaba medio adormilada, me di cuenta de que Alex me había puesto un espejo bajo la nariz para asegurarse de que seguía respirando. Me mordí el labio para no reírme y continué fingiendo estar dormida, preguntándome cómo decirle que esto ya se pasaba de castaño oscuro.

—Gracias por decir eso, no soy consciente de que a veces me sobrepaso —me dice y percibo una pequeña sonrisa formarse en sus labios—. Por ahora, me conformo con saber que estamos en esto juntos y trataré de relajarme un poco.

—Por favor, pareces un carcelero —rio, hace días que no lo hago—. Y… deja eso, ya lo hago yo. Siento tener que decirte que tu comida es… atroz y que te pareces más a tu madre que a tu padre en todos los sentidos.

—Mi comida es estupenda, sana y hecha con mucho cariño.

—El cariño no da sabor, y echo de menos andar por la cocina. No creo que hacer unos huevos revueltos en condiciones me mate, así que ve a dormir un poco, lo necesitas con urgencia.

—¿Tanto se me nota?

—Utiliza el espejo que pusiste debajo de mi nariz la otra noche y compruébalo tú mismo.

—Soy patético —Se lleva las manos a la cabeza.

—No, vas a ser un gran padre.

—¿Puedo darte un abrazo?

—Sí, si no tienes miedo de despresurizar al bebé.

—¡¿Qué?! ¿Eso puede pasar? — A veces, Alex Hudson se quita la máscara de tipo duro y deja ver a un niño lleno de la más admirable inocencia. En estos momentos lo miro y veo algo más que al deportista famoso. Descubro a alguien vulnerable, alguien que se preocupa profundamente por los que ama, incluso cuando no sabe cómo expresarlo.

—A menos que yo sea un Boeing 447, no.

Nos abrazamos en silencio sintiendo el latido del otro.

Alex me sostiene con una suavidad que contrasta con su habitual dureza. Su respiración es cálida contra mi cuello y me dejo llevar por estos momentos en los que se disuelven mis preocupaciones. La tensión de los últimos días se desvanece un poco y me permito disfrutar del momento.

—También he echado de menos esto —murmuro contra su pecho, casi sin querer admitirlo en voz alta. Pero es la verdad. Extraño esos momentos de intimidad sin el peso del mundo sobre nuestros hombros. —Alex se aparta un poco, lo suficiente para mirarme a los ojos. Como si de alguna manera supiera exactamente lo que estoy sintiendo.

—Ami, quiero que sepas que también he pensado mucho en eso. No solo como padres, sino como... nosotros.

Me inclino hacia él y lo beso, un beso lleno de todas las emociones que hemos guardado. Hay un deseo de reconexión, de recuperar lo que hemos perdido en medio del miedo y las responsabilidades.

—Quizá podamos encontrar una manera de hacer que esto funcione, de verdad —musito. Me pregunto si algún día seremos capaces de dejar de lado nuestras caretas y vernos el uno al otro por quienes realmente somos.

54

ALEX

Estoy haciendo un esfuerzo titánico por no sobreproteger a Amanda desde que me dio un toque de atención hace una semana. Intento darle su espacio, aunque mi instinto siempre me empuje a estar pendiente de cada movimiento suyo. Las cosas entre nosotros han mejorado notablemente desde que dejé de acosarla constantemente. La veo más relajada, más como la Amanda de antes, y eso me llena de paz.

Que la comida vuelva a ser deliciosa también es un punto a favor.

Hoy salgo del entrenamiento contento. El equipo ha tenido una buena sesión y la energía positiva nos inunda. Me dirijo al coche con la cabeza llena de pensamientos agradables. Mi teléfono suena justo cuando estoy a punto de arrancar, miro la pantalla y veo un nombre que no esperaba: mi padre.

La relación con él ha estado algo distante. Hace meses que no hablamos y me sorprende que se ponga en contacto conmigo ahora. Respondo la llamada con una mezcla de curiosidad y cautela.

—Hola, papá.

—Alex, hijo, ¿cómo estás? —Su voz suena más cálida de lo que recordaba.

—Bien, supongo. No esperaba esta llamada. Hace mucho que no sé de ti.

—Lo sé y lamento que haya pasado tanto tiempo. He hablado con Mary y me ha contado que vas a ser padre.

Me quedo en silencio un momento, asimilando sus palabras. Esperaba que lo supiera por la prensa, pero no me había imaginado que hablaría directamente con mi madre. Me sorprende que esté en contacto con ella. Siempre pensé que se llevaban fatal desde que se separaron.

—Sí, eso parece. ¿Por qué has tardado tanto en ponerte en contacto conmigo?

—No quería molestarte, Alex. Pensaba que tú mismo me lo contarías. Soy tu padre, después de todo.

—¿Estás en contacto con mamá? Pensaba que no os soportabais.

—Mary y yo construimos una familia y fuimos felices durante mucho tiempo. No nos odiamos, Alex. La quiero mucho. Al fin y al cabo, los amores reñidos siempre son los más queridos. Aunque las cosas sean difíciles con esa chica, traer al mundo a un hijo es el mayor reto de tu vida. La carrera de ser padre es la más importante. Nadie es perfecto y te equivocarás, como yo lo hice tantas veces. Pero quiero que sepas que te quiero, te admiro y te respeto. Estoy aquí para ti.

Su sinceridad me desconcierta. Siempre he visto su relación como algo irreparable, pero aquí está, hablando de amor y respeto.

—Veo que Mary Geller no ha escatimado en detalles.

—Me alegra que sea chef, al menos que alguien de la familia continúe mi legado en la cocina.

—Amanda y yo solo somos amigos.

—Tú madre dice que estáis enamorados y esa vieja bruja nunca se equivoca. —Lo escucho reírse al otro lado de la línea.

—Yo solo sé que quiero cuidar de ella y que le doy mil vueltas a todo. Me da miedo que pueda pasarle algo a ella y al bebé por mi culpa, por no estar pendiente las veinticuatro horas del día. No tengo buena fama como novio, ya lo sabes.

—Cuídala, y a tu hijo también. Haz lo mejor que puedas y no te castigues por los errores. Todos los cometemos.

Nos despedimos y cuelgo el teléfono. Me quedo un momento en el coche procesando la conversación.

Noto una conexión renovada con mi padre, un entendimiento que no habíamos tenido en años.

—Cuídala, y a tu hijo también. Haz lo mejor que puedas y no te castigues por los errores. Todos los cometemos.

Decido hacer algo especial por Amanda. Quiero mimarla un poco, demostrarle cuánto me importa y que estoy comprometido a mejorar nuestra relación.

Vuelvo a coger el teléfono y busco un número que tenía guardado. Es de un pequeño spa que conocí hace tiempo, cuando buscaba un lugar tranquilo para relajarme después de alguna noche de fiesta desenfrenada. Un sitio discreto, perfecto para escapar del bullicio de la ciudad y las resacas.

—Hola, ¿Espacio Sereno? —pregunto.

—Sí, buenas tardes. ¿En qué podemos ayudarle?

—Me gustaría hacer una reserva especial. Algo que incluya un masaje relajante, un tratamiento facial y quizás un baño de aromaterapia. Para esta tarde, si es posible y a domicilio.

La recepcionista me asegura que pueden acomodar mi petición y empezamos a coordinar los detalles. Quiero que todo sea perfecto.

—Todo está listo, señor Hudson.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa satisfecha. Arranco el coche y me dirijo a casa. Mientras conduzco, imagino su reacción y espero que aprecie el gesto. Sé que no es mucho, pero es un paso hacia adelante, un intento de mostrarle cuánto significa para mí.

55

AMANDA

Ha sido un día tranquilo en casa. Me desperté temprano y aproveché el silencio de la mañana para hacer algunas tareas pendientes. Preparé un desayuno sencillo, unas tostadas con aguacate y huevo, acompañadas de un café con leche. Alex se despidió rápidamente, apurado para llegar a sus entrenamientos. Apenas tuvimos tiempo de intercambiar algunas palabras.

Después de desayunar, me dediqué a ordenar un poco el ático. Puse algo de música suave y comencé a limpiar y organizar, seguramente presa del síndrome del nido.

Más tarde, me dirigí a la cocina para empezar a preparar algunos platos. Decidí hacer una receta nueva que había encontrado en una revista de cocina.

Estoy concentrada entre fogones cuando el timbre suena inesperadamente. Me limpio las manos en un paño y voy a abrir la puerta.

Me encuentro con un hombre alto, atractivo y con una bonita sonrisa.

—Hola, soy Darrel. El señor Hudson ha contratado mis servicios para darle un masaje relajante. Supongo que usted es la señorita Harris —se presenta con un tono amable. Lo miro, sorprendida y algo desconcertada.

¿Ha venido a hacerme un baile sexual privado?

¿A Hudson le van esas cosas? ¿Mirar mientras otra persona me erotiza?

Darrel está bastante potente y últimamente estoy un poquito necesitada.

—Oh, claro. Pasa, Darrel —respondo, abro la puerta y le permito que entre—. ¿Y qué servicios en concreto son los que das a domicilio?

—Soy masajista —me define trayendo consigo una especie de mesa plegable y una maletita, entiendo que con aceites y cremas.

—Ah, ahora lo entiendo. —Debe notar la decepción en mi voz.

—Mucha gente me confunde con un chico de compañía —ríe.

—No, no, no he pensado eso. Lo siento si te ha dado esa impresión.

Mentirosa.

Salida y mentirosa.

Las hormonas, son las hormonas.

—No te disculpes. ¿Dónde puedo montar la camilla? —comenta, mirando en derredor.

—En el salón, acompáñame. —Darrel me sigue obediente.

—Bonito ático, tiene unas vistas preciosas.

—No es mío, me refiero a que vivo aquí temporalmente.

—Entiendo…

—Te dejo que instales todo, voy un momento a la cocina, me has pillado con las manos en la masa.

Es justo lo que va a hacer él contigo, poner las manos sobre tu masa muscular.

—Huele muy bien —lo escucho gritar desde el salón.

—Soy cocinera profesional, intento que todas mis recetas sean perfectas —contesto mientras remuevo la salsa y apago el fuego. Creo que ya está lista y vuelvo al salón.

Darrel ya tiene todo listo. La camilla de masaje está preparada con toallas limpias y aceites esenciales. Él me mira con una sonrisa.

—Bien, Amanda, necesito que te quites la ropa y te cubras con esta toalla —me la ofrece y asiento, un poco nerviosa

—¿Aquí? Me refiero, ¿delante de ti?

—En el baño, si lo prefieres —dice en modo irónico.

Estás fatal Amanda, tienes que hablar con Hudson y que te regale un par de orgasmos, no estás regando el cerebro con normalidad.

—Claro, qué tonta. —Salgo del salón para cambiarme.

Entro en el baño. Me deshago de la ropa y me cubro con la toalla, asegurándome de que esté bien ajustada. Miro mi reflejo en el espejo por un momento y trato de apaciguar mis pensamientos.

Estoy en esa fase del embarazo donde las hormonas están a flor de piel. Me siento un poco más sensible, alterada y, sinceramente, necesito sexo. Es como si mi cuerpo estuviera en constante ebullición. Deseo, necesito de forma urgente y apremiante una intimidad que últimamente no he tenido porque Alex se niega a tocarme por miedo. Siento un cosquilleo constante, un deseo que se acumula y no encuentra salida.

Regreso un poco vulnerable y Darrel no tarda en darse cuenta.

—Recuéstate en la camilla, relájese y respire profundamente, momento preciso para desconectar —aconseja en tono tranquilizador.

Me tumbo en la camilla, boca abajo, y él ajusta la toalla para que me cubra adecuadamente. Se asegura de que me sienta segura y cómoda. Ha puesto música suave en un reproductor que ha traído, y el aroma de los aceites esenciales ayuda a relajarme nuevamente.

Darrel comienza a trabajar en mi espalda aplicando una presión firme pero reconfortante. Cierro los ojos y trato de alejar todas mis preocupaciones. La sensación de sus manos trabajando en mis músculos tensos es maravillosa y empiezo a dejarme llevar por la experiencia.

—Esto es justo lo que necesitaba —murmuro y dejo escapar un suspiro de alivio. Mientras continúa el masaje, noto cómo cada nudo y contractura se desvanecen.

—¿Sueles recibir masajes? —me pregunta.

—No tantos como debiera —respondo con una ligera risa—. Esto es un regalo inesperado.

—¿Cómo te sientes hasta ahora?

—Increíble. De verdad.

—Ahora túmbate boca arriba, es hora de mimar esos pies.

Asiento perdida en mis pensamientos. El masaje en los pies es casi celestial.

—¿Siempre has sido masajista? —pregunto.

—Llevo unos diez años en esto. Me encanta ayudar a la gente a sentirse mejor.

—Y lo haces muy bien. —Sonrío y él me devuelve el gesto.

—Apuesto que tú también eres muy buena cocinera.

—Cuando terminemos, ¿quieres probar mi nueva receta? Bueno, no es creación mía, la he encontrado en una revista, pero es la primera vez que la hago y he aportado mi granito de arena para darle un toque personal.

—Claro, me encantaría.

Después del masaje, Darrel y yo nos encontramos en la cocina. Le sirvo un plato y él acepta con una sonrisa.

He hecho salmón al horno con una reducción de vino blanco, zumo de limón y naranja, un toque de miel, y un poco de tomillo fresco. Una combinación agridulce y aromática, perfecta para acompañar el pescado. Y de guarnición, patatas crujientes por fuera y suaves por dentro, una ensalada fresca de espinacas, aguacate y nueces con una vinagreta ligera de mostaza y miel.

El aroma de la comida todavía flota en la cocina y se mezcla con el olor de los aceites

esenciales que Darrel ha utilizado y que aún impregnan mi piel.

—Esto está delicioso, Amanda. Tienes un talento increíble para cocinar —manifiesta Darrel mientras prueba mi plato.

Estamos riendo y charlando sobre la comida cuando escucho el sonido de la puerta principal que se abre. Alex entra y, al vernos en la cocina, su expresión cambia de sorpresa a algo más sombrío.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Alex, su voz tensa.

—Alex, le estaba dando a Darrel a probar el salmón que he hecho. Acaba de terminar el masaje. Hay suficiente para todos. ¿Por qué no te sirves un poco también? —le sugiero, pero Alex simplemente se cruza de brazos y observa.

Darrel se endereza en cuanto nota la mirada fija de Alex.

—Señor Hudson, no sabía que iba a venir a la casa de Ice Beam, un honor conocerlo —asegura con una sonrisa nerviosa.

—A mí no tanto —responde Alex frío como el hielo—. Haga el favor, recoja sus cosas y lárguese de aquí cagando leches.

—Alex, ¿qué estás haciendo? —le reprendo por su brusquedad. Darrel levanta una mano para calmarme.

—No te preocupes, Amanda, ya me iba. —Recoge sus cosas con rapidez—. Siento haberles incomodado.

—No lo ha parecido.

Cretino, cretino, cretino.

Una vez que sale por la puerta, me vuelvo hacia Alex, furiosa.

—¿Qué demonios te pasa? —le espeto—. ¿Por qué tienes que ser tan celoso y posesivo?

—¿Celoso y posesivo? —declara él, claramente molesto—. No es de buen gusto encontrarme a mi novia cubierta solo con una toalla, comiendo salmón con un masajista que parece sacado de la película de Magic Mike.

¿Su qué?

Sí, ha dicho que eres su novia.

—Me ha dado un masaje fantástico y le ofrecí algo de comer para agradecérselo. No tiene nada de malo —grito, la ira burbujeando dentro de mí.

—Claro, seguro que no tiene nada de malo —replica Alex, sarcástico—. No te das cuenta de cómo lo mirabas, Amanda. Parecía que estabas disfrutando demasiado de su compañía. Es a mí al que deberías agradecer el gesto, no a ese tipo.

—¡Esto es ridículo! —exclamo y agito las manos, frustrada—. No puedes seguir actuando así. No soy una posesión tuya que puedas controlar. Hasta donde yo sé, no somos nada.

—No estoy tratando de controlarte. Solo quiero garantizar tu seguridad y que no te pase nada malo.

—¿Solo sabes decir eso?

—También he dicho que eres mi novia y solo te has molestado en rebatirlo diciendo que tú y yo no somos nada.

—Porque llevas días sin tocarme.

—Me da miedo, joder, me da miedo que pueda provocarte un aborto, una rotura de bolsa…

—Sí, ¡o que me explote la placenta! Tienes que dejar de buscar información absurda en internet.

—No quiero que…

—Que me pase nada malo, ya lo sé, pero estoy bien. Estoy sana y el bebé también. Y además… muy cachonda.

—Amanda yo… no puedo…

—Entendido, Alex. —Levanto las manos en rendición—. Pero tal vez, deberías saber lo importante que es para mí durante este trimestre la seguridad emocional que las relaciones íntimas proporcionan.

—¿No te sientes segura conmigo? ¿Qué más puedo hacer por ti para que te des cuenta de que estoy enamorado de ti? ¿Para que sientas que no pienso en otra cosa que no seas tú durante todo el maldito día?

—No estás enamorado, Alex, solo obsesionado. ¿Quién te ha hecho tanto daño para que tengas ese miedo a la pérdida y al abandono?

—Me obsesionas porque te quiero.

—Yo no sé lo que siento por ti últimamente, paso demasiado tiempo aquí sola. Estoy engordando a pasos agigantados, se me cae el pelo, tengo los tobillos como un elefante. —Rompo a llorar desconsoladamente.

—De eso nada, estás preciosa. No eres consciente de lo guapa que eres y lo mucho que lo estás ahora. —Se acerca un poco más a mí y todo el cuerpo se me acelera.

—Mientes porque estoy llorando. No te apiades de mí. —Gimo de manera exagerada.

—No es compasión, eres la mujer más testaruda, peleona y desquiciante del mundo, incluso más que yo. —Me agarra los hombros y tira de mí hacia él para abrazarme y dejar que mis lágrimas mojen su pecho de acero.

—No te soporto, Alex Hudson. —Me dejo vencer y lo rodeo con mis brazos.

—¿Y eso por qué?

—Porque me vuelves loca y tampoco puedo dejar de pensar en ti todo el jodido día.

—No trato de controlarte. Yo no soy controlador —insiste con una sonrisilla burlona, a sabiendas de que lo es, y mucho, al menos conmigo. Y trata de calmarse con ello, todavía visiblemente tenso—. Solo quiero cerciorarme de que estás segura y que no te pasa nada malo.

—Ese es tu forma de verlo y tu discurso constante, pero necesito espacio y confianza. —Bajo la voz, pero sin perder firmeza—. No puedo vivir de esta manera, sintiéndome vigilada y controlada todo el tiempo.

Nos miramos en silencio. Asimilo nuestra conversación improvisada en la que me ha dicho que me quiere, que está enamorado de mí y en la que yo no le he negado que sienta lo mismo. Respiramos con dificultad hasta que él asiente con evidente esfuerzo.

—Lo siento —susurra—. Me preocupo por ti.

—Lo sé. —Mi ira se desvanece—. Pero tienes que entender que también necesito independencia.

Nos quedamos allí, en la cocina y nos miramos en silencio. Sabemos que se trata de uno de los muchos obstáculos que tendremos que superar juntos.

56

AMANDA

Te quiero.

Estoy enamorado de ti.

Esas palabras resuenan en mi mente desde hace cinco días, los mismos que Alex ha tratado de bajar la intensidad de su control sobre mí. Parece un niño asustado de que lo castiguen de nuevo tras una gran riña por haber llegado tarde y sin avisar del retraso a unos padres preocupados.

Pero sé por experiencia que ese miedo se pasa y todo vuelve a la normalidad. Somos quienes somos por las circunstancias vividas y solo nosotros tenemos el poder de cambiarnos, de moldearnos y de conseguir paliar nuestras faltas y, como dijo Ava, le queda mucho por aprender. Y a mí, que conste, porque lidiar con Ice Beam y esta situación se escapa a mi comprensión.

No me siento especial, no lo soy, constantemente nos enfrentamos a situaciones inesperadas y retos, toda la humanidad, cada ser humano, que nos obligan a salir de nuestra zona de confort y adaptarnos a lo desconocido. En estos momentos de cambio y adversidad la verdadera fortaleza de una persona se pone a prueba. Aprender a amoldarnos a las nuevas circunstancias y buscar el lado positivo en medio de la complejidad puede ser un camino arduo, pero esencial para nuestro crecimiento personal y bienestar emocional.

Qué crecimiento personal ni leches, yo quiero follar y Alex se niega por completo, por esto he urdido un plan maquiavélico para esta tarde cuando llegue de entrenar.

Me preparo con esmero para la cena que compartiremos, él la creerá normal, pero la anticipación va a matarlo. Decido vestirme con ropa interior muy sexi y sugerente que realce mi feminidad y despierte su ya desmedida pasión hasta que me quedé embarazada.

El muy idiota cree que va a darle con el capullo al bebé en la cabeza. Pero ¿qué educación sexual le dieron? Inaudito.

Busco prendas elegantes y elijo un conjunto de encaje negro delicadamente adornado que abraza mi figura con sensualidad y elegancia. El sujetador acentúa sutilmente mi pecho y el tanga acaricia mi piel con suavidad creando una estampa de seducción y misterio.

—Va a explotarte la polla, Ice Beam —me digo frente al espejo. Aún no tengo el vientre demasiado abultado, apenas se nota que estoy embarazada.

Me muevo por la habitación y mi confianza se eleva, así como mi poder de persuasión. El tacto de la tela contra mi piel y todo lo que puede hacer Hudson con mi cuerpo me pone muy cachonda.

Feminidad plena y auténtica.

Me observo de nuevo, esta vez en el espejo del baño, me pongo perfume y crema hidratante y me empodero.

Eres una diosa, radiante y poderosa.

—¿Amanda? —Hudson me llama en cuanto cruza la puerta, como cada día. Si tardo más de medio minuto en contestarle, corre por el ático como un perrillo hacia su dueño al que hace dos meses que no ve.

Me recoloco el vestido rojo casual que me he puesto y voy en su busca. Cruzamos miradas en medio del salón y ya percibo una chispa de deseo en sus ojos, el vínculo que nos une se fortalece y una música jazz hace el resto para que se acerque a mí y me plante un morreo que me deja sin resuello.

—¿Y eso? ¿Vamos a salir a cenar? Dijiste que pasaríamos la noche aquí.

—Y la vamos a pasar. He preparado la cena.

—Prefiero comerte a ti.

—Creí que este plato —me señalo— lo tenías prohibido.

—Puedo saltarme la dieta.

Vaya, está siendo muy fácil.

La conversación se apaga lentamente, las miradas se alargan, y de alguna manera, la distancia entre nosotros desaparece. No sé cómo sucede exactamente, pero la siguiente cosa que sé es que estamos en el sofá, nuestras ropas esparcidas por el suelo. La piel contra la piel, el calor de su cuerpo contra el mío, el sabor de sus labios en los míos.

Hay algo en la atmósfera que se vuelve eléctrico, una conexión que se intensifica sin previo aviso y la pasión toma el control. Las manos exploran, los susurros se mezclan con gemidos suaves. No hay espacio para el pensamiento, solo para el sentimiento. En algún rincón de mi mente, una voz pequeña se pregunta cómo hemos llegado aquí, pero se ahoga en el mar de sensaciones que me envuelven.

Está arrodillado ante mí, sus labios recorriendo mi piel. Jadeo suavemente, mis manos enredándose en su cabello, guiándolo. La conexión es intensa, cada movimiento, cada susurro, cada gemido profundiza la sensación.

Sus labios encuentran mi centro, y el mundo desaparece en ese momento.

Succiona.

Lame.

Acelera el ritmo y vuelve a succionar.

Joder, qué gusto.

Me arqueo, mis suspiros se vuelven más urgentes, y él sigue, perdido en la necesidad de darme placer, de hacerme olvidar todo, al igual que él está olvidando por un instante sus propios dolores.

El tiempo pierde su significado, cada segundo se estira en una eternidad de deseo y satisfacción.

Su aliento contra mi sexo.

Su lengua como un látigo.

Mi clítoris cada vez más hinchado, más castigado por esa maldita boca que tiene.

Es todo un experto.

El calor se expande por mis pies hasta que se concentra en mi núcleo.

Voy a correrme.

Cuando finalmente tiemblo y me relajo, mis manos aún en su cabello, ambos estamos respirando con dificultad, nuestros cuerpos brillando con una fina capa de sudor.

Se sienta a mi lado, ambos desnudos, la ropa todavía en desorden alrededor nuestro. Nos miramos. La realidad regresa lentamente, y con ella, lo que acaba de suceder. No es algo planeado, no es algo que esperábamos, pero está hecho.

El silencio se instala, pesado, pero no incómodo. No sé qué significa esto, ni qué impacto tendrá en mis planes, pero en este momento, solo sé que necesitaba esto, necesitaba sentir algo más que sufrimiento.

57

ALEX

—Va a explotarme la polla. Y los huevos —asevero a Oliver, que se ríe de mí antes de hacernos unas fotos para la revista *Sporties*. James Black también nos acompaña y un par de deportistas profesionales, un jugador de baloncesto de la NBA y una nadadora olímpica.

—Jajaja. Jajaja. Pero… ¿Amanda no quiere acostarse contigo? Jess se volvió loca cuando se quedó embarazada. Quería hacerlo a todas horas. Me tenía consumido.

—Tío, claro que quiero. Y ella también, insiste e insiste, pero ya nos hemos dado un buen susto, le han indicado reposo, yo no sé follar suave, me gusta lo duro y no quiero romperla o…

—Romper al bebé —dice por mí—. Jajaja. No seas idiota. Tu hijo está bien protegido ahí dentro. Es un espacio hermético, como un bunker. Pero si te preocupa, podéis practicar todo lo que queráis el sexo oral.

—Y eso hacemos, pero para mí no es lo mismo. No sé qué me pasa. ¿Se acordará de que sus padres han follado? ¿Nos ve?

—Voy a grabarte y a enviarlo a la prensa. Me haría rico con tus estupideces. No hablas en serio, ¿no? Por favor, dime que estás de coña, o te mando a un manicomio. O a una universidad por lo menos para que hagan un estudio de tu cerebro.

—Soy tonto, lo sé. Mis esquemas se han ido a la mierda y solo digo tonterías. —Bufo.

—Quedas como un lerdo, sí. No te pega con la madre que tienes y la educación que estoy seguro de que te dio.

Esto me recuerda que…

—He estado hablando con mi padre.

—¿Y todo bien?

—Mejor de lo que esperaba.

—¿De qué cuchicheáis, señoritas? —James Black, cuñado de Oliver, nos interrumpe.

—Tu hermana tendría mucho que decir a ese comentario machista —observa Oliver Drake —. ¿Señoritas?

—Mi mujer también. Me mataría —ríe Black.

—Suma a Amanda —indico yo—. Mujeres de armas tomar.

—Saben cuidarse solas. Eso nos pone.

El escenario para participar en la sesión de fotos para una prestigiosa revista es extraordinario. He de admitir que domino el hockey y que he alcanzado la cima del éxito, pero Amanda se escapa de mi control, así como modelar.

Rebosamos energía, camaradería y un espíritu de competencia sana que nos une con un solo propósito: captar la esencia y pasión por el deporte a través de la lente de una cámara fotográfica.

—Cuadrad hombros, chicos —indica el fotógrafo de pelo azul—. Quiero elegancia y una actitud segura. Gracia, elegancia, carisma, confianza. —Nos colocamos y movemos—. Así, así. Perfecto. Dadme vuestra escultural figura…

—Odio esto —musito sin perder la sonrisa.

—Igual que todos —responde Oliver.

Por fin la tortura termina y nos vamos, aunque hemos tenido que escuchar una charla al ver las diapositivas sobre no sé qué un tributo visual a la dedicación, disciplina y sacrificio, la pasión por plasmar cuerpos esculturales en una imagen y alcanzar la grandeza de hombres y mujeres que superan sus límites cada día.

—¿Nos tomamos algo? —propone James al salir de la nave industrial donde hemos posado como muñecos con la llave de su coche familiar, pero de alta gama en la mano.

—Yo me marcho a casa. Tengo cosas que hacer —expreso de camino a mi vehículo, aparcado junto al suyo.

—Sí, tiene que vigilar que Amanda no se ahoga con un vaso de agua ni resbala en la ducha —manifiesta Oliver con retintín.

—El gran Drake… ¿Podrías decirme cuántas decisiones tomas en tu casa? ¿Cuánta implicación tuviste en tu boda? —le pincho.

—Mi misión era callar y hacer lo que me indicaran y es lo que hice. Que mi mujer sea feliz es mi prioridad —responde con una sonrisa en la boca—. Tengo un cuadro que compré en una galería colgado en el salón —bromea.

—Sois dos sirvientes de vuestras esposas —malmete Black.

—Cállate, ¿o no es cierto que acompañaste a Jess de compras por todo Londres durante dos días seguidos y cargaste con todas sus bolsas? —Oliver arremete contra él.

—¿Cómo sabes eso? —Alza las cejas—. La prensa no nos encontró.

—Las chicas son amigas y pocos secretos hay entre ellas. —Reímos—. Lo hablaron en mi boda —explica.

Cada mochuelo se va a su olivo; el mío, un ático de lujo que alquiló mi madre con chef incluida de la que… me he enamorado sin remedio.

Estoy enamorado.

Conduzco por las bulliciosas calles de Manhattan y una sensación de euforia me recorre y me embarga al percatarme de que algo ha cambiado en mi interior. La ciudad resplandece más que nunca y ese brillo tiene que ver más conmigo que con ella, con lo que siento.

Su café, nuestras miradas, el paseo que dimos por Central Park ayer bajo la luz de la luna, su piel dorada en la piscina de Oliver y Ava, su sonrisa mientras habla con mi madre, su ceño fruncido cuando se cabrea por mi sobreprotección, el sexo oral de ayer por la noche y la vida cotidiana al lado de una mujer me parece el decorado perfecto para ser feliz el resto de mi vida. Acostarme con mujeres ha pasado a quinto plano porque ella ha transformado mi día a día, mis anhelos y mis sueños.

Me pongo nervioso en las interminables avenidas, uno de los puentes está atascado y tengo que parar durante unos minutos que aprovecho para llamarla, pero se agotan los tonos sin obtener respuesta.

—Maldita sea. —Doy un golpe al volante. Miro hacia la izquierda y un niño de siete u ocho años me observa con la boca abierta y las manos pegadas al cristal.

Emprendo la marcha, pero el final es el mismo y sigo blasfemando.

Las dudas y los miedos sobre una relación seria, el compromiso y eso de un amor para siempre se desvanecen ante la intensidad de mis sentimientos por esa increíble mujer, y una sensación de claridad y certeza se apodera de mí:

ME HE ENAMORADO.

El ruido del motor, el de mis pensamientos y el latido de mi corazón se acompasan y crean una nueva banda sonora y colorea mi entorno de colores con los que nunca había contado. Rosa, azul, verde y morado. ¿Con cuáles de ellos vestiremos a nuestro bebé?

Azul no, recuerda que desde el día del hospital lo odias.

El teléfono suena por el bluetooth y descuelgo sin mirar la pantalla.

—Amanda —ladro sin remediarlo.

—Soy tu madre.

—¿Mary Geller?

—¿Acaso tienes otra? Lo que tengo que aguantar…

—¿Qué quieres?

—Te regañaría por tratarme así, pero… Los vellos se me han puesto de punta y… El jarrón de tu padre se ha vuelto a caer, así que he llamado a Amanda para ver si todo va bien y no consigo dar con ella. Estoy preocupada.

—¿Otra vez con ese jarrón? —contesto y procuro no darles importancia a sus supersticiones, pero me alertan porque la última vez tuvo razón. ¿Casualidad? — ¿Por eso papá te llamaba bruja?

—A veces… Otras, lo hacía porque no nos aguantábamos.

—Me encantó ver durante mi niñez vuestras peleas. De eso debe ser el trauma —ironizo.

—Creciste feliz. Deja de quejarte. ¿Amanda está bien?

—Espero que sí. Estoy llegando a casa.

—Llámame ahora y me lo aseguras. Estoy… No sé… Tengo algo en el estómago dando vueltas.

—Serán los mojitos que te has bebido.

—Hoy han sido caipiriñas.

Me detengo en un semáforo y nos despedimos. Mis ojos observan el color rojo como si pudiera cambiarlo a verde con un poder sobrenatural.

Eres hijo de una bruja. A lo mejor puedes.

58

ALEX

Llego preocupado al ático después de un largo día, aparco en el garaje con celeridad y subo en el ascensor moviendo las manos por lo largo que se hace el viaje.

—¿Amanda? —la llamo. Miro en la cocina y todo está recogido y limpio. Voy hasta el salón y la terraza—. ¿Amanda?

Tropiezo en el salón con una nota escrita de su puño y letra y la cojo.

He salido a hacer unas compras. No tardaré. No te preocupes. No llames a emergencias ni a los bomberos ni a la policía. Dejo el teléfono aquí cargando. Estoy bien, estamos bien.

Sonrío y la dejo donde estaba. Camino hasta mi dormitorio a cambiarme de ropa y ponerme cómodo, pero cuando me quito la camiseta un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza y se instala en mi espalda.

Frunzo el ceño y miro las paredes durante unos segundos. Lanzo la camiseta al cesto de la ropa sucia y abro un cajón para hacerme con una limpia, sin embargo, me quedo con el tirador en una mano.

—Mierda… —farfullo.

No sé qué es, una tensión rara en los brazos, una voz, alguien que tira de mí hasta el pequeño apartamento que le creé dentro de este ático, una cuerda invisible, un hilo grueso, el destino, una fuerza sobrenatural, pero algo desconocido me lleva a su dormitorio, al de Amanda, que utiliza ahora muy de vez en cuando.

Empujo la puerta entreabierta y un silencio inquietante me recibe y me saluda. Voy a vomitar las amígdalas.

—¿Amanda? —No recibo respuesta.

Entro y… Allí está ella, tirada en el suelo, desfallecida y cubierta de sangre, una muy roja. Me quedo paralizado, sin asimilar lo que veo y la angustia se apodera de mí.

—¡Amanda! —Me arrodillo junto a ella, tomo su rostro entre mis manos y siento el frío de su piel.

Desesperado, llamo a urgencias y pido ayuda mientras trato de mantener la calma. Cada segundo parece un año e intento que reaccione.

—Cariño, cariño. —Es la primera vez que la llamo así—. Ami, mi vida. Te pondrás bien. Todo estará bien. —Acaricio su cara sin que ella abra los ojos.

Pego la oreja a su torso.

—Respira. Sigue respirando.

Me pregunto qué ha sucedido, como si le hubieran tirado un cubo de pintura granate entre las piernas y las suposiciones se dibujan hasta en el techo.

Si todo estaba bien.

¿Habrá sido un accidente? ¿Se habrá caído?

Acaricio también su vientre, donde nuestro futuro hijo crece sano.

Crece sano, me digo.

Las lágrimas brotan de mis ojos como nunca y le ruego que se mantenga con vida.

—Quédate conmigo —le suplico.

El portero abre a los paramédicos y grito para que lleguen a nosotros lo antes posible. Me aferro a la esperanza de que la salven, a ella y a nuestro bebé.

La escena es escalofriante. Amanda yace en el suelo, inconsciente y cubierta de sangre y los médicos rodeándola se mueven y trabajan con determinación y profesionalidad, evaluando la situación. Uno de ellos se acerca a mí para obtener información sobre lo sucedido; los otros siguen examinándola.

—He llegado y la he encontrado… Está embarazada de cuatro meses y medio.

—¿Sabe cuánto tiempo lleva así? —Niego sin dejar de mirar su cuerpo inerte—. Está bien. ¡Nos la llevamos! —grita al equipo.

La levantan con cuidado, pero sin perder tiempo y la acomodan en una camilla. Uno de ellos controla sus signos vitales, otro limpia la sangre y dos especulan sobre la posible causa de la hemorragia.

—Tuvo una pequeña pérdida hace unos días. Guardaba relativo reposo —les indico, como si estuviera en una pesadilla, escuchando mi propia voz.

Le colocan una vía intravenosa para administrarle líquidos y medicamentos según me explican.

—Esto ayudará a estabilizarla hasta que lleguemos al hospital.

—Vamos al Presbiteriano, señor. Puede acompañarnos en la ambulancia si lo desea.

—Por supuesto.

Llaman por teléfono para avisar de nuestra llegada e informan de la gravedad, máxima, por cierto.

—Puede sufrir un posible aborto con pérdida de sangre.

Se me ponen los vellos de punta cuando le escucho decir eso a quien esté al otro lado del teléfono. El mundo se hunde bajo mis pies y me quemo en el núcleo de la tierra.

El camino hacia el hospital se convierte en una carrera contra el tiempo y la vida de mi chica y mi bebé. Los médicos se mantienen atentos a cada cambio en la condición de Ami y le administran los cuidados necesarios, sin embargo, para mí no son suficientes. —Sálvenlos… —les pido. Ellos se miran con seriedad.

—Hacemos todo lo que está en nuestras manos.

Las manos de personas desconocidas se convertían en mi única esperanza para superar la situación, recuperar a Amanda y evitar el aborto.

La vida de mi bebé…

59

AMANDA

Abro lentamente los ojos. No sé dónde estoy. Paredes blancas, todo blanco, un brillo que me ciega a pesar de que la luz es tenue, estoy segura. Se me nubla la mente, parpadeo, desorientada, me duele el cuerpo, las piernas, el vientre, no soy dueña de mis manos ni de mis brazos que trato de levantar.

¿Dónde estoy?

¿Cómo he llegado aquí?

A medida que mi visión se aclara, la realidad me golpea. Parece la habitación de un hospital… Y recuerdo la última vez que estuve en uno, hace muy poco.

¡No!

Me llevo la mano al abdomen y ruego en silencio que mi habichuelita esté bien. Me gustaría sentirlo, escuchar el latido de su corazón, pero no lo encuentro.

El dolor acuciante me dice que algo terrible ha sucedido y comienza a faltarme el aire.

Veo a Alex de pie, de espaldas a mí, con la mirada perdida en la noche a través de la ventana. Quiero gritar, pero no puedo, algo me lo impide.

De repente, se da la vuelta y advierte que estoy despierta. Viene corriendo hacia mí.

—Estás bien… gracias al universo. —Me agarra de la mano.

La puerta de la habitación se abre y entra una enfermera con una mezcla de compasión y tristeza en el rostro.

—¿Qué…? —susurro con la garganta seca.

—Voy a llamar al médico. —Se marcha igual de rápido que ha llegado.

—Alex, ¿el bebé está bien?

Su silencio habla más que millones de palabras, sin embargo, no pierdo la esperanza hasta

que el doctor hace acto de presencia e informa:

—Lamento mucho decirle esto, señorita Harris, pero no hemos podido hacer nada. Ha sufrido un aborto. —Me da la devastadora noticia.

No me lo creo, no puedo creerlo, no quiero, es imposible.

—No, no, no, no… —repito una y otra vez ante la devastación de Alex y sus hombros hundidos—. Alex, no, dime que no… —No responde y los ojos le brillan.

Mi mundo se derrumba. Todo. Completo. Mis lágrimas comienzan a brotar y un dolor agudo se suma al físico. Mi pequeña habichuela ha fallecido, ya no está dentro de mí y me siento vacía, como si un agujero negro se abriera paso en mi pecho y se apoderara de cada célula.

—No, no, no…

La enfermera intenta controlarme y el médico me explica lo que ha podido suceder, no obstante, ni lo escucho, no me importa por qué haya sido.

—No es tan inusual en primerizas —termina—. Si necesitan algo, no duden en llamarnos.

Nos dejan solos, más solos que nunca, al menos, yo me siento así, ni la presencia de Alex me reconforta y por segundos quiero morirme también.

—Lo siento. Siento no haber llegado antes —indica Hudson.

No sé de qué habla. Ambos lloramos la pérdida, no nos escondemos, él no esconde sus sentimientos ni su desolación. Nos abrazamos y me quedo dormida cuando la ciudad amanece.

—Lo superaremos juntos. —Es lo último que escucho.

***

Me dan el alta tres días más tarde. Tres días de profundo dolor y una devastación inimaginable, una pérdida de muchas cosas, de ilusiones y expectativas, de una vida por construir, del hijo que crecía dentro de mí.

El futuro que había imaginado ha desaparecido de un plumazo. Mirar su carita por primera vez, sostenerlo en mis brazos, darle cariño y mimos, verlo crecer, llevarlo a su primer día de guardería, asistir y sentirme orgullosa en su graduación.

Vacío y desolación.

He pasado por la negación inicial hasta la ira, la culpa y la tristeza y una pregunta me acompaña constantemente: ¿Qué he hecho mal? ¿Por qué no he visto ningún signo de aviso? ¿Lo ha habido? ¿Cómo ha ocurrido esta tragedia?

—Voy a prepararte un baño —comenta Hudson al llegar al ático donde deja una pequeña maleta que llevó al hospital un día después.

Miro la estancia y tomo asiento en el sofá. Mi cuerpo se ha recuperado físicamente, sin

embargo, mi corazón y mi mente siguen luchando por aceptar la realidad y encontrar la paz. ¿Qué paz? Quiero a mi habichuelita conmigo.

Nunca te conoceré.

Nunca nos conoceremos.

Nunca escucharé tu risa.

No te veré dar tus primeros pasos.

Lloro desconsolada, Alex viene hasta mí, me abraza y hace lo imposible por reconfortarme sin conseguirlo. Él lidia con su dolor, sin duda tendrá el suyo, lo pasa mal, aunque no llore ni lo demuestre tanto como yo. Ha tratado de mantenerse fuerte por los dos, de tirar de mí para no ahogarme en la pena; me ha obligado a comer, a beber agua de vez en cuando, me ha duchado porque ni quería moverme para nada.

Ava cree que me estoy sumiendo en una depresión y no voy a negárselo. Mi amiga me ha acompañado cuando ha podido, casi todas las tardes. Hudson no se ha separado de mí, ha faltado a los entrenamientos. Por suerte, la prensa aún no se ha enterado de lo sucedido, pero lo hará, estoy segura.

60

AMANDA

Han pasado siete días desde que perdí al bebé. Una semana desde que todo mi mundo se desmoronó.

Estoy en el ático, sola. Alex ha vuelto a sus entrenamientos y a su vida, y yo me he quedado aquí, atrapada en un silencio que me consume.

El sol entra por la ventana, pero no me anima. Todo parece igual, pero nada lo es. Camino por la casa sin rumbo, palpando las cosas que preparábamos con ilusión. La ropa diminuta que nos regaló Mary, doblada y guardada en el cajón y el pequeño equipaje de los Titans que nos envió un excompañero de Alex desde Canadá. Todo es un recordatorio constante de lo que no será.

No he hablado mucho desde entonces. Las palabras parecen inútiles, vacías. Alex intenta conectarse conmigo, pero hay una distancia que no podemos superar. Lo veo en sus ojos, en su manera de moverse por la casa. Está lidiando con su propio dolor, pero no sabe cómo lidiar con el mío. O quizá no quiera.

La soledad me pesa. Me pregunto qué hago aquí. Sin el bebé, la razón principal para quedarme con Alex se ha ido. No hay un niño al que ver crecer, al que amar y proteger. Siento un vacío inmenso, una tristeza que no puedo sacudir.

Me siento en el sofá y miro alrededor. Todo lo que una vez me llenaba de esperanza, ahora me parece hueco. Pienso en los momentos que compartí con Alex, en la conexión que creíamos tener. Pero ahora, con el bebé perdido, esa conexión se ha roto, o al menos está tan tensa que parece a punto de romperse definitivamente.

Alex me dijo que necesitaba volver a los entrenamientos, que necesitaba un poco de normalidad en medio del caos. Lo entiendo, pero eso no hace que la soledad sea menos dolorosa. Me pregunto si alguna vez podremos superar esto, si alguna vez volveremos a ser los mismos.

La verdad es que no lo sé. No sé si puedo seguir aquí, si puedo seguir fingiendo que todo está bien cuando no lo está. Me pregunto qué me queda, qué nos queda. Presumo de encontrarme en el limbo, atrapada entre lo que fue y lo que nunca será.

Me levanto, camino hasta la ventana y miro la ciudad que se extiende ante mí. Las luces

parpadean, la vida sigue, pero yo la mía ha echado el ancla. Y me pregunto cuánto tiempo más podré aguantar antes de hundirme y romperme por completo.

61

ALEX

Una semana.

Siete días desde que todo cambió.

La pérdida de nuestro hijo semeja una herida que no deja de sangrar. El dolor, un espectro constante, una sombra que me sigue a todas partes. La sensación de vacío me persigue, un abismo insondable se abre en mi pecho y amenaza con tragarme.

Cada día, cada momento del pasado rememorado me recuerda lo que podría haber sido. Me imagino su rostro, sus primeras palabras, sus primeros pasos. Me imagino enseñándole a jugar al hockey, partidos de risa en el parque, leyéndole cuentos antes de dormir. Todas esas imágenes se han convertido en fantasmas que me acosan, sueños rotos que nunca llegarán a hacerse realidad.

La culpa, un peso constante sobre mis hombros, un recordatorio de mi fracaso como padre antes incluso de haber tenido la oportunidad de serlo. Cada latido de mi corazón, el aviso de que el suyo ya no late.

Y a pesar de todo debo seguir adelante. Debo encontrar la fuerza para levantarme cada día, para enfrentar el mundo, para seguir viviendo. He vuelto a los entrenamientos, a recuperar algo de normalidad, pero mi cabeza no deja de dar vueltas. No puedo evitar pensar en la posibilidad de que la insistencia de Amanda para tener sexo haya provocado que nuestro hijo lo hayamos perdido. No la culpo, no puedo culparla, pero no puedo negar que hay una brecha entre nosotros que no estaba antes. Nada es como antes.

Cada día y cada momento lucho por concentrarme en la pista, por no dejar que mis pensamientos me distraigan. Pero incluso cuando estoy rodeado de compañeros, me oprime la soledad. La conexión que tenía con Amanda, esa chispa que nos mantenía unidos, parece haber desaparecido.

Estoy en los vestuarios, sentado en el banco, con la cabeza entre las manos. Los entrenamientos han sido duros, pero no han logrado distraer mi dolor constante. Estoy agotado, física y emocionalmente. El eco de las conversaciones de mis compañeros rebota en las paredes, pero yo apenas las escucho. Un zumbido lejano la palabrería cercana que no hace mella en el vacío interior.

De repente percibo una presencia no deseada a mi lado. Levanto la cabeza, veo a Jared y no puedo evitar preguntarme qué querrá ahora.

—Hey, Alex —dice Jared, su voz inusualmente suave cuando se dirige a mí—. Me he enterado de lo que ha pasado. Lo siento mucho, de veras.

Me quedo en silencio un momento, sorprendido por su empatía.

—Gracias —respondo finalmente, con un nudo en la garganta—. Aprecio que lo digas. —Se sienta en el banco frente a mía una distancia respetuosa.

—No puedo imaginar lo que estás pasando —continúa—. No soy bueno con estas cosas, pero... si necesitas hablar, o lo que sea, estoy aquí.

Asiento, agradecido por su oferta. Un gran alivio percibir que alguien más entiende la situación, aunque sea lo mínimo de esa pesadumbre horrorosa, y más viniendo de él.

—Perder nuestra amistad también fue duro. —Jared baja la mirada, como si estuviera buscando las palabras correctas.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias —dice después de un momento—. Pero quiero que sepas que eso no importa ya, es absurdo. Sarah tiene su vida y tú la tuya, nunca debí entrometerme en vuestros asuntos. Lo que importa es que estamos aquí para apoyarte. Todos.

Nunca pensé que, de todas las personas, sería Jared quien tendiera la rama de olivo de la paz en momentos tan críticos en mi vida.

—Gracias, de corazón —le digo mirándolo a los ojos. Él asiente y nos quedamos en silencio, un silencio cómodo, una tregua en medio de tanto dolor.

—Si necesitas algo, lo que sea, no dudes en pedírmelo —añade y se levanta del banco—. Somos compañeros de equipo. Estamos juntos en esto. —Me quedo sentado mientras él se aleja.

La vida está llena de rencores y rivalidades que parecen insalvables, pero cuando enfrentas una pérdida tan grande, esas rencillas parecen insignificantes. El desamparo tiene el poder de calmar las aguas, de hacerte ver que, al final del día, somos todos humanos, tratando de salir a flote de nuestras propias tormentas. La sinceridad de Jared, su oferta de apoyo, demuestra que a veces la tragedia no solo rompe corazones; también puede reparar rotos, tender puentes donde antes solo había abismos.

***

Al llegar a casa me mortifica un desagradable nudo en el estómago. Quiero arreglar las cosas con Amanda, verla sonreír de nuevo, ser el salvavidas que la mantenga a flote, pero, cuando abro la puerta y entro en el ático, la encuentro sentada en el salón con dos grandes maletas a su lado. Mi corazón da un vuelco.

—¿Dónde vas? —pregunto y ni trago saliva.

—No tiene sentido que siga aquí, Alex. Está claro que lo que nos unía se ha ido para siempre.

Necesito un espacio diferente que deje de recordarme constantemente lo que ha pasado. Necesito saberme sola como antes para así superarlo.

Noto una mezcla de miedo y rabia extenderse por todo mi cuerpo. No quiero perderla y no veo justo lo que está haciendo.

—Entonces, cuando las cosas se ponen feas, ¿prefieres dejarlo, largarte y dejarme solo? Eso me suena a cobardía. —Ella frunce el ceño, herida por mis palabras.

—No es verdad, Alex. No soy cobarde. Es... aceptar que necesitamos tiempo para sanar. Estar juntos ahora solo nos está haciendo más daño.

—¿Y crees que irte va a solucionar algo? —replico en un vano intento de controlar mi voz.

—No lo sé. Pero quedarme aquí, viendo cómo nos destruimos, no lo considero solución alguna. Necesitamos encontrar la manera de seguir adelante, incluso si eso significa separarnos durante un tiempo —suspira.

Miro las maletas y siento una punzada en el centro del estómago.

—Amanda, por favor, no te vayas. Podemos superar esto juntos.

Ella niega con la cabeza, las lágrimas empiezan a llenar sus ojos.

—No podemos, Alex. No ahora. Tal vez algún día, pero no hoy. Me urge disponer de todo el tiempo para mí e igualmente te urge a ti. O la herida no sanará.

Mi mundo se desmorona mientras la veo levantarse y agarrar las maletas. Me acerco a ella, desesperado.

—¿Y si no hay un algún día? —mi voz se quiebra.

—Entonces al menos nos queda haber hecho lo correcto al intentar apagar el fuego que nos consume.

La rabia me invade de inmediato, mi mente se oscurece y se me forma una nube negra de emociones contradictorias. Me quedo parado en la puerta, con los puños apretados y la mandíbula tensa.

La furia me desborda.

—¡Todo esto es culpa tuya!

—¿Qué narices estás diciendo?

—Me sedujiste hasta conseguir de mí lo que querías. Sexo. Eso ha podido provocar la pérdida del bebé —escupo las palabras, cada una cargada de dolor y resentimiento.

—Solo fue sexo oral un par de veces. ¿Cómo eso puede provocar un aborto? —Sus ojos se llenan de incredulidad.

—No lo sé, pero nada de esto hubiera pasado si no hubieras insistido tanto. —Mi voz se quiebra un poco, pero sigue siendo dura.

—¡Eso es absurdo! —grita—. No tienes ni idea de lo que dices. ¿De verdad crees que yo querría esto? ¿Perder a nuestro hijo?

—¡No sé qué pensar! —grito, dando un paso hacia ella—. Todo se ha ido al infierno desde que esto empezó.

—Claro, echarme la culpa de todo te resulta más fácil que enfrentar la realidad. —Amanda me mira con desdén—. Te he acompañado estos días para sobrellevar la tragedia juntos, pero ahora redescubro lo que tu desconsiderado interior realmente piensas de mí.

—¡Estoy tratando de entenderlo! —Paso una mano por mi cabello, frustrado—. ¡No puedes simplemente marcharte después de todo lo que he hecho por ti!

—Sí, puedo. Y lo voy a hacer. —Cierra los ojos y respira hondo—. No voy a seguir hablando más contigo. Ahora tengo más claro que nunca que necesito irme lejos para que no vuelvas a joderme la vida, nunca mejor dicho.

Amanda agarra sus maletas y, sin mirar atrás, se dirige hacia la puerta. La veo marcharse, cada paso de ella un golpe directo a mi corazón porque una parte importante de mí se va con ella.

La brecha entre nosotros se ha convertido en un abismo. No sé si alguna vez podremos cruzarlo.

Por tu culpa, ¿por qué le has dicho eso?

Soy un imbécil.

Ahora mismo me detesto a mí mismo.

La puerta se cierra con estruendo, el chasquido reverbera en la sala vacía y lo deja todo inundado de silencio y amargura cuando desaparece.

La nada.

La desesperación me oprime el pecho hasta ahogarme.

Empiezo a golpear las paredes, una y otra vez, con todas mis fuerzas. El dolor físico no se compara con la tortura que me corroe por dentro, pero al menos me da algo tangible en lo que desahogarme.

Golpeo hasta que mis nudillos se abren y la sangre empieza a manchar la pared blanca.

Cada golpe, un grito de frustración, lamentos triviales que nadie ni nada calmará. La casa, antiguo refugio y nido de amor, ahora luce incómoda y lacerante prisión, Cada rincón y cada objeto me recuerdan a Amanda, todo lo bueno y bonito que compartimos y que hemos perdido.

Finalmente me detengo, respiro con dificultad, examino mis manos ensangrentadas y las paredes marcadas con el color rojo de la rabia. La culpa pesa sobre mí como una losa. Sé que

jamás me voy a perdonar haberla culpado de provocar la pérdida del bebé.

Y, lo que es peor, sé que ella tampoco me perdonará.

62

AMANDA

La noche de mi marcha del ático, con el corazón hecho trizas, me dirigí directamente a casa de Ava. Abrió la puerta y no hizo falta que dijera nada ante mis ojos hinchados de tanto llorar. Me abrazó con fuerza y me invitó a entrar. Oliver, con su habitual serenidad, me ofreció una copa de vino. Ambos se sentaron a mi lado, dispuestos a escucharme.

Les conté todo lo que había pasado entre Alex y yo desde la pérdida del bebé hasta la terrible discusión. Sus rostros reflejaron compasión, pero también enfado por lo que había pasado.

—Voy a matar a ese cretino. Eres valiente por haber tomado la decisión de marcharte de allí —dijo Ava con los labios apretados. Y Oliver asintió, reafirmando que necesitaba un descanso de todo eso.

—Entiendo que quieras tomarte un respiro, pero quiero que sepas que Alex tuvo una relación tormentosa hace tiempo y lo dejó un poco tocado. No lleva muy bien el abandono, esa mujer personificaba la toxicidad y lo hizo culpable de muchas cosas que ni siquiera sucedieron —comentó Oliver.

—¿Con quién? —se interesó Ava.

—Sarah, creo que se llamaba. Me comentó hace poco que Jared Stone, el hermano de ella y que también juega en los New York Storm, no lo recibió con entusiasmo cuando se incorporó al equipo, más bien lo contrario.

—Nunca me habías contado nada de eso —le reprendió Ava. Yo solo me limité a escuchar.

—No sabía que estuvieras interesada en la vida personal de Hudson. Fue hace mucho tiempo, me ha venido ahora a la cabeza porque no es algo que piense constantemente como tú comprenderás.

—Pues me da igual lo traumado que esté ese tío, a mi amiga no la va a tratar así porque una capulla le amargara la vida en el pasado. —Ava apretó mi mano.

—Yo solo digo que el tiempo pondrá las cosas en su sitio y que Alex también debe poner en orden algunos asuntos. La empatía ayuda a ver las cosas desde otra perspectiva —insistió Oliver.

Después de conversar un rato más, agradecí que terminaran de hablar de esa mujer porque era lo último que quería oír en esos momentos. Lo importante, con su ayuda elegí un destino donde alejarme y descansar. Grecia, una isla pequeña y tranquila, el lugar perfecto.

Dos días después encontré una casita modesta pero encantadora en la isla de Milos. Planeo quedarme un mes, lejos de todo y todos, para intentar curar mis heridas; mis amigos me prometieron que no le dirían a Álex el lugar de mi retiro.

Ahora disfruto de la pequeña casa que he arrendado y de sus impresionantes vistas desde la ventana. Una maravilla la puesta de sol sobre el mar Egeo tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados.

Creí que el cielo de Nueva York era el más hermoso.

Las aguas cristalinas se mezclan con las formaciones rocosas blanquecinas y crean un paisaje de ensueño. La brisa suave trae consigo el aroma salado del mar y el susurro de las olas al romper contra la orilla.

Llevo aquí nueve días. Nueve días en los que he intentado, sin éxito, olvidarme de Hudson. Sus últimas palabras resuenan en mi mente, una y otra vez.

Tú me sedujiste.

Me duele…

Me duele pensar en él, me duele añorarlo, me duele el eco de su voz y esas palabras encadenadas que me ataron los pies y las manos, me duele la lejanía, a veces me duele hasta respirar porque yo lo sigo haciendo, pero mi bebé no.

Cada puesta de sol, cada estrella en el cielo nocturno, me recuerdan a ellos. Al amor, a la confusión, la desilusión, al desamor, al final. Estoy en este paraíso, pero mi corazón sigue atrapado en el ático, en la ciudad que dejé atrás… en Nueva York.

Ni siquiera esta portentosa isla puede borrar los recuerdos ni sanar las cicatrices que llevo dentro. Tal vez el tiempo ayude, tal vez no. Por ahora, solo seguiré mirando el horizonte, esperando encontrar en algún lugar de este paisaje la paz que tanto necesito.

63

ALEX

Nueve días echándola de menos.

Mucho.

Exagerado.

No quiero ni puedo vivir sin ella.

Estoy perdiendo la puta cabeza.

Nueve días desde que Amanda se fue y cada uno de ellos ha sido una tortura.

Mi casa está vacía, hueca, incluso con todos mis recuerdos de ella alrededor. Sus risas, sus gestos, su presencia arrebatadora que llenaba cada rincón. Todo eso se ha desvanecido y lo ha ocupado un vacío doloroso que parece crecer con cada hora que pasa.

No puedo seguir así.

Mis pensamientos no hacen más que girar en torno a ella, a dónde podría estar, qué estará haciendo. Cada momento sin ella es una eternidad vacía.

Y finalmente hoy reuní el coraje para hacer lo que sé que debo hacer: pedirle a Ava que me diga dónde está.

La única persona que puede ofrecerme el consuelo que necesito desesperadamente: la oportunidad de encontrarla, de intentar recuperar lo que he perdido por mi propia estupidez.

Le envío un mensaje a Ava. Nada fácil para ella traicionar a su mejor amiga, pero esta vez es diferente. Esta vez mi corazón está en juego.

Espero. El tiempo se estira como un elástico, amenazando con romperse en cualquier momento. Y luego, finalmente, llega la respuesta.

Ven a casa esta tarde, estará Oliver.

***

Llego a la imponente mansión de los Drake con un nudo en el estómago que amenaza con apretarse aún más con cada paso que doy por el largo camino de entrada. Golpeo la puerta con fuerza a la espera de una respuesta que alivie mi ansiedad.

Ava abre la puerta y su rostro demuestra que no soy su persona favorita del mundo.

—Te advierto que no vas a sonsacarme información alguna. Soy un libro cerrado —comenta con el ceño fruncido.

Respiro hondo antes de responder:

—Necesito saber dónde está, cuestión de vida o muerte. Te juro que cada día que paso sin verla y sin noticias de ella el tormento me ahoga, me deja sin respiración, me falta el aliento, te lo aseguro, por lo que más quieras. —Mis ojos delatan la angustia que me aprisiona.

Ava me mira expectante, evaluando qué decir. Sé lo difícil que le resulta revelar el paradero de su amiga, especialmente en estas circunstancias.

—Pasa —me pide, aunque me echaría de allí a patadas por lo que hice.

Sigo a Ava hasta la cocina. Allí Oliver prepara un batido proteico. Mi amigo me saluda con una sonrisa amistosa y gesto de cabeza.

—Mucho has tardado en venir a averiguar el paradero de Ami.

—No puedo soportar no saberlo por más tiempo —insisto mostrando cómo la desesperación se apodera de mí.

—Déjame hablar con él, cariño —le pide a Ava en un tono bajo.

—De eso nada. Vas a chivárselo. —Cruza los brazos y alza el mentón.

—Amor, Alex ha venido con buenas intenciones. Se lo has pedido tú.

—Quería darle una patada en el trasero, o un bofetón en esa jeta que tiene.

Oliver va a hasta ella, le da un beso en la mejilla y le susurra algo al oído. Ella asiente con resignación y se retira.

—Tío, ¿cómo se te ocurre? ¿Cómo has podido ser tan gilipollas? —me reprocha.

—¿Te recuerdo lo anormal que fuiste con Ava cuando os estabais conociendo?

Sonríe de lado, como un tonto enamorado.

—No se me olvida ni un segundo de nuestra historia.

—Estoy a punto de llorar —satirizo—. ¿Dónde cojones está Amanda?

—Si me pides su paradero con educación, tal vez te lo diga.

Bufo y me revuelvo el pelo, desesperado. A partir de aquí, la conversación se convierte en

menos liviana y más adulta.

—Alex, sé por lo que estás pasando y entiendo tu sufrimiento, pero… ¿Cómo se te ocurre culparla del aborto por insistirte en comerle los bajos? ¿Se te ha ido la olla por completo?

Bueno… Para nosotros ser adultos es complicado.

—Lo sé, joder, soy un imbécil, un idiota que no se merece el amor de una mujer como ella, pero necesito verla y pedirle perdón y decirle que mis palabras fueron fruto de la frustración porque me dejaba solo en la estacada.

—¿Eres consciente del dolor que supone para una mujer perder a un hijo?

—Yo también lo he perdido.

—Sí, pero no es comparable. Ella es la que lo llevaba dentro, la que iba a hacer crecer a esa personita en su vientre. Ese vínculo jamás lo experimentaremos ni tú ni yo porque no gestamos. —Respiro profundamente y asiento.

—No puedo dejar de pensar en ella. Necesito verla—confieso con sinceridad.

—¿La quieres?

—¿Qué pregunta es esa? ¿No me ves aquí suplicando para poder ir a decírselo en persona? La quiero como para desear la música de su risa toda la noche y dejarla dormir en mi pecho. La quiero como para no querer soltarla jamás.

—Joder, Hudson, qué fuerte. Quien te conoció, te ve y te escucha ahora y hasta se emociona.

—Es lo que siento.

—Está en Grecia —revela por fin—, en Milos. Ha alquilado una casa para un mes, tengo la dirección. —Mi corazón se salta un par de latidos al escuchar su respuesta.

—Gracias, Oliver —musito al punto que Ava irrumpe en la cocina.

—Oli, te lo dije. Esto te va a costar unas cuantas cenas en buenos restaurantes y un par de buenos regalos. ¿Por qué has traicionado a mi mejor amiga tan fácilmente?

—Porque Alex es uno de mis mejores amigos también y me ha convencido la sinceridad y la fortaleza de sus sentimientos. ¿A ti no? Todos sabemos que has estado escondida tras la puerta para escucharlo todo —ríe Drake.

—Sí, vale, un poquito, pero que conste que me sigue pareciendo un capullo.

—Lo soy, pero ¿acaso no detestabas al principio al capullo de tu marido? —respondo.

—Eso, Ava, ¿no me lo dijiste muchas veces al principio de conocernos?

—Lo reconozco, pero te portabas de forma insufrible conmigo.

—Y ahora nos amamos con locura, ¿no crees que los asuntos entre ellos pueden solucionarse? De sobra sabes que Ami piensa en él constantemente.

—¿Habéis hablado con ella? —Los miro a ambos.

—Todos los días —confiesa Ava—, y Oliver tiene razón, estoy segura de que te odia menos de lo que dice y te quiere más de lo que demuestra. —Drake sonríe con complicidad.

—Gracias por darme la razón alguna vez, cariño —comenta Oliver y Ava pone los ojos en blanco —. Y tú, Alex, sé que eres mi amigo de verdad y que estás coladito por ella. No vuelvas a cagarla, ve y tráela de vuelta.

—Lo haré. Gracias por todo — les digo sinceramente.

—Te mando todos los datos de la ubicación y dirección de Ami al WhatsApp. Y tráenos algo bonito.

—Tened por seguro que voy a traeros lo más bonito del mundo, Amanda Harris. —Decidido a no perder más tiempo, me levanto y me dirijo hacia la puerta.

—Grecia me espera—murmuro para mí mismo, con la esperanza de encontrarla y hacer las cosas bien esta vez.

64

AMANDA

—Buenos días, señora Papadopoulos. —Saludo a mi vecina mientras paseo por las calles de Milos, la joya escondida del mar Egeo, un lugar recóndito que encontré alejado del bullicio de Nueva York.

Camino entre casas blancas encaladas que suben por las colinas en contraste con el intenso azul del mar y que acarician sus costas de roca volcánica. Huele a jazmín entre las estrechas calles, un laberinto empedrado en el que ya no me pierdo.

—Buenos días, Amanda —responde en mi idioma. Me contó que creció en un pueblecito junto a Londres al que se mudó con sus padres hace setenta años en busca de una vida mejor. Volvió cuando se casó con un griego ortodoxo que conoció en una fiesta, la misma que se celebra mañana en la plaza principal.

Observo las buganvillas trepadoras que enmarcan una de las fachadas y exhalo su perfume mientras que el rompiente de las olas crea una sinfonía que acaricia los sentidos.

—¿Vas al mercado?

—Sí.

—Compra merluza. Está espectacular —me aconseja, con una bolsa en la mano.

—¿Viene de allí?

—Me levanto temprano.

Me despido de ella y doblo una esquina hasta una escalera que sube a otra calle más alta. El bullicio del mercado se escucha de fondo. Allí encuentro puestos repletos de frutas jugosas, aceitunas de todo tipo, quesos aromáticos y los vendedores entusiastas ofreciendo sus productos locales con una cálida sonrisa.

—Pruebe, señorita. —El quesero habla en griego, pero por el gesto deduzco lo que me dice.

Como un trocito de queso azul que cojo con dos dedos y lo saboreo; se derrite en mi boca. Compro una cuña para una crema y voy hasta el puesto de pescado a por la merluza que

prepararé para la cena.

***

Me encuentro absorta en la cocina de mi encantadora casita de alquilada por un mes y pienso que alargaré la estancia sin un final cierto. Preparo con esmero un plato tradicional griego con la merluza que he comprado. Huele a especias y a aceite de oliva. Remuevo el guiso, concentrada en las diminutas burbujas. El utensilio de madera acaricia el fondo de la olla y mis pensamientos van hasta un lugar lejano, a más de siete mil kilómetros.

A veces reparo en la indudable cercanía de Álex, así lo perciben mis sentidos, sin duda trastornados, como si me vigilara y controlara. Añoro, aunque parezca raro y sea poco comprensible, la obsesión por mi bienestar. Sin embargo, sus últimas palabras resuenan dentro de mi corazón. Me hiere, me sigue haciendo mucho daño que me culpara de la pérdida del bebé.

Fuiste cruel.

Fuiste muy cruel.

De repente, un suave golpe en la puerta me saca del trance. Suelto la paleta sobre la encimera y el corazón me palpita con fuerza.

No puede ser él.

Recorro el salón y observo el vestíbulo. De nuevo, unos nudillos contra la madera me hacen dar un respingo y me llevo la mano al pecho.

—Es imposible —me digo y me dirijo a abrirla.

Mi vecina, la señora Papadopoulos, me saluda con una sonrisa, el cabello plateado y las manos cruzadas.

¿Qué es eso? ¿Decepción?

—Perdona que te moleste, Amanda, pero mi hijo me ha invitado a pasar la noche en su casa para celebrar su cumpleaños con una cena y no estoy para caminar tanto. He pensado que podías acercarme en tu coche. —Habla del pequeño híbrido que también he alquilado para acercarme a la ciudad y a playas recónditas—. Si puedes y no es mucha molestia, claro. El camino, solitario y demasiado largo, agota a una vieja como yo, ya algo limitada mi movilidad —insiste.

—Por supuesto. ¿A qué hora tiene que estar allí?

—A las nueve. En Firopotamos. ¿Lo conoces? Es un lugar precioso y… muy romántico.

—¿Quiere almorzar conmigo? He preparado la merluza que me recomendó.

—Oh, estaría encantada.

La invito a pasar y aparto la olla del fuego. Preparo la mesa mientras ella toma asiento en la terraza mirando al mar azul.

—Eres muy generosa, cariño —expresa con gratitud y un gesto de asombro al probar el pescado—. Esto está… para chuparse los dedos.

—Soy chef. Cocinera.

—Sé perfectamente lo que es chef, quiero decir que conozco esa palabra en concreto. Algunas se me han olvidado. Cada vez más. Será por la edad. —Sonrío—. Y dime, Amanda, ¿qué te ha traído a este lugar? —pregunta, directa.

Miro el horizonte en busca de la respuesta.

—Es… una historia un tanto complicada.

—Todo lo es, o no. Nosotros las enrevesamos más. ¿Se dice enrevesamos?

Asiento.

—Vine aquí buscando un nuevo comienzo, un lugar donde dejar atrás el pasado.

—Entiendo. A veces necesitamos alejarnos de lo que nos hace daño para sanar nuestras heridas. Pero, querida, algo me dice que hay más detrás de tu decisión. Y deja de llamarme de usted. Me recuerda que soy demasiado mayor.

Bajo la mirada.

—Tienes razón. Vine aquí por amor, por desamor más bien. Un hombre destrozó mi corazón y pensé que alejarme de todo sería la forma de curarme.

—Ah, el amor. Maravilloso el amor. Encierra, no obstante, algún que otro dolor agudo que todos hemos sentido alguna vez. Pero déjame decirte algo. La superación no radica en huir de tus sentimientos, sino en confrontarlos y sanar desde adentro.

—¿Cómo puedo sanar si todavía duele tanto?

—El dolor es parte del proceso de curación. Permítete sentirlo y llorar si es necesario. Pero no te quedes estancada en ese dolor. Utilízalo como combustible para renacer y encontrar tu verdadero camino.

—Supongo que tienes razón. No puedo seguir evitándolo eternamente.

—Exacto, querida. La vida está llena de duelos y desamores, pero son estas experiencias las que nos hacen más fuertes y nos permiten crecer. No dejes que el pasado te defina, utilízalo para forjar un futuro brillante.

—También… —Trago con dificultad—. Perdí un bebé. Tenía casi cinco meses de embarazo. —El semblante le cambia a uno más serio si cabe—. Es la primera vez que hablo de mi habichuela en voz alta con alguien que no sea Ava.

—Lo lamento mucho. Te entiendo a la perfección. ¿Quién es Ava?

—Mi mejor amiga.

—Yo también perdí un bebé.

—Oh…

—Falleció a la semana de nacer. Una malformación congénita del corazón. Pero ¿sabes qué? Lo sigo llevando aquí conmigo. —Se acaricia el pecho a la altura del corazón—. Y tú debes hacer lo mismo.

—Gracias, Helena. Tus palabras me han dado fuerza y esperanza.

—Eso es lo que quiero escuchar. Recuerda, siempre hay luz al final del túnel. Nunca dejes de buscarla. —Nos comemos el postre, unos diples elaborados con masa fina estirada hasta formar tiras largas y delgadas, fritos en aceite muy caliente, doblados para darles formas de lazo, mojados en almíbar y untados en miel con un toque de frutos secos picados y canela espolvoreada.

—Te salen mejor que a mí. ¿Dónde has aprendido?

—En YouTube, una plataforma donde se suben vídeos y…

—Sé lo que es YouTube. Veo novelas turcas.

Me hace soltar una carcajada y libero endorfinas. Hacía mucho que no reía así y… un segundo más tarde, un sentimiento de culpa por ese momento efímero de felicidad puede conmigo y se refleja en mi mirada.

—No lo hagas.

—¿Qué?

—Sentirte mal por reírte. La vida va de eso, de ser feliz, Perdiste a tu hijo, pero tú sigues aquí y no tienes más opción que vivir.

—Se me hace cuesta arriba a veces.

—Y dime… ¿Sigues enamorada de ese hombre?

Encojo los hombros y suspiro.

—Supongo que sí.

—El amor no se supone. Se sabe, se siente aquí. —Se clava un dedo en el pecho—. Y algo me dice que no lo has olvidado. Sigues sintiéndolo.

—Ojalá fuera más fácil. El amor, la vida, las relaciones.

—Todos cometemos errores.

—Antes de marcharme dijo algo que me destrozó. No fue un error, lo hizo a conciencia.

—Estaría desesperado. Nadie querría que una mujer como tú se alejara de su lado.

Frunzo el ceño. Helena sabe demasiado.

—¿Cómo puedes dar en el clavo siempre?

—La edad te enseña, aprendes a ver más allá de lo que tienes delante. Lees a las personas.

—¿Me leíste a mí?

—Supe que estabas rota. Y enamorada. Que buscabas paz después de librar una gran batalla. Y te voy a decir una cosa bonita, las batallas se pierden, las guerras se ganan.

¿Abandoné? Estoy segura de que no.

—Esa guerra comenzó perdida. No tuve más opciones que aceptar la derrota.

—Seguro que tienes aliados que luchan por ti cuando te cansas. —Se levanta—. Y ahora voy a prepararme. Mi hijo odia la impuntualidad. No se parece a mí, salió a su padre. Yo prefiero dejarme llevar. Vivo sin planes y sin horarios. Por cierto, cenas con nosotros. Estás demasiado sola.

65

AMANDA

No seguimos la misma conversación en el coche, una hora más tarde. Nos dedicamos a disfrutar la puesta de sol sobre el horizonte y Helena habla de sus tres hijos, dos de ellos afincados en Australia.

Cruzamos olivos y viñedos bajo un sol crepuscular que dibuja una estampa de película mientras conduzco a un lugar espectacular.

Mi vecina me habla de a qué se dedican sus hijos y de sus años de vida en Londres, sus estudios y lo que tuvo que luchar y trabajar para sacar a su familia adelante cuando su marido falleció demasiado joven ya aquí en Milos.

Aparece ante nosotras una cala oculta por una colina, sobre la que se encuentra la casa, una edificación pequeña y blanca, preciosa, rodeada de luces que señalan el camino.

—Tienes que dejar el coche aquí. El resto del trayecto hay que hacerlo andando —indica.

Bajamos del híbrido azul y recorremos el sendero, de unos cien metros, rodeado de vegetación muy verde, adornado incluso con algunas flores.

—Es impresionante —comento.

—Me alegra que te guste, niña. Tiene una historia, hace muchos años, esta casa la habitaba una familia de pescadores, no era así, como la ves ahora, les costó mucho convertirla en esto. Construyeron aquí sus sueños, un hogar lleno de amor y felicidad. Vivían del mar, incluso había un huerto con hortalizas, eso les ayudó a sobrellevar el hambre. La pesca no siempre le rendía lo suficiente y tuvieron que buscar otras formas de mantenerse. Hasta que la desgracia les sobrevino, no una vez, sino varias, y tuvieron que reinventarse.

—¿Cómo sabes tanto sobre ellos?

—Porque te hablo de mí, de mi familia, mi marido y mis hijos. Aquí los crie.

Me sorprende lo que me cuenta y que no me haya hablado de eso antes, mientras veníamos en el coche.

—¿Te marchaste por los malos recuerdos?

—Esta casa está lejos y me mudé a la que ya conoces. Mi hijo mediano se la quedó. Pero no me trae malos recuerdos, sino todo lo contrario. Debemos recordar los buenos, y el desamor es uno de ellos, nos enseña, aprendemos de él. Incluso en los momentos más oscuros, siempre hay esperanza y belleza en el mundo.

Nos detenemos a unos pasos de la puerta principal, de madera clara.

—He perdido la fe en ese mundo del que hablas.

Helena sigue:

—El viaje hacia la superación comienza en lugares inesperados. Un nuevo comienzo nos espera, a todos, sin importar la edad o las circunstancias. Y tú eres muy joven para rendirte.

La puerta se abre muy poco a poco y ambas miramos en esa dirección. Un brazo fuerte y moreno se atisba en la ranura hasta que la persona que hay a dos metros lo llena todo con su presencia.

Alex… No estoy segura de si lo pienso, o susurro su nombre, se escapa de mi boca, anhelándolo.

—Mi trabajo aquí está hecho —asegura Helena—. Es el destino, querida, el sino mueve hilos a su antojo, nadie puede manejarlos —explica ante mi atónito rostro.

La sangre me corre por las venas a mil por hora, llega a mi corazón, lo acelera bombeando con fuerza. Respiro y respiro y trato de comprender qué ocurre.

—No le des más vueltas. Déjate llevar. No luches contra el amor, únete a él. Es la única forma de ganar.

Se marcha caminando y observo cómo un vehículo se detiene junto al mío, ella sube a él y desaparecen por el camino, en casi la penumbra a esa hora del atardecer.

—Hola —Hudson llama mi atención—. Me alegra verte.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde estaba? ¿Has contratado un detective privado? Me espero cualquier cosa viniendo de tu parte.

Niega.

—Tengo contactos.

—Ava —afirmo.

—Ava selló su boca como buena amiga, pero Oliver es fácil de convencer. Demasiado blando para golpear tan fuerte la pelota. No sé cómo lo consigue —bromea, o trata de hacerlo para relajar el ambiente tenso.

—Será mejor que me vaya. —Doy un paso atrás.

—No, por favor. —Deshace la distancia que nos separa—. Me he recorrido medio mundo

para llegar hasta ti.

—Conseguir eso de lo que hablas es mucho más complicado que subir a un avión y viajar a Grecia. Me alejaste de ti.

—Lo sé. Y lo entiendo y lo lamento. He hecho el gilipollas muchas veces en mi vida, pero nunca tanto como aquel día contigo. Herir tus sentimientos me ha matado por dentro.

—¿Solo aquel día?

Sonríe de lado y relaja los hombros.

—Está bien. He hecho el gilipollas muchas veces desde que nos conocimos, pero deja que me redima.

—Si va a hacer que te sientas mejor, te perdono, pero con una disculpa no es suficiente.

—No vengo a por tu perdón.

—¿Y para qué has venido?

—¿Te lo preguntas? He venido a por ti —asevera con rostro serio y da otro paso hasta casi pegar nuestros cuerpos—. Amanda, me gustas desde el primer día que te vi. No sé cuándo me enamoré de ti, creo que antes de lo que reconozco, pero no estoy acostumbrado a dejarme llevar por estos sentimientos. Me daba miedo quererte tanto, me dabas miedo. Cuando pasó lo del bebé, me sentí como un náufrago a la deriva en medio de un océano hostil. —Me acaricia el rostro—. No tuviste la culpa de lo que ocurrió. Yo tampoco. Nuestro hijo se marchó a un lugar mejor porque su destino era otro. No me preguntes cuál. Las cosas suceden, duelen y hay que superarlas, aunque nunca lo olvidaré. Pero no me apartes de ti, eres lo más importante de mi vida. Superémoslo juntos.

Lo pienso y durante unos largos segundos me debato entre luchar, rendirme, bajar las armas, o cargarlas y disparar con los ojos cerrados, a diestro y siniestro. ¿Pero qué pasa cuando disparamos? Que las balas se portan como un bumerán, vuelven a nosotros de una forma u otra. La herida sangra en nuestro pecho, no en el de los demás.

—¿De qué conoces a Helena?

—Ha sido casualidad. Un golpe del destino.

—Se te dan bien las mujeres, hasta de edad avanzada.

—Fui sincero con ella cuando me dijo que te conocía al alquilar esta casa.

—Y la convenciste para que me trajera aquí.

—Fue idea suya.

Sus dedos en mi piel, acariciándola, me recuerdan cuánto lo he echado de menos y cuánto lo amo.

El amor, un sentimiento capaz de calmar hasta las aguas más revueltas.

—¿Puedo besarte ya?

—Tengo que pensarlo. Me hiciste mucho daño.

—Pero si no te beso, me muero.

—Ese no es mi problema, sino el tu… —Me calla la boca sellando sus labios con los míos, con mis brazos alrededor de su cuello y sus manos sosteniendo mi rostro. Y me doy cuenta de que él es lo que necesito, de que este mes de transición solo ha sido eso, una tregua para asegurarme de que nuestra felicidad va en la misma dirección, en construir una vida, con total seguridad, con altibajos, idas y venidas, pero de la mano, ayudándonos, apoyándonos, plantando un huerto de hortalizas, o surcando el mar con una red para pescar.

En lo bueno y en lo malo.

En la salud y en la enfermedad.

EPÍLOGO

Dos años después…

AMANDA

El sol se filtra por las cortinas entreabiertas de la habitación. Pintan destellos dorados en las delicadas sábanas blancas de nuestra cama. Alex y yo yacemos abrazados. Disfrutamos de un momento de paz en medio del caos del mundo exterior. Alzo el mentón y mi mirada se encuentra con la suya, después de hacer el amor con cuidado por mi casi finalizado embarazo. Se negaba a acostarse conmigo, pero tras la última revisión médica, en la que nos indicaron que el sexo y la penetración ayudan a acelerar el proceso y puede provocar el parto, se presentó voluntario enseguida.

También me obligó a cenar alimentos con mucho picante y caminamos un buen rato por los alrededores. Echo de menos Central Park, pero comprar una casa en la misma calle que Ava y Oliver ha merecido la pena.

El recuerdo de los desafíos superados, las risas y las lágrimas derramadas, todo, se grabó en nuestra piel como tatuajes. No olvidar el pasado sirve para evitar cometer los mismos errores, aunque esta norma no cuenta para Ice Beam, que sigue preocupándose demasiado y no ha aprendido a gestionar su control. Lo logramos, sabíamos que no sería fácil, pero poco a poco, tras nuestro encuentro en Grecia, nos dimos cuenta de que superar la pérdida de nuestra habichuela sería menos complicada y doloroso si lo hacíamos juntos.

Alex acerca su rostro al mío y lo acaricia con la mano, cierra los ojos y siento en lo más profundo que este es mi lugar, con lo lejos que me fui y lo cerca que lo tenía.

A veces no nos damos cuenta de que el amor no trata sobre darlo todo y quedarnos vacíos, sin nada; sino de luchar juntos, de ir en la misma dirección, de aportar granitos de arena para formar una montaña indestructible.

—Te amo —susurra Hudson, casi sobre mis labios—. Gracias por llegar y quedarte.

—Me obligaste —bromeo.

—No recuerdo haberte apuntado con ningún arma.

—Tus armas son otras… Más sutiles.

—¿Esta? —Me besa con cariño durante unos segundos, para cruzar la frontera y llegar al país de la pasión y el desenfreno—. Ponte encima —me pide.

—Tú y tus manías. No vas a aplastar al bebé.

—¿Has visto mi cuerpo?

Me subo a horcajadas sobre mi marido. Sí, nos casamos unos meses después de nuestro reencuentro, en Grecia, en aquella casa que nos unió, con Helena como testigo y Ava de Dama de Honor. La obligué a ponerse un vestido horroroso porque ella es la culpable de todo esto. No hablo en serio. Iba preciosa porque gracias a ella esto ocurrió.

Alex me penetra como si fuera a partirme, se aguanta las ganas y el deseo; cuando llega al fondo, gimo de placer.

—Me gusta verte, pequeña. Eres una diosa de todas las maneras posibles…

—Oh, sí. —Me balanceo sobre él.

De repente, siento un dolor agudo en el vientre y grito.

—Ay, ayyyyy…

—Te gusta, ¿verdad? A mí también. —Confunde mis chillidos de dolor con los del placer.

Me aparto de él ante su cara de confusión y desconcierto.

—Cariño —se queja—. ¿No te gusta? ¿Te has corrido ya?

—Creo que he roto aguas —informo, de pie junto a la cama.

A continuación, Ice Beam brinca como un saltamontes y pega los pies al suelo haciéndolo retumbar. Comienza a correr por la habitación como un mono enjaulado y grita como un grillo.

¿En cuántos animales puede convertirse una persona afectada por la histeria?

Rompo en carcajadas mientras intento contener el agua que sale por mi vagina y moja mis piernas y el suelo.

—Alex, Alex, Alex… —Lo llamo, pero él sigue deambulando sin rumbo fijo—. ¡Hudson! —bramo.

Se detiene en una esquina, me observa con las cejas arqueadas y… unos segundos más tarde viene hasta mí y se lamenta.

—Lo siento, cariño, soy un necio. Me he puesto demasiado nervioso. ¡Vamos a ser padres! —Traga con dificultad—. Voy a ser padre —susurra, atónito, con la mirada perdida en una alfombra.

—Alex, siento interrumpir de nuevo tu momento de locura y aceptación, has tenido ocho meses desde que nos enteramos para asimilarlo. Si no nos vamos al hospital ya, Alicia va a nacer en este dormitorio. Ahhhhhh. —Me quejo por una contracción.

—Mierda, ¡no! ¡No nazcas aquí, Alicia, por dios! ¡No tengo ni idea de cómo asistir en un parto! ¡La matrona en las clases me regañó en varias ocasiones por tomármelo a broma! —habla a la barriga—. ¿Por qué no presté más atención?

—Alex… —Le recuerdo lo que ocurre—. No es hora de charlas con el garbancito. Tengo que parirlo, no contarle lo gracioso que te crees que eres. Ayyyy. Otra… contracción.

Alicia sale de mí a las siete y cuarto de la tarde, unas doce horas después de ponerme de parto. Alex se ha quejado de que he apretado demasiado su mano y casi le parto las falanges. Qué exagerado, ni que una niña de cuatro kilos y medio estuviera saliendo de entre mis piernas, con hombros anchos como los de su padre e igual de cabezón, después percibo que en todos los sentidos.

—Hola, garbancito. Te llamas Alicia por una buena razón —le susurro a mi bebé, cobijado en mis brazos, recostados en la cama de la habitación del hospital, con Hudson a pocos metros, sin perdernos de vista, atendiendo una llamada telefónica de su madre que no ha podido estar con nosotros en este momento tan especial por un viaje improvisado con su nueva pareja, un hombre ya conocido por todos—. Tiene un significado muy especial que ahora no vas a entender.

—Su mirada serena me tranquiliza—. Pero quiero compartirlo contigo mientras tu padre discute con su madre. Tú no lo hagas nunca conmigo. Hace algún tiempo, antes de que llegaras a nuestras vidas, me quedé embarazada de un bebé que no pudo quedarse con nosotros. Fue muy triste, mucho, pero tras la tormenta, has llegado tú, nuestra luz, nuestro arcoíris. —Le acaricio el rostro y la cabecita, cubierta de pelo moreno—. Elegimos llamarte Alicia en honor a Alicia en el país de las Maravillas, una historia llena de magia y valentía, como la nuestra, como la tuya. Ella

persiguió un conejo para llegar a la madriguera y estoy segura de que tú has luchado ahí dentro por crecer sana y estar con nosotros como hizo ella, colándose por un túnel dentro de un árbol, tú… Bueno, entre mis piernas, ya lo entenderás cuando seas mayor. Como esa Alicia, tú tienes un mundo por descubrir, sueños por perseguir y retos que superar. Eres nuestra pequeña Alicia, nuestra niña arcoíris y te vamos a querer tanto, tanto, que tal vez algún día te moleste, porque trataremos de mantenerte a salvo, y tu padre llega a ser excesivamente controlador y pesado.

—Tres horas desde que nació y ya habláis de mí a mis espaldas —nos interrumpe Hudson con una sonrisa. Toma asiento junto a mí y nos abraza a ambas—. Esto es todo lo que quiero.

—Y ganar el partido del sábado —apunto.

—Me importa una mierda la NHL. Vosotras sois todo para mí.

—Vas a ser un gran padre.

—¿Eso crees? —La ilusión ilumina su rostro.

—Estoy segura. Pero vamos a probarte. Anda, cambia el pañal a Alicia.

—Cariño… —Se remueve con cara de susto.

Río.

—Solo es caca. —Me quita a la niña de encima y la tumba en mis pies. Abre el pañal y…

—Amanda, esto no es caca. Es petróleo. —Se tapa la nariz y frunce el ceño.

Suelto una carcajada y digo:

—Bienvenido a tu nueva vida, Ice Beam.

Él también sonríe.

—Llevo muchos años soñando con esto —afirma, limpia a nuestro bebé, lo abraza y cierra los ojos con su mejilla pegada a la de Alicia.

Y aquí… Un nuevo comienzo lleno de posibilidades infinitas. Un vínculo indestructible, como nuestra montaña de granos de arena, fortalecido por la superación ante la adversidad.

Juntos, los tres, imparables.

Una vida por delante.

ALEX

MISS PAPADOPOULOS.

Miro el cartel luminoso que cuelga sobre la fachada de un edificio en Inwood, el antiguo barrio de Amanda, a dos manzanas del que fue su apartamento y que dejó tras algunas disputas. Estoy seguro de que se negaba a abandonarlo para llevarme la contraria, le gusta sacarme de quicio y a mí me encanta que lo haga.

Me pone muy cachondo.

La polla me da una sacudida pensando en ella, porque es perfecta; bueno, no lo es, pero en eso reside la clave del amor. No hay persona perfecta, eso no existe, hay que aceptar al otro con sus más y sus menos y amarlo de todas las formas, y eso es lo que hago. Estoy muy orgulloso de ella, ha levantado este restaurante ella sola. Ami cree que va tan bien gracias a mi padre, con el que se asoció, sin embargo, él casi ni aparece y, aunque las recetas las idearon entre los dos, mi preciosa mujer ha ido haciendo cambios que han impulsado las reservas. Si quieres comer aquí, tienes que esperar de tres a cuatro meses.

Ha fusionado la gastronomía estadounidense con la griega de una manera exquisita, elegante y moderna con un toque nostálgico y tradicional que recuerda a las tabernas europeas.

Atravieso las puertas de cristal del local y me recibe una combinación perfecta en la decoración, con techos altos, paredes de ladrillo expuesto y una iluminación colorida que confieren un ambiente acogedor y sofisticado. Obras de arte contemporáneo, con una muy especial que rinde homenaje a nuestro destino: la señora Papadopoulos; una acuarela inmensa de esa casita en Milos sobre una colina apartada del mundo, pero muy cerca de nosotros. Sí, me costó convencer a Helena, pero conseguí que me la vendiera poco después y pasamos allí cortas temporadas, no muy largas por nuestros compromisos profesionales.

Sigo jugando en los New York Storms y, con el equipo, lo hemos llevado a la cima de las cimas. Ganando todos los títulos posibles.

—¡Hudson! ¿Qué haces aquí? —grita mi esposa, sentada en una silla y con algunos documentos sobre una mesa de la sala principal.

Cómo me conoce.

Mira su reloj de muñeca y sigue:

—Deberías estar entrenando —apunta, con el ceño fruncido.

Voy hasta ella y le doy un beso en los labios.

—Hemos terminado antes —informo, con una media verdad. He obligado al entrenador a que nos dejara salir un poco antes alegando un pequeño dolor en el brazo.

—No sé si fiarme. Estoy bien. Deja de preocuparte.

—Vengo a cenar. ¿Tengo que llamar y reservar para comer en el restaurante de mi mujer? —Ladeo la cabeza.

—Falta hora y media para abrir las puertas. —Se levanta y pone los brazos en jarra. Aprovecho para rodear su cintura con mis brazos y pegarla a mí. Ella se relaja.

—La lenteja está bien —incide sobre la razón de mi visita temprana.

Vuelve a estar embarazada, en concreto de cinco meses y… ¡Sigue trabajando! Un tema peliagudo del que no hablamos porque terminamos discutiendo, se forma la tercera Guerra Mundial en casa o donde quiera que nos pille. Le he pedido a Ava que la persuada para tomarse unas vacaciones, sin embargo, ni su mejor amiga ha logrado convencerla.

—Lo sé… —Le beso la mejilla.

—¡Jeffrey! —Llama a su mano derecha. Lleva con ella muchos años, en varios sitios—. ¡Dile a Samuel que vaya a la parte de atrás y abra a Davis!

—¿No puedes tomarte un descanso?

—Estoy descansada, Alex, no empieces que no terminamos.

—Me refiero de cinco minutos. Podemos ir a tu oficina… —ronroneo.

—No me tientes… —musita sobre mis labios.

—¡Jefa! ¡Davis no aparece! —la informa Jeffrey.

Amanda se aparta y va hasta el almacén. Yo tomo asiento en una silla y farfullo.

Ni follar puedo.

—Eh, cariño, ¿qué haces aquí? —Mi madre entra en el restaurante con Alicia de la manita y dando pasitos. La que siempre será mi bebé, corre hasta mí y la cojo en brazos. Ella sonríe y me nos damos besitos.

—Papi, papi, papi —repite, dando palmaditas en mis mejillas, y a mí se me hincha el pecho de una dicha inusitada.

—No quiere que la lleve en brazos, solo caminar —explica Mary, que ya no es Geller.

Huelo a dulce en la boca de nuestro garbanzo.

—Mamá, ¿qué le has dado?

—Helado.

—¿Sin lactosa? —ladro.

—Hasta el momento la niña no ha mostrado ninguna intolerancia. No seas obsesivo.

—Ni se te ocurra darle marisco. —Boquea como un pez con la boca—. ¿Le has dado marisco?

—Una gambita.

—¡¿Cuándo?!

—Hace dos días, Alex Hudson, y ni una ronchita. Deja de preocuparte antes de la cuenta. Que tú seas… como eres —me señala con las manos levantadas—, no quiere decir que Alicia lo sea.

—¿Estás hablando solo de comida?

Pone los ojos en blanco y va hasta la barra a pedir una copa de vino. De nuevo, tomo asiento, con mi niña aún en brazos y haciéndole carantoñas.

—Lo único que tienes que hacer es no salir a tu abuela —le digo

—Alex, ¿dónde está tu madre? —grita mi padre al cruzar también las puertas.

A ver qué ha pasado ahora.

Señalo la barra y camina con decisión hasta ella. ¿Se matan? No, se besan como si estuvieran solos y no hubiera un mañana, Robert le mete la mano por debajo de la falda y le pellizca el culo.

—Por favor, ¡hay menores en la sala! —Le tapo los ojos a mi pequeña—. Qué asco —mascullo.

Mis padres retomaron su relación hace un año, hasta volvieron a casarse, por eso ahora Mary es Hudson. Me pregunto cuándo llegará el segundo divorcio.

Una hora y media más tarde comienzan a llegar los clientes y toman asiento alrededor de las mesas asignadas, con manteles rojos, otros negros, y cubertería dorada. En una de ellas, la más grande, nos hemos reunidos la familia, al completo. James Black y Jess Olson con sus tres hijos, JJ, Alexandra y Eduard. Oliver Drake y Ava Black, con sus dos hijos, Oliver Junior, Maya, la niña de los ojos del jugador de beisbol, a la que no pierde de vista ni un segundo y se le cae la baba cuando la mira.

Amanda ha cumplido su promesa y ha cenado con nosotros, aprovechando que mi padre está aquí y se ha encargado de la cocina. Durante el postre, las chicas se marchan a un reservado a comenzar con las copas y nos dejan con los niños. Nos volvemos locos entre gritos, peleas y lloriqueos.

—Oliver, deja en paz a tu hermana —Drake regaña a su hijo porque no comparte el dulce con la pequeña.

—Se te ve el plumero, máquina —le manifiesto.

—Es el mayor. Tiene que…

—Ya, ya… —le corta James.

—¿Qué tienes que decir al respecto? Alexandra hace contigo lo que quiere —le rebate.

—Como nuestras mujeres —expreso, y reímos.

Los observo con devoción, en especial a Alicia, que juega en el suelo con unos ositos de lana, y el corazón se me serena, agradezco al universo que confabulara para unirnos a todos y creara esta bonita familia. Y allí, en medio del más puro caos, encuentro la paz, una sensación que me reconforta e inunda mi ser.

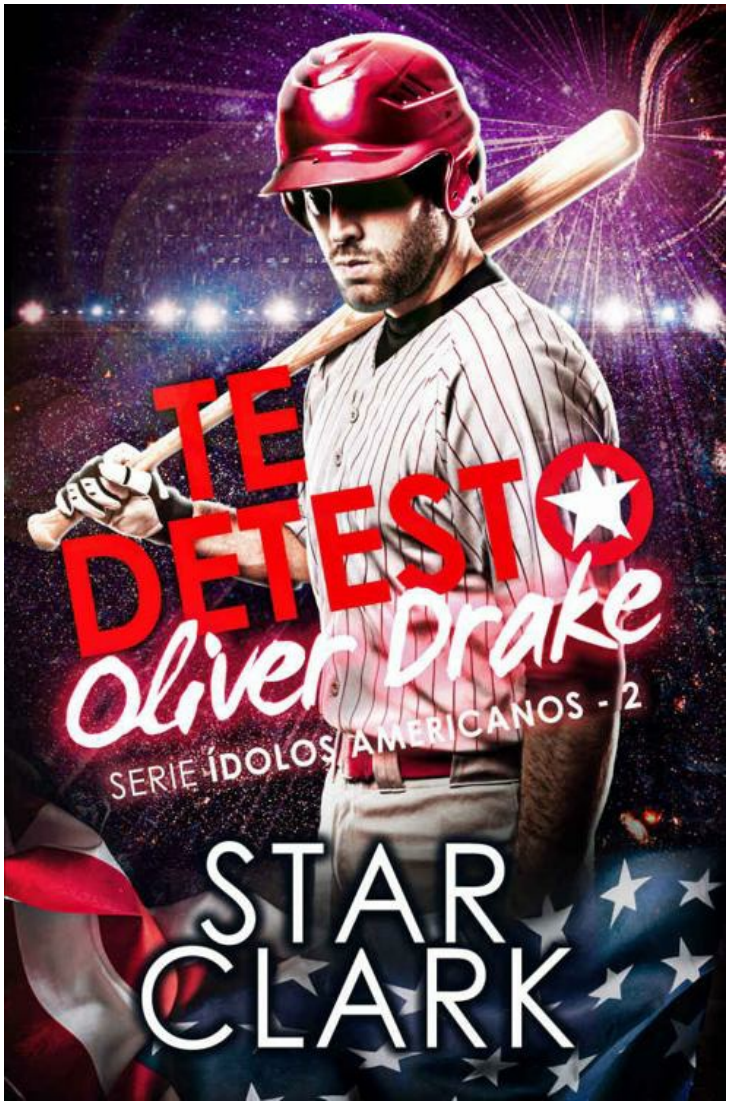
La verdadera felicidad no está en los lujos ni en las posesiones materiales, sino en la presencia y sonrisas de nuestros seres queridos.

Ahí reside la verdadera belleza, en nosotros mismos y en las personas que nos rodean.

Soy muy afortunado.

Sigamos viviendo.

SI NO CONOCES LA HISTORIA DE AVA Y OLIVER, AHORA PUEDES COMENZAR A LEERLA AQUÍ



Copyright © 2024 Star Clark

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, mayo 2024.

Título Original: Te detesto, Oliver Drake

Diseño y Portada: Amparo Tárrega

INTRODUCCIÓN

Soy Oliver Drake, el mejor jugador de béisbol de Estados Unidos, y lo sé. Cada vez que piso el campo, los espectadores se quedan asombrados ante mi presencia imponente. Mi destreza y habilidad son incomparables y nadie puede igualar mi talento en el juego.

Cada vez que agarro el bate, sé que será un jonrón seguro. Mi fuerza y precisión son legendarias, y cada lanzamiento que enfrento es solo una oportunidad más para demostrar mi dominio absoluto en el juego. Los lanzadores tiemblan cuando se acerca mi turno al plato, saben de sobra que no tienen posibilidad alguna de vencerme. En el césped, soy una fuerza imparable.

Mi velocidad y agilidad me permiten atrapar cualquier bola que se me acerque, sin importar lo lejos que esté. Los corredores adversarios se detienen en seco cuando ven mi brazo poderoso lanzando la pelota hacia la base, con la seguridad de que no tienen ninguna oportunidad de llegar a salvo. Soy el rey del diamante, el verdadero maestro del juego.

Mi nombre se susurra en cada estadio y mi legado será recordado por generaciones venideras. Soy el mejor jugador de béisbol de Estados Unidos. Nadie puede desafiar mi supremacía en el campo, pero fuera de él… Ella es mi mayor rival y no tengo armas para luchar en su guerra.

1

OLIVER

—Oliver, ¿estás preparado? —Mi padre entra en mi dormitorio sin pedir permiso. Me encuentra de pie frente al espejo vestido con un traje chaqueta y pajarita. Odio esta ropa, pero la ocasión lo merece—. Tu madre se está poniendo nerviosa. Cree que vamos a llegar tarde.

—¿Por qué eso no me sorprende? —Lo sobrepaso y voy hasta el salón de mi mansión en el exclusivo barrio de Malba. Cojo el reloj que aguarda en la mesa y lo abrocho en mi muñeca derecha; un Rolex de acero y oro.

—Porque lleva razón. Siempre llegamos tarde. —Abre la puerta y me anima a que lo siga.

—¿Están ya allí? Aún queda media hora para que comience.

—Hace veinte minutos. Ellos están hechos de otra pasta. ¿Quién era la chica que he visto salir? —Recorremos el pasillo hasta la puerta principal.

—Una amiga.

—Apuesto a que no sabes ni su nombre.

—Mariela, papá. ¿Cómo no voy a saberlo?

—No sería la primera vez que te acuestas con alguien y te olvidas de ella. —Cruzamos el jardín delantero.

—Que tenga un buen día, señor Drake. —Se despide de mí con un golpe de cabeza el jardinero que ha venido a podar unos setos.

—Estoy orgulloso de ti. De todo lo que has conseguido —me recuerda también el que es mi representante. Papá me enseñó a jugar en el patio de nuestra casa y en el parque de la manzana, hasta que dejó de ser un sitio seguro y tuvimos que olvidarnos de visitarlo. Yo no entendía por qué durante meses ni siquiera nos dejaban salir a la calle solos; años después comprendí que solo se preocupaban por nuestra integridad física.

—Y yo de Neil, se ha ganado a pulso todo lo que ha conseguido —le aseguro. Mi hermano ha superado grandes desafíos, como todos, pero él tuvo que dejar atrás un pasado peligroso que casi le cuesta la vida. Logró entrar en la Universidad de Nueva York y estudiar Trabajo Social,

una carrera que refleja su deseo de ayudar a los demás y hacer del mundo un lugar mejor.

—Estoy orgulloso de mis dos hijos por igual —concluye y deja caer una mano reconfortante sobre mi espalda antes de subir al coche hacia la graduación de mi hermano.

La vida en el Bronx nunca fue fácil para nosotros. Mis padres provienen de realidades muy diferentes: mi padre, estadounidense; mi madre, cubana. Pero a pesar de las adversidades y de sus familias, en contra de su relación, lucharon incansablemente para estar juntos y brindarnos una educación y unos valores sólidos que nos mantuvieran alejados de los problemas.

Sin embargo, Neil, mi hermano menor, sucumbió a las redes de las bandas callejeras. A pesar de lo mucho que insistieron en casa sobre la importancia de distanciarnos de la delincuencia, Neil se vio arrastrado. Por aquel entonces era un chico tímido y con muchos complejos, especialmente debido al *bullying* que sufría en el instituto. Entre los compañeros destacaba por su color de piel, heredado de la genética latina de mi madre, aspecto que lo convertía en blanco de burlas y discriminación. Mi físico y color de piel se parecen más al de mi padre.

A pesar de nuestros esfuerzos por apoyarlo y protegerlo, Neil buscó refugio en las calles del Bronx. Allí encontró una especie de familia en los Tigers Gold, queriendo tal vez hacerse notar y llamar la atención. Fue un período oscuro para todos nosotros, lleno de preocupación y angustia.

Por fortuna, mi hermanito encontró la fuerza para alejarse de ese mundo peligroso y buscar una vida mejor. Estoy orgulloso de él más allá de las palabras que acabo de decirle a mi padre.

Cuando llegamos al campus de la universidad en el que se celebra la graduación, nos dirigimos hacia la fila de sillas reservadas para nuestra familia. Allí mi madre nos espera con una sonrisa nerviosa en el rostro. Pronto me doy cuenta de que acceder a nuestro asiento no será tan sencillo como pensaba. Una multitud de admiradores se agolpa a mi alrededor, ansiosos por conseguir una foto o un autógrafo.

—¡Drake! ¡The Hammer! —gritan.

Disfruto de la atención y el reconocimiento por mi trabajo en el deporte nacional, pero en momentos familiares como este la aglomeración de fans resulta un poco agobiante.

Con habilidad, mi padre se abre paso entre la multitud y yo le sigo respondiendo amablemente a las solicitudes. Así, con varias interrupciones, conseguimos llegar a nuestras sillas. Mi madre nos saluda con alivio cuando finalmente nos reunimos con ella.

—No me acostumbro a tener un hijo tan famoso —dice al abrazarme.

—Pues ya deberías de estarlo, aunque el protagonista hoy no soy yo.

—Lo sé, pero mira a todas esas mujeres que te miran embobadas. Menudas pájaras —me advierte ella, de mente tradicional y que no aprueba que siga divirtiéndome y que no asiente la cabeza.

Echo un vistazo a esas féminas de las que habla y me fijo en una que me llama especialmente la atención. Pelirroja, con curvas, buenos pechos y bonita cara. Le sonrío y ella me corresponde mordiéndose el labio inferior, hambrienta; sé lo que quiere y puede que después se lo dé con

mucho gusto.

Los graduados desfilan hacia el escenario mientras sus familias los observan con orgullo y alegría en sus rostros.

Cuando llega el turno de Neil, el corazón me late con fuerza en el pecho. Sus logros representan mucho más que un simple diploma.

—Bravo, hijo mío —grita nuestra madre que rebosa de satisfacción dando palmas como si no hubiera un mañana.

Mi hermano le lanza un beso y ella aumenta su efusividad. Debe ser bonito sentir eso por un hijo, aunque la paternidad no está en mis planes ni a corto ni a largo plazo.

2

AVA

—Deberías tomarte unas vacaciones —propone mi secretario, un chico que en edad me sobrepasa dos años y que llegó a Crown y Asociados antes que yo. De pelo rubio, tez blanca y pecoso. Prometido con una chica muy simpática que trabaja de camarera en el bar de su familia en el SoHo.

—No puedo —respondo y señalo toda la documentación que se apila en mi escritorio. Soy abogada en un despacho con muy buena proyección en Nueva York y le dedico veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

—Nadie es imprescindible. —Alzo las cejas—. ¿Crees que, si se dan cuentan los socios mayoritarios de que eres prescindible, te echarían? —Pongo los ojos en blanco.

—No es eso y lo sabes.

—Lo sé perfectamente. —Se levanta con el iPad en la mano—. Eres una adicta al trabajo.

—Llama a Satya y dile que he de posponer nuestra comida —le indico.

—No es buena idea y tengo que decírtelo. —Me apunta con el dedo.

—Lo entenderá. —Hago un gesto con la mano para que se marche y trato de concentrarme. Gracias a Satya conseguí el despacho en el que me encuentro y la silla en la que tengo pegado el culo. Una mujer con varias empresas de juguetes a la que le caí en gracia mientras hacía la pasantía y la fiché como una de nuestros mejores clientes.

El teléfono me suena a eso de las seis de la tarde de un viernes muy movido.

—¿Amanda? —Descuelgo.

—¿Por qué preguntas si mi nombre te aparece en la pantalla?

—No la estaba mirando.

—Ya, ya. Tenías la mirada fija en la pantalla del ordenador o en esos folios con la letra tan pequeña. Vas a quedarte ciega. ¿Se te ha olvidado?

Dios mío…

Me muerdo los labios y agacho el semblante, aunque ella no puede verme y no sabe cuánto lo lamento, así que lo verbalizo.

—Lo siento, Ami —así la llamo—, se me ha pasado por completo.

—Te diría que no me lo creo, pero lo esperaba. Por eso te he llamado. Sal de ahí, date una ducha, ponte ese vestido tan bonito que compraste la semana pasada y coge un taxi. No llegues tarde.

—No te fallaré. —Pi, pi, pi, pi.

Dejo el móvil junto al teclado, busco mi bolso y la chaqueta y recorro los pasillos del bufete haciendo ruido con mis *stiletos* negros.

La fiesta de inauguración del restaurante en el que Amanda es la segunda chef se celebra en la séptima a las ocho de la tarde. Llego justo a tiempo para ver cómo cortan la cinta roja en la puerta y darle la enhorabuena a mi vecina y mejor amiga.

Sirven cócteles y platos gourmet durante la cena y socializo con los invitados, algunos conocidos, otros amigos, como Noah, el tercero en discordia.

—Estos creps de verdura están exquisitos —comenta con los dedos manchados de salsa de tomate tailandesa con un toque de jengibre.

—Mierda —mascullo.

—¿Qué ocurre? —Se limpia con una servilleta azul y me mira con el ceño arrugado.

—Están ahí Jess y Chris. —Me escondo tras él—. No quiero tener que saludarlos.

—¿Desde cuándo no los ves?

—Desde… No sé… Casi cuatro años. Joder… Vienen hacia aquí. —Les doy la espalda y tiro de Noah para que no me descubran—. ¿Por qué están aquí? Saben que Amanda y yo somos casi hermanas.

—Ava, bonita, son relaciones públicas. Es su trabajo.

—Chris es representante.

—Chupaculos de famosos, viene a ser lo mismo.

Susurramos tras una columna verde, ocultos por el centenar de personas que disfrutan de la velada.

Mi teléfono suena dentro de mi pequeño bolso de mano de color dorado.

—Es James. Tengo que cogerlo. —Voy a un lugar reservado en un patio repleto de vegetación donde las voces y la algarabía se convierten en un leve murmullo.

—¿Ava? ¿Me escuchas? —Mi hermano al otro lado.

—Estoy aquí. He tenido que salir de donde estaba.

—Papá y mamá deberían haber llegado ya a casa. ¿Has hablado con ellos?

—Tranquilo. Mamá me ha enviado un mensaje. Mañana iré a visitarlos.

—¿Dónde estás? ¿Y esa música?

—En la inauguración de Eden. —No le digo a quiénes acabo de ver. Dice que lo ha superado, pero yo no lo tengo tan claro.

—Es cierto. Te dejo entonces. —Escucho una voz de mujer de fondo.

—¿Estás acompañado?

—No seas cotilla. —También me cuelga. ¿Por qué mi familia y amigos suelen colgarme el teléfono sin siquiera despedirse?

—Se han marchado. Relájate —asegura Noah con dos cócteles, uno en cada mano, y me ofrece el de color naranja.

—¿Qué es? —Lo huelo.

—¿Qué más te da? Lleva zumo natural de naranja recién exprimido. —Él da un sorbo al suyo, morado—. ¿Qué se cuenta El Gigante Imbatible?

—Nada nuevo. Está con una mujer.

—Vaya novedad —ironiza—. ¿No piensa sentar la cabeza?

Encojo los hombros.

—Olson lo dejó muy tocado.

—No me lo creo. Tu hermano puede estar con la mujer que quiera.

—Menos con Olson. Cambiemos de tema. ¿Cuándo vas a pedirle una cita a esa compañera tuya? —Noah trabaja como comercial en una promotora muy importante de la costa este.

—No sabe ni que existo.

—Eso es mentira.

—Lo que tú digas. ¿Cuándo vas a volver a salir con alguien? —Hurga en la herida y hace pupita.

—No, gracias. Quedé bien servida.

3

OLIVER

—Joder, nena, qué bien lo haces —gruño, mientras la pelirroja me hace una mamada en los baños del campus de la universidad.

—Eso no es lo único que sé hacer bien. —Suspira y me observa con los ojos brillantes, arrodillada en el suelo.

—Y lo quiero comprobar, muñeca —gimo agarrando su pelo.

Sin decir una palabra, nos hemos adentrado en el aseo y dejado atrás el bullicio de la multitud una vez ha finalizado el acto.

La levanto con urgencia, muerdo sus labios en un beso ardiente, hambriento, a la vez que nuestras manos se mueven con agilidad, asfixiante el calor de su piel contra la mía. ¿He dicho ya que me encantan las mujeres y todos los atractivos que me ofrecen?

Joder, qué buena está.

—Apoya las manos en la pared —le pido para levantar su vestido y dejar al descubierto su culo en pompa.

—¿Te gusta lo que ves? —Ella también sabe jugar a esto.

—Me encanta, tienes un trasero de infarto —argumento, saco un condón de mi bolsillo y lo abro con los dientes.

—¿Entonces a qué esperas para follarme?

—Las ansias te pueden… Me gusta… —siseo y me lo coloco.

—Mi familia me está esperando…

Mierda, la mía también. Ni he esperado a que mi hermano se reuniera con nosotros.

Aparto a un lado sus bragas y la empalo de una estocada. Ella jadea y le cubro la boca con la palma de mi mano izquierda. La derecha la utilizo para sostenerla con firmeza por la cintura. Entro y salgo, entro y salgo. Le acaricio las tetas que sobresalen del escote de su vestido y sus

gemidos retumban en el habitáculo.

Ni siquiera intenta reprimir los gritos, o si lo hace, no lo consigue; se le escapan de la boca como a cualquier demente. Me gusta tener el control.

—Más fuerte, más fuerte…

—¿Así? —La parto en dos.

—Dame con tu gran bate, Oliver Drake. —Sabe mi nombre, todo el mundo lo sabe, pero yo no recuerdo el suyo.

—Te gusta, eh, estás a punto de correrte, nena. —Entro y salgo. Entro y salgo.

—No antes de que lo hagas tú. Quiero complacer al mejor jugador de los Yankees.

Qué cachondo me pone que quieran darme placer.

La embisto con más fuerza y me agarro de sus caderas para entrar en lo más profundo de su sexo. Un cosquilleo me recorre la columna, es el heraldo de un buen orgasmo.

—Voy a explotar. Sí, sí, sigue… —dice entre gemidos.

—Y yo contigo, me has puesto a mil. —Suelto todo el aire que he retenido en mis pulmones y reviento como una olla a presión, igualmente ella arquea la espalda, señal inequívoca de que el clímax también la inunda por completo.

Y entonces, en medio de la exaltación del momento, el inevitable choque de la realidad. Un estruendo repentino nos saca bruscamente de nuestra intimidad.

—Joder, hermano, ¿no vas a respetar ni un momento como este? —Neil y yo nos miramos entre risas nerviosas, conscientes de la aparatosa escena que acabo de protagonizar en el baño.

La pelirroja ni siquiera se inmuta. Se sube las bragas y se recoloca las tetas en presencia de mi hermano.

—Enhorabuena por la graduación —comenta a Neil antes de cruzar la puerta del cubículo.

—Y a ti por conseguir que el facilón de James pase de mí para echar un polvo en el baño como un adolescente hormonado.

—Ha sido un placer —le responde al tiempo que me da un beso fugaz en los labios antes de marcharse y dejarme una tarjeta de visita en el bolsillo del pantalón.

La observamos hasta que desaparece de una manera airosa y mi hermano me devuelve la mirada.

—¿La conocías? —La señala con el pulgar. Niego y me abrocho pantalón, camisa y chaqueta — ¿Piensas volver a verla? Es guapa.

—No sé ni cómo se llama. —Me aseguro frente al espejo que todo está en su sitio. Los

fotógrafos me persiguen a todas partes.

—Hoy no solo me he graduado yo, tú también has recibido un diploma al más capullo y arrogante del universo.

—Ya, pero yo he follado, ¿cómo piensas celebrarlo tú? —Le doy un golpe amistoso en el brazo y los dos salimos de los aseos del campus orgullosos, cada uno por sus logros. El mío, una pelirroja que me ha sacado el primer orgasmo del día.

4

AVA

—Yo me marcho. Mañana me levanto muy temprano —nos informa Noah en la puerta de Eden. Los invitados se han marchado y vamos a celebrarlo a una discoteca de moda.

—¡Pero si *bañana* es *sábalo*! —Se me traba la lengua por todo el alcohol ingerido.

—Noah, es mi día. ¡Y no me he tomado ni una copa! —Lloriquea Ami.

—Ava te acompaña. —Le da un pequeño abrazo—. Cuida de ella. Ya va bastante… —Me escudriña—… beoda.

—Eres un aburrido —le acuso, como si yo fuera la reina de la fiesta y salgo de uvas a peras.

—Tengo que acompañar a mi jefe a una reunión en Newark. —Deja un beso en mi mejilla—. Hasta mañana.

La música suena con fuerza en Temple, un local de moda al que acuden cientos de famosos y donde me hacen la ola cada vez que vengo, con alfombra roja incluida, porque saben que soy la hermana de James Black. Él mismo me trajo aquí hace un año y desde entonces soy clienta vip.

Pasamos a un reservado y la botella de champán tarda en llegar treinta segundos.

—Cortesía de la casa, señorita Black. Pasadlo bien —indica un camarero con el flequillo muy largo.

—Gracias. —Amanda y yo brindamos y nos movemos hasta la pista de baile a danzar al ritmo de algunas canciones. Levantamos las manos, meneamos las caderas, acariciamos nuestros cuerpos… Tras una media hora, volvemos a nuestra mesa y rellenamos los vasos vacíos.

—¿Ava? —Una voz que no reconozco suena a mi derecha. Alzo el mentón y achino los ojos. Entre la oscuridad y mi mareo no acierto a adivinar de quién se trata—. Hola, Ava. —Camina hasta mí y me da un beso en la mejilla. Nos conocemos con total seguridad. Amanda le echa un vistazo de arriba abajo al morenazo que tengo delante sin disimular y me insta con un golpe de cabeza a que diga algo.

—Eh… ¿Nos conocemos? —Me suena su cara.

—Soy Oliver. Nos presentó James hace… No me acuerdo. Hemos coincidido un par de veces.

—¿Oliver Patynson? ¡¡Cuánto tiempo sin verte!! ¡¡Y cuánto has crecido!! ¿Te has teñido el pelo? Te recordaba rubio y con rizos. —Amanda viene hasta mi lado y me da un pellizco en el culo—. ¡Ay! —me quejo ante su rostro pálido y me masajeo la zona herida.

—Soy Oliver Drake —responde con gesto… ¿divertido? No logro descifrarlo.

—¿Drake? —Busco en lo más profundo de mi cerebro quién es Oliver Drake.

—James y yo somos amigos. —Frunzo nariz y boca. Ami me pellizca otra vez.

—¡Ay! —Me remuevo—. ¡Tía, qué te he hecho!

—Ava, por Dios… —reza mi amiga.

—Juego en los Yankees —sigue el hombre tremendamente atractivo.

Por fin caigo en la cuenta de quién es el maromo. Me lo presentó mi hermano hace un año cuando lo acompañé a la Summer Fest y los vi a los dos hacerse fotos con bañadores turbo horteras.

—¡Ah, sí! ¡Oliver Drake! —Le doy un golpe en el pecho—. Perdona, no veo sin mis gafas. —Esto no es mentira, sino una media verdad, y la utilizo como excusa.

—No te preocupes. ¿Cómo está James? Hace mucho que no hablo con él.

—Bien, bien. En Miami… —No sé qué decirle.

—¿Estáis solas? Mi hermano se ha graduado hoy y estamos celebrándolo. Podéis acompañarnos si os apetece.

—Estamos bien, gracias. —Ami me clava un dedo en la espalda. ¿Es una queja? Paso.

—¿Seguro? Nos encantaría que nos acompañarais. —Este tío y yo no nos conocemos en realidad. Parece que él tiene ganas de seguir hablando, pero yo giro unos centímetros mi cuerpo hacia Amanda—. Vale, pues… Me marcho. Dale recuerdos a James.

—Sí… —Muerdo la pajita de mi copa.

—¡Ava! ¿Cómo no has reconocido a The Hammer? Oliver Drake sale en las noticias continuamente.

—No veo la tele.

—¿Y no tienes redes? Ese trabajo te tiene absorbida. Deberías salir más y ver algo de deportes.

Alzo una mano.

—Doy fe de que estamos de fiesta. ¿O no?

—Desde luego que sí. ¡Aunque hayas rechazado la invitación de Oliver Drake! —grita, y canturreamos la letra de una canción de los Rollins.

Dos horas más tarde salimos a la calle, nos paramos junto a la carretera y nos disponemos a detener un taxi que nos lleve a casa. A mí al séptimo C y a ella al sexto A en Inwood, en concreto a dos latas de anchoas de veinte metros cuadrados. Los pisos son caros en Manhattan y nosotras nos conformamos con poco (no tenemos más remedio). Mi hermano me ha propuesto pagarme un *loft* de lujo, pero ningún hombre va a mantenerme y él tampoco.

—Ava, ¿os acerco? —Oliver se coloca a nuestro lado, a una distancia prudencial para no denunciarlo por acoso.

—Sí —contesta Amanda.

—No —digo yo—. Estamos esperando un taxi. —Mi amiga vuelve a darme un pellizco. Va a dejarme el culo como una pasa arrugada.

—Ava… —musita Ami.

—Tengo el coche aquí aparcado. —Drake señala un deportivo rojo al otro lado de la calle, al que se le encienden las luces y parpadean. Un grupo de personas revolotean a un metro y lo observan—. Y… Vamos a tener que irnos —anuncia.

—¿Eso es un coche? —balbuceo.

—Un Hennessey Venom F5 —apunta.

—Para mí como si fuera un carro tirado por caballos. —¿Cree que entiendo de coches?

Un grupo de personas nos rodean y comienzan a hacerle fotos. Amanda tira de mí y caminamos tras él hasta llegar al vehículo de Lucifer, eso parece. Rojo sangre.

—Ahí no cabemos las dos. —Abre la puerta del copiloto y allí solo hay un asiento. Lógica básica.

—No tenemos tiempo para discutirlo. Entrad. —Me dejo llevar y mi amiga y yo nos espachurramos en escasos centímetros cuadrados, casi una encima de la otra.

Él arranca y el rugido me deja sorda. Amanda sonríe mientras yo trato de ponernos el cinturón, imposible, dada las circunstancias, y me quejo por la velocidad que ha cogido.

***

Me despierto en mi cama al amanecer junto a un cuerpo desnudo. No recuerdo qué pasó anoche ni cómo he llegado aquí.

Por favor, que se trate de Ami. ¿Con quién me he acostado?

—¿Ami? ¿Ami? —La empujo y rueda por el colchón hasta caer en el suelo.

—¡Ava! —Su cabello ensortijado le cubre los ojos—. ¿Qué haces?

—Ahora mismo voy a vomitar, pero dime qué hicimos anoche porque no lo recuerdo.

5

OLIVER

Cuatro meses después…

La luz del sol elevada sobre el horizonte anuncia otro día de intenso entrenamiento en el Yankee Stadium.

Nuestro entrenador, Lou DiMaggio, se dirige al centro del diamante con rostro encendido y mirada resolutiva. Sus palabras resuenan con estruendo en el estadio llamando la atención de todos.

—¡Muchachos, hoy es otro día para demostrar por qué somos los Yankees! —exclama con un tono voz firme—. ¡Hemos ganado la liga, pero eso solo es el principio! —Estamos con la mirada fija en la Serie Mundial que durará un mes y medio.

Comenzamos con ejercicios de acondicionamiento físico. Corremos alrededor del campo, empujándonos a nosotros mismos al límite. El sonido de las pisadas se mezcla con los latidos de nuestros corazones, creando una sinfonía de esfuerzo y dedicación.

Nos dividimos en grupos para trabajar en diferentes aspectos del juego. Los lanzadores se dirigen al montículo, trabajan en su control perfeccionando los lanzamientos. Cada lanzamiento es ejecutado con precisión milimétrica, buscando ese punto dulce entre velocidad y ubicación.

Los bateadores se reúnen en el *home plate*, enfrentándose a lanzamientos rápidos y curvas engañosas. El sonido del bate al hacer contacto con la pelota resuena en el ambiente mientras mis compañeros buscan la perfección en cada swing.

Los jugadores de cuadro practican sus fildeos, lanzando con precisión y rapidez a las bases. Cada movimiento es fluido y calculado, con la determinación de evitar cualquier error costoso.

En el jardín, los jardineros persiguen pelotas en vuelo, saltando y estirándose para hacer atrapadas espectaculares. La velocidad y agilidad se combinan convirtiendo a cada jugador en un muro defensivo impenetrable.

Yo me concentro en un entrenamiento personalizado con un técnico que me conoce bien. Nos animamos unos a otros, formando un equipo unido y comprometido con el éxito. Cada golpe, cada lanzamiento y cada fildeo es una oportunidad para mejorar y acercarnos más a la

gloria.

Al final, nos reunimos en el centro del campo, sudorosos y agotados pero satisfechos. Como de costumbre, nos damos la mano y nos felicitamos mutuamente por el duro trabajo realizado.

—¡Cada día nos acercamos más a la gloria! —Termina Lou.

Nos damos una ducha, charlamos sobre el próximo partido de una manera más coloquial y se van despidiendo hasta quedarme solo, como siempre.

—¡Eh, Drake! —Derek me llama desde la puerta de los vestuarios tras el entrenamiento, un compañero de equipo que acaba de fichar con nosotros—. Creo que aquí te están buscando.

—¡Diles que no doy entrevistas! ¡Que hablen con mi representante! —Ni levanto la mirada. Me pongo la camiseta blanca y cierro mi taquilla.

El estadio se encuentra en el Bronx y yo vivo en Malba, así que me queda un camino relativamente largo para llegar a casa y tirarme en el sofá. Por cierto, no solo bateo a la perfección, también soy el mejor Pitcher; lanzo la pelota como nadie, vuela tan veloz como un rayo.

—Creo que no va de eso —suelta y se marcha.

—Novato —masco. Cojo mi bolsa y salgo de los vestuarios, recorro el pasillo y llego al estacionamiento privado en el que tengo aparcado mi coche de quinientos mil dólares.

—¡Oliver! ¡Tu padre te está buscando! —Ahora es Joe, uno de los Catcher, el que me avisa.

Mi padre debería estar de camino a Los Ángeles. Con mi madre. De vacaciones.

Miro hacia todos lados, preocupado.

Algo muy gordo ha debido de ocurrir para que no hayan subido al avión.

Joder. La mujer con la que me acosté anoche… ¿Habrá hablado con la prensa? No sería la primera vez que una de mis amantes le vende una historia al mejor postor.

—Oliver. —El rostro desencajado de mi padre me asusta más todavía—. Por fin te encuentro.

—He estado aquí todo el día. ¿Qué ha pasado?

—Es tu hermano. —Juraría que le tiembla el labio.

6

AVA

—Mamá, hablaré con él. Está bien, no te preocupes. —Cuelgo a mi madre después de una charla tediosa sobre el descerebrado de mi hermano y atiendo la llamada de mi secretario—. ¿Algún problema? —pregunto a Kevin al otro lado de la línea, mientras admiro las vistas desde el patio de la casa de mi hermano, en Miami Beach, después de navegar en su yate por las Islas Exumas, en el Caribe, donde he venido a visitarlo. He querido darle una sorpresa tras decidir tomarme esas vacaciones que tanto necesitaba y la sorpresa me la ha dado él a mí.

Bajo ningún concepto esperaba que su ex, Jess Olson, a la que vi en la inauguración del restaurante y, que tanto evité cruzarme con ella y su amigo Chris, esté aquí trabajando para él como asistente personal.

Esa mujer le hizo mucho daño en el pasado y como buena hermana me posicioné a su favor. Siento que mi hermano está traicionando mi confianza y, que, el hecho de que me la haya tenido que encontrar por sorpresa, hace que mi postura quede exagerada y fuera de contexto.

No sé a qué están jugando estos dos, pero tras la muerte repentina de nuestro padre hace un par de meses, mi hermano no está centrado y temo que la presencia de esta mujer de nuevo en su vida, lo acabe de desestabilizar aún más.

Su perra, Tackle, corre a mi alrededor y me obliga a lanzarle una pelota. Llevo sola desde anoche; los tortolitos salieron a una cena para celebrar una victoria con el equipo y aún no han vuelto. Mi hermano es James Black, el mejor jugador de la NFL y el mayor gilipollas de toda América, incluida norte, central y sur, así como este y oeste.

—Ava, siento molestarte. Sé que fui yo quién te animó a tomarte unos días libres, pero…

—Soy imprescindible.

—No tanto. Sin embargo… Tenemos un cliente nuevo y quiere que tú lo representes.

No me extraña que desee que yo sea su abogada, soy una gran profesional que me he hecho un nombre en muy pocos años. Eficaz, con los escrúpulos necesarios, inteligente, empática y muy persuasiva, capaz de convencer a jueces, fiscales, jurados y clientes de lo que yo dictamine.

—¿De quién se trata?

—Oliver Drake. El jugador de los Yankees.

—Sé perfectamente quién es.

—Imagino. ¿Quién no lo conoce?

—No es eso. Nos conocemos personalmente.

—Entonces no deberías representarlo.

—No nos conocemos tanto —explico—. Envíame toda la documentación. Cogeré el primer avión para Nueva York. —Cuelgo y observo a Tackle que ladra delante de mí—. ¿Qué quieres, bonita? —Abro la aplicación del móvil y busco un vuelo a Nueva York. Ninguno en las próximas horas—. ¿Quieres salir a dar un paseo? —Busco la cuerda y saco a Tackle a caminar un rato. Yo también lo necesito. Le diré a James que preste su jet privado a su querida hermanita y que su tripulación me lleve hasta casa.

Escucho ruido dentro de la casa a la vuelta de nuestra caminata y voy de nuevo hasta el jardín. Encuentro a mi hermano con los hombros hundidos delante de la piscina.

—Joder, soy un imbécil —dice en voz alta.

—Sí que lo eres, y no sabes cuánto —replico, muy enfadada y decepcionada— ¿Cómo se os ocurre?

—También has visto los vídeos.

—Como todo el mundo. Mamá ha llamado una docena de veces para saber qué está pasando.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad. Que Jess trabaja para ti y no he podido negarle lo evidente.

—Que es…

Saco mi teléfono y se lo paso. Un vídeo de estos dos locos bailando y besándonos en The Velvet que alguien grabó desde pocos metros y ni se percataron, los muy imbéciles.

—Hay más —indico.

—Ya. —Me lo devuelve— ¿Vas a sermonearme? Porque tengo muchas cosas que hacer.

—Eres mayorcito y estoy harta, además, tengo que adelantar mi viaje.

—¿Un idiota se ha metido en algún lío?

—Sí, uno tan grande como tú.

—No entiendo cómo no te aburre ese trabajo.

—¿Por qué crees que es aburrido? ¿Porque no me acuesto con mis clientes ni con mis subordinados? —Lo cabreo más—. Voy a hacer las maletas. Me encantaría decir que siento tener

que largarme, pero mentiría. —Camino hasta el salón.

—Ava. No te preocupes por mí. Podré manejar la situación —asegura.

—Hay cosas que no se pueden manejar, que escapan a nuestro control y… Jess para ti es una de ellas.

Por supuesto, mi hermanito, El Gigante Imbatible y el hombre que me defendía cada vez que discutía con algún niño o niña, me deja su avión (como si fuera una prenda de ropa) y piso suelo neoyorkino justo a la hora de cenar con Amanda y contarle lo que acontece más al sur. Noah también nos acompaña. Hoy no ha quedado con Megan, la compañera de trabajo a la que por fin se atrevió a pedirle una cita y con la que sale desde hace un par de meses. Al ritmo que van, estos se casan antes de la próxima primavera.

7

OLIVER

—Todo saldrá bien —aseguro a mis padres a los que he recogido en otro de mis coches, este con chófer, para dirigirnos al despacho de Crown y Asociados.

—¿Estás seguro de que esa mujer es la mejor? Es demasiado joven —insiste mi padre en el hecho de que Ava Black solo tiene 26 años.

—Sí, papá. No la contrataría si no lo estuviera, además es la hermana de un buen amigo, confío en ella —respondo. Ava me parece increíblemente atractiva, pero no me jugaría la vida y el futuro de mi hermano por echar un polvo con ella. Tengo millones de mujeres a mis pies.

—No sé, cariño. Yo pienso como tu padre. A lo mejor alguien con más experiencia… —Mi madre, asustada, secunda la moción de su marido.

—Confiad en mí —les pido antes de bajarnos del vehículo y cruzar el vestíbulo del edificio.

Subimos en el ascensor un puñado de plantas hasta que las puertas de acero se abren y el logo del bufete nos recibe sobre un mostrador de madera clara, y una chica con pinganillos en ambas orejas.

—Buenos días, señor Drake. —Me saluda—. Señor Drake. Señora Drake —repite a cada uno de nosotros—. La señorita Black les está esperando. Acompáñenme. —La seguimos entre cristales ahumados y comienzo a ponerme nervioso por lo que está por venir y por lo que nos dirá la abogada—. Pueden sentarse. La señorita Black vendrá enseguida. ¿Desean tomar algo? ¿Café? ¿Té? ¿Zumo? —Entramos en una habitación grande, con una mesa muy larga y doce sillas rodeándola.

—No, gracias —confirmo tras esperar la respuesta de mis padres.

Unos minutos más tarde, Ava aparece pisando con seguridad, con un traje pantalón color azul eléctrico y una blusa blanca de seda, tacones de infarto y un moño en la nuca. La polla me da una sacudida a pesar de la situación. Joder, lo lamento, me siento mal por mi hermano. Pero es una mujer extremadamente atractiva, y, que no me recordara la última vez que nos vimos y que pasara de mí de esa forma cuando intenté ligármela mientras la acompañaba a su casa en mi coche, me ha puesto muy cachondo de repente.

—Buenos días, señores. —Da la mano a papá y a mamá—. Hola, señor Drake, siento verlo en estas circunstancias —se dirige al final a mí.

De repente, la sala, que me parecía sumida en una penumbra tranquila, cambia por las luces que se filtran por las ventanas. Ava me mira y me ofrece una sonrisa cálida, tratando de calmarme, supongo.

—Bienvenidos. Por favor, siéntense —nos invita. Nos hemos levantado para recibirla. Ella se acomoda frente a mí.

Me dejo caer de nuevo en la silla con un suspiro pesado que no logro controlar. El rostro de mi madre lo marca la impaciencia y el de mi padre la frustración.

—Gracias por atendernos con tanta premura, señorita Black —habla mi padre.

—Necesitamos su ayuda. Mi hijo pequeño, Neil, ha sido arrestado injustamente por tráfico de drogas. Sé que es inocente —dice mi madre con tono desesperado, a punto de llorar.

—Ha debido ser un error —interfiero yo.

Ava asiente con comprensión y me mantiene la mirada buscando confianza, verdad, una mentira; leyéndome, estoy seguro.

—Entiendo lo difícil que debe ser para usted y su familia. Haré todo lo posible para ayudar en esta situación. Pero necesito que me cuenten todo lo que saben, todos los detalles —pide con seguridad y me fijo en sus labios, jugosos y brillantes.

Exhalo lentamente y recopilo mis pensamientos.

—Neil es un buen chico —advierto.

Ella abre una carpeta de color beis que hay sobre la mesa y lee durante unos segundos.

—Estuvo en una banda. Los Tigers Gold. Pobreza, violencia, drogas, carreras ilegales, asesinatos… —enumera sin más.

Me levanto y doy un golpe en la mesa.

—Mi hermano no es así. Solo tuvo una mala época.

—No lo estoy juzgando. —Me clava la mirada con temple—. Pero tengo que saber los detalles. No pueden ocultarme nada. Soy su abogada. Si me engañan o esconden cosas, no podré defenderlo.

Mi madre me pide que me calme y me siente.

—Neil estuvo en una banda cuando era joven. Consiguió salir de ella y ha estudiado en la universidad. Repito, ha debido ser un error —afirmo con los puños apretados.

—Lo entiendo, pero cualquier información es vital en estos momentos. ¿Cuál es su rutina? ¿Su círculo de amigos? ¿Su hobby? ¿Qué toma para desayunar? —Después de una hora, ella

sigue pidiendo más y más—. Necesitaré todos los detalles sobre el mensaje que recibió y por qué fue a la cita. Hablaré con él mañana mismo, pero necesito conocer vuestras versiones e indagar para esclarecer el asunto, conocer cualquier testigo que pueda haberlo visto aquella noche. Además, me gustaría que me proporcione todos los registros telefónicos y cualquier otra evidencia que pueda respaldar la inocencia de su hermano —ordena.

—Lo tendrá todo esta misma tarde —declaro.

—Antes del mediodía —casi me pisa la última palabra.

—De acuerdo. —Nos levantamos y mis padres le dan las gracias antes de salir—. Enseguida voy —les indico y me quedo con la abogada un segundo más.

—Mi hermano no merece esto. Es inocente —insisto.

—No me cabe la menor duda, señor Drake.

—Necesito que me crea.

—Confíe en mí.

—No nos cree.

—Mi trabajo no es creer en la inocencia de mis clientes, sino que otros lo crean. Mi equipo y yo lo sacaremos de la cárcel.

—Entonces me está dando la razón, cree que mi hermano es culpable, pero le aseguro que no lo es.

—Y es lo que tengo que demostrar, señor Drake.

Suspiro y me doy por vencido. Al fin y al cabo, eso es exactamente lo que quiero. En el fondo me da igual lo que piense de él, de nosotros.

—Eso espero. —Bufo y titubeo—. Ava… ¿Puedo llamarte Ava?

—Será mejor que sigamos los formalismos oportunos. —Respira en profundidad—. Ahora es usted mi cliente.

—Yo no estoy metido en ningún lío, mi hermano es el que la contrata.

—El contrato lo ha firmado usted y la factura está a su nombre.

—No se le escapa ni un detalle.

—Ninguno, es mi trabajo. Por eso soy tan buena.

—Y le sobra ego.

—No mucho más que a usted. Y ahora, si me disculpa, debo hacer unas llamadas. Le aseguro que este fin de semana su hermano dormirá en casa. Le pediré al juez la libertad vigilada bajo

fianza.

—Gracias —digo, admirado por su inteligencia y belleza.

Extiendo la mano hacia ella para estrechársela. Ella acepta el gesto y no sé por qué, pero inundan mi mente imágenes de esa noche en la puerta de su casa, ayudándola a salir del coche y asegurándome de que entraba en el hall y subía en el ascensor junto a su amiga. Un escalofrío me recorre la piel y pienso en el segundo que hubiera podido besarla, cuando me sirvió sus labios en bandeja y no lo hice por respeto a ella y a su hermano.

¿James?

Una carcajada mental cruza por mi mente: ¡Me hubiera dado igual mandar al cuerno al Gigante Imbatible si Ava me hubiera seguido el juego!

8

AVA

—¡No me jodas! ¿Oliver Drake es tu cliente? —me dice Amanda frente a mí, cada una con un margarita en la mano.

Nos encontramos en una animada terraza del SoHo donde el bullicio de la ciudad se mezcla con el murmullo de las conversaciones.

A lo lejos, un músico callejero entona con su guitarra melodías nostálgicas que atraen a una pequeña multitud de transeúntes detenida para escuchar.

—Su hermano, bueno, represento a su hermano, pero mi cliente es él —matizo tratando de mantener la calma ante su insistencia.

—Tanto monta, monta tanto —comenta Ami con una sonrisa traviesa. —¿No lo habías vuelto a ver desde el día de la discoteca tras la inauguración del restaurante?

—No, ni siquiera quería que nos llevara a casa —confieso recordando la incómoda situación de aquella noche—. Es un poco cretino, ¿no crees?

Y guapo, y atractivo, alto, fuerte…

Amanda me mira con complicidad antes de responder como si pudiera leerme el pensamiento.

—Te gusta, admítelo, Ava Charlotte Black.

—No me gustan los tíos que se ve a leguas pagados de sí mismos. No me gustan para nada —niego con un nudo en el estómago al recordar su arrogancia. Pero también soy consciente de su atractivo innegable, aunque no esté dispuesta a admitirlo.

—Yo solo veo a un tío bueno que parece muy interesado en ti —insistencia que provoca un ligero rubor en mis mejillas. —Y, no solo profesionalmente. ¿Por qué insistió tanto ese día para llevarte a casa?

—Porque odia sentirse rechazado —respondo con firmeza recordando la tensión palpable entre nosotros esa noche—. Y te recuerdo que no me llevó solo a mí.

—Eso hubiera querido él, pero ese día tú y yo éramos un pack indivisible, como los yogures de Whole Foods —bromea consiguiendo sacarme una sonrisa—. Si no lo quieres para ti, dame su teléfono para que pueda pedirle una cita.

—No puedo darte su teléfono porque él no me lo ha dado en una noche de fiesta —replico—. Y no voy a violar el código de protección de datos para que salgas con él. Además, es amigo de James y seguro que conoce de primera mano lo mujeriego que es Oliver. No creo que le hiciera gracia que tocara un pelo a su hermanita.

—Ay, tu hermanito —suspira Amanda dramáticamente —. Qué pena que ya esté pillado.

—Sí —asiento con pesar recordando la relación de mi hermano con Jess—. Pero bien pillado por esa… Espero que eso que tienen termine pronto.

—Deberías superarlo y aceptar que el amor ha triunfado entre ellos —sugiere Amanda con una sonrisa comprensiva.

—¿Amor? Lo pasó muy mal la primera vez que lo dejaron y no sé a qué narices están jugando ahora —admito con sinceridad, al descubierto mi instinto protector como hermana.

—Es rencor infundado —me reprocha Amanda con suavidad—. Esa chica a ti no te ha hecho nada y Oliver tampoco. Deberías darle una oportunidad.

—¿Oportunidad? Ni siquiera me ha pedido una cita —respondo con un toque de sarcasmo—, y ya estás elucubrando planes románticos para mi vida, una que me gusta y que no necesita llenarse con un hombre para ser plena.

—No, en eso tienes razón —admite Amanda con una sonrisa—. Lo único que tienes que llenar es la almeja. ¿Cuánto tiempo tienes el huerto en barbecho?

—Mi huerto está perfectamente —mantengo con firmeza mi postura—. Sé abonarlo y cuidarlo cuando me place.

—Pero no es lo mismo plantar zanahorias gordas que espolvorear por encima un poco de fertilizante —levanta las cejas, divertida. Le encantan las metáforas enrevesadas.

—Nueva York es un gran campo de nabos —respondo con ironía—. No necesito a ningún famosillo engreído para satisfacer mi apetito sexual, ni siquiera me gusta el béisbol.

—Apuesto a que, si pruebas su gran bate, cambias de opinión —insinúa con picardía y lo acompaña con un gesto: dedos en forma de «o» e introduce un par de veces el índice de la otra.

—Pues espero que pueda esquivar él los golpes de la prensa —respondo con seriedad recordando el reciente escándalo en el que está envuelta su familia—. Su hermano está metido en un buen lío.

—Algo he oído —asiente Amanda con curiosidad. —¿Crees que tiene algo que ver o que le han tendido una trampa?

—No lo sé —confieso—. Ese chico tiene un pasado muy turbio, pero mi deber es ayudarlo,

aunque sea culpable.

—Y de paso, darte un capricho con The Hammer.

—O darte a ti un martillazo para que dejes de insinuar esas tonterías. Entre Oliver Drake y yo jamás de los jamases pasará nada.

9

OLIVER

El despacho de Randy Levine, presidente de los New York Yankees, siempre impone respeto. Las paredes están decoradas con memorabilia del equipo y fotografías de momentos históricos en el béisbol. Me encuentro sentado frente a él, junto a mi padre y Lou, el entrenador del equipo. El ambiente está tenso y la preocupación se refleja en los rostros de todos los presentes.

—Oliver, esta situación con tu hermano es inaceptable. La mala prensa que está generando está dañando la reputación del equipo. Necesitamos actuar con rapidez y determinación para resolver esto de una vez por todas —dice Levine con tono de frustración.

Asiento con solemnidad, consciente de la gravedad del asunto. Mi padre mira preocupado y Lou permanece imperturbable, aunque puedo notar una chispa de inquietud en su mirada.

—Entiendo la preocupación, Randy —trato de mantener la calma en medio del ambiente tenso—. Estamos haciendo todo lo posible para manejar esta situación, pero la prensa no nos da la más mínima tregua.

Lou interviene con su habitual firmeza:

—Debemos ser transparentes y proactivos en nuestra comunicación. Necesitamos un plan sólido para gestionar esta crisis y proteger la reputación del equipo.

Mi padre asiente mostrando su determinación como mi representante, aunque sé que en el fondo está molesto por la manera en la que se está tratando nuestro drama familiar.

—Estoy de acuerdo. Debemos actuar con rapidez y determinación para evitar que esta situación se nos vaya de las manos. Pero no hay que olvidar que estamos hablando de mi otro hijo y lo están tratando como a un delincuente cuando no lo es —advierte mi padre.

La mirada de Levine se vuelve aún más intensa y puedo sentir cómo crece su cabreo.

—Me importan un carajo tus otros hijos, Tomas Drake. Si es inocente o no, también. Lo que es inaceptable es que un solo individuo con sus malas decisiones ponga en peligro el trabajo de tantos años. Debemos tomar medidas drásticas y resolver esto de una vez por todas — la estridencia de su voz resuena en la habitación.

Me levanto de la mesa con un enfado monumental. No puedo permitir que el presidente hable así sobre mi hermano, especialmente cuando está luchando por salir adelante. Me acerco a Randy Levine con decisión y le digo:

—Entiendo tu puta preocupación por la reputación del equipo, pero no puedo permitir que hables así sobre mi hermano. Neil está luchando contra sus demonios y ha hecho todo lo posible por redimirse. Mi familia y yo no podemos darle la espalda y ten por seguro que no lo haremos. Además, te recuerdo que sin mí el equipo perdería muchísima más popularidad. Soy una parte fundamental de esta organización, tanto dentro como fuera del campo. El espíritu de lucha y la dedicación de los Drake inspiran a muchos, incluidos los fanáticos del equipo.

—Eres un jodido arrogante, Oliver —escupe con sus aires de superioridad.

—No más que tú. —Siento unas ganas tremendas de darle un puñetazo y quitarle esa estúpida sonrisa de autosuficiencia de la cara, pero me contengo.

El silencio tenso llena la habitación mientras Randy Levine reflexiona sobre mis palabras. Finalmente rompe el silencio con voz firme y decidida.

—Lo mejor para todos es que estés un tiempo fuera del equipo mientras se resuelven tus problemas familiares.

¿Cómo puede sugerir algo así? He luchado tanto para llegar hasta aquí, y ahora quieren apartarme como si no importara.

—Sin mí, perderíamos mucho más que popularidad. No puedes simplemente descartarme de este modo. —Doy un golpe en la mesa, innecesario, pero necesito descargar la rabia que llevo dentro.

El presidente me mira con dureza. Sus ojos reflejan una determinación implacable.

—Lo siento, Oliver, pero ya he tomado mi decisión. Necesitas este tiempo para reflexionar y recuperarte. Y demostrarte que los New York Yankees seguirán siendo un gran equipo, con o sin ti. Es importante que sepas quién manda aquí y bajes esos humos que te gastas.

Mi padre y Lou intercambian miradas preocupadas, pero ninguno se atreve a contradecir al presidente.

—Espero que el que te des cuenta seas tú. Papá, vámonos, no quiero estar ni un minuto más aquí —anuncio. Mi padre se levanta en silencio, con dolor evidente en su mirada. Sabe que lo mejor es morderse la lengua y no empeorar la situación.

—Aunque no lo creas, espero que los problemas de tu hermano se resuelvan. —Con un nudo en la garganta, asiento en silencio, resignado a aceptar la decisión que ha tomado. Aunque me duela en el alma, sé que no puedo hacer nada más para cambiar su decisión y quizá lo mejor sea utilizar todo mi tiempo en sacar a mi hermano de la cárcel. La familia siempre ha sido una prioridad para mí y lo más importante de este mundo.

10

OLIVER

Ava cumple su promesa y, dos días después, me llama mientras estoy entrenando. Tengo un gimnasio en casa que me mantiene en forma. En este momento necesito más que nunca soltar adrenalina levantando pesas.

Que esté fuera del equipo tres semanas no significa que vaya a dejar a un lado mi rendimiento físico. Mi padre dice que el presidente ha sido benevolente. Tras negociar arduamente con él y con el equipo de prensa de los Yankees, no ha ampliado mi retiro un mes.

—*No la cagues más, Oliver. Te juegas mucho.*

Fue lo último que me dijo ayer tras conseguir reducir mi amonestación a veintiún días. Pero que conste que la gratitud del presidente, como siempre, redunda en su beneficio, porque, cuando termine mi retiro, jugamos un partido importante y me necesita al frente del equipo.

Hago tres repeticiones de bíceps, dejo las mancuernas a un lado y bebo un poco de agua de una botella fría colocada en el suelo. En ese momento mi teléfono suena sobre el banco de abdominales.

—Deme buenas noticias, señorita Black, las necesito —digo sin más al reconocer en el identificador que es ella quien me llama.

—Buenos días, señor Drake. Su hermano saldrá de la cárcel dentro de dos horas. Supongo que le gustaría recibirlo. Yo voy de camino. Tengo que preparar allí documentación. Lo hemos tramitado así para que a la prensa no le dé tiempo a enterarse y no le acosen en este momento tan íntimo.

—¿Le importaría recogerme? Sabe dónde vivo. Está en el contrato y no se le escapa ni una.

Tarda unos segundos en contestar, seguramente no lleve el contrato a mano para comprobar mi dirección, he sido demasiado pretencioso por muy inteligente que sea ella.

—Le pasaré la ubicación.

—De acuerdo. No está en mi cometido hacer de chófer de mis clientes, pero haré una excepción.

—No esperaba menos de usted, para eso le pago una buena suma de dinero.

—Al bufete, no soy *freelance*. Déjeme comprobar su ubicación —silencio unos segundos—. Ha tenido suerte, me coge de camino. Tardo diez minutos. No puedo esperarle ni un segundo, así que salga a la puerta en tres minutos.

—Le gusta dar órdenes, es usted muy dura con sus clientes.

—Solo me hago respetar, señor Drake, tengo que dejarlo, el tiempo es oro. —Cuelga y me deja con la palabra en la boca. Odio que hagan eso, pero me resigno porque la situación con mi hermano ya es bastante complicada y no puedo empeorar las cosas con la persona que tiene que sacarnos de este lío.

Piso la calle justo cuando un coche negro se detiene junto a la acera en doble fila. Con cristales tintados, uno de ellos se baja y el rostro bonito de Ava me saluda y me pide con cordialidad que suba.

—Gracias. —Me acomodo a su lado en la parte de atrás—. Veo que tiene chófer y no es usted la que conduce este coche.

—¿Cree que no soy digna de tenerlo? Le dije hace unos minutos que no está en mi cometido hacer de taxi para nadie, ni siquiera para mí misma. —Niego—. Es del bufete.

—Ya veo, por eso lo de hacerse de respetar.

—Exacto, y, si no le importa, póngase el cinturón a no ser que quiera más líos con la justicia.

Me gustaría rebatirle que no soy yo quien los tiene, sino mi hermano, pero de nuevo me contengo. Ava tiene un jodido don para acojonarme un poco y no sé si me encanta que tenga ese poder sobre mí.

Le hago caso y me pongo el cinturón. Ella habla sobre lo que va a pasar cuando lleguemos a la cárcel.

—Lo mejor es que se recluya unas semanas. Usted es una persona muy conocida y la foto de su hermano se paga a miles de dólares.

—También sabe de prensa.

—Sé de todo lo que necesito. Y lo que menos nos interesa es la prensa amarilla sacando fotos de su hermano en libertad y, mucho menos, pasándoselo bien en algún bar.

—¿Tiene que esconderse en su casa y morirse a la espera del juicio?

—Tiene que parecer inocente. No solo serlo. Y se le ha olvidado informarme que lo han retirado del equipo una temporada, eso no ayuda en este caso en concreto.

Me masajeo la sien.

—Yo no estoy acusado de estar implicado en ningún tema de drogas.

—No, pero su familia está en el punto de mira y que el equipo haya tomado esa decisión tan drástica, podría suponer que la prensa y el juez consideren algún tipo de implicación por su parte. Cualquier movimiento inusual de la familia resulta de vital importancia en estos momentos.

—Me han echado por no saber cerrar la boca a tiempo, por si le sirve de algo.

—Entonces entienda que no debe hablar más de la cuenta y que debe informarme de cualquier cosa que suceda en su vida y en la de su familia a partir de ahora.

—Está bien. Lo entiendo. Pero ¿cómo se ha enterado de mi salida del equipo?

Ava me mira frunciendo el ceño como si mi pregunta fuera absurda.

—Como todos los mortales, señor Drake. El gabinete de prensa de los NY Yankees ha lanzado un comunicado alegando que ha sufrido una lesión en el hombro, algo que ya he vivido con mi hermano. Solo he tenido que sumar dos más dos para saber que no ha sido por eso. Alegaron lo mismo cuando sacaron a mi hermano del equipo por otro tipo de problemas.

Efectivamente, has hecho una pregunta absurda.

—Cierto, me olvidaba que conoces de primera mano las tretas de los asuntos deportivos.

—Sí, ya sabe que no se me escapa nada, señor Drake.

—Siento lo de tu padre. Sé que James lo ha estado pasando muy mal con ese tema.

—Gracias, pero prefiero que me hable de usted, no somos amigos y esto no es una cita informal.

De nuevo esta mujer me deja sin palabras y acabo asintiendo como un autómata.

¿Será así de austera en la cama?

Lo dudo, seguro que ahí es una fiera que se desinhibe de su carácter recto y serio.

Deja de pensar en ella de ese modo.

El resto del trayecto lo hacemos en silencio. Ella lee documentos abiertos en una carpeta de cartón azul y no paro de pensar en qué hacer con Neil ahora. Va a pasar de una cárcel con barrotes a una en su propia casa. Esto ya le ha afectado bastante, no quiero que se hunda más.

Tras esperar a Ava en el *parking* unos veinte minutos, un hombre viene a buscarme y me pide que lo siga.

—Este no es el procedimiento habitual, señor Drake, pero es usted muy conocido y yo soy de los Yankees. —El funcionario habla mientras cruzamos un pasillo hasta una sala en la que me registran. Mi hermano aparece con Ava solo unos segundos más tarde.

—¡Oliver! —Su voz está rota, pero cargada de alegría.

—¡Neil! —Nos damos un abrazo.

—¿Dónde están papá y mamá? —me pregunta al ver que no han venido con nosotros— ¿Están enfadados conmigo?

—No, pero tenemos que ser precavidos. Me temo que hasta que salga el juicio tú y yo debemos recluirnos en algún lugar lejos de la prensa.

—¿Puedo elegir el destino? —bromea mi hermano, él nunca pierde el buen humor.

—Me temo que no, tienes prohibido alejarte de la ciudad más de noventa kilómetros. Así que las Bahamas no están incluidas.

—Disculpen, pero deberíamos marcharnos ya —nos interrumpe Ava—. Hablen de sus cosas lejos de personas ajenas, recuerde lo que le he dicho en el coche señor Drake. —Comienza a andar hasta la salida contoneando sus caderas redondeadas en esa falda de tubo negra que lleva puesta y que es un pecado.

—Una abogada muy guapa, pero un poco gruñona, hermanito —me susurra Neil al que tampoco se le ha escapado el físico imponente de Ava y su carácter adusto.

—Pero es de las mejores.

—No me jodas, hermanito, has puesto ese tono que pones cuando una tía te gusta.

—¿Crees de verdad que estoy pensando en esas cosas después del lío en el que estamos envueltos?

—Me gustaría poder decir que no, pero te conozco y sueles pensar más con la entrepierna que con la cabeza.

—Pues tú deberías hacer lo mismo, hay que librarte de esta. Vayamos al coche, no podemos enfadar a la *dama de hierro*.

CONTINÚA LEYENDO AQUÍ: https://amzn.to/4cRdDdB